La mujer que volvió del abismo

RUPERTO LONG

«Una novela fascinante como la realidad. Nos asoma al abismo y desde allí nos rescata para convertir la tragedia en esperanza».

CLAUDIA AMENGUAL

AGUILAR

Ruperto Long

La mujer que volvió del abismo

Aguilar

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleeruy


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A las Yuliana, Stefanie, Lorena, Pura y Fátima *que volverán a estar junto a nosotros, y a aquellas que siempre vivirán en nuestro recuerdo.*

Esta novela, si bien posee carácter ficcional,
está inspirada en hechos reales.

No he visto jamás un lugar más alejado
del resto del mundo.
Charles Darwin en 1834, al conocer la Patagonia

Tendremos que arrepentirnos en esta generación,
no tanto de las malas acciones de la gente perversa
como del pasmoso silencio de la gente buena.
Martin Luther King

Polvo en el viento, todo lo que somos
es polvo en el viento.
"Dust in the Wind", *Kansas*

INTRODUCCIÓN
LA HISTORIA TRAS LA HISTORIA

Nunca pensé que a Federico Sánchez de la Reina le podría pasar algo así.

Desde que su nombre comenzó a aparecer con cierta frecuencia en la prensa sensacionalista –e incluso en las noticias policiales de algún periódico respetable–, sentí que no debía permanecer en silencio. Lo llamé a Sevilla y le ofrecí mi solidaridad. Luego formulé algunas declaraciones públicas. Hablé de su prestigiosa carrera de ingeniero en España, de su gusto por la literatura y la historia, de que era buen padre de dos chicas adolescentes, de su hombría de bien. Pero fue en vano.

A esa altura de los acontecimientos, como ustedes habrán visto en los medios, su nombre se mezclaba sin pudor con los de oscuros personajes, como eventual protagonista de confusos y trágicos episodios acaecidos en el sur argentino, en la mítica Patagonia.

Le pedí a Federico su versión de lo sucedido. Más aún: lo alenté para que me relatara cómo comenzó todo. Las razones que lo llevaron al sur de América para aclarar un misterio del pasado de su familia, y que, de pronto, lo involucraron de lleno en una tragedia del presente.

No demoré en recibir su respuesta.

Sevilla, España, septiembre de 2009

Querido amigo:

No sabes cuánto agradezco tus esfuerzos para que la verdad salga a luz.

Después de los trágicos sucesos del año pasado, muchas veces me he detenido a pensar en cómo un hecho casual nos lleva a otro, y este a su vez nos conduce a nuevos sucesos que jamás imaginamos nos podrían pasar. Y así hasta encontrarnos en medio de circunstancias

imprevistas, que nos gobiernan por completo.

¿Cómo me ocurrió algo así? No tengo respuesta. Solo sé decirte que puede suceder un día cualquiera. O no suceder nunca.

Pero ocurrió.

Fue aquella mañana helada en Río Gallegos, provincia de Santa Cruz, a finales del invierno austral de 2008…

***

Diez y media de la mañana.

Detuve la Toyota frente a una galería comercial; deseaba comprar unos suvenires para mis hijas, que habían quedado en la lejana España. Aretes para mi hija mayor, Macarena, y un collar de piedras de la región para la menor, Belén. Además de un surtido de chocolatinas artesanales producidas por familias de alemanes e italianos afincados desde hace un siglo en Río Gallegos.

De repente, sonó el móvil. Miré el captor: número desconocido. Igual atendí.

–Holá… ¿Roberto?

–Sí, ¿cómo estás? –no necesité preguntar quién llamaba, por supuesto.

–Mirá: tenés que ir a Rivadavia esquina Libertad, dentro de una hora –la voz de Yuliana se escuchó distinta a la de la noche anterior, dominada ahora por la prisa y el miedo, sumados al estrago de la larga velada de sexo y alcohol–. Alguien se te va a acercar y te va a entregar un mensaje.

–¿Quién?

–No te puedo decir más nada, beso, chau chau.

–¡Muchas gracias! –alcancé a susurrar.

Hubiera querido decirle mucho más (que se sintiera acompañada, que no aflojara); pero ya había colgado.

Miré mi reloj: un cuarto para las once.

Exactamente una hora más tarde, estacioné la camioneta en Avellaneda y Rivadavia, a cuatro cuadras de mi destino. No quería que nadie identificara el vehículo. Cuanto menos supieran de mí, mejor.

***

Media hora después regresé a la camioneta.

Me recliné y aspiré con profundidad. Estaba muy excitado y mi imaginación volaba a mil. ¿Cómo me metí en todo esto?

Por supuesto que recordaba bien la noche en que conocí a Yuliana. Pero… ¿fue un error entrar en aquel antro de mala muerte, La Mary-Anne? ¿Qué tengo para decir en mi defensa? Solo que su exótico nombre me atrajo de manera irresistible. Eso es muy poca cosa. Un argumento débil.

También recuerdo que, cuando abrí la puerta, me bañó la luz fucsia del interior, mientras me atrapaba la pegajosa melodía de una cumbia: *Una de las Tres Marías sigue brillando, se está apagando, pero sigue brillando*… Todo fue muy irreal, muy rápido e irreal; solo sucedió. Y yo dejé que sucediera.

Mary, la *madama*, se acercó presurosa. Supuso que buscaba algo único. Y que podía pagarlo.

–Sos extranjero... –asentí con la cabeza–. ¿Qué tomás?

–Un Johnnie seco, sin hielo.

–Imagino que buscás algo especial –comentó Mary, sugerente–. Tengo pibas jovencísimas...

–¿Muy, pero muy jóvenes?

Se sonrió, cómplice.

Con oficio envidiable, se deslizó de mi lado y desapareció. Instantes después, cuando apenas había calentado mi garganta con un par de sorbos de *whisky*, reapareció acompañada por una guapa morena de estatura mediana y formas curvilíneas.

–Te dejo con Yuliana –susurró–. Cuidala, es muy chiquita.

Y así, de pronto, me encontré en aquel lugar extravagante invitando con un trago a una chica de quince. La había contratado para un "manoseo". A cuenta de un "pase con servicio", si quedaba satisfecho.

En la escena había algo que no obedecía a las leyes de la razón. Aquellas jóvenes, en su mayoría adolescentes, que se exhibían

semidesnudas detrás de vidrieras iluminadas, no estaban en la zona roja de Ámsterdam o Berlín. Se encontraban a un paso de la Antártida. Y sus cálidas vidrieras estaban sitiadas por un frío polar que descendía sin piedad hasta abismos inimaginables, mientras un viento feroz arreciaba sobre el lugar, amenazando devorarlo todo.

***

Ha pasado muy poco tiempo desde aquel momento, querido amigo, y ya me cuesta recordar cómo llegué a tan promiscuo lugar, una helada noche de septiembre. Tal ha sido la vertiginosa y fatídica sucesión de hechos que se desencadenaron a partir de aquel día.

Por ello siento la necesidad de enviarte mi relato; sé que harás buen uso de él. Se han dicho muchas falsedades. Es hora de que se sepa mi verdad.

FEDERICO SÁNCHEZ DE LA REINA

***

Poco después de recibir su carta, me comuniqué con la fiscal que llevó el caso en Río Gallegos, la doctora Karla Finocchiaro.

Al principio la noté reticente. Sin embargo, insistí. Y me llevé una sorpresa.

Río Gallegos, Argentina, octubre de 2009

–¿Holá? Sí, habla la fiscal Finocchiaro, ¿cómo le va?

»Sí, lo ubico bien: usted es la persona que me llamó hace unos días desde Uruguay, interesado en el caso de las chicas desaparecidas.

»Mire, estuve pensando mucho en lo que me propuso la semana pasada. Y al final tomé una decisión. ¿Sabe lo que decidí? Le voy a contar todo, tal como sucedieron los hechos. Hay algunas informaciones que las tendrá que manejar con cuidado. Y otras acerca de las cuales le voy a pedir que cambie nombres y lugares, para proteger la identidad de los involucrados. Ya hablaremos de todo eso.

»¿Por qué cambié de opinión?

»Es algo difícil de explicar. Podría refugiarme en el silencio: viviría más tranquila. Pero no estaría en paz con mi conciencia. Hay valores éticos –como fiscal de la Nación y como ciudadana responsable– que debo respetar. Y esos valores me obligan a exponer con prudencia, pero sin ahorrar detalles, el infierno que hemos vivido.

»No me lo agradezca. Siento que es lo que debo hacer.

»¿Usted dice que es porque los argentinos los queremos más a ustedes que ustedes a nosotros? Bueno, sí, tal vez algo de eso hay, ¡qué gracioso! Es cierto que los argentinos confiamos mucho en los uruguayos. Quizá demasiado, en fin, eso ya lo veremos.

»Avíseme unos días antes de venir, para coordinar todo. ¿Sabe dónde queda la Fiscalía? Sí, cerca de la plaza San Martín, es fácil de encontrar.

***

Luego de mi charla con la fiscal, visité los lugares donde los hechos ocurrieron. Y como en estos parajes todo se sabe, pronto recibí la colaboración de vecinos de esos páramos desolados, dispuestos a contarme su versión.

Fue en ese punto cuando el destino metió su cola.

Me encontraba ensimismado en mi búsqueda de documentos y testigos de lo acontecido, ansioso por armar el rompecabezas que me condujera a la verdad, cuando me topé con una revelación sorprendente, que me conmovió: un escueto *mail* de una joven de Montevideo llamada Fátima, entonces desconocida para mí:

Montevideo, Uruguay, diciembre de 2009

Estimado señor:

Disculpe la molestia, pero he sabido que está investigando algunos hechos que tienen que ver conmigo. Tengo información que le puede interesar. Y además no me gustaría que se inventaran historias que no son ciertas.

Su asistente me dijo que va seguido por el café Bacacay, en la Ciudad Vieja. ¿Le parece de encontrarnos allí el próximo viernes, a las seis de la tarde?

Saludos,

FÁTIMA

***

Me reuní con Fátima. Enseguida comprendí que había dado *con una de esas coincidencias de las que los lógicos abominan y a las que los poetas aman*, como dijo una vez Nabokov. Eso fue lo que sentí. Supe que no había marcha atrás: la historia debía salir a luz.

¿Cómo es posible que estas atrocidades sucedan frente a nuestros ojos? ¿Por qué nadie habla? ¿A quién protege –y a quién condena– la indiferencia? ¿Por qué tantos silencios cómplices? Y sobre todo: ¿cuál es la verdad? Quizá sea imposible conocerla en su aterradora dimensión. Pero esta es la historia de quienes se animaron a luchar contra el silencio. No tenían por qué hacerlo. Solo sintieron, como Martin Luther King en su momento, que *lo que afecta a uno de modo directo afecta a todos indirectamente*.

Y optaron por no callar.

M. A. MAGGI

Montevideo, finales de 2017

PRIMERA PARTE
LAS VUELTAS DEL DESTINO: CÓMO COMENZÓ TODO

… esas coincidencias de las que los lógicos abominan y a las que los poetas aman.

VLADIMIR NABOKOV

I
UN LUGAR DEMASIADO AL SUR

Sevilla, España, y Puerto San Julián,
Argentina, mediados de 2008

Federico Sánchez de la Reina, ingeniero extremeño, residente en Sevilla (55 años)*

¿Cómo fui a dar a San Julián, te preguntas?

Mira: nada habría pasado si no fuera por aquella llamada de Edwin Lonogan, un viejo amigo de la infancia. Una llamada que cambió mi vida.

Fue hace un tiempo, una tranquila tarde de domingo. Hablamos de los temas de siempre. Pero su voz me pareció intranquila, angustiada. Quería que lo fuera a visitar lo antes posible. La excusa era continuar *in situ* nuestras investigaciones históricas sobre lo sucedido en San Julián cinco siglos antes. Era un misterio que nos apasionaba. Pero en realidad se trataba de un pretexto: bastó que le insinuara que algo ocultaban sus palabras, para que reconociera que Santa Cruz había cambiado mucho. “Están sucediendo hechos inquietantes”, así dijo.

Nada más quiso agregar el irlandés; “las paredes escuchan”, susurró. Insistió en que prefería hablar en persona, cuando yo fuera por San Julián. Pero fue suficiente: la alarma había sonado en mi interior. Era mi amigo del alma. Y yo no soy de los que ven los toros desde la barrera. Algo tenía que hacer.

***

Aline, profesora de Francés y esposa de Edwin Lonogan (algo más de 40 años)

Federico viajó a San Julián porque nosotros lo invitamos. Siempre quiso venir a averiguar lo que le sucedió a su antepasado, el cura Pedro Sánchez de la Reina, el que Magallanes dejó abandonado en estos parajes, cuando realizó la vuelta al mundo. Es una pasión que comparten con mi marido. Pero lo que lo decidió a venir fue el tono de la voz de Edwin en aquella llamada. Y sí, *malheureusement*, no me sorprende: la tragedia ya se nos venía encima.

***

Federico Sánchez de la Reina

¿Cómo conocí a Lonogan? Bueno, son las vueltas del destino, podríamos decir…

Fíjate que yo nací en Extremadura, al suroeste de España, en un pueblecito medieval de la sierra Morena llamado Cabeza la Vaca.

Pero mi padre, que era un activo comerciante de alimentos (granos, carnes, vinos), viajaba con frecuencia a América del Sur. A tal punto que, en los años sesenta, durante mi edad del secundario, vivimos cerca de diez años en Montevideo.

Como bien sabes, Uruguay es un país cosmopolita: "de cada pueblo, un paisano", como decís vosotros allá. Hice amistad con jóvenes de padres gallegos, andaluces, sicilianos, vascos franceses, judíos, armenios, suizos y vaya uno a saber de cuántas otras nacionalidades, creencias o regiones. En esos años de liceo (que así llaman los montevideanos, muy francófilos ellos, al secundario), mi mejor amigo era un muchachón alto, de pelo rubio enrulado, descendiente de galeses e irlandeses: Edwin Lonogan.

Unos cuantos años después, cuando ya vivíamos de nuevo en España, recibí una carta de mi amigo. Por el estado del sobre, sucio y ajado, parecía provenir de un lugar remoto, ¡aún más remoto que Montevideo! Y así era: había recorrido el largo camino desde las cercanías de la Antártida hasta el Viejo Continente. Estaba fechada en Puerto San Julián, provincia de Santa Cruz, República Argentina.

Edwin me contaba que su familia había tenido problemas económicos en Uruguay, por lo que decidió trasladarse a la colonia

galesa de Trevelin, provincia de Chubut, en pleno corazón de la Patagonia, donde tenían parientes. Tiempo después se casó con Aline, hija de franceses, y se fueron aún más al sur, a la pintoresca bahía de San Julián, donde pusieron un restaurante y un hotelito.

Cuando leí esto último, quedé helado. ¡Mi amigo vivía ahora en San Julián! Yo conocía muy bien la existencia de esa lejana población, próxima al estrecho de Magallanes y a la mismísima *Terra Australis*.

Lo que te estarás preguntando es: ¿por qué? Pues bien: en mi familia, que no tiene mucho para exhibir en materia de alcurnia, siempre corrió una leyenda, más bien negra, que sostenía que éramos descendientes del hijo bastardo de un cura que integró la expedición de Magallanes, pero que fue abandonado por el almirante en la costa americana, en compañía del veedor real de la Armada Juan de Cartagena, acusados ambos de traición. ¿Y adónde los abandonó a su suerte? Pues en la remota bahía de San Julián.

Lo único seguro era que el tal cura, de nombre Pedro Sánchez de la Reina, vivió en Cabeza la Vaca, como nuestros antepasados. ¿Era verdad el resto de la historia? Poco y nada sabíamos, más allá de las bromas de mi padre –republicano y hereje– para hacer rabiar a mi madre y a mis tías devotas, que no podían concebir que el clérigo se hubiera "echado una cana al aire" (si bien, por cierto, eran otros tiempos).

Pero la verdad es que esa historia siempre atrajo mi curiosidad. Me fascinaba imaginar qué les habría pasado a aquellos dos hombres en esas tierras lejanas… Por eso, cuando recibí la carta de Edwin, me entusiasmé mucho. ¡Por fin podría aclarar lo sucedido!

Hablamos muchas veces y formulamos toda clase de teorías. Algunas surgieron de hurgar en los archivos, como el legendario Archivo General de Indias, que visité con frecuencia, dado que hace varios años que vivo en Sevilla. También estudiamos la geografía y los hábitos de los pobladores originarios de la región: los míticos patagones. Los navegantes abandonados a su suerte, ¿encontraron alimento para sobrevivir? ¿Fueron atacados por los aborígenes? ¿De qué manera alcanzaron su trágico final, si es que ello sucedió?

Otras teorías eran aún más audaces. La nave que capitaneaba Juan de Cartagena hasta su enfrentamiento con Magallanes, la *San Antonio*,

luego de acompañar al almirante en el descubrimiento del estrecho, desertó y retornó a España. En el viaje de regreso el navío pasó frente a la costa de San Julián, cuatro meses después que los dos hombres fueron abandonados. ¿Podría ser que hubiera recalado en la bahía para averiguar lo sucedido a su antiguo capitán, quien –además– era el veedor del rey y protegido del poderoso obispo de Burgos? En tal caso, ¿los encontraron con vida? ¿O al menos a uno de ellos? Existía una gran confusión en los documentos sobre los marinos que regresaron en la nave *San Antonio*. ¿Podía ello esconder el hecho de que uno o los dos condenados hubieran regresado a España con otros nombres? Como imaginarás, todas esas conjeturas nos quitaban el sueño.

Pero hay algo más que debes conocer.

***

Tú sabes que soy reservado y no me gusta hablar sobre mi vida privada. Pero la verdad es que… la llamada de Edwin coincidió con un momento muy particular: un par de semanas antes nos separamos con mi esposa. En realidad, te diré toda la verdad, aunque duela: Antonella me abandonó. Ese fue el triste final de dos décadas de buscar lo imposible: un punto de encuentro entre su fogosidad italiana –que yo solía calificar de “hacer las cosas a las apuradas y sin pensar”– y mi serenidad de oriundo del sur español –que ella percibía como “parsimonia y dejadez”–. La llamada de Edwin me pilló con el ánimo por los suelos. Quería seguir adelante con mi vida, todavía me sentía joven, pero estaba desorientado.

De repente, no sé bien cómo, junté fuerzas. Ese viaje al fin del mundo siempre me había atraído. “Un cambio de aires por un par de semanas no me va a sentar mal”, pensé. Además, mi querido amigo me necesitaba.

***

Aline

Yo soy *grenobloise*, pero cuando cumplí un año mis padres se mudaron a Trevelin, una colonia galesa. ¡Qué cambio habrá sido para

ellos! Pero yo crecí en la Patagonia, esta es mi tierra. Aunque mis padres me enseñaron también el idioma y las costumbres francesas. Luego conocí a Edwin, cuando su familia se trasladó aquí. Salimos, nos enamoramos y nunca nos separamos. Hemos compartido buena parte de la vida. Tuvimos momentos de felicidad y de los otros. Nos conocemos por las miradas, por los más mínimos gestos, casi por el olfato, como le digo muchas veces, ¡y él se ríe!

Pero lo vivido en estos meses no se compara con nada, *mon Dieu!*

Como usted sabe, Edwin no quiso hacer comentarios sobre lo sucedido. Mire que yo comparto las angustias de mi esposo. Y quiero ser solidaria con él. Pero tampoco le quiero fallar a un amigo de ley como Federico, a quien Edwin admira. Él siempre quiso venir aquí a rastrear lo sucedido a su ancestro fray Pedro, y a descansar unos días en nuestra casa. Y cuando al final vino –en un momento difícil de su vida–, se encontró de repente en medio de una tragedia. Y lejos de escurrirle el bulto, se dedicó de cuerpo y alma a ayudarnos. Como un señor que es.

Hay hechos horribles que le sucedieron a Edwin que deben saberse, de lo contrario sus actitudes pueden malinterpretarse. Algo ya se ha dicho por ahí: "miren lo que le pasó por engancharse con una loca del quilombo", y otras habladurías bien de ignorantes e hijos de una mala madre. No acostumbro a hablar así, pero se lo merecen. Es necesario que la verdad se conozca.

Federico piensa que si se sabe lo sucedido, es más difícil que vuelva a repetirse. Otros pondrán las barbas en remojo, antes que este infierno los alcance. Está pasando en muchos lados, no hay más que leer los diarios. Sabíamos que un día nos podía tocar a nosotros.

***

Federico Sánchez de la Reina

¿Sabes una cosa? En esos días, ya decidido a viajar al sur, recordé una historia.

Poco después de la caída de la "cortina de hierro", me invitaron a visitar San Petersburgo, hasta no mucho antes llamada Leningrado.

Era pleno invierno, finales de diciembre, por lo que la majestuosa capital de los zares lucía blanca y helada. Recuerdo que durante la semana que permanecí allí (serían solo cuatro días, pero durante tres más el terrible clima impidió la partida de nuestro avión), la temperatura más alta fue de diez grados… ¡bajo cero! En esas circunstancias pude comprobar que, gracias a Dios, el vodka existe.

Visitamos agencias de gobierno, institutos técnicos y nacientes empresas de la era capitalista. Fue en un almuerzo, mientras hablábamos de alces y renos perdidos, que uno de nuestros contertulios dijo de improviso:

–Lo que a nosotros nos gusta en invierno, en días como estos, es ir al norte…

Me quedé atónito. Los demás visitantes, españoles como yo, lo miraron perplejos.

–¿Es que hay algo más al norte? –pregunté balbuceante.

–Por supuesto, están las islas Solovetsky –me respondió muy suelto de cuerpo.

Al atardecer, cuando llegué al hotel –el viejo Hotel Moskova, donde el personal todavía usaba uniformes con charreteras–, solicité urgente un mapa de Rusia.

Y sí, era verdad: en pleno mar Blanco, que permanece helado la mayor parte del año, estaban las seis islas Solovetsky. Esa noche aprendí algo: siempre hay un lugar más al norte. Cada vez más inhóspito, más frío, más hostil. Como siempre existe un lugar más al sur.

Y el sur extremo, como el norte extremo, exacerba las tensiones, hace que los nervios asomen a flor de piel. Los días cortos, las noches sin fin, el frío ventoso que entorpece las actividades al aire libre (¡por algo Leila Guerriero ha dicho que *esperar en la calle es la peor de todas las tareas*!): ello despierta en hombres y mujeres la capacidad de sacrificio, la estoicidad, la voluntad de resistencia; pero también esos extremos desnudan debilidades morales, agresividad irracional, pasiones oscuras.

Fíjate que Montevideo, la de mi infancia –cuyo *viento invernal gimiendo sobre el mar y junto a las orillas* evocaba Lautréamont–, es la capital más austral del mundo. Cuando viví allí, recuerdo oír a los

paisanos de tierra adentro decir que no les gustaba bajar a Montevideo, sobre el mar.

–Por el viento, ¿sabe? Me vuelve loco –decía don Nicanor, un amigo de mi padre.

La Patagonia se encuentra bastante más al sur. Debe su nombre al encuentro de Magallanes con los gigantescos nativos, a los que llamó *patagones*, en la bahía de San Julián. Inmensa, fascinante, despoblada, apenas explorada. Con sus imponentes montañas, sus estepas interminables y sus costas acantiladas que cortan la respiración. Es la Naturaleza desatada, a una escala que no es humana. Con su soledad, su viento incesante, sus inviernos terribles. Hay escaso reparo para los cuerpos y, menos aún, para las almas.



Y al sur de la Patagonia se encuentra San Julián. El mítico lugar que vio pasar a Magallanes y a Drake, con sus sueños y ambiciones a cuestas. Allí se celebró por primera vez la santa misa en el sur americano. Y al otro día se ejecutó y descuartizó a un ser humano. Un prójimo. En su costa desnuda y desierta se construyó, antes que una choza o un simple refugio, la primera horca.

En sus playas, a la buena de Dios, fue abandonado Juan de Cartagena, natural de Burgos, de algo más de treinta años, padre de una niña nombrada Catalina. Y junto a él, Pedro Sánchez de la Reina,

clérigo de Extremadura, quizá mi pariente.

A ese lugar desolado, a esa estrecha lengua de tierra donde a la sombra de la Cruz se desencadenaron las más despiadadas pasiones, se la llamó con un nombre que dice mucho: punta Desengaño.

Hacia allí encaminaba mis pasos.

* En todos los casos, las edades mencionadas corresponden a la época en que ocurrieron los hechos narrados en los testimonios.

II
LA CAÍDA

Montevideo, Uruguay, setiembre de 2006

Fátima, estudiante de Ciencias Económicas (21 años)

Tuvo un momento de distracción. Solo un instante. Entonces, no sé de dónde junté fuerzas, agarré su celular… y lo tiré por la ventana.

Enrique me miró furioso, con los ojos rojos de odio, y empezó a putearme… Pero no tuvo más remedio que abrir la puerta y salir corriendo a buscar el celular a la calle, antes que alguien lo pisara o se lo afanara.

Me di cuenta de que era mi única oportunidad. Y quizá la última. Ahora o nunca. Manoteé a Camila y salí corriendo. De un salto alcancé la puerta y disparé hacia la esquina.

Era noche cerrada. Un vecino se despertó con el griterío y miró por la ventana. Fue entonces que mi esposo me vio y se lanzó a perseguirme.

***

No fue la primera vez. Pero fue la peor.

Llevábamos varios años casados y teníamos una chiquita divina de 3 años: Camila. No nos sobraba nada, pero no estábamos mal. Y yo me inscribí en la Facultad de Ciencias Económicas. Mi sueño era ser contadora.

De pronto todo cambió. Al principio fueron los insultos por cualquier cosa, la "violencia verbal" (como me dijo después la psicóloga). Pero eso a mí no me importó. Soy una muchacha dura –la vida me ha endurecido– y le respondía de igual a igual. Él era muy posesivo. Sobre todo se enfurecía cuando yo llegaba más tarde de lo

previsto. Incluso cuando venía con Camila porque estábamos en casa de una de sus amiguitas. Y cuando llegaba sola, ni le cuento… Se ponía fuera de sí, como loco. Y le juro por mi hija, que es lo que más quiero, que nunca le metí los cuernos.

Hasta que un día, seis meses antes de aquella noche, me levantó la mano por primera vez. No supe cómo reaccionar. Me la banqué, por mi hija. Lloré toda la noche, pero no le dije nada a nadie. Después muchos me dijeron que fue un error. Pero ¡hay que estar en el lugar de uno! ¿Qué podía hacer?

Y sí, cada día fue peor. A veces la convivencia mejoraba y yo me ilusionaba. Pero en el fondo de mi corazón sabía que no tenía vuelta atrás, que mi relación con Enrique estaba terminada. Empecé a buscar a escondidas un lugar para alquilar, para escaparme con mi hija. Con una amiga que estaba en la misma encontramos un apartamentito que nos servía, cerca del Hipódromo. Nos pusimos a conseguir los muebles. Pero ya era demasiado tarde…



Las palizas eran cada vez mayores. Ya no le preocupaba que Camila estuviera delante, viendo todo. Tampoco que al otro día se me vieran los moretones. Incluso que sangrara. Nada le importaba.

***

Hasta que llegó aquella noche.



Yo no lo contradecía en nada. Nunca salía sola. Cuando iba con Camila al parque de los Aliados, siempre volvía temprano. Hasta que una noche fui al cumpleaños de mi prima Raquel, con la nena.

–¿A qué hora volvés? –me fulminó Enrique. Yo algo le había deslizado en las últimas semanas: que "estoy muy cansada", que "nuestra relación no da para más". Pero ahora pienso que él sospechaba mucho más y estaba al acecho de que pudiera irme.

–A las doce de la noche –le dije, tratando de calmarlo.

Sé que nos entretuvimos hablando estupideces con mi prima y otras amigas. Lo cierto es que con Cami volvimos a las dos de la mañana. Enrique estaba furioso. Nos puteó de arriba abajo, a las dos. Creo que estaba tomado. Nosotras nos preparamos para acostarnos, tratando de no seguirle la corriente. Pero fue peor. Él daba vueltas por la casa como un león enjaulado, gritando cada vez más fuerte y dándose manija. Entonces se cruzó con nosotras, que íbamos al baño a cepillarnos los dientes, y me atravesó un bruto cachetazo, que casi me tiró al suelo. Yo estaba decidida a aguantarme, como siempre. Pero de repente vi que encaraba a Camila:

–¡Vos sos una loca como tu madre! –gritó, y le pegó otro cachetazo.

¡La nena cayó hacia atrás y su cabeza pegó contra el suelo!

Fue demasiado. Se me nublaron los ojos de dolor y rabia. En un instante tomé la decisión que había postergado tanto tiempo. Abracé a Camila, la levanté a upa y marché hacia la puerta.

–Nos vamos –dije llorando.

–¡Vos no vas a ninguna parte!

Se nos cruzó delante de la puerta, trancó todo, agarró mis llaves y las suyas, y se las guardó en el pantalón. Después arrancó la línea telefónica fija y arrojó el teléfono contra el piso. Buscó mi celular y lo

tiró a la mierda.

Nosotras no nos movíamos, abrazadas una a la otra. Así estuvimos un buen rato, no sé cuánto… Hasta que se distrajo un instante.

***

Giovanni Cincinnato, taxista (60 años)

Sí, casos como ese veo todos los días… ¡Así andan las cosas! Antes eso no pasaba, había códigos. Cuando vine de Siracusa hace más de treinta años –porque yo soy italiano, ¿sabe?–, se podía trabajar tranquilo, a cualquier hora. Yo hace años que paro por aquí, en La Comercial, o a veces me corro un poco hacia La Blanqueada. Garibaldi, 8 de Octubre, el Parque Central, el Comando del Ejército… Esa es mi zona, ¿vio? Pero ¿por qué le estaba diciendo esto?

¡Ah, sí, ya me acordé! Lo que pasa es que estoy cerca de los hospitales de Tres Cruces. Así que a cada rato llevo gente a atender: muchachas embarazadas, heridos en accidentes de tránsito, señoras mayores que casi no pueden caminar. Y mujeres que sufren de "violencia doméstica", como dicen ahora; ¡cada vez más! Lo que pasa es que los muchachos se falopean y les da por golpear a las chiquilinas, ¡si serán hijos de puta! Antes eso no pasaba. Dígame, ¿hasta cuándo vamos a tolerar todo este despelote de las drogas?

Cuando veo subir al taxi a las chicas golpeadas, que se ponen como de costado y bajan la cabeza, tratando de que no se note lo que les pasó –porque a pesar de todo lo que tienen que vivir, igual les da vergüenza–, como si fueran culpables, yo les sigo el juego. Miro para otro lado y las trato como si no pasara nada. Aunque no hablemos una palabra, ellas saben que yo sé que las movieron, y yo sé que me agradecen que no les pregunte. Pero esa vez… A ver, déjeme recordar.

Lo primero que me llamó la atención fue que la piba estaba desesperada, como si huyera de alguien:

–A la comisaría, por favor –me dijo, no bien se zambulló en el taxi. Y como yo demoraba en partir, casi me gritó–: ¡Arranque ya, señor!

Le hice caso, por supuesto, cuanto antes me fuera de allí, mejor. Y entonces descubrí, con el rabo del ojo, que la muchacha traía con ella,

abrazada como si fuera uno de esos ositos de peluche, ¿vio?, a una pequeña niñita. No tendría más de 3 años. ¿Y sabe una cosa? A la mamá, que sangraba por varias partes del lado derecho de su cara, se le escapaban las lágrimas. Pero a ella no. Solo me miraba con unos ojos negros grandotes, bien abiertos.

Mientras viva no olvidaré esa mirada, se lo juro.

III

VIAJE AL FIN DEL MUNDO

Sevilla, comienzos de setiembre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

¡Qué viaje interminable, mi Dios!

Al mediodía dejé los proyectos en manos de mis colaboradores, cargué con prisa mis pertenencias y partí a la estación de ferrocarriles de Santa Justa, donde me esperaban mis hijas, Macarena y Belén, para despedirse. Dos horas después, AVE mediante, llegué al aeropuerto de Barajas.

Este viaje, por varios motivos, me hacía mucha ilusión. Que, debo confesarte, se atenuó cuando recordé que el vuelo directo a Montevideo es de trece horas. Y que no había conseguido pasillo ni ventanilla, por lo que fui a parar a uno de los incómodos asientos del medio, los peores del avión. Mido más de un metro ochenta. Y además soy desproporcionado: mis piernas son más largas de lo que corresponde a mi talle, por lo que no logré alojarlas en el minúsculo habitáculo. Así las cosas, el viaje me pareció de veinte horas, o quizá la vuelta al mundo.

La única alegría provino del número de asiento: el trece. Hasta el nacimiento de mi primera hija yo era muy supersticioso. Pero Macarena nació un viernes trece. ¡Y es una de las luces de mi vida! Desde ese momento descreo de las supersticiones que tienen que ver con ese número. Aunque esto no afecta a aquellas que poseen carácter científico, como los riesgos de pasar bajo una escalera, de abrir un paraguas dentro de una casa o, mucho peor, que a uno se le atraviese un gato negro.

***

Finalmente arribamos a Montevideo. ¡Ah, cuántos recuerdos me trajo *la coqueta del Plata*! ¿Por qué pasar por Montevideo camino del sur patagónico, te preguntarás? Bueno, tenía mis razones. Ya te contaré.

Por ahora solo diré que sentía necesidad de recorrer el Mercado del Puerto, visitar sus legendarios cafetines –como el Almacén del Hacha, el Brasilero o el Bacacay–, caminar por la Rambla al atardecer y comerme una *fainá*, bien fina, de orillo. Quizá te sorprenda, pero a los boliches del Reducto, Goes y la Ciudad Vieja, y a su *fainá*, les debo unos cuantos remiendos del alma, en tiempos jóvenes y mucho después, cuando la vida me llevó por otros caminos. Allí aprendí a sentirme "oriental", por supuesto que sin renegar de mi patria, y sin preocuparme que los uruguayos –por más que les recordara que Extremadura no era lo mismo que Galicia– me apodaran el Gallego.

***

Ruperto Long Garat, ingeniero uruguayo (54 años)

¡Cómo no me voy a acordar del Gallego! Si hasta hoy sigo en contacto con él.

Recuerdo que eras vecino suyo y sé que también conservaste la amistad, a pesar de las distancias. Hubo un tiempo en el liceo, en que Federico, otros dos amigos (Edwin Lonogan y el Flaco Locatelli) y yo éramos inseparables. Era la época de Los Beatles. Así que nos dejamos el cerquillo y formamos una banda. Íbamos a conquistar el mundo. Y de paso a cambiarlo. Al salir de clase ensayábamos en la casa de Federico, porque sus viejos eran los únicos que no nos echaban. Se creó una gran expectativa: nos invitaron para actuar en la fiesta de Fin de Año del liceo y nos apodaron "los Cuatro de Goes". Pero el día de la presentación aquello fue un desastre. Nos pusimos nerviosos. El bajo y la rítmica iban por un lado, la batería por otro y yo no sabía por dónde ir con los punteos. Ellos tenían más condiciones, pero para mí fue el final de mi breve carrera artística.

También recuerdo las idas al fútbol. Y las discusiones al regreso, en

el café Vaccaro de la avenida general Flores. A Federico le encantaba la *fainá*: “bien fina, de orillo”. Me parece escucharlo. La acompañaba con un capuchino, era muy extraño.

Fue una linda época. Luego *soplaron otros vientos, dispersando a los lanceros*, como dijo el poeta Julián Murguía. Fede regresó a España, Edwin se fue con sus parientes galeses a la Patagonia y los demás nos quedamos por aquí. Pero como te decía, mantuve la relación. Ayudó que los dos fuéramos ingenieros. Pero sobre todo, ¿sabés qué? Ayudó que fuera un tipo tan bien, tan idealista, siempre tratando de dar una mano. Un amigo de los que no se pueden perder, porque la vida no te da tantos.

Por eso me dolió mucho cuando quedó entreverado en ese escándalo de las chicas de San Julián.

***

Federico Sánchez de la Reina

Retorné durante unas horas a mis raíces montevideanas. Eran sensaciones que necesitaba evocar. Porque la partida de Antonella, aunque quizá previsible desde tiempo atrás, desencadenó tempestades en mi espíritu. Mi desgano hacia la vida era total. Deseaba sentarme en un sillón, no hacer nada, dejar correr el tiempo. Pero otra parte de mí luchaba por dar vuelta la página y seguir adelante.

Después de estar más de veinte años “felizmente casado”, de pensar que llevaba una buena vida, respetado por mi obra y querido por familia y amigos, llegó aquel día fatídico. Un miércoles cargado de trabajo y escasas recompensas, un miércoles gris, burocrático y cansador. Sin que mediara ningún hecho extraordinario, acaso una alerta que me pusiera en guardia, sucedió lo que sucedió. De repente, algo se quebró en mi vida.

Cuando recuerdo aquellos días grises y silenciosos, surgen algunas claves. Mi hija Belén, la menor, me dijo una vez: “Papá, te sacrificas mucho por tu profesión, y por darnos a nosotros demasiadas cosas…”.

Yo lo interpreté como una frase afectuosa, propia de su manera de ser: Belén es toda dulzura, sensibilidad, deseos de brindarse a los

demás. Me recuerda a mi madre. Sin embargo, la expresión de su mirada me llevó a registrar aquel instante. Algo en esos dulces ojos me decía que no todo estaba bien. Pero la máquina devoradora de las obligaciones laborales –no puedo negar mi dedicación compulsiva al trabajo– me llevó a postergar para un mañana una nueva charla con mi hija. Un mañana que nunca llegó. Hasta que sucedió.

Recuerdo poco. Y la implacable memoria selectiva pronto me llevará a olvidarlo casi todo. Además, no me gusta hablar del tema. Solo te diré que cuando Antonella me comunicó su decisión, que no tenía vuelta atrás, yo estaba en mi escritorio. Fíjate qué extraña coincidencia: estaba escuchando *Soledad*, de Astor Piazzolla. Fue inútil que mis hijas intercedieran. Sus ruegos, como suele suceder, cayeron en oídos sordos. Y yo caí en un pozo, a cientos de metros de profundidad, muy lejos de la vida cotidiana, que me importaba un pimiento. No podía apartar de mi cabeza los versos de mi amigo Aute: *… qué fue lo que pasó, dónde estuvo el error que no pude impedir…* Siempre las mismas preguntas. Sin respuesta.

Pero bien se ha dicho que el momento más oscuro de la noche es el que precede a las primeras luces del alba. Y aparecieron, tímidamente, pequeñas ilusiones que les daban sentido a mis días. Hoy era el entusiasmo de almorzar con mis hijas, mañana la ilusión de un nuevo proyecto, pasado un perfume que me transportaba a un paraíso perdido, a algún país lejano o a un dulce recuerdo de mi infancia. Mi alma estaba golpeada. Pero no vencida.

Así me sentía aquel domingo tristón, al caer la tarde. Cuando de repente sonó el móvil. La voz se escuchó lejana, pero nítida. El acento, con las "elles" y las "eyes" sensualmente pronunciadas como "sh", solo podía provenir de una región del planeta:

–¡Edwin Lonogan, pues... qué sorpresa!

–Federico Sánchez de la Reina, ya era hora de que atendieras. ¿Cómo estás, Gallego querido?

***

Como tú sabes, esta no fue la primera vez que el lejano sur irrumpió en mi vida. De inmediato recordé cuando mi padre anunció que nos

íbamos a vivir a Uruguay. Yo tenía 10 años. Mi padre estaba haciendo buenos negocios con Argentina, Paraguay y Uruguay, y además, republicano como era, estaba harto de la pesada atmósfera del régimen franquista. Si bien la mudanza se debió a razones comerciales, mi padre sintió que seguía los pasos de tantas personalidades que admiraba: el guitarrista Andrés Segovia, la actriz Margarita Xirgu, el arquitecto Antonio Bonet, y muchos otros que encontraron abrigo en la tranquila Montevideo.

–Nos vamos a la República Oriental del Uruguay –anunció un día mi padre, empleando a propósito el ampuloso nombre del país, que les encanta repetir a sus habitantes, quienes, para mayor confusión, se denominan a sí mismos “orientales”.

Un niño cualquiera de Extremadura habría quedado perplejo ante la mención de tan extraño país. ¡Ni que hablar un niño de Cabeza la Vaca! Sin embargo, ese no fue mi caso, porque desde la infancia había oído hablar de “los primos de Uruguay”.

María, una prima de mi abuela Isabel, se fue de niña con sus padres a radicarse a Montevideo. Ya mayor de edad, sus padres la enviaron a visitar a su familia en España. Allí se reencontró con Isabel. Pero también conoció a un amigo de ella, Francisco de Paula. La relación entre María y Francisco, al comienzo una simple amistad entre jóvenes, fue subiendo de tono hasta culminar en un escándalo local: Francisco de Paula abandonó su decisión de abrazar el sacerdocio y, en cambio, corrió hacia los brazos de su amada, en la lejana Montevideo, dejando la sotana sin estrenar. Allí se casaron; tiempo después se mudaron a Casupá, un pequeño pueblito a un par de horas de la capital.

Por esa razón, cuando nos mudamos a Uruguay veíamos poco a María. Aunque seguía siendo la prima de mi abuela, que atraía nuestra curiosidad al ser la protagonista de “pecaminosos sucesos” en la puritana España de entonces.

Hasta que, años después, en pleno verano austral, la abuela Isabel vino de visita para reencontrarse con nosotros y con María, su prima del alma. Recuerdo muy bien ese año. Eran tiempos en que el verano todavía era verano. En las largas siestas el calor pegaba fuerte. Y por las noches, disfrutando del fresco y a la luz de un farol, jugábamos al

fútbol.

No podría olvidar ese verano. En aquellos días vi a Romina por primera vez.

***

Dediqué la mañana siguiente a llamar a los viejos amigos. Y también, debo confesarlo, hice una llamada a Casupá. Una llamada que deseaba hacer desde hacía mucho tiempo, pero no me atrevía.

Por la tarde crucé en barco a Buenos Aires. Al otro día temprano debía volar hacia San Julián. Esas pocas horas en *la Reina del Sur* sirvieron para revivir mi eterno amor. Me enamoré de la gran ciudad varios años antes de enamorarme de cualquier mujer, cuando siguiendo a mi padre en sus negocios hice mi caminata iniciática por la 9 de Julio, por Corrientes y Florida, o cuando ingresé a las deslumbrantes Galerías Pacífico, en sus primeros años de esplendor. Y bien lo dice el tango: *siempre se vuelve al primer amor*.

***

Mi primera sorpresa fue al embarcar en el Aeroparque de Buenos Aires. Me disponía a someterme a los controles de seguridad, cuando vi sobre los *scanners* una gran pantalla de video: “Ana Laura Castilla, 18 años, desaparecida en Oberá, Misiones”, “Patricia Larrionda, 23 años, desaparecida en Fortín Olmos, Santa Fe”. Chicas jóvenes, chavales, tanto niñas como varones, algunos hombres. La lista parecía no tener fin. Quedé impresionado. Esa realidad no tenía nada que ver con la Argentina que conocía.

El aparato de LADE se elevó trabajosamente por los aires luego de carretear un tiempo infinito. Pasado ese sobresalto inicial… vinieron otros. Las turbulencias del aire zangoloteaban el avión, volviendo imposible manotear los vasitos de plástico con refresco que nos ofrecía la amable tripulación. Un aire frío recorría la aeronave y el ruido de los motores atronaba los oídos. Los demás pasajeros, imperturbables. Parecía que aquello era lo habitual. Por lo que, habiéndome resignado a quedar sordo y con gripe, agradecí al Señor que el viaje fuera tan

normal y que no sucediera nada extraordinario.

San Julián a la vista, aterrizaremos dentro de diez minutos. Así lo anunció el piloto del primer vuelo de línea que arribó a San Julián, en 1929: Antoine de Saint-Exupéry. Y así lo recordó en "Vuelo nocturno": *"Al descender sobre San Julián, con el motor en retardo, se sintió cansado. Todo lo que alegra la vida de los hombres corría, agrandándose, hacia él: las casas, los cafetuchos, los árboles de las avenidas. Parecía un conquistador que se inclina sobre las tierras del imperio y descubre la humilde felicidad de los hombres".*

Poco después el bimotor, sacudido por los vientos antárticos, se posó a los golpes en la pequeña pista de San Julián. Volví a recordar a Saintex y su temor de que los vientos del sur, más poderosos que el motor de su avión, lo empujaran hacia el océano. "Cada vuelo es una victoria que asegura el siguiente", solía decir.

Caminé con lentitud hacia la terminal aérea. No me fue difícil distinguir entre la gente a un rubio galés de casi dos metros de alto, bastante más fornido que aquel joven larguirucho que habitaba en mi memoria, quien no bien verme se adelantó a mi encuentro. Cuando estaba a unos tres pasos se detuvo y, durante un instante, nos miramos a los ojos. No podíamos creerlo.



IV

HUYENDO DE LAS SOMBRAS

Montevideo, setiembre de 2006

Sebastián Antúnez,
agente de la Policía Nacional de Uruguay (unos 30 años)

Ni loco le voy a hacer declaraciones sobre ese caso.

Sí, me acuerdo… por la niña, ¿sabe? Todos los días recibimos muchachas a las que han aporreado, pero casi siempre vienen solas. Y cuando caen con los hijos, vienen con los bolsitos de ropa y comida, como que planificaron la escapada, ¿vio?

¡Pero esas dos no! Estaban solas con su alma, no tenían nada de nada, solo una a la otra. Mire que yo soy duro, he visto muchas cosas. Pero la verdad, partía el corazón. Las atendió Pablo, al que le decimos el Manso, fíjese… Y para colmo, cuando me pidieron algo de apoyo, que es lo que se supone que tiene que dar la seccional, no tenía manera de ayudarlas.

¡Pero no vaya a poner nada de esto, por favor, mire que me quedo sin laburo!

***

Fátima

El taxi nos dejó en la comisaría. Con Cami bajamos como pudimos y entramos. El chofer se portó bien: nos acompañó y dejó sus datos a la Policía, por si lo necesitaban.

Aún no terminaba de darme cuenta de lo que había pasado. Estaba confusa, aturdida.

–Vengo a hacer una denuncia –le dije al policía que nos atendió, un

muchachón un poco mayor que yo.

–¿Por qué motivo?

Tenía marcas de golpes por todos lados, estaba toda moretoneada, ¡parecía obvio! Pero no sé, capaz que estaba medio dormido, eran como las tres de la mañana. Aunque ya de entrada me pareció de esos que le piden permiso a una pata para mover la otra.

–Por violencia –respondí, y le conté toda la historia–. Al final logré escapar de mi casa con mi hija.

–Dame tu cédula de identidad, así te tomo la denuncia.

–No, no tengo cédula. Como te conté, salí rajando con lo puesto.

–Sin cédula no se puede tomar la denuncia.

No pude creer lo que escuchaba. Traté de contenerme.

–Bueno, hacemos esto: si vos querés, yo vuelvo a mi casa. Me ligo unas cuantas piñas más pero consigo la cédula. Y ahí voy derechito a denunciarte a vos… ¿Me estás jodiendo, no?

–… Dejame ver cómo lo puedo solucionar.

Entró a una oficina, preguntó y volvió.

–Te voy a tomar la denuncia sin cédula.

Anotó todos los datos: los míos, los de Enrique, la dirección de la casa.

–Ahora lo que necesitamos es que vayas a un hospital a atenderte y que un médico te haga un certificado con la constancia de los golpes, que después se adjunta a la denuncia, para el momento en que pase al juez.

–Bueno, ta. ¿Pero ustedes me llevan, no?

–Pará que te averiguo –volvió a consultar.

–No, mirá, en este momento no tenemos móviles. Si querés podés esperar hasta las siete de la mañana, que viene uno y te lleva.

–¡Pero si son las tres! A ver: ¿vos te das cuenta de que estoy toda lastimada y con una niña de 3 años? ¿Y querés que me acueste en un banco hasta las siete?

–Bueno, si querés podés ir por tus propios medios.

–Te voy a explicar una cosa: mi esposo nos encerró y nos estaba *pe-gan-do*, ¡y tuvimos que escapar! Dio la casualidad de que en este jean con el que ando tenía plata para pagar el taxi, pero no es que tenga guita y la tarjeta del cajero y los documentos… ¿Cómo querés que

llegue al hospital?

Se produjo un silencio. El policía no supo cómo reaccionar. Del resto de la comisaría, nadie se animó a asomar la cabeza. Yo ya estaba por derrumbarme, por irme a la mierda, y que fuera lo que Dios quisiera. Pero entonces se escuchó una vocecita, que apenas se oía, pero que a su modo era clara y firme:

–Mi papá le pegó a mi mamá.

En ese día negro, terrible, en que toda mi vida quedó patas para arriba, Camila no me quiso dejar sola. Me apoyó. Estuvo conmigo. En las buenas y en las malas.

Corrí a abrazarla. Y aunque ya casi no me quedaban fuerzas, algo se me ocurrió:

–Llamen a la emergencia del Casmu, que me vengan a atender aquí, después me lo cobran otro día.

–No sé, voy a ver.

Pasó como media hora. Yo estaba quebrada, se me caían las lágrimas, trataba de no llorar por Camila. De repente volvió:

–No me atienden.

–¿Pero vos me estás jodiendo? ¿Me querés agarrar de boluda? –perdí el control, estaba desesperada.

En eso veo que unos policías entran, otros salen: como un cambio de guardia. Un policía un poco mayor, con más oficio, se me acercó, levantó la palma de la mano y me habló:

–Tranquila –me dijo y desapareció.

Volvió unos minutos después:

–Ya hablamos con la emergencia. Te vienen a buscar en 15 minutos.

Le agradecí, y nos derrumbamos en el banco, abrazadas. Eran cerca de las seis. Me preocupaba que la nena no hubiera tomado ni comido nada. Pregunté si me dejaban hacer una llamada, que el celular me había quedado en casa. Entonces llamé a Raquel, mi prima. Le conté todo y le pregunté si nos podíamos quedar unos días en su casa.

–¡Por supuesto, Fátima, qué horrible lo que me contás! Vengan para acá, vas a estar más tranquila, hasta que organices de nuevo tu vida…

En la emergencia me curaron las heridas y me hicieron el certificado. Luego, con la poca plata que me quedaba, le compré algo para comer a Camila en un súper a la vuelta del hospital. A media

mañana llegamos a lo de Raquel.

***

Raquel, prima de Fátima, secretaria en una fábrica textil (35 años)

¡Ay, lo que fue ver a aquellas dos entrar a mi apartamento! ¡Mi Dios!

Pensar que la noche antes festejamos mi cumpleaños, todas juntas, riendo y cantando. Y verlas ahora. La ropa sucia y desgarrada… Y los golpes. Fátima estaba a la miseria: cubierta de moretones, además de las heridas que le curaron y vendaron en la emergencia. Estaban en *shock*: como si no se dieran cuenta de lo sucedido.

Tomaron una larga ducha de agua caliente. Pero no tenían qué ponerse, ni una bombacha, escaparon con lo puesto. Les presté lo que encontré a mano, para salir del apuro.

Al día siguiente comenzó la odisea para recuperar sus cosas. Fátima habló con la madre de Enrique. No era una conversación fácil: decirle a una madre que su hijo es un golpeador… Pero mi prima supo cómo hacerlo. Franca y directa, como es ella, pero sin hablar de más, con las palabras justas. Y sin herir a la pobre vieja, que no tuvo nada que ver. Después yo arreglé con unos amigos de Enrique para que lo llevaran a tomar algo, mientras su mamá, Fátima y yo íbamos a retirar su ropa, la de la nena y otras cosas personales de la casa. Estábamos bastante asustadas, pero todo salió bien.

Eso fue importante. Comenzó la vuelta a la normalidad. Fátima empezó a hablar de conseguir un trabajo, enviar a Camila a la escuela y retomar la facultad. Les costó volver a reírse. A las dos, pero más a mi prima. Algo en ella había cambiado.

***

Fátima

“No entiendo a las mujeres golpeadas que se aguantan y no

denuncian". ¡Cuántas veces lo escuché decir! Y yo también lo dije muchas veces. Ahora me arrepiento.

Imaginate a las que no tienen familiares en la ciudad (que son del interior, como yo), o que son más indecisas, o que no se dan maña… Y si tienen varios hijos, ¿cómo hacen para escaparse con todos los niños? Y si lo logran, ¿a quién le piden para quedarse, al menos un mes, ponele con cuatro hijos? Ahora me doy cuenta de por qué tantas mujeres se aguantan que las caguen a palos.

¿Y después? Bueno, están los planes de apoyo, de asistencia a la mujer víctima de violencia y todas esas cosas que nos dicen por la tele todos los días, bla, bla, bla… ¿Querés saber cómo me fue a mí? Empezando que tenés que pedir hora y tienen un horario muy corto. Yo conseguí un trabajito y no podía salir. Un día que me dejaron salir, llegué diez minutos tarde y no me atendieron. Al final lo logré, varios meses después: pero la Tarjeta Social del Mides no me la dieron porque "no estaba en condiciones de suficiente vulnerabilidad". Cuando dije que estudiaba Ciencias Económicas, soné: "Como estás estudiando, podés conseguir un trabajo mejor; si no estudiaras, solo podrías ser empleada doméstica. Los recursos los necesitamos para esos casos". O sea: ir a la facultad me jugó en contra; no importaba lo que estaba viviendo. Pregunté por un plan de apoyo para mujeres que escapan, en el que te pagan unos meses de alquiler, hasta que logres organizar de nuevo tu vida. Me dijeron que sí, que me lo podían dar… pero que el trámite demoraba ¡cuatro meses!

"Pero vos, cuando viste que la cosa empezaba a ponerse mal, tendrías que haber iniciado el trámite", me dijo la funcionaria, con un tono de reproche. ¡La culpa era mía! Intenté explicarle que una mujer golpeada desea que las cosas cambien, que no todo termine mal, que había una niña de por medio, que seguía teniendo una ilusión… Pero fue como si nada. Lo mismo con todo lo demás. ¡Y yo, que me había creído toda la historia de "ayudar al otro"! Me costó aceptar que estaba sola. Salvo por Raquel. Y Camila.

Tenía pesadillas, que al llegar la noche temía que se volvieran realidad.

Sucedieron algunos episodios con mi marido. Conseguí una orden de restricción. Pero de tardecita, cuando aparecían las primeras

sombras, me asaltaba un miedo feroz: imaginaba que, a la vuelta de una esquina, o al caminar por algún callejón oscuro, aparecía Enrique y arrancaba a Camila de mis brazos. Me ponía a temblar. Juré que haría lo que fuera necesario para que eso jamás sucediera.

Lo que fuera necesario.

V

LOS FUEGOS

San Julián, segunda semana de setiembre de 2008

Federico Sánchez de la Reina

Pensar que tantas veces soñé con visitar San Julián… ¿Cómo sería esa ciudad?, me preguntaba.



Pues bien: es una pequeña y simpática población recostada sobre una profunda bahía, en los confines del Atlántico Sur. Una hermosa costanera de cara al mar, una amplia avenida principal con cantero central (avenida San Martín), bordeada por las principales edificaciones –una moderna iglesia, varios hoteles y comercios, la comisaría–, y otro bulevar (avenida Piedrabuena) que la atraviesa formando una cruz. Las construcciones, de no más de dos plantas, son sencillas. Algunas reflejan la arquitectura de los primeros pobladores, como el Museo de los Pioneros: paredes y techo a dos aguas construidos con chapa metálica, estructura de madera, ventanas protegidas por robustos postigones. La avenida San Martín, que conecta San Julián con la Ruta Nacional 3, desciende suavemente hacia la bahía. Allí encontramos el emblema de la ciudad: una espléndida reproducción a escala real de la nao *Victoria*, con sus

personajes, bastimentos y sonidos recreados con admirable precisión.

Estaba contento de estar allí. Sin embargo, debo admitirlo, cierto desasosiego se alojó en mi alma no bien pisé este recóndito paraje del mundo. Te preguntarás por qué.

Mira, bien no lo sé. San Julián es un sitio fascinante. Sin embargo, fíjate: aun sin considerar a los primeros e involuntarios pobladores de San Julián, como Magallanes y Cartagena, los intentos de colonización se remontan a 1780, cuando Carlos III impulsó la fundación de la Nueva Colonia de Floridablanca. Bastante tiempo, ¿no te parece? Pues bien: un cuarto de milenio después, ¡San Julián apenas supera los ocho mil habitantes!



Frente a ese puñado de almas, rodeándolas por mar y por tierra, se alza una geografía impresionante. El océano con toda su fuerza golpea día y noche, las montañas y acantilados arrinconan a la pequeña ciudad, las hermosas playas de arena y piedras seducen al viajero, pero se notan heladas no bien uno posa su planta en ellas; el frío y el viento se manifiestan allí en sus registros extremos. A todo esto se suma la escasez de vegetación natural, de árboles, de matorrales.

Es una lucha demasiado desigual. Allí las mujeres y los hombres no habitan. Resisten. Sueñan con conquistar ese fascinante extremo del planeta. Y perseveran, año tras año, generación tras generación, en

busca del milagro.

Por ello no debe sorprendernos que ese desasosiego doblegue algunas almas. Es la ley de estos parajes desolados. Tal vez alejados de la preocupación de Dios, pero jamás abandonados por la obsesión de los hombres.

Porque hubo algo más que atrajo mi atención. En este remoto paraje, pequeño y aislado, todo el mundo se conoce. ¿Por qué, entonces, en su avenida principal encontré murales pintados con estas leyendas: *La trata es la esclavitud moderna* o *No te dejes engañar: Prostitución = Esclavitud*? Más aún: en una extensa pared pintada de blanco, encabezada por la inscripción *LOS JÓVENES OPINAN ESTO: Cuando una mujer dice no, es no*. *No te dejes engañar, tu cuerpo no es una mercancía*. Y muchas frases más. Rematadas por una dura interpelación: *¿Y USTED?*

¿A quiénes estaban destinados?



***

–No puedo creer que estemos juntos otra vez. ¡Y en San Julián! –me dijo Edwin, feliz de la vida.

La casa de los Lonogan no era demasiado grande, pero sí acogedora y bien ubicada, a una cuadra de la costanera. Techo metálico de dos aguas color verde inglés, abundante madera en fachadas e interiores,

espacios bien aprovechados; estaba construida en un estilo que los europeos llamaríamos alpino, como es frecuente ver en las regiones montañosas de Suiza y Francia.

Para la ocasión, Edwin y su encantadora esposa Aline prepararon un verdadero agasajo. El plato principal, llamado “comida de la taza”, era una receta irlandesa transmitida a lo largo de generaciones entre los Lonogan.

–Si no me casaba con Edwin... ¡no me daban la receta! –comentó Aline, con gesto de resignación.

En esos cálidos espacios interiores, al abrigo de estufas de leña que crepitaban incansablemente, Edwin y Aline reunieron a una bullanguera concurrencia, deseosos de presentar a su amigo de tierras lejanas.

–Estos son nuestros hijos: Margaret –que me plantó un beso en la mejilla– y Ricardo, a quien ya conociste en el aeropuerto.

Margaret, que no llegaba a los 18, combinaba la altura y los ojos celestes heredados de su padre, con el pelo negro lacio y la vivacidad seductora de su madre. Luego me saludaron, con sorprendente calidez, los amigos de los muchachos. Me sentí bien. Venía de un fuerte sacudón afectivo, de los que resienten el amor propio y socavan la confianza. Al calor del fuego, disfrutando comida de hogar y rodeado de amigos viejos y nuevos, esa intempestiva nevada de verano que fue la partida de Antonella pareció más lejana y soportable.

Entonces recordé un programa de televisión que me encantaba, dedicado a la gastronomía. Justo yo, que soy incapaz de cocinar un huevo frito. Pero ese programa me atrapaba: el *chef* argentino Francis Mallmann viajaba a remotos lugares nevados de la Patagonia donde, en medio de la nada, cocinaba a fuego de leña exquisitos platos tradicionales: locro, puchero, curanto... El contraste entre la dura belleza de un paisaje inhóspito y la calidez del alimento me cautivaba. El programa se llamaba *Los fuegos*. Y eso fue lo que sentí aquella noche: la calidez de nuevos fuegos que se encendían en un páramo todavía congelado, donde la nieve comenzaba a derretirse, en vísperas de la primavera.

No fue ajeno a ese despertar el afecto de los muchachos hacia su nuevo amigo extremeño. Como no me fue indiferente la mirada de una

joven de unos 17 años, de ojos color marrón verdoso. Porque el Señor fue generoso conmigo al dotarme de numerosos defectos –bien me los recordaba siempre mi esposa–, pero también me dio una rara virtud: poder descifrar lo que esconden las miradas. Y en esos ojos marrón verdosos vi muchas cosas.

Una mirada que poseía una extraña, fascinante atracción. Pero no era la mirada arrogante de las adolescentes que saben de su belleza. No. Era algo más sutil. Y más peligroso. Sin embargo, en el fondo había inquietud. ¿Por qué?

Estaba acompañada por otra joven, pequeña y ocurrente, de cabello negro enrulado, llena de gracia, llamada Lorena. Hablamos de temas intrascendentes. Pero nuestras miradas se cruzaron demasiadas veces.

Su nombre era María del Huerto.

***

María del Huerto, estudiante del colegio secundario (17 años)

Cuando vi a Federico por primera vez, en casa de Margaret, me palpitó el corazón… Alto, delgado, educado; un caballero como los de antes –dijo después mi vieja–, con gracia para hablar, elegante. ¡Un verdadero Príncipe Azul! Tal vez no el mío: yo tengo 17 y él… no sé, ¿como 50?

***

Aline

Muy amable el Gallego, como le dice mi esposo, aunque sabemos que no lo es. Alto como Edwin, más bien flaco, con la barba recortada, tiene un aire de don Quijote. Había que ver cómo se reían Edwin y su amigo, como dos muchachos, mientras charlaban con los invitados.

–Por aquí tenemos a las autoridades del pueblo –dijo Edwin, y le presentó al comisario, un fornido cincuentón, no muy alto, de tez curtida y abundante pelo negro cortado “a cepillo”.

–Mucho gusto, Ítalo Manducatti, para servirlo.

–El gusto es mío. ¿Y cómo se porta esta gente?

–Mmmmh... –el comisario le siguió la broma, mientras la oscilación de su mano izquierda sugería un “más o menos”–. De los amigos prefiero no hablar...

–Y por aquí la otra autoridad: la que cuida nuestras almas –un joven treintañero de buena presencia, vestido con pantalón negro, buzo a la base del mismo color (sobre el que destacaba un sencillo crucifijo plateado) y camisa blanca, se adelantó y saludó a Federico cálidamente.

–Tarea sencilla, la suya –dijo Federico, mientras retribuía su bienvenida–. ¿Y cómo se portan los feligreses?

–¡Yo tengo todavía menos éxito que el comisario! –continuó la broma, aunque con cierto pudor–. En otra época los curas éramos escuchados antes que pasara nada, y al menos algunos seguían nuestros consejos. Ahora solo vienen a nosotros cuando ya están en problemas. Y muchas veces es tarde... –se lamentó el padre Euclides Lozano, apodado Mamerto, por ser amigo y admirador de su colega benedictino fray Mamerto Menapace–. Y conste que el primer poblador de San Julián, aunque contra su voluntad, fue un cura…

–Ya –respondió el Gallego sin titubear, y luego agregó, marcando cada sílaba–: Pedro Sánchez de la Reina.

–Veo que conoce la historia –reaccionó Lozano, sorprendido.

–Es verdad... Y no se imagina cuánto.

***

Así, en ese clima de hogar, al abrigo de estufas bien alimentadas de leña, al igual que nuestras copitas de vino, las horas se fueron *doucement*.

Los invitados se retiraron. Cerca de la medianoche solo quedábamos Federico, Edwin, nuestros hijos y yo. Mi esposo invitó a su amigo al estar y sirvió dos coñacs Napoleón. Los muchachos se despidieron y se fueron a dormir.

–Son dos chicos macanudos –cuchicheó Federico, en castizo lunfardo rioplatense.

–Sí, estamos muy orgullosos, *je touche du bois*.

Me puse a ordenar la casa, mientras los viejos amigos, bien acompañados por su café y su coñac, conversaban mano a mano, después de tantos años.

***

Federico Sánchez de la Reina

Edwin Lonogan se calzó los lentes, manoteó una voluminosa carpeta con aire profesional y me dijo de sopetón:

–Revisemos los hechos.

Y con la misma naturalidad que don Miguel de Unamuno –al volver a dar clases luego que la dictadura de Primo de Rivera se lo prohibiera por seis años– afirmó "*Decíamos ayer…*", mi amigo se adentró en los misterios de una historia oculta durante cinco siglos.

***

Era el 31 de marzo, víspera de la Pascua de Flores de 1520.

El capitán portugués al servicio del Reino de España Fernando de Magallanes, al frente de la Armada de la Especiería, ingresó a una amplia bahía ubicada en el paralelo 50, latitud sur. El vicentino Antonio Pigafetta, cronista de la expedición, registró este accidente geográfico como *bahía de San Julián*.

La flota partió de Sanlúcar de Barrameda el 20 de setiembre de 1519, en busca de un pasaje para atravesar el continente americano y continuar hacia las islas Molucas, el legendario Maluco, como se las conocía en lenguaje popular. Los esfuerzos resultaron inútiles.

Los víveres escaseaban y la moral de la tripulación estaba debilitada. Pero sucedía algo más grave aún. Los capitanes españoles, que comandaban tres de las cinco naves, intuían lo que seguro Magallanes ya sabía: habían superado el paralelo en el cual los planos secretos del astrónomo Ruy Faleiro ubicaban el ansiado pasaje. Y no habían encontrado nada. Nada. Solo un frío cada vez mayor. El hambre volvió a los hombres irascibles. Las enfermedades acechaban. El invierno

polar se venía encima.

Juan de Cartagena y sus socios, sabedores de que sus vidas corrían peligro, pretendieron conocer los planes de Magallanes. El rey así lo había dispuesto. Pero el hermetismo del almirante sembró el desconcierto y humilló a los capitanes españoles, que se sintieron tratados como segundones. No obstante, intentaron evitar un enfrentamiento: le enviaron una *Suplicación* solicitando saber el derrotero. Si el almirante accedía, se comprometían a seguir bajo su mando, *y si hasta ahora lo habían llamado Su Merced, en adelante lo llamarían Su Señoría.*

Pero el marino portugués interpretó esta acción como el inicio de un motín y reaccionó con brutal violencia.

Luis de Mendoza, capitán de la *Victoria,* fue engañado mediante una estratagema y apuñalado hasta su muerte. Gaspar de Quesada, el Hermoso, capitán de la *Concepción,* fue condenado a muerte por decapitación. Juan de Cartagena, capitán de la *San Antonio* y veedor real de la Armada, así como *su cómplice* el clérigo Pedro Sánchez de la Reina, *fueron abandonados en tierra de Patagones*, con mínimas provisiones. Así lo asentó Pigafetta en su crónica. Hecho que aconteció el 24 de agosto de 1520, cuando la flota partió en busca del pasaje entre los dos océanos, luego de capear el invierno en la resguardada bahía. Cuando las naves se alejaban de la costa, Magallanes dijo, con particular cinismo: ¡Que Dios decida su vida o su muerte!

Nunca se supo más nada de estos dos hombres.

***

Nos motivaba el afán de justicia histórica. Estos hombres no solo fueron abandonados a su fatalidad en uno de los rincones más duros del planeta; como si esto fuera poco, la historia oficial, siempre dispuesta a doblegarse ante los caprichos de los vencedores, los condenó como “traidores”, merecedores de tan brutal castigo. No era una tarea sencilla, pero una tenaz intuición nos impulsó a seguir adelante.

Nunca imaginé lo que el destino nos tenía preparado.

***

Recién después de tres cafés y dos coñacs, pasadas las dos de la madrugada, cuando el trasfoguero palidecía y algunas ráfagas de viento polar se colaban por debajo de las puertas, se produjeron los primeros silencios.

En uno de esos momentos de silencio cansado y satisfecho, aproveché a preguntar lo que hacía semanas rondaba en mi cabeza:

–Edwin: cuando me llamaste aquel domingo –dije con lentitud, midiendo las palabras–, no estabas pensando solo en Cartagena y Sánchez de la Reina...

–Es cierto –reconoció sin dudar. Pero no agregó palabra.

–Me pareció que algo más te preocupaba.

El rostro de Edwin se volvió serio.

–Por qué no me cuentas… ¿Qué está pasando?

–Tal vez solo sea mi imaginación. Vos sabés que siempre fui un poco fantasioso… Y en estos parajes solitarios, a veces te vuela la cabeza –me dijo, y se sonrió con esfuerzo–. Mejor lo dejamos para otro día. Ya te contaré, te lo prometo.

No me constaba que Edwin Lonogan fuera un cantamañanas que se dejara llevar por imaginerías. Más bien todo lo contrario: poseía una definida preferencia por los hechos probados y verificables, propia de sus ancestros anglosajones. Y las sombras de su rostro no insinuaban otra cosa. Pero no era momento de insistir.

Brindamos una vez más por nuestro reencuentro, y me fui a dormir, agradecido al viejo y querido Napoleón (me refiero al V.S.O.P., no al Pequeño Cabo), por no permitir que las ráfagas de viento austral que silbaban alrededor de la casa sacudieran mis huesos.

Segunda Parte
EL DESCENSO A LOS ABISMOS

Cuando se lucha contra monstruos
hay que tener cuidado de no convertirse
en monstruo uno mismo.
Cuando miras largo tiempo a un abismo,
el abismo también mira dentro de ti.

Friedrich Nietzsche

I
AQUEL MARAVILLOSO PÁRAMO

San Julián, segunda semana de setiembre, 2008

Aline

Edwin llevó a Federico a conocer los lugares donde se desarrolló la tragedia.

Temprano por la mañana se abrigaban bien –¡el frío esos días era de morirse!– y partían. Al mediodía almorzaban la vianda que yo les preparaba: un termo de sopa bien caliente, con abundante queso rallado, sándwiches de cordero y una tarta bien provista de dulce de leche, y luego un termo de café con leche, para seguir enfrentando el frío con buen ánimo un par de horas más.

A las cinco terminaban las recorridas (en esa época oscurece poco después de las seis), mi esposo dejaba a Federico en un café del centro y se volvía a atender el restaurante.

Así transcurrieron los primeros días. Pero de repente, todo cambió.



***

Federico Sánchez de la Reina

Dedicamos varios días a recorrer aquel maravilloso páramo. El viento sopla todo el tiempo. Me recordó a Albert Camus en *El viento de Djémila*: es como un cincel tallando los cuerpos de quienes allí habitan. Yo había pasado, en cuestión de horas, de la cálida Andalucía a ese hábitat extremo. Lo primero que pensé fue: ¿qué diablos vine a hacer aquí?

Soy una persona obsesiva: siempre me gusta establecer una rutina. Me siento más cómodo y seguro. En San Julián no demoré mucho en lograrlo. A las cinco, luego de nuestra recorrida diaria, Edwin me

dejaba en el agradable café del Hotel Ensenada, con una amplia vidriera sobre la avenida principal. Me gustaba completar mis notas del día y reflexionar. Servían buen café, el mozo era amable y conversador, y la moza me dijo que "estaba hecho un pibe". ¿Qué más se podía pedir?

En esos días me reencontré con mis nuevos amigos.

Mamerto Lozano seguía preocupado por el salvataje de las almas. Le recordé el comienzo de la historia: la primera misa, el 1 de abril de 1520. Y los enfrentamientos, condenas y ejecuciones al día siguiente.

–De algún modo, todo sigue igual –me sorprendió el cura–. Es la historia de la Argentina, y también la de América del Sur.

Mi cara de curiosidad lo obligó a continuar.

–Este es un pueblo bendecido por la fe. Aquí la gente cree. Aun los que dicen que no son creyentes, usted los rasca un poco, y en algo creen. América Latina es una mezcla de descendientes de europeos, aborígenes, negros traídos por la fuerza, ahora también de asiáticos... Lo formidable de esa mezcolanza es que la gente ha sido capaz de logros extraordinarios.

Se detuvo. Ciertas verdades le dolían demasiado.

–Sin embargo, los actos de crueldad que hemos cometido en ese mismo tiempo nos avergüenzan...

–Mire, Euclides, Europa es sabia y culta, y ha cometido atrocidades peores –pretendí consolarlo.

–Guerras civiles, dictaduras de todo tipo y color, desapariciones por decenas de miles, un tercio de la población viviendo en la pobreza, el narcotráfico que controla millones de almas y regiones enteras, ¿le parece poco? –respondió enérgico, mirándome a los ojos–. ¡Y seguimos jurando en nombre de Dios!

No supe qué decirle. Mi lejanísimo pariente Pedro Sánchez, cura como él, dejó su patria con la ilusión de expandir la fe cristiana a nuevos confines. Fue abandonado a su suerte por los propios compatriotas y presuntos amigos, no bien pisar San Julián. ¿Serán las condiciones extremas del clima y la geografía las que provocan que lo mejor, pero también lo peor de los seres humanos, salga a luz? Alguien ha dicho que la geografía es la madre de la historia.

También era verdad lo que le dije sobre la Vieja Europa. Los

ejemplos de crueldad abundan (pensemos tan solo en el Holocausto): ¡un listado exhaustivo sería abrumador! Pero comprendí el sabor amargo que sentía el padre Lozano: aquí la historia aún podía ser diferente.

Se produjo un largo silencio. Antes de despedirnos quise cambiar el talante sombrío de nuestra charla:

–Dígame, Euclides, ¿no le molesta el apodo que le han puesto? Se puede prestar a malentendidos...

Mamerto me respondió como solía hacerlo su colega homónimo:

–No se preocupe. Tengo el título, pero no ejerzo.

***

Debo decirte que el reencuentro con Manducatti fue menos filosófico, pero más inquietante.

–¿Cómo se encuentra, comisario?

–¿Cómo anda, mi amigo? –respondió, cordial, el robusto oficial–. ¿Qué le ha parecido el pago? ¿Muy distinto de Galicia?

Respiré hondo; pero me contuve y no dije nada.

–Bonito lugar, San Julián, un poco frío en esta época.

–Sí, la primavera aún tarda en llegar.

–Lo que sí me ha resultado este pueblo es tranquilo. Usted no debe tener mucho trabajo...

–¡No se crea! En la Patagonia nunca se sabe. Cuando uno mira el paisaje y las calles desiertas, parece que aquí no pasara nada. Todo lo contrario. Hay mucha historia escondida detrás de los postigones y las persianas de las casas –dejó caer, enigmático.

–¿Y cuáles son esos problemas, si se puede saber?

–Desde siempre el alcohol, ¿sabe?, por el frío. También la violencia con las mujeres. Cuando los hombres vuelven a las casas, de los campos petroleros o de las faenas rurales, se empedan y les arriman la ropa al cuerpo a las mujeres, sin razón, como porque sí. Lo que pasa es que ese viento siempre soplando vuelve loca a la gente –dijo don Ítalo, como en tono de disculpa–. Pero ahora la cosa se complicó mucho más –continuó el comisario–. Lo que está pasando con los jóvenes que se suicidan. Los que se ahorcan o se pegan un balazo en la boca, ¿vio?;

¡es terrible!

–No, no he oído nada –le dije sobresaltado.

–Ha pasado en varios lugares de Santa Cruz. Pero lo peor ha sido en Las Heras, un pequeño pueblo en la ruta del petróleo, a cuatrocientos kilómetros de aquí. Dieciocho suicidios de chicas y muchachos en menos de dos años. Todavía no lo puedo creer.

Quedé espantado. No terminaba de reponerme del impacto, cuando el comisario me asestó otro golpe:

–Y eso no es todo. Tal vez ya empezó a ocurrir aquí también, en San Julián…

Pareció dudar. Pero mi mirada no le dejó otra opción.

–Don Sánchez: no estoy seguro, pero quizá hace un mes se produjo la desaparición, o tal vez el secuestro de una adolescente en San Julián. No está comprobado. Pero si así fuera, sería el primer caso en esta ciudad. Lo único que nos falta: ¡que toda esa mierda se meta en nuestro pueblo!

–¿Cómo que no se sabe? ¿La chica desapareció o no desapareció?

–Stefanie dejó de asistir al secundario a comienzos de agosto. El director del colegio se preocupó y habló con su madre, una empleada doméstica que vive en una casita medio destartalada en la calle Zeballos, cerca de La Cascada. La señora negó todo: dijo que a su hija no le daba la cabeza para el estudio, y que su marido las había abandonado, por lo que Stefanie se consiguió un trabajito en Gallegos, donde ahora vive con una tía... –Manducatti hizo una mueca de descreimiento–. El director olfateó algo raro y me pidió que interviniera. Y cuando caí a ver a la doña, resulta que se quebró y se puso a llorar: “No puedo decir más nada, no puedo hablar; es por mi hija, don Ítalo, entiéndame”. Y de esa no la pude sacar. Tampoco quise apretarla, por miedo a perjudicar a la nena, que tiene 16 años, nada más...

–¿Y quién podría tener interés en secuestrarla, qué le van a sacar? –pregunté como un ingenuo.

–Perdone que sea tan directo, don Sánchez, pero no tengo otra: por empezar, su virginidad. Y luego van a exprimir su cuerpo hasta que queden solo los huesos, como si fuera un carozo. Después… lo que se usa, se tira.

–¡Pero si es una niña! –me brotó del alma, como un desgarro.

–Precisamente por eso. Son las más buscadas. Los hombres que están solos, porque trabajan en el petróleo, o porque son ejecutivos o vendedores que vienen de paso, o los marinos que llegan en los barcos, que son muchos en Santa Cruz, se enloquecen por las chicas jóvenes. Y cuanto más jóvenes, mejor.



¿Qué podía agregar? Una increíble tragedia en un puñado de frases.

Entonces acudieron a mi mente, en tropel, algunas cifras que me impresionaron cuando las leí en los periódicos a quince mil kilómetros de distancia, en la España cada vez más lejana: en Argentina *desaparecen* cuatrocientas chicas al año, sometidas bajo amenazas, a ellas y a sus padres, o compradas con promesas y dinero –un tanto para ellas, un tanto para su "iniciador", que muchas veces es un tío, un primo o incluso su progenitor–, o secuestradas y obligadas a ejercer la prostitución en régimen de esclavitud. Provienen del norte argentino, de algunas regiones del litoral, de Paraguay, de Dominicana. La mayoría son de condición humilde. Pero las hay de diferentes clases sociales. Los principales destinos son Buenos Aires, Córdoba y el sur: Chubut, Tierra del Fuego y Santa Cruz.

La Santa Cruz.

***

María del Huerto

Al regreso del cole, me crucé varias veces con Federico. Le gustaba tomar un café con leche en el Ensenada, al atardecer. Yo andaba con Lorena y las otras boludas de mis amigas. Pero me separaba de ellas y lo saludaba con un beso, sin palabras. Después sacudía mi pelo, castaño y lacio, que me caía más allá de los hombros, me despedía y me iba.

Me encantaba ver a Federico –tan educado y formal– morirse de vergüenza, sin saber qué hacer.

Una tarde me atreví a más:

–¿Está rico el café con leche? –le pregunté, con tonito picarón, a ver qué decía.

Se sorprendió, abrió grandes los ojos.

–Sí, sí… Tal vez uno de estos días te pueda invitar, así charlamos un poco más –me dijo cuando reaccionó, con voz ahogada.

–Dale, ¡bárbaro! Después de las cuatro, cuando salgo del cole... ¡Chau chau!

Quedó muerto. ¿Me deseaba? Yo creo que sí.

***

Federico Sánchez de la Reina

¿Pero qué está pasando?, me pregunté, confundido. Algo difícil de explicar se agitaba dentro de mí, y yo prefería no averiguar de qué se trataba. ¡Era casi una niña! Mis ancestros curas y mi santa madre me miraban, desde allá arriba, como para matarme. Mi madre siempre decía, en nuestra sencilla infancia en Cabeza la Vaca:

–Las niñas buenas huelen a jabón.

María del Huerto olía a piel joven y a perfume francés.

–Los tiempos han cambiado mucho, mamá –susurré para mí mismo.

II
UNA *TERCERA*

Barrio La Blanqueada, Montevideo, diciembre de 2006

Raquel

Mi pobre prima estaba como perdida. Nada le salía bien.

Y puedo asegurar que se esforzó, que hizo todo lo posible. Esto lo quiero dejar bien claro. Lo digo por todo lo que pasó después, ¿me entiende? No es ninguna atorranta: es laburadora y además tiene mucha cabeza. Ya lo ve: después que terminó el liceo, a pesar de que vivía en un barriucho de Salto, se quiso venir a la capital. ¿Y qué fue lo primero que hizo cuando llegó? ¡Se anotó en la facultad! Tenía como una obsesión con ser contadora, vaya una a saber por qué… Pero después se metió con ese sinvergüenza de Enrique, que al principio no parecía un mal tipo, medio sin gracia, común y corriente. ¿Pero que fuera un golpeador? ¡Quién lo iba a imaginar!

No le costó conseguir trabajo. Pero era un laburo de mala muerte: darles los remedios a los pacientes de un geriátrico. Y le pagaban en negro, como cuidadora: diez mil y pico de pesos. Ni aportes sociales ni mutualista, nada. Igual guapeó, mi prima: con su amiga Mechi reflotaron la idea de alquilar algo. Y dos meses después se mudaron a un minúsculo apartamentito a los fondos de una casa, en el Reducto. ¡Tendría que haber visto el orgullo de Camila!

Pero los números no le cerraban. Me di cuenta enseguida. Sumando lo de ella y lo que por ley le pasaba Enrique, llegaba a 16.500 pesos. Para el alquiler, agua, luz, comida y el colegio de Cami. Porque eso sí: no tendría para comer mi prima, pero a la nena la mandó al colegio del Sagrado Corazón del Reducto. “Tiene que sentirse segura, después de todo lo que pasó”, dijo. Y yo estuve de acuerdo.

Pronto vi que la cosa no iba bien.

***

Fer Rodríguez del Valle,
estudiante de Ciencias Económicas (21 años)

¿Fátima? ¡Flor de guacha! Menudita, con la altura justa, inteligente. A primera vista no llamaba la atención. Pero estaba buena. Muy buena. Y en la cama era un fuego, la pendeja. Yo la dejé escapar porque en esa época era un boludo, que estaba para la joda.

Nos conocimos en la facu. Los dos teníamos 21 años. Ella venía de un despelote con un golpeador. Necesitaba cariño. Y estaba en edad de merecer. Así que le dimos duro y parejo, durante un mes, cada vez que pudimos, hasta quedar con la lengua afuera. Ella no tenía mucha experiencia. Había tenido un noviecito en campaña cuando era menor –porque ella era de afuera, ¿sabías, no?–, luego al golpeador, y después caí yo. Así que la agarré bastante fresquita y con ganas de aprender. ¡Imaginate!

En esa época yo andaba en el mundo *swinger*, ¡fijate vos! Es algo que todavía me gusta, pero en ese momento era más guacho y eso me tenía loco. Así que al mes le propuse a Fati conseguir una *tercera* y hacer un *party* en algún lugar lindo. Pensé que me iba a mandar a la mierda. Pero no: aceptó sin decir nada. Andaba mal y necesitaba animarse con algo. Porque era una tipa rara: no quería saber nada de aquello, ¿sabés? ¡Ni un *porrito*! Y tampoco probaba una gota de alcohol…

Lo pasamos lindo. La vez siguiente la mina cayó con su novio. Y lo hicimos los cuatro. Después Fati ya se acostumbró y le tomó el gustito. Nos hicimos un perfil en una página web de parejas *swingers*, y chateamos con todo el mundo. Pero concretamos pocas veces. Eso sí, fuimos a cuanta festichola se organizó en esos días. Algunas en brutas casas de Carrasco o en unos apartamentos de película en Pocitos, con vista al mar. ¡Y no faltaba nada! *Whisky*, vino, champán, cócteles (el que pidieras). Y *merca*, de la buena.

Pero aquella seguía sin probar. ¿Con quién me enganché, con una extraterrestre?, pensé. Enseguida me di cuenta de que la cosa no podía durar.

***

Fátima

Fer me dejó una semana antes de mi cumpleaños.

Yo le conté que iba a hacer un festejo en mi apartamentito, algo sencillo, con unos pocos amigos: Mechi, mi prima Raquel, un par de amigas del geriátrico y él. Era el primer cumple de mi "nueva vida" y lo quería festejar, más por darle una alegría a Camila que por mí misma. Pero se ve que se asustó. "Demasiado compromiso, mucha responsabilidad", debe haber pensado, todas esas mierdas que te refriegan por la cara los gurises de hoy, no bien olfatean que vos te hacés alguna ilusión. Yo no me imaginaba viviendo con él, ni ahí. Éramos muy distintos. Pero de eso a no poder festejar un cumple juntos, ¡pará, dejate de joder!

Igual festejé mi cumple. Y nos divertimos mucho. Sobre todo Cami, que fue el centro de atención: todas la mimamos a más no poder. Con unos pesos que junté le regalé una jirafa (¡una jirafa!, ¿por qué se me habrá ocurrido?). Era alta como Cami. Así que, al final, el cumple pareció que fuera de ella. ¡Y eso me alegró tanto…!

Igual la procesión va por dentro, como dicen. Yo me considero una mujer muy fuerte. Me pasaron muchas cosas, no sé si sabés. Pero igual: en medio del cumple, cada dos por tres, me acordaba de que había quedado sola. Otra vez.

***

¿Querés saber algo de mi vida anterior? Bueno, no tengo problema. Pero solo un par de cosas, no quiero que esto sea un velorio. No es mi manera de ser.

Cuando todavía estaba en Salto conocí un chico, de mi edad. Nos enamoramos, o al menos eso creí yo. Después de un tiempito comenzamos a hacer el amor. Y cuando estaba por cumplir 17, quedé embarazada. Mis padres, chapados a la antigua, me quisieron matar. El chico no sabía para dónde agarrar. Unos días después me vino a decir

que sus padres –muy importantes y pudientes ellos– me iban a pagar el aborto. Les dije a mis padres: estuvieron de acuerdo.

Entonces, de adentro me vino como una fuerza. Si habíamos sido tan inconscientes que, por no usar un mísero condón, engendramos una vida, yo ahora no iba a ser capaz de matar a la criatura. Y como te decía, me vino una fuerza de adentro y les dije: voy a tener ese niño. Y todos se la agarraron conmigo. Que el honor de la familia, y qué van a decir los parientes, y cómo lo vas a mantener, y no cuentes con nosotros.

Y me dejaron sola. El chico y sus pudientes padres se esfumaron. Mi viejo casi dejó de hablarme. Mi vieja se portó mejor, pero a escondidas. La cosa empeoró más todavía cuando los análisis dieron que el niño tenía una discapacidad. Es una prueba de Dios, pensé. Y mirá que no soy muy creyente. Pero seguí adelante. Cuando nació Efraín, era una criatura maravillosa. Los médicos del hospital de Salto hicieron todo lo posible; siempre se lo agradeceré. Pero me dijeron que el niño no iba a vivir. Y fue verdad. Al mes, el de arriba se lo llevó. En el entierro reaparecieron el chico y sus padres, también algunos parientes que se habían hecho humo. No dije nada. Pero esas cosas te endurecen. Aprendés a conocer a la gente. Y muchos no son lo que parecen.

Un año después –no sé si los problemas del parto tuvieron algo que ver–, me apareció un cáncer de cuello de útero. Me operaron y salí bien. Pero desde entonces tengo arriba la espada de Damocles: visitas al médico y controles cada seis meses.

Por eso Camila ha sido la gran alegría de mi vida. La que me ha vuelto a hacer sonreír. La que me da fuerzas para no rendirme. No importa lo que pase. No puedo bajar los brazos.

***

Después de lo de Fer, los *swingers* me siguieron llamando. Como en esos círculos los chismes vuelan, pronto supieron que estaba sola. ¡Y más me llamaban! Les gusta mucho tener una *tercera*. Son muy buscadas por las parejas.

Yo me sentía muy sola y triste. Y no tenía un mango para una

salidita. Pero ¿sabés una cosa?, les dije que no. A todos. A pesar de lo que sufría.

No quería ser *una tercera*.

III
EL HORROR

San Julián, segunda semana de setiembre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

Esa mañana me levanté con un extraño presentimiento.

Hacía cinco días que estaba en San Julián y todo transcurría sin sobresaltos. La investigación avanzaba a buen ritmo. Con nuestras notas elaboramos un memorando, con un pomposo título: *Sobre lo acontecido al noble Juan de Cartagena y al presbítero Pedro Sánchez de la Reina, abandonados a su suerte por el capitán general de la Armada de la Especiería Fernando de Magallanes en la bahía de San Julián.* Las piezas del rompecabezas que aún faltaban, si es que existían, solo podían encontrarse en dos lugares: la comarca donde vivió fray Pedro y en el legendario Archivo de Indias, que nos aguardaba con sus 100 millones de folios en la augusta Lonja de Mercaderes de Sevilla. ¿Encontraríamos alguna respuesta? Imposible saberlo.

Pero no tenía duda alguna: hacia allí debía encaminar mis pasos.

***

Esas eran mis cavilaciones aquella fría y húmeda mañana de setiembre. Preparé mi primer café del día. De repente Edwin ingresó al estar. Enseguida me di cuenta de que estaba demacrado por la falta de sueño. Algo andaba mal.

–Federico, hoy vamos a suspender la recorrida, si estás de acuerdo –me dijo sin preámbulos.

–Por supuesto. ¿Ha sucedido algo?

–Sí. Tenemos que hablar.

Se sentó en la mesa, y me agradeció el café que le alcancé tan

pronto como pude.

–¿Recordás de cuando te llamé por teléfono y te comenté que algo extraño estaba sucediendo?

–Sí, te lo pregunté no bien llegar. Me dijiste que preferías hablar otro día.

–Querido amigo, ese día ha llegado.

La sala de estar parecía contagiada del estado de ánimo de su morador. Edwin no había avivado el fuego a primera hora, y ahora el trasfoguero languidecía, en su último dejo de calor.

–Sucedió hace como un mes –dijo, con su corpulento físico doblado sobre la mesa y los hombros caídos–. Al principio no le dimos importancia: Stefanie, una de las compañeritas del colegio de Margaret, dejó de ir a clase. En esta época del año, con gripes y resfríos a la orden, eso no llamó la atención. Pero como demoraba en reintegrarse y no contestaba el celular, las más amigas fueron por su casa. Se encontraron a la mamá sola, y les dijo que Stefanie había dejado de estudiar y estaba trabajando en Gallegos.

El rostro de Edwin no dejó lugar a dudas: la historia sonaba poco creíble.

–Fijate. ¡Así, de golpe y porrazo! ¡Largar todo e irse a vivir a una ciudad tan lejos, sola, con 16 años! Bah, dice la mamá que está con una tía, pero nunca la mencionaron antes...

–Alguna explicación tiene que haber –arriesgué, sin saber cuál podía ser.

–Sí, la peor –remató el galés.

Edwin estaba convencido de que en el sur profundo existen organizaciones que proveen de jóvenes a las redes de prostitución. Cualquier medio es válido: la seducción, la compra con dinero o promesas, la amenaza, el secuestro. Las adolescentes son las más requeridas, y cuanto más alto el nivel social o cultural, mejor. Las chicas de 15 a 17 años, estudiantes, de buena familia, son la mercancía *top of the line*. Valen una fortuna, y los cazadores de estos cuerpos juveniles están dispuestos a todo.

Stefanie era una presa fácil: hija de una empleada doméstica, abandonada por su padre, proveniente del lejano pueblecito de Tilcara, provincia de Jujuy, con necesidades de ropa y alimento –no

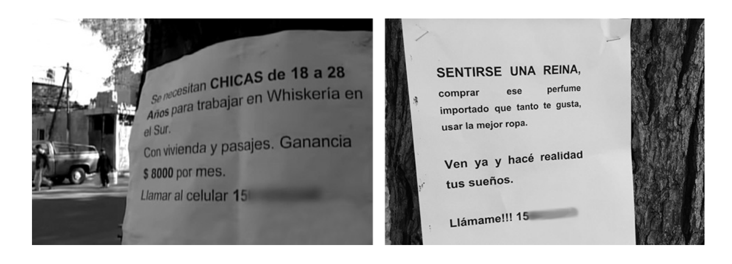
hablemos ya de todas esas chucherías sin las cuales las adolescentes de estos tiempos consideran que no se puede vivir–, su captura fue sencilla. Quizá la atrajeron aprovechando sus carencias o la amenazaron valiéndose de la debilidad de su familia.

–Sí, Manducatti algo me dijo –recordé las confidencias del comisario.

–Pero lo más grave sucedió anoche. Porque lo de Stefanie son especulaciones, conjeturas. Pero sobre lo de Lorena... no hay ninguna duda.

Me quedé helado. ¿Lorena? ¿La zagala alegre y movediza que no se separaba de María del Huerto?

–La noche anterior salió de su casa para encontrarse con un par de amigas en el centro, según dijo, y no volvió. Su madre, una mujer dedicada a coser y planchar para afuera, se despertó alarmada en la madrugada, al no oír regresar a Lorena. Ya en la mañana, agotadas las llamadas a sus amigas más cercanas, avisó a la Policía. También se comunicó con su esposo, que trabaja en el campo petrolero de Pico Truncado, a trescientos kilómetros de San Julián, de donde solo vuelve un fin de semana cada dos. Es decir, casi no vive en su casa.



–¿Se sabe quiénes son las amigas con las que se iba a encontrar?

–No, ya hablaron con la mayoría de las chicas del colegio, y ninguna sabe nada –respondió Edwin, con un tono que reflejaba desconfianza en esas respuestas–. Manducatti va a dedicar la tarde de hoy a seguir con las averiguaciones. Si no surge alguna novedad, mañana comienza el rastrillaje.

–¡Qué terrible! –dije, sin poder evitarlo.

–No lo puedo creer –repetía Edwin, desconsolado, pensando en su propia hija.

¿Cómo era que ese remanso de paz comenzaba a volverse un

infierno? En mi imaginación irrumpió la voz grave de Kurtz, el mítico personaje de Conrad en *El corazón de las tinieblas*, con su indescifrable mensaje: "*¡El horror, el horror!*".

***

Jesús *el Colorado* Porrini (51 años), mozo del café Ensenada

El profesor Sánchez venía todas las tardes. A las cinco en punto, a tomar su café con leche. Saludaba, siempre muy atento, y se sentaba en la mesa de allá, al lado de la ventana. Yo se la reservaba, aunque no lo pidiera. Me caía bien el Gallego.

Un poco más tarde, pasaba una bandada de chicas y muchachos que volvían del colegio. Y lo que a mí me llamó la atención, desde el primer día, fue que una chica se separaba del grupo, entraba al café, le plantaba un beso y salía. El Profe quedaba medio cortado... Pero yo creo que le gustaba que lo tratara así.

¿Su nombre? No, no lo sé. Era una altita, de pelo castaño y largo, parecía mayor que las demás, como de 18 o 19 años. ¿Usted entiende lo que le quiero decir? Ah, ¿que no tenía esa edad? ¿Tenía 17? Bue, no lo parecía... con eso le digo todo.

Pero esa tarde fue distinto. La chica estaba preocupada, y hablaron mucho más que otras veces. ¿De qué hablaron? No sé, aunque le confieso que traté de escuchar, ¡como siempre!

Cuando se separaron, los dos estaban muy serios.

***

Federico Sánchez de la Reina

Por la tarde retomé la rutina. Quería convencerme de que todo seguía igual. A las cinco me instalé en el café. De repente, una silueta inconfundible se recortó a contraluz en la puerta de entrada. En un santiamén estuvo junto a mi mesa.

–Hola, Fede, ¿cómo estás? –me sorprendió–. Tengo que hablar

contigo.

Recién allí contemplé su rostro tenso, y su mirada (otras veces entre dulce y pecaminosa), ahora dominada por la angustia.

–Con gusto, en eso quedamos –le contesté, tratando de calmarla.

María del Huerto giró su cabeza a ambos lados, su cabello lacio se sacudió ligeramente, verificando que nadie la observara:

–¿Podría ser en otro lado, menos concurrido? –y al verme asentir, propuso–: ¿Qué te parece el *lobby* del hotel que está sobre la costanera, que tiene un barcito, mañana jueves, al caer la tarde?

–Perfecto, allí estaré.

–¡Dale! Gracias, Fede.

Giró sobre sus talones y desapareció.

Volví a quedar envuelto en mis pensamientos, ahora surcados por un leve halo de frescura juvenil con aroma a perfume francés. El sorpresivo pedido de María del Huerto, ¿tendría algo que ver con los hechos que sacudían San Julián?

Esa tarde evité las conversaciones con otros parroquianos. También reforcé mi dosis diaria de cafeína. El último café expreso, ya en la tardenoche, lo tomé doble y bien bautizado con una generosa medida de coñac. Era necesario.

IV

YA NADA SERÁ IGUAL

Chalé Belgravia, playa Mansa, Punta del Este, Uruguay, febrero de 2007

Fátima

Nos instalamos bajo una sombrilla, de las gigantes, que estaba entre el parrillero –que ellos llamaban *barbacoa*– y la piscina. Enseguida apareció un mozo de uniforme, nos ofreció algo para tomar (ellos pidieron *whisky* y yo una Coca *light*), y después sirvió una picada impresionante: jamón crudo, queso crema (pero del francés, el que tiene la cáscara dura y es blando por dentro), aceitunas negras… ¡lo que quisieras!

No lo podía creer. Yo ya conocía Punta del Este, había estado con Fer, un día que nos fuimos en moto desde Araminda con unos amigos, para conocer cómo era. Recuerdo que estuvimos en la rambla, frente al puerto, todo lleno de veleros. La verdad que precioso. Caminamos un rato y después compramos unos helados. Cuando fuimos a pagar, casi nos da un infarto. Le preguntamos tres veces el precio a la mina, por si habíamos entendido mal. ¡Le tuvimos que dar casi toda la guita que traíamos! De noche, antes de volver, como nos moríamos de hambre, fuimos a McDonald's y compramos unas hamburguesas infantiles de promoción. Volvimos sin un peso.

Esa tarde del sábado, luego de almorzar como reyes al lado de la piscina, volví a pasear por el puerto de Punta. Solo que esta vez ellos me llevaron en su Mercedes Benz descapotable. Después fuimos a tomar unas copas heladas enormes, con chantillí, nueces y *whisky*. Cuando volvimos al chalé tomamos un rato el sol y nos duchamos. Más tarde cenamos en el comedor, viendo unas pelis de acción, que estaban buenas.

La verdad que todo muy normal, no te puedo decir otra cosa. Salvo porque entraba y salía gente de la casa todo el tiempo. A nosotros no nos jodían. Hablaban con uno, hablaban con otro, cuchicheaban, y después se iban. Solo cada tanto entraba un tipo grandote, con una cara de *transa* que se moría, y le decía algo al hombre al oído. Recibía las instrucciones y se iba. A mí me miraba de refilón. Me di cuenta de que no le gustaba verme allí.

Lo otro que me llamó la atención fue la cantidad de empleados que tenían: que chofer, que mozo, que mayordomo, que *chef*, ¡yo qué sé qué más! Y todos de punta en blanco, qué lo parió. Y ellos, por supuesto. Él era alto, rubio, atlético (de esos que hacen muchos fierros, ¿viste?), de unos 40 años, pero parecía de más. Con unas arrugas alargadas que le atravesaban la cara de arriba abajo. Como si fueran cicatrices. Le decían el Sueco. Nunca escuché que lo llamaran por su verdadero nombre, se ve que estaba prohibido. ¿A qué se dedicaba? Parece obvio, ¿no? Aunque el chofer un día me dijo, como al pasar, que antes era *fiolo*. Se ve que "esto" le daba más guita todavía.

Después estaba ella, Candy. Ahí sí que pude pispear el nombre, una vez que me dio su tarjeta de crédito para que se la alcanzara al mozo: ¡Aurora! ¿Querés algo con menos *glamour* que Aurora? Porque ella se creía la reina del *glam*. Andaba pinturrajeada de la mañana a la noche, ¡pero pintada mal! En una casa de masajes que trabajé un tiempo, siempre decían: "El delineado grueso es de *chango*".

No le erraban. Candy había sido un *changazo*: alta (para ser mujer), corpulenta (ahora de más), pelo negro y abundante, con el rostro claro; lo que los tipos llaman un *camión*, o una *yegua*, o *flor de hembra*, y se enloquecen y se pierden corriendo atrás de la mina. Fijate que ahora, con unos cuantos pirulos más, toda operada (todita: los pómulos, los pechos, la cola), igual lo tenía enganchado al Sueco y se daba la gran vida.

Pero a mí me trataban bien, no te puedo decir otra cosa. Después de cenar y ver las pelis, nos trasladamos los tres a su dormitorio e hicimos el amor. Ellos estaban chispeados por el *whisky*, pero de *merca* andaban bien, no estaban muy *arriba*. Al menos delante mío no se dieron la falopa. Nos fuimos los tres una vez, todos entreverados. Descansamos un rato, y después seguimos jugando. A eso de las tres de

la mañana la cosa no daba para más.

El Sueco llamó al mayordomo, que me llevó a uno de los mil cuartos que tenían. Estaba fundida. Pero más por la tensión que por otra cosa, porque “la sesión” fue tranqui, sin cosas raras. Me dormí pensando en Cami. Y en cómo mierda fui a parar a ese lugar y con esa gente.

***

Jonathan *Okey* Fontana, *boss assistant* del Sueco (unos 40 años)

¿Quién les dio mi nombre? ¿Cómo dieron conmigo? No pierdan el tiempo. Miren que no me van a sacar nada.

Es verdad que yo trabajé con el Sueco, él era *my boss*, ¿y qué? Nos conocimos en Miami, mucho antes de venir aquí. Los dos éramos hijos de yoruguas exiliados y nos entendimos enseguida, *you know*. Hicimos negocios juntos, todo tranqui, no te imaginés cosas raras. Cuando él decidió regresar a *Yorugoland*, me vine con él. Y seguimos trabajando juntos unos años más. Eso es todo. Punto.

¿Por qué me seguís preguntando sobre el Sueco, si ya sabés todo? Sí, es verdad. Su viejo, Gonzalo Martínez, se fue a Suecia en la época de los tupas, a finales de los sesenta, antes de la dictadura, porque lo buscaban los milicos. Allá se enganchó con una rubia, Johansen o algo así (en ese país todos se llaman igual). Tuvieron un hijo, pero la cosa duró poco. Y el niño quedó en banderola: tíos, abuelos, albergues juveniles… un desastre. Hasta que empezó a conseguir algunos “trabajitos” y a progresar. Al final hizo guita. Pero ese país, con un frío de cagarse, no era para él. Y se rajó para Miami. Desde que lo vi, en un boliche de South Beach, me dije: Jonathan, pegate a ese tipo, va a llegar alto, no es un “hermano latino”, es diferente, tiene un *touch.*

Enseguida hicimos buenas migas. Su familia era de Pocitos, medio de la *high*. La mía era de Pueblo Victoria, en La Teja, que se fueron por laburo (nada que ver con la política). Todo lo que me pedía el Sueco, yo lo hacía. Me decía: Jonathan, preciso tal o cual mandado. ¡Yo no tenía idea de cómo hacerlo! ¿Sabés qué le contestaba? *Okey, boss*. Siempre. Fuera lo que fuera. No sabés los garrones que me comí. *Okey,*

boss. Con el tiempo *the mother's fuckers* de mis amigos me apodaron *Okey*. Pero yo me fui para arriba y ellos se quedaron en la *fucking* lona. Que se jodan.

No sé por qué te cuento todo esto. Sacate la idea con peine fino: yo hace años que no tengo más nada que ver con el Sueco. ¿Ta claro?

¿Cómo? ¿Ahora me estás preguntando por Baby Bitch? ¿Para eso querían hablar conmigo? No te puedo creer. ¿Y por qué les interesa esa *fucking* gurisa? ¿Que por qué la llamo Baby Bitch? Porque todas lo son, en el fondo eso es lo que les gusta. Además, le puse así porque no me caía bien. El Sueco y Candy se babeaban con esa pendeja de veinte años y la trataban como a una reina. Todo para pasarla para la cueva. Eso a mí me rompía las bolas de una manera…

Aunque en este caso, ta, te reconozco que la guacha era bastante especial, tenía su *touch*: la manera de hablar, de vestirse, de pintarse. Y además, medio rara: cada vez que le ofrecías algo, salía con lo mismo: "Yo no fumo, no tomo alcohol, no consumo drogas". ¿Y entonces qué hacés en la vida, *fucking* boluda?

***

Fátima

Me acuerdo que estábamos con Fer en Araminda, jugando con la compu, cuando una pareja *swinger* se contactó con nosotros. Eran de Punta del Este. No era frecuente. Eso nos gustó. Le preguntamos cuándo. Nos dijeron que ahora. ¿Ahora? Pero si ustedes están en Punta… En una hora podemos estar por allí. ¿Vamos? Nos miramos. Miramos la foto de la pareja. Eran bastante mayores que nosotros, como el doble de edad. Parecían serios (aunque la foto engaña, ¡ojo!).

–Dale –le dije a Fer–, no muy convencida.

Una hora y cuarto después, un enorme Mercedes atravesó el jardín de la casita de los padres de Fer, que nos la habían prestado por un finde largo. Lo manejaba un chofer. Del asiento de atrás bajó una pareja. Ella, vestida a la última moda, pero demasiado pintada. Él, con cadenas y collares que parecían de oro y un bruto Rolex, que se veía de una cuadra. ¡Fijate que el Mercedes no entró en el garaje de la

casita, le quedó como un metro afuera!

Fue raro. Pero fueron simpáticos y atentos con nosotros. Trajeron pila de morfe y bebidas, charlamos un rato y después tuvimos relaciones. A las dos horas se estaban yendo de nuevo. Todo muy *express*. Mientras comíamos, el hombre nos preguntó:

–¿Ustedes qué hacen, chicos?

–Somos estudiantes –respondió Fer.

–Sí, de Ciencias Económicas –acoté yo; era mi orgullo, lo metía siempre que podía, aunque no me lo preguntaran–. ¿Y ustedes a qué se dedican?

Se miraron, sorprendidos, como si la respuesta fuera obvia.

–A los negocios inmobiliarios –contestó el hombre, y ambos se rieron.

***

Sucedió un mes después que Fer me dejó. Yo estaba en la relona. Con lo que cobraba del geriátrico no me alcanzaba para nada. Vivía de prestado: Raquel, mis viejos en Salto (tuve que tragarme el orgullo y mendigarles un préstamo), una compañera de trabajo. Hice unas changuitas de limpiadora, pero casi no tenía tiempo: el geriátrico me comía once horas, entre el horario, más ir y volver. Cami necesitaba cosas nuevas todos los días. Estaba cada vez más desesperada. Ya no sabía qué hacer.

Entonces, una tarde, sonó el celular. Era Candy. Sabía que estaba sola, sabía que andaba mal, sabía *todo*. Quería una *tercera*. Ya iba a decirle que no, para mí era algo como de principios. Pero no me dejó terminar.

–Mirá que te vamos a pagar. Y muy bien.

Me quedé helada. Enseguida capté que era un momento importante de mi vida. Nunca había cobrado por hacer el amor. Un tiempo antes, cuando todavía vivía con Enrique, eso me habría parecido de puta. Pero había vivido situaciones horribles. Y necesitaba tanto el dinero…

Me di cuenta de que estaba por cruzar una línea, una raya, no sé cómo decirte. Que después ya nada sería igual. Respiré hondo, apreté los puños y cerré los ojos.

–¿Y en qué día estaban pensando?

***

Pasé un finde completo con ellos. El chofer vino el sábado de mañana a buscarme a Montevideo en el Mercedes, y me trajo de vuelta al otro día.

Al caer la tarde del domingo nos sentamos a tomar un café, cerca de la piscina. Yo estaba lista para irme.

–¿Cuánto me vas a cobrar? –preguntó el Sueco.

El corazón me dio un salto.

–La verdad que no tengo idea, nunca en la vida le cobré a nadie.

Había pensado en el tema. Unos amigos me dijeron que a una tercera le pagaron 700 pesos. Pero esta gente tenía *mucha* guita. Además, eran de los que les gusta mostrar. Derrochaban plata, hasta el agua mineral era importada. Con mi cabecita de pobre pensé: capaz que si les pido 2000 pesos, no van a querer. No llegué a ninguna conclusión. Peor: la embarré del todo.

–Me dijeron que se paga 700 pesos, pero a mí me gustaría que fuera más…

El Sueco largó la risa:

–¡Qué inocente que sos!

Se paró, manoteó un sobre con un *fangote* de dinero y me lo dio. Lo conté: ¡eran diez mil pesos! No supe cómo reaccionar.

–¡No, no, loco, no! Esto es un disparate.

–Quedate tranquila, esto es un vuelto.

–No te preocupes, está todo bien –intervino Candy, mientras me palmeaba la espalda.

Así que, al final, ellos me consolaron a mí por lo mucho que me habían pagado: aquello fue de locos. Terminamos a las risas.

Un rato más tarde, cuando llegamos al lomo de Punta Ballena, le pedí al chofer que se detuviera. El sol se ocultaba en el mar, por detrás de *Casapueblo*. Hacia el otro lado, un reflejo rojizo iluminaba Punta del Este. Era un atardecer hermoso. Estaba muy confundida. Por un finde a todo lujo en Punta había cobrado lo mismo que por un mes de trabajo en el geriátrico. Había descubierto un nuevo mundo. Pero

también supe, desde ese mismo instante, que entrar en él tenía su precio. Pensé en Cami. Pensé en mí.

–Que Dios me perdone –susurré.

Y supe que no había marcha atrás.

V
LA BÚSQUEDA

San Julián, segunda semana de setiembre, 2008

Aline

¡Qué angustia, *mon Dieu*!

San Julián amaneció paralizada. La noticia corrió como reguero de pólvora y todos querían ayudar. Mi marido, considerado un hombre prudente y enérgico, asumió la tarea de organizar a los voluntarios. Todos sabían, aunque nadie lo dijera, la terrible ley de las desapariciones: las primeras 48 horas eran decisivas.



A media mañana las cuadrillas iniciaron el rastrillaje, bajo las órdenes del propio Manducatti y sus dos ayudantes más cercanos: el suboficial Clemente Orejuela, un mapuche fuerte y retacón, y la cabo primera Lucy González, una morocha de pelo lacio recogido en un moño (como exige la ordenanza policial). Una de las partidas cubrió la ciudad, mientras que la otra recorrió las serranías del Circuito Costero.

Federico quiso ayudar. Yo le insistí en que aprovechara el poco tiempo que le quedaba en San Julián para sus cosas, pero no lo convencí. “Es mi deber”, dijo. En el fondo tenía razón. Fue asignado a la cuadrilla de la cabo Lucy, y al poco rato ya estaba subiendo y bajando colinas. Pero seguro, mal equipado y poco entrenado, terminó muerto de frío y con el Jesús en la boca.

La jornada finalizó sin resultados. Seis horas más tarde, al bajar el

sol, los vecinos se dispersaron rumbo a sus casas, exhaustos y desalentados.

***

Federico Sánchez de la Reina

En el despacho principal de la comisaría, alrededor de una gran estufa de leña, se improvisó algo así como un comité de crisis. Manducatti llevaba la batuta. Estaban el padre Lozano, el suboficial Orejuela, la cabo Lucy, un delegado del intendente, Lonogan y un par de vecinos que, como mi amigo, tenían liderazgo en la comunidad. En mi caso, por tratarse de un “hombre de mundo” y “con buenas conexiones”, como decían, me solicitaron que los acompañara. En aquel momento aún no comprendía por qué eso les parecía tan importante.

Accedí, gustoso, a la vez que miraba de reojo mi reloj: en un par de horas tenía una cita con alguien a quien, por diversas razones, deseaba ver cada vez con mayor ansiedad.

Durante la reunión, la madre de Lorena arribó a la comisaría. Estaba agotada y al borde del descontrol emocional. Manducatti prefirió que se quedara en una habitación contigua, y dio orden a un agente de servirle mate y facturas.

–Envié un aviso a las comisarías de la zona, y a la central en Río Gallegos –nos informó don Ítalo con voz firme–. Mañana continuará el rastrillaje; si no aparece, es porque no está aquí. En San Julián no hay muchos lugares donde esconder a alguien. También arreglé con Prefectura para que vigile la costa. Si por una de esas cosas la chica se arrojó al mar, o la arrojaron, su cuerpo no va a tardar en aparecer en alguna playa.

Varios hicieron preguntas. Manducatti continuó, con el mismo tono enfático:

–Si para el sábado no tenemos novedades, es porque no es accidente, ni tampoco que la chica se haya quitado la vida, como las de Las Heras... –el comisario hizo una larga pausa. Sabía que iba a hacer una afirmación que cambiaría la historia del pueblo para siempre. Los

demás contuvimos la respiración–. En ese caso, es noventa y nueve por ciento seguro que Lorena fue secuestrada… por las mafias de la trata de blancas.

Se produjo un espeso silencio. La angustia se volvió insoportable. Luego se dispararon todo tipo de conjeturas.

Volví a consultar mi reloj. Debía retirarme.

Me excusé y partí, no sin antes escuchar al padre Lozano decir que él hablaría con Los Pinares –organización social con sede en Buenos Aires, muy activa en el tema de la trata, que trabajaba en Río Gallegos en colaboración con la Iglesia–, y a los demás maldecir con rabia a las mafias "de Aguablanca", "de las hermanas Toledo" y, sobre todo, al clan "de los González Bermejo". Y que tal vez a Stefanie le hubiera pasado lo mismo.

Fue también la primera vez que oí hablar de Las Casitas.

***

Entré al *lobby* del Hotel Rambla, sobre la costanera, diez minutos después de la hora acordada. Estaba empapado y muerto de frío, luego de luchar durante varias cuadras con una tormenta de viento y lluvia. No estaba en las mejores condiciones para un encuentro tan especial.

Eché una rápida mirada al *hall*: María del Huerto aún no había llegado. Suspiré aliviado y me instalé en una discreta mesa ratona, rodeada por tres sillones, en un rincón poco iluminado del salón. Quince minutos más tarde su inconfundible silueta se dibujó borrosamente tras los cristales mojados de la entrada.

Estaba vestida con un pantalón negro ajustado, una blusa blanca con un escote en V que no pasaba desapercibido, una sencilla campera oscura de polar y un pañuelo color claro envolviéndole el cuello. Su figura desmentía los 17 años. Se acercó a la mesa con agilidad felina, me dio un beso en la mejilla y se sentó en el sillón a mi lado. Me sorprendió que, a pesar de la hora, utilizara lentes oscuros de sol.

Cambiamos un par de frases sin importancia. Me sentía nervioso y torpe. No me resultaba sencillo encontrarme a solas por la noche con una chavala que podía ser mi hija, en un remoto confín del planeta. Ordenamos un par de capuchinos y tostados. El diálogo siguió por

caminos intrascendentes. Ambos estábamos en una situación embarazosa.

Recién con los primeros sorbos del capuchino la conversación comenzó a animarse:

–Gracias por venir, Fede. Te habrás dado cuenta de que tengo algo para contarte –me dijo, ya más serena y dulce, mientras se quitaba los lentes de sol.

Entonces comprendí por qué los llevaba aquella noche. No era por coquetería o para lucir un enigmático *glamour*. Sus ojos estaban rojos por el llanto y su rostro se veía demacrado.

–Por favor, María, si bien apenas nos conocemos, tú eres muy inteligente… y sabes que no me has pasado desapercibida –le dije con tono protector–. Háblame con confianza, te lo ruego.

–No sé por qué vine a hablar con vos. En realidad, sí lo sé: mis viejos están medio separados, mi padre se la pasa en Buenos Aires... –María comenzó, con titubeos–, y mis amigos de aquí son bárbaros, pero muy ingenuos. ¡Bah!, yo también soy bastante gila, ya vas a ver...

Luego me contó, a grandes trazos, la breve historia de su vida: era porteña, nacida y criada en Barrio Norte, sus padres eran profesionales universitarios de clase media alta, que la enviaron desde chica a un colegio privado de monjas. Un día, un amigo de su padre los entusiasmó a venirse al sur, con la promesa de grandes oportunidades. Era la época de la "plata dulce" y todo parecía posible. Pero la burbuja estalló, los negocios no salieron como estaba previsto y comenzaron las apreturas económicas. Y con ellas los conflictos entre los padres. Oficialmente seguían casados, pero ya estaban en la etapa de "darse un tiempo para pensarlo" y "tener cada uno su propio espacio", que anuncia, y María lo sabía, el comienzo del fin.

–Además... vos me inspirás confianza y me movilizás –recién en ese momento, y solo durante un instante fugaz, sus ojos lanzaron un destello luciferino, que me recordó la noche que nos conocimos. Un momento después su mirada volvió a ser dominada por la angustia.

No supe qué decir. Tampoco yo, a pesar de mis años, tenía una explicación original para el misterio más antiguo de la humanidad.

–Desde comienzos de año, después del verano, me llamaron la atención las cosas con las que se aparecía Lorena...

La historia empezaba a salir a luz. Y confirmaba mi intuición.

–¿Qué cosas? –interrumpí, pensando en drogas o alcohol.

–Lo último, ¿viste? Pilchas de marca, celulares como los que aparecen en la tele, los últimos cedés. Todas esas boludeces que a nosotras nos encantan.

–¿Y tú qué pensabas?

–Al principio no pensaba nada, solo me hacía el bocho imaginándome a mí con todas esas cosas, y preguntándome qué carajo hacer para conseguirlas. Pero tampoco soy ninguna estúpida, enseguida capté que algo raro estaba pasando. Hasta que un día, hace tres meses, luego de dudarlo bastante, la encaré a Lorena.

***

María del Huerto

Estábamos en casa de Lore (una vivienda de bloques y chapa en la calle David Cameron), en su dormitorio (chiquito, pintado de celeste, con pósteres de la Pantera Rosa, y otros de Johnny Depp y Brad Pitt), cuando le hablé.

–¡Pará, boluda, qué zarpado MP4! ¿De dónde lo sacaste? –le disparé, así, sin anestesia. Me moría de envidia, y quería saber.

–Ahhh. ¿Viste…? –me respondió aquella, haciéndose la interesante.

No era la primera vez que me sorprendían las cosas con las que se aparecía Lorena: las zapas Nike flúor, una colección de aretes *supercool*, ¡hasta me confesó que estaba juntando plata para comprarse una *notebook* refinita que vio en Gallegos!

Estaba decidida a insistir. Algunas cosas ya se comentaban en el secundario. Era hora de que me dijera la verdad.

–Mirá, Lore, yo no soy pelotuda... en el cole se dicen muchas cosas. Yo las niego, viste, porque soy tu amiga, pero estoy quedando como una boluda. Prefiero que me digas cómo son las cosas, que yo no te voy a deschavar. Y te voy a poder defender mejor.

–Vos no sabés de lo que estás hablando. Y además no necesito que me defiendas. Me chupan un huevo todas esas pitucas engreídas que nacieron en cuna de plata; nunca les faltó nada y encima andan

hablando mal a espaldas de una pelagatos como yo. Hijas de puta... –sacudió la cabeza, indignada. Y luego fijó su mirada en un crucifijo blanco que colgaba de la pared, sobre su cama.

–Lore, por favor. Vos no sos una pelagatos, venís de una familia de trabajo, eso es todo…

–¿“De trabajo”? ¡Las pelotas! Mi padre es un petrolero, un pobre desgraciado que trabaja día y noche en los campos de petróleo de Pico Truncado, cagado de frío, para traer unos pocos mangos a casa, las dos o tres veces por mes que lo dejan venir. Y mi vieja labura para afuera, dale que te dale, hasta que se acuesta muerta de cansada, con unas ojeras hasta las rodillas.

Lorena dejó de mirar el crucifijo y me clavó los ojos:

–No te engañes: somos unos pelagatos –su mirada se humedeció y se le quebró la voz–. Y yo no quiero vivir así toda la vida.

Nos quedamos en silencio. Afuera el viento rugía, como siempre.

–Todo comenzó hace seis meses, poco después de cumplir los 16...

Y Lore me contó su verdad.

***

–Mi cumple fue un completo desastre, ¿viste?, por falta de guita... Casi no pude invitar a nadie, y terminamos tomando agua con limón, porque se acabó la Coca, y comiendo galletitas porque había cuatro masas locas. ¿Te acordás?

–Sí, me acuerdo –y a pesar de la situación, largamos la risa.

–¡Un papelón con mis amigas! Yo estaba muerta de vergüenza. Cuando ustedes se fueron me calenté mal con mis viejos, y me encerré en mi cuarto. Pero ellos no tienen la culpa, trabajan como bestias, lo que pasa es que en este país la plata nunca te alcanza.

–En casa pasa lo mismo, siempre andamos al mango, pero a gatas llegamos a fin de mes.

–Estaba llorando como desconsolada en el cuarto, cuando entró mi primo, el Nacho, que había venido de Mendoza, de donde somos nosotros. También estuvo viviendo por acá, pero ahora va y viene, “vive en la ruta”, como él dice.

–Sí, me acuerdo del Nacho, bastante rápido tu primo...

–Bue, sí, él siempre fue de salir mucho, de andar en barras, de gustarle la joda. Nacho se sentó al lado mío, me preguntó qué me pasaba, por qué lloraba, y le dije la verdad: que nunca tenía un mango para darme un gusto. Y que estaba reamargada porque veía que iba a trabajar toda la vida, y terminar como mis viejos, sin un puto peso. Nunca iba a llegar a ser alguien –Lore respiró hondo–: Y ahí nomás me lo propuso.

–¿Qué te propuso?

–Bueno, me dijo que en Mendoza, y también en Buenos Aires, había chicas que lo hacían a cambio de algún regalo, no plata, pero sí una atención, y de que te trataran bien...

–¿Cóóómo? –yo no podía creer lo que estaba escuchando.

–Lo que oíste: ¿qué tiene de malo pasar un rato agradable, con alguien que te mima, te trata super, y todavía te hace regalos?

La verdad, no supe bien qué responder. Estaba confundida, la cabeza me daba vueltas. Yo sospechaba algo así. Pero cuando me lo dijo, quedé muerta.

–Pero ¿y vos no eras virgen?

–No, ya había hecho el amor con un primo mayor de Leo, el compañero nuestro del cole. Y fijate: en un baile el muy guacho me empezó a meter mano y a hablarme de cosas maravillosas, de viajes por todos lados, que me iba a llevar a un departamentito que tiene su viejo en Buenos Aires, en Puerto Madero, hasta que nos recalentamos y terminamos en un baldío cerca de la costanera, escondidos entre los pajonales. Hacía un frío de cagarse, pero yo estaba como loca, no sabía ni cómo me llamaba. Pasé pila de nervios, pero terminé disfrutándolo mucho. Y quedé medio enamorada del tipo... Lo anduve persiguiendo algunas semanas, hasta que un día vio que no se podía zafar tan fácil y me invitó a salir. Charlamos un rato, me dijo que yo le gustaba pila, pero que estaba ennoviado y hasta que no dejara a la pende prefería que no nos vieran juntos. ¡Qué hijo de puta! Me pagó un helado y no lo volví a ver nunca más.

Otra vez no supe qué decir. ¿Le podía hablar sobre lo maravilloso del amor y todas esas cosas? Lore se entregó por pasión y solo recibió desprecio. ¿Por qué seguir en la misma?

–Aah... Porque vos nos dijiste que eras virgen, ¿te acordás?, en un

pijama party que nos contamos todo –insistí, cada vez más despistada.

–¿Y qué querías que dijera, si ustedes son todas medio monjas?

Nos reímos un rato. Estábamos nerviosas. Mis preguntas iban para cualquier lado:

–¿Y cómo conseguís los tipos, por internet?

–No, estás mal, eso es peligroso. Mi primo me conectó con un amigo que hace esos arreglos, ¿viste? Me filtra los pibes, que sean bien, educados, que tengan guita. Y de paso me protege, por si se llega a armar despelote.

Me sentí vencida por la situación. Me dio mucha bronca, pero en cierto modo la comprendía. Igual le quise hacer una pregunta más. Y no fue una pregunta fácil.

–Pero Lore... ¿Vos no sentís algo así como que te estás vendiendo?

Se hizo un silencio terrible. Los ojos de Lorena brillaron de furia. Era como si estuviera esperando esa pregunta:

–¿Qué me querés preguntar? ¿Si soy puta? ¿Si soy gato? ¿No entendés que lo único que quiero es pasar un rato lindo, con alguien que me trate bien y me banque algún gustito?

Su voz se quebró, largó las lágrimas y miró de nuevo el crucifijo blanco, regalo de su vieja.

Yo la adoro a Lorena. Eso está por encima de todo. Y para ser sincera, en el fondo de mi corazón y contra mi voluntad, yo sentía cosas parecidas.

–No te enojés conmigo, Lore, perdoname, yo te quiero como sos.

Nos abrazamos con fuerza, y lloramos un largo rato.

***

Aline

¡Ay, este Federico! Edwin miró su reloj, impaciente: las ocho en punto. Era noche cerrada. Había sido un largo día, tormentoso y triste. Al atardecer el temporal se desató, castigando a los que andaban afuera. Pero eran muy pocos, ¿a quién se le podía ocurrir salir con semejante día?

Yo estaba preparando la cena. A mí me gusta cocinar. Ese día, a

pesar de la amargura que sentía, me esmeré más todavía. Se necesitaba tanto una comida de hogar…

Edwin estaba inquieto. No quería que la cena se demorara, para poder estar cuanto antes metido en la cama. Al otro día continuaría la búsqueda de Lorena. Y Federico debía viajar a Río Gallegos. Los esperaba una dura jornada. No dije nada, *pour ne mettre pas de l'huile sur le feu*.

¿Dónde se habría metido su amigo?

***

Federico Sánchez de la Reina

Escuché el relato de María sin hacer comentarios. Mi deber era apoyarla en ese momento tan duro, en que tuvo la valentía de abrir su corazón. Y confió en mí, un forastero al que apenas había visto media docena de veces en los últimos días.

–Me falta lo más importante, lo que más trabajo me da contarte...

Sus palabras me sacudieron. Y, debo confesarlo, me alarmaron.

–No te preocupes, estoy orgulloso de ti –le dije, y era lo que en verdad sentía: admiración por esa joven altiva pero indefensa, que optó por no callar–. Todo va a estar bien.

–En estos meses Lorena se sinceró conmigo, y me contó todo: los tipos que conoció (tres en total), los regalos que le hicieron y cómo se las arregló para que sus viejos no sospecharan nada. En realidad, estaba contenta, aunque preocupada porque su primo Nacho estaba tomando mucho y había empezado a hablar de más. Incluso tenía miedo de que se estuviera falopeando. Si sus padres o amigos se enteraban, ella se moría. Lore me dijo que yo era la única que sabía.

En ese momento se acercó la mesera, trayendo otro par de capuchinos y una humeante *pizza* con *mozzarella* y *pepperoni*.

María del Huerto carraspeó, aclaró su garganta, y –sin levantar la mirada de la mesa– comenzó a hablar, con una voz que apenas se escuchaba.

–Varias veces Lorena me invitó a acompañarla. Siempre le dije que no, que me moriría de vergüenza, que además… yo era virgen y quería

seguir así hasta que conociera a mi Príncipe Azul… –se sonrojó, con una timidez inusual en ella–. De todos modos, yo me seguía haciendo la cabeza. Veía a Lore siempre a *full*, mientras yo andaba con mis cositas como del Once, y me moría de envidia.

María preparó el terreno para el momento más difícil:

–Hasta que hace una semana me pidió para reunirnos de apuro, en el café que vos vas siempre, ¿viste? Y allí me dijo que Nacho, que era algo así como su agente (María subrayó esa palabra, con desdén), la tenía cansada, y que se quería independizar.

Recién allí bebió un sorbo de café, como para juntar energías.

–Que había dos ejecutivos jóvenes, un español y un porteño, que ella ya los conocía, pintunes y con mucha guita, reeducados, tipos bien, que la llamaron de Buenos Aires y que querían encontrarse con ella y con una amiga, a tomar unos tragos y compartir un par de horas, el martes a eso de las seis... Y que ella había pensado en mí.

María enmudeció: parecía decidida a no continuar su relato. Estiré mi mano sobre la mesa y comencé a acariciarle el brazo con delicadeza, alentándola.

–Cuéntame todo, es la única manera de poder ayudarte.

–Le dije que si estaba loca, que ya le había dicho que no, y que además no quería perder mi virginidad... Entonces me dejó helada: me dijo que “ya se lo dije”, y que “a uno de los tipos le pareció divino, que me quedara tranquila”, que “solo quería franelear un rato, que después le hiciera un pete y listo”... ¿Sabés lo que es eso? –le dije que no hablaba mucho argentino, pero que algo había aprendido, y me sonreí levemente–. El tipo le aseguró que me iba a regalar una *laptop* supernueva, si a mí me gustaba, y que me iba a tratar como a una reina.

»Así estuvimos: que sí, que no, como una hora. Lore me decía: animate, esto no tiene nada que ver con la prosti, además, si no perdés la virginidad no sos gato, nadie te va a poder decir nada...

»Al final me decidí, no sé por qué lo hice: le dije que solo dos horas, que no podía llegar a mi casa después de las nueve y no sé cuántas condiciones más.

»Ella me dijo a todo que sí, que me quedara tranqui, que todo iba a salir bien... ¡Si hubiera sabido!

El martes de noche, un cuarto antes de las seis, María del Huerto salió de su casa, ligeramente maquillada y vestida un poco más llamativa de lo habitual, para "encontrarse con unas amigas". Su corazón latía fuerte mientras luchaba contra el viento por avanzar. Había quedado con su amiga de encontrarse a las seis en punto en el Hotel Victoria, ubicado en el barrio residencial al este de la ciudad. Pasados unos minutos de la hora, María dobló la esquina del hotel. Vio a Lorena en la puerta, a una cuadra de distancia, que se paseaba de un lado a otro, nerviosa. Apuró el paso.

De repente, un antiguo Ford Falcon apareció entre la niebla y se detuvo al lado de su amiga. Dos hombres corpulentos bajaron con gorros de lana y los rostros cubiertos por bufandas. La agarraron de los brazos y, en un abrir y cerrar de ojos, la zambulleron en el asiento trasero.

Durante un instante la mirada horrorizada de María se cruzó con la de su amiga del alma. Luego solo pudo ver las piernas de Lorena sacudirse con desesperación, mientras el vehículo se alejaba a toda velocidad.

Quedó temblando de terror en medio de la noche. Intentó guarecerse a la vuelta del hotel, para calmarse. No sabía qué hacer. Estaba desesperada. Enseguida comprendió que no podría hablar de lo sucedido con sus padres o con sus amigos. La vergonzosa verdad saldría a luz, y sería un escándalo. ¿Qué hacer, con quién hablar?

***

Todo había sido dicho.

María no levantó su mirada de la mesa.

Desde hacía un buen rato sus ojos estaban inundados de lágrimas. Sin embargo, el tono de su voz –determinado y sombrío– no cambió. Sabía que debía terminar su historia, y lo hizo.

Ambos nos paramos al mismo tiempo. Y en aquel rincón apenas iluminado del mundo, por primera vez abracé a María. Tierna y firmemente, contra mi pecho, mientras sentía cómo su respiración, al inicio desbocada, se apagaba serenamente.

–Todo va a estar bien.

Afuera el viento soplaba fuerte. Pero la tormenta había calmado.

VI
NUNCA TENDRÉ DUEÑO

Barrio Reducto, Montevideo, un sábado de marzo de 2007

Jonathan *Okey* Fontana

Sé que el Sueco y Candy recomendaron a Baby Bitch a otras parejas. No solo eso. Me pidieron que les escribiera un comentario sobre cómo era la pendeja en la cama, para ponerlo en una página de sexo. ¿Que qué les respondí? *Okey*, *my boss*, por supuesto. Total, si se enganchaba con otros y se la sacaban de arriba, mejor para todos. Ya iba a aprender lo que era andar solita, haciéndose la loca, sin que nadie la protegiera.

Después me contaron que en la página de internet aparecieron otros comentarios sobre Baby Bitch, todos dándole para adelante. Si eran como el mío, que nunca la había visto en cueros, más de uno se debe haber llevado el tal clavo con la pendeja.

***

Fátima

Recuerdo que fue un sábado, muy tarde por la noche. O tal vez ya fuera domingo de madrugada. Ese día Camila se durmió temprano, lo que me dio algo de tiempo para perder en mis cosas. Me preparé un café, prendí la compu y me puse a navegar por internet.

Con Fer nos habíamos registrado como "pareja" en un sitio llamado *LugarEncuentrosSex*. Mirábamos videos, chateábamos con parejas *swinger* y, a veces, arreglábamos un encuentro. Luego de la separación también me registré sola, con mi perfil, como "mujer". Cada tanto entraba, a ver qué novedades había. Pero yo estaba en otra, le daba

poca bola.

Como supondrás, después de lo de Punta muchas cosas cambiaron. Sobre todo en mi cabeza. Con lo que me pagaron tapé agujeros y achiqué deudas. También le hice algún gustito a Cami.

Esa noche, cuando entré al sitio, me sorprendí: varias parejas habían colgado comentarios sobre mí. ¡Y las cosas que decían! “Venus tierna y educada, una delicia”. “Nuestro encuentro fue tan dulce como ardiente, me recordó la primera vez”. Alguno tenía delirios de escritor: “Una diablita en la cama, que te transporta a un divino infierno”. ¡Me morí de vergüenza! Pero me gustó que me elogiaran. Yo había creído en el amor para siempre, “en salud y enfermedad”, que me iban a “amar y respetar”, y me cagaron a palos. No me sentía culpable de nada.

De repente se conectó “Jovenymaduro”.

–Una pareja amiga me dijo que te podía interesar salir.

–Depende… –respondí. Fue lo que me salió en ese momento. Pero no te voy a engañar: no bien lo escribí, me di cuenta de lo que quería decir. Y lo envié igual.

–Son unos amigos del Este. Me hablaron maravillas de vos. Yo también te voy a tratar bien.

–Cuándo te gustaría que nos viéramos?

–Ahora, dentro de un rato, cuando puedas.

–Esta noche no puedo, pero mañana sí –era la verdad; pero también una forma de saber cuánto interés tenía.

–Qué macana! Había pensado en esta noche. Pero si no podés, arreglamos para mañana.

Nos pusimos de acuerdo en la hora y el lugar.

Cerré la sesión y me acosté. Casi no pegué un ojo en toda la noche. Mis preocupaciones eran de todo tipo. De las más inocentes a las otras. Desde cómo lucir más *sexy* para no defraudar a mi primer cliente, hasta preguntarme si no me estaría cagando la vida, y de paso, también la de Cami. Pero eran preguntas sin respuesta. No conocía nada de ese mundo.

¿Si eso me excitaba o me asustaba? Yo qué sé… La cabeza no me

daba para tanto. Estaba al límite. Lo único que tuve claro era que había una sola forma de saberlo: conociendo a mi primer cliente.

***

La primera vez que "ellos" se comunicaron conmigo, no le di importancia.

En las últimas semanas, varios comentarios sobre mis *habilidades* habían aparecido en *LugarEncuentrosSex*. Era pura exageración, pero se ve que llamaron la atención. El celular sonó a las tres de la tarde, un día de semana. Miré el captor: número desconocido. ¡Qué raro! Atendí.

–Hola, Fati. ¿Cómo estás?

–¿Te conozco?

–No… Pero nosotros a vos sí. Vimos que te está yendo muy bien, que sos un volcán en la cama.

–No es para tanto –me sonreí–. Pero ¿de dónde sacaste mi número? ¿Y quiénes son ustedes?

–Mirá, vos hacé lo que te parezca –ignoró mis preguntas–; pero yo pienso que te conviene trabajar en un lugar fijo, tener alguien que te cuide, porque este es un mundo de mierda, ¿sabés?

–Bueno, no sé quién sos… Pero igual te agradezco la llamada y que te preocupes por mí –yo era tan ingenua (por no decir estúpida), que de verdad pensé que le preocupaba–. Pero por ahora voy a seguir por mi cuenta.

–Pensalo, Fati.

–Sí, sí.

Colgamos. Me sentí muy rara. Pero peor me sentí dos semanas después, cuando me volvió a llamar. Su tono había cambiado por completo.

–Hola, chiquita, veo que seguís muy activa.

–Bueno… se hace lo que se puede –no supe qué decir.

–A ver cuándo te decidís, mirá que no te vamos a esperar toda la vida.

Recién en ese instante comencé a entender.

–¿Y ustedes qué quieren que yo haga?

–Nosotros te damos todo: la casa y los clientes. No tenés que

ocuparte de nada. De lo que cobremos, una parte es para nosotros y otra para vos. Y te protegemos de todos: la cana (tenemos todo arreglado), los clientes golpeadores (si te tocan un pelo, les rompemos el culo) y de algún otro *fiolo* medio despistado que se quiera meter con vos, sin saber que sos nuestra.

Cuando escuché sus últimas palabras, me puse a temblar. Yo había oído hablar de *fiolos* que eran *dueños* de sus *novias*, que se dividían los *territorios*, y que si uno se metía donde no le tocaba, se armaba una *guerra*. Lo vi mil veces, en las pelis y en las seriales de tevé. Pero yo con eso no tenía nada que ver. Ese no era mi mundo.

No terminaba de darme cuenta de que ese *no había sido* mi mundo. Pero ahora las cosas habían cambiado. Y en mi estúpida ingenuidad pensaba que todavía podía escapar a sus reglas.

–Dejámelo pensar un poco…

–Tony, decime Tony.

–Sí, dejame ver cómo hago, Tony, ¿te parece?

–Está bien, pero no te demores, Fati, ¿*tamo’*?

Corté y me puse a llorar. No tenía la menor idea de cómo salir del terrible despelote en que me había metido. Sin embargo, una cosa tenía clara: nunca, pero *nunca*, un *fiolo* sería mi *dueño*. Por Cami y por mí.

Nunca. Estaba dispuesta a lo que fuera para impedirlo.

VII
OFICIALMENTE DESAPARECIDA

Río Gallegos, Argentina, segunda semana de setiembre, 2008

**Ayelén, asistente social,
voluntaria de la organización Los Pinares (33 años)**

El padre Lozano me sobresaltó con su llamada. No sé a qué hora fue, pero era muy temprano. Yo había escuchado sobre lo de San Julián y estaba preocupada. Me avisó que un profesor español viajaba para Gallegos, y nos pidió que lo recibiéramos. "Parece que tiene buena información", me dijo, "y es alguien importante. Además, es una persona de bien", agregó.

Siempre pensé que Mamerto tenía buen ojo para las almas.

Quedamos para las dos de la tarde.

***

Federico Sánchez de la Reina

¿Sabes una cosa? Desde que imaginé aquel viaje al sur, pensé en Río Gallegos.

No sé bien por qué. Tal vez por el relato de Pigafetta en su diario de viaje: ese estuario fue la última recalada de la Armada, antes de doblar el cabo de las Once Mil Vírgenes y descubrir el estrecho entre los océanos. Allí los marinos vivieron días de desesperación, cuando la ilusión se desvanecía.

O quizá por los relatos de mi padre sobre aquellos páramos desolados y sus estancias sin fin, donde las costumbres de los gauchos se mezclaban con las tradiciones de colonos y aventureros británicos, escandinavos, centroeuropeos.

Desde el comienzo acordamos reservar el viernes para una escapada a Gallegos. Ahora todo había cambiado. El galés no sería de la partida. Pensé en suspender el viaje. Pero la conversación con María del Huerto le dio un giro inesperado a la situación.

Desde el momento en que me separé de ella, supe que ingresaba en un terreno peligroso. Si no informaba a la Policía de lo que sabía, me convertiría en cómplice. Pero si lo hacía, destruiría la vida de una joven que confió en mí en el momento más duro de su juventud. Por otra parte, lo que ella sabía era poco y nada.

Decidí actuar. Y rápido.

El padre Lozano, servicial, me arregló un encuentro con gente de Los Pinares, organización social dedicada a la búsqueda de chicas desaparecidas. Además, por mi cuenta y riesgo, decidí dar una vuelta por Las Casitas y hacer algunas preguntas.

***

Partí muy temprano por la mañana. Edwin me prestó su moderna Toyota doble cabina. Y Aline, siempre protectora, me preparó una viandita en una cesta de mimbre, como aquellas de las excursiones escolares.

Los 350 kilómetros que separan San Julián de Río Gallegos, bien pavimentados y con escasas curvas, permiten reflexionar. Y explican muchas cosas. A diferencia del centro y norte de la Argentina, o de mi adoptivo Uruguay, y ni que hablar de Europa, cuando se recorre la Patagonia austral no se ven villas o poblaciones. Cada tanto pasamos frente a una portera, o divisamos a lo lejos el casco de una estancia o la solitaria casa de un puestero. No se ve gente por ningún lado. A lo largo de este recorrido, comparable al que separa Buenos Aires de Rosario, o Madrid de Valencia, solamente atravesé una pequeña población y un par de minúsculos caseríos. Fuera de ellos, nada.

La soledad abruma. El paisaje, en cambio, es exuberante. Exuberante y sobrecogedor. Existen lugares de otro planeta: el Gran Bajo de San Julián (ubicado cien metros bajo el nivel del mar), el cajón del río Santa Cruz o la reserva del monte León. La sensación es de inmensidad. La presencia humana, insignificante. Escasa vegetación,

abundantes pedregales. Solo los guanacos y las ovejas son una compañía permanente.

Imaginé la feroz angustia de esas chicas engañadas o forzadas a marchar hacia el sur –quizá provenientes de Tucumán, del Chaco o de Paraguay–, al ver por primera vez esos inconmensurables paisajes. Cada tanto, una loma interrumpe el horizonte. Tal vez, en esos momentos, en sus almas haya nacido una tenue esperanza. Pero basta coronar la colina para contemplar ¡otra vez! la misma visión: las matas verdeamarronadas y el suelo áspero y chato que se extiende hasta el infinito.

Qué lejos quedaron los olores del barrio, la pegajosa humedad en la piel, las tardes cálidas y perfumadas. Qué impresionante melancolía habrán sufrido aquellas muchachas al ver cómo la soledad, el silencio y el viento enterraban sus sueños adolescentes.

***

Ya cerca de Gallegos, el paisaje se vuelve más variado: cerros y cursos de agua aparecen, aquí y allá. Se intuye la presencia del hombre. El camino se recuesta al río y la ciudad, plana pero muy extendida, surge de repente a nuestros pies.

No es una pequeña ciudad. Hoy supera los cien mil habitantes y crece con rapidez, al impulso del petróleo, el gas, el carbón, las ovejas, la burocracia estatal, y –en tiempos recientes– el turismo. Junto con Ushuaia –en la isla de Tierra del Fuego– y Punta Arenas –en Chile–, conforman un triángulo ubicado en la región más austral del mundo, a un paso de la Antártida, habitado por un tercio del millón de personas. ¡Impresionante!



A primera vista no parece demasiado interesante. Sin embargo, tiene su encanto. Las edificaciones de la “arquitectura pionera”, que salpican la ciudad, el imponente estuario del río Gallegos, el clima fuerte, el aire puro. Nació en 1885, cuando se estableció la Prefectura Marítima, el teniente Del Castillo inició una explotación de oro y el francés Gaston Voille abrió un almacén. La declaratoria de capital provincial, en 1904, disparó el crecimiento de los funcionarios públicos.



Ese crecimiento de la población, inusual en estas tierras del sur americano, fue posible gracias a sucesivas oleadas de inmigrantes: empresarios, técnicos y trabajadores venidos de toda la Argentina y también del exterior. Ese crecimiento, inestable y desordenado, generó oportunidades para muchos. Y cuando hay oportunidades, en este lugar remoto, los primeros en llegar son los hombres. Solos. Y permanecen solos largas temporadas, hasta asegurar su puesto de trabajo y algún ahorro para traer a sus familias. O resignarse a bajar los brazos y regresar con las manos vacías.

Estos miles de hombres solos, trabajando en condiciones duras y soportando un clima extremo, donde nieva las dos terceras partes del año, el invierno es interminable, los días son cortos y el viento ruge siempre, son una presa fácil. Abundan el alcohol, las drogas y la prostitución.

Y si en otras épocas, que hoy los lugareños añoran, algunas mujeres hicieron del "más viejo oficio" un "trabajo rentable", hace ya tiempo que las mafias de la trata de mujeres fueron tras ese negocio. Hincaron sus garras sobre la presa. Y no la largaron hasta quedarse con ella.



***

Era mediodía cuando ingresé a Río Gallegos. Me detuve en el

agradable Club Británico, que conocía por los relatos de Bruce Chatwin, y disfruté de un aperitivo. Aunque no tuve la misma suerte que Butch Cassidy, que en 1905 fue invitado por el gerente del banco de la ciudad a almorzar y jugar al billar en la sala más exclusiva del Club. Al finalizar mantuvieron una reunión, que terminó con el gerente y sus empleados atados, mientras Butch, Sundance Kid y Etta Place desaparecían en los Andes con el dinero del banco.



Pronto volví a la realidad: era hora de reunirme con la gente de Los Pinares.

La Catedral de Río Gallegos, dedicada a Nuestra Señora de Luján, llama la atención. Construida por el padre Juan Bernabé en los tiempos fundacionales, con el campanario y un hermoso reloj dominando su fachada, es un extraordinario ejemplo de la cálida arquitectura patagónica, con su sabio empleo de la madera y el enchapado de zinc.

A media cuadra de la Catedral, en un salón cercano al Colegio Salesiano, me aguardaba una pareja de unos treinta años. Reconozco que me parecieron demasiado jóvenes, dado lo delicado de los temas a tratar. Ambos vestían pantalones de jean. La muchacha, rubia, de pelo lacio y estatura mediana, lucía blusa y buzo rompevientos, en tonos de rosa. El varón, un poco más alto, pelo negro y crespo, estaba con una camisa leñadora y una campera de polar.

***

Ayelén

–¡Bienvenido! ¿Cómo le va?

–Muy bien, ¿y vosotros?, un gusto conoceros.

–Yo soy Ayelén, le presento a mi compañero Jorge Luis.

–Encantado.

–El padre Euclides nos habló de usted. ¿Podemos repasar la historia?

Nos sentamos, mientras Jorge Luis preparaba tres tazas de café instantáneo.

–Vale. Sí, cómo no, en todo lo que pueda ser útil estoy a vuestra disposición –respondió, decidido–. En realidad, las chicas desaparecidas en San Julián son dos: Stefanie, de 16, y Lorena, de 17 años...

Entonces el profesor Sánchez nos relató la desaparición de Stefanie, a comienzos de agosto. Reconozco que de entrada me pareció un tipo bien, pero demasiado formal. Y hasta ingenuo, para ocuparse de un tema tan complejo.

–Pero su madre lo niega, ni siquiera hizo la denuncia policial; dice que está con una tía aquí, en Gallegos. Ahora, cuando le pedimos la dirección para verla, dado que yo venía para acá, nos dijo que la había perdido.

–No hay duda de que la tienen amenazada. Se siente sola y desprotegida. No va a largar nada, salvo que vea que la piba corre peligro. Una madre siempre es una madre.

–El otro caso, el de Lorena, es mucho más grave, porque tengo información confidencial, de la cual me comprometí a no revelar la fuente, de que fue secuestrada.

Y allí el español se despachó con un relato pormenorizado de lo sucedido. Nos quedamos de una pieza. Es verdad que dudó bastante sobre qué contarnos y qué no. Pero sabía de lo que hablaba. Una se da cuenta de esas cosas. Y la verdad que nos sorprendió. El ingeniero creció a nuestros ojos.

***

Federico Sánchez de la Reina

–Nosotros respetamos sus silencios, pero no tenemos más remedio

que hacerle todas las preguntas que sea necesario –me dijo Jorge Luis, mientras repartía los cafés–: ¿Por qué la secuestraron? ¿Andaba Lorena en algo raro, que usted sepa?

Comprendí que estos muchachos tenían más oficio de lo que suponía.

–Sí, atendía algunos clientes que le conseguía un primo suyo, ¿me explico?

–Por supuesto.

–La noche que desapareció, siempre según la misma fuente, Lorena quedó de encontrarse en un hotel con una amiga para atender a dos clientes que ella conocía de antes, un argentino y un español...

–¿Ah, sí? ¿Y tiene sus nombres? –interrumpió Jorge Luis.

–No, pero se pueden conseguir en el hotel. Aunque dudo que sean de utilidad: nunca se encontró con ellos. Cuando estaba en la puerta del hotel, dos hombres se bajaron de un Falcon y se la llevaron a la fuerza.

Los jóvenes sacudieron la cabeza con una mezcla de furia y horror.

–Qué raro –intervino Ayelén–. ¿Por qué se la llevarían? Si parecía estar trabajando con normalidad...

–Sin embargo hay un detalle que me parece importante: Lorena estaba desconforme con su primo (apodado Nacho), que era su agente, y decidió independizarse. De hecho, este era el primer trabajo que hacía por su cuenta...

–¡Claro, eso lo explica todo! –saltó Ayelén, sin dejarme terminar la frase–. Eso es inaceptable para ellos.

Se produjo un amargo silencio.

–Por eso les decía que este caso me parecía más grave...

–Graves son los dos –volvió a interrumpir Ayelén, con respeto pero con determinación–: No solo por tratarse de vidas humanas, sino porque cada situación, a su manera, tiene rasgos preocupantes.

–Stefanie es una presa fácil, nadie la está buscando, no hay denuncia, la van a exprimir hasta el final –comentó el muchacho, cabizbajo–. A Lorena la deben considerar valiosa: cometieron un delito grave para retenerla, es un caso peligroso para ellos. Sin embargo la chica parece bastante independiente, no se va a dejar quebrar tan fácilmente.

–¿Tiene fotografías de ellas? –preguntó Ayelén.

–De Lorena sí, tengo varias. Pero de Stefanie la madre no quiso darnos, y las que tenían las amigas a mano no están muy bien.

Miramos las fotos con detenimiento. Hasta ese momento yo no lo había hecho. Ver las miradas y las sonrisas de chicas desaparecidas produce una terrible conmoción. Uno se queda admirando un bello detalle en la comisura de los labios o en la forma de las cejas, y de repente, bruscamente, cae en la cuenta de que tal vez ese rostro y esa mirada ya no existan, que hayan desaparecido para siempre de la faz de la Tierra, arrasados por una banda de hijoputas que nunca debieron haber nacido.

Jorge Luis solicitó quedarse con un par de fotos. Accedí. La de Stefanie estaba borrosa, así que se la describí lo mejor que pude: una hermosa parda –así suelen llamar en el sur americano a las mulatas– de ojos amarronados, estatura mediana y formas curvilíneas.

–Hoy mismo vamos a hacer circular estas fotos y la descripción de Stefi entre nuestra gente –dijo Jorge Luis. Luego clavó sus ojos negros en los míos–: Nosotros tenemos gente adentro.

–¿Cómo que adentro? No entiendo.

–*A-den-tro* –repitió, subrayando cada sílaba.

Luego, sin hacer alharaca, me mostró las cámaras de televisión que empleaban para las grabaciones secretas. ¡Tenían el tamaño de un botón de camisa!

Estos muchachos y “su gente” me provocaban cada vez mayor asombro.

***

Eran apenas las cinco de la tarde. Pero la noche ya comenzaba a adueñarse de las calles en ese extremo magallánico del mundo. Hablamos un poco más. Luego Jorge Luis resumió sus expectativas:

–Si identificamos a alguna de ellas, te avisamos de inmediato a vos y al padre Lozano. Solo a ustedes dos.

–Pero ¿y a la Policía no le van a avisar?

–No sabemos hasta dónde llegan las ramificaciones de la trata, pero que hay milicos y comisarios metidos, no hay duda. Y es imposible saber cuáles están metidos y cuáles no. Además, por más que

cayéramos en buenas manos, lo que va a hacer la Policía es ahuyentar a los culpables, no te quepa la menor duda.

–Y entonces, ¿cómo sería vuestra estrategia? –pregunté, preocupado.

–Una vez que identifiquemos a la chica, hacemos la denuncia ante una fiscal y una jueza especializadas en el tema. Y que van para adelante, ya lo han demostrado muchas veces. La jueza emite la orden de allanamiento y ahí cae la Policía. Todo tiene que ser muy rápido –afirmó Jorge Luis con seguridad.

–¿Y a la muchacha le avisan antes?

–No, porque su reacción es imprevisible. Por lo general el miedo a las mafias es más fuerte que sus ansias de liberarse, por lo que alertan a sus captores, aunque parezca mentira –explicó el joven, con tristeza; aunque luego su rostro se iluminó–: En cambio, cuando la liberación les llega de improviso, cuando ni siquiera entienden bien lo que está ocurriendo, su reacción es maravillosa: lloran de alegría... No pueden creerlo.

–Pero en ese momento, el día del allanamiento, es cuando vos entrás en acción –dijo Ayelén.

–¿Yo?

–Vos sos europeo, y además tenés buenos amigos en todas partes: tus amigos van a tener que hacer un par de llamadas. Al jefe de Policía y al intendente de Gallegos, por ejemplo, interesándose por la situación. Lo mejor sería que fueran parlamentarios. No va a venir nada mal que se sientan observados –remató la joven.

–Cuenten conmigo. Hablaré con algunos amigos en el Congreso de los Diputados, para cuando llegue la ocasión.

Era una situación muy difícil. Pero al menos vislumbré una tenue luz al final del camino.

–La mala noticia es que esta gente rota a las chicas cada mes, las llevan de un prostíbulo a otro, e incluso las cambian de ciudad, si la cosa se complica: lo llaman “cambio de elenco” –explicó Ayelén–. Y si saben que las buscamos, con más razón. Así que, don Federico, hay que moverse rápido y con mucha discreción, para no levantar la perdiz.

Justo en ese momento estaba por decir que por la noche daría una vuelta por Las Casitas, pero no me animé. En cambio, les pregunté:

–¿Y cuál es la buena noticia?

Jorge Luis me volvió a mirar con sus penetrantes ojos negros:

–Que esta gente, por lo general, no mata.

–Lorena parece una chica fina, vale mucha plata para ellos; la van a explotar… pero la van a cuidar –completó Ayelén–. Como un estanciero con sus caballos de tiro: para ellos son bestias de trabajo, y tienen valor.

La comparación era brutal, pero cierta.

–Además –retomó el muchacho–, lo principal es la perseverancia. Si uno los sigue, al final sueltan la presa: prefieren largar algo, a poner en riesgo todo el negocio.

Salí reconfortado de aquella reunión. La nobleza de estos jóvenes en medio de tanto sufrimiento me devolvió la fe que siempre cultivé en la bondad del ser humano.

Afuera la noche era completa y el viento polar se había desencadenado con furia.

–Volveré para ver el rostro de las chicas en el momento de su libertad, lo prometo –les dije con entusiasmo.

–¡Si Dios quiere! –me respondieron.

Ya en la vereda, desafiando la ventisca, nos despedimos los tres con un abrazo. Cuánto aprecio nos unía, en tan poco tiempo. Me calcé la gorra de lana hasta las orejas, ajusté la bufanda y me fui.

En la plaza frente a la iglesia, los árboles –inclinados para siempre por el viento dominante del sudoeste– arrojaban sombras espectrales. Durante un instante, en la noche helada, contemplé la hermosa Catedral iluminada.

–Si Dios quiere –repetí para mí mismo.



***

Lucy González, cabo primera de la Policía Provincial, comisaría de San Julián (35 años)

Era tarde por la noche. Mi comisario entró a la oficina. Estaba muy desanimado.

–¡La puta madre que los parió! –eso fue lo que dijo, disculpe las palabras, señor. Golpeó la mesa y nos miró a uno por uno.

Después vichó un rato el mapa de San Julián que estaba colgado en la pared, donde marcamos con crayolas las áreas de rastrillaje, ¿vio? Habíamos buscado en todas, durante dos días, ¡y nada! Me miró a mí:

–No tengo más remedio… Comuníqueme con el jefe de Policía en

Gallegos.

Nadie dijo nada, pero nos dimos cuenta de que estábamos jodidos, perdonando la expresión.

–Mi comisario: está en línea el asistente, ya le comunican.

Don Ítalo manoteó el teléfono y se preparó para lo que debía informar, que no era moco de pavo:

–¿Jefe Otero? Comisario Manducatti en línea, jefe. ¿Cómo está? –me sorprendió ver a mi comisario, siempre tan duro, con la voz casi quebrada–. Le quiero informar que hace 48 horas desapareció la femenina Lorena Riqué, argentina, de 17 años de edad, estudiante del secundario. Hemos pesquisado toda la zona, siguiendo el procedimiento de rigor y no encontramos ningún indicio de su paradero.

Como el silencio era sepulcral, pudimos escuchar las palabras del jefe:

–Comisario... ¿Usted tiene claro lo que eso significa?

–Sí, jefe. Siguiendo el Reglamento, a partir de este momento vamos a declarar a Lorena Riqué oficialmente desaparecida.

Don Ítalo colgó y nos miró a los ojos:

–Esto nunca había pasado en nuestro pueblo.

TERCERA PARTE
CHICAS

Chicas en busca de problemas,
chicas al teléfono que nunca suena.
Chicas que esperan el día,
chicas perdidas sin ninguna compañía.

ZUCCHERO

I
YULIANA

Río Gallegos, segunda semana de setiembre, 2008

Karla Finocchiaro,
fiscal federal de Río Gallegos (50 años)

La primera vez que oí hablar de Lorena Riqué fue un viernes de noche, muy tarde. Me llamó Otero, el jefe de Policía. Lo recuerdo bien porque llovía mucho, y yo había salido con unas amigas. El comisario Manducatti, de San Julián, acababa de informarle la desaparición de esta joven.

Sí, fue un mazazo. Ya sabíamos que las mafias de la trata estaban por todos lados. ¡Pero San Julián! Este es mi trabajo. Trato de no hacerlo personal. Pero fue como gritarnos en la cara que ellos podían hacer lo que querían. Que la vida no valía nada. Y que todo lo que nosotras hacíamos, con tanto esfuerzo, servía para muy poco. A la mañana siguiente, me reuní con la jueza Graziella Ducatti. Ambas supimos, sin decirnos nada, que este sería un "caso bisagra".

No podíamos fallar.

***

Federico Sánchez de la Reina

Y pensar que hay quienes las comparan con las de Ámsterdam o Berlín. Qué patético. ¿Cómo describírtelo? Vidrieras iluminadas, detrás de las que se exhiben chicas en poses provocadoras, luciendo minúsculas tangas y pechos desnudos, para atraer a la clientela. Los nombres de Las Casitas –en coloridos carteles de neón– son una nota surrealista: Gina, Old Smuggler, Diosas del Sur...

Cuarenta “casas de tolerancia” se apiñan en tres manzanas del barrio de la Terminal. Están pintadas de colores estridentes: rosado, fucsia, azul violáceo, verde, naranja, y en sus interiores cursimente decorados no faltan la barra y el “caño”.

La modestia de Las Casitas, con sus calles de ripio encharcadas por las frecuentes lluvias, sus malezas y sus perros vagabundos, no preocupa a los numerosos clientes: turistas, hombres de negocios, hacendados, viajantes, trabajadores con su sueldo recién cobrado y ciertos funcionarios públicos (que gozan de trato preferencial). Por el contrario, esa precariedad parece ser parte del atractivo. La cantidad y calidad de los coches estacionados a sus puertas así lo demuestra.



Hay allí algo sobrenatural: todo acontece a un paso de la Antártida. Y si por un instante alguien lo olvida, la temperatura de diez grados bajo cero y el feroz viento polar que barre las calles sin piedad están allí para recordarlo.

***

Desde un primer momento supe que me estaba por meter en problemas. Eso no puedo negarlo. Pero sentía que algo debía hacer. Seguí adelante. Elegí una de las casitas y entré. ¿Por qué esa? Quizá por lo exótico de su nombre: La Mary-Anne. En realidad, no lo sé. Si fuera más místico, diría que alguien guio mis pasos.

Cuando abrí la puerta, la luz fucsia del interior y la pegajosa melodía de una cumbia (*Una de las Tres Marías sigue brillando, se está apagando, pero sigue brillando*…) me transportaron a otro mundo.



Todo fue muy irreal. Muy rápido e irreal. Solo sucedió. Y yo dejé que sucediera.

Mary, la *madama*, se acercó presurosa. Supuso que buscaba algo único, y que podía pagarlo.

–Sos extranjero… –asentí con la cabeza–. ¿Qué tomás?

–Un Johnnie seco, sin hielo.

–Imagino que buscás algo especial –comentó Mary, sugerente–. Tengo pibas jovencísimas…

–¿Muy, pero muy jóvenes?

Se sonrió, cómplice.

Instantes después apareció acompañada por una hermosa morena de estatura mediana y formas curvilíneas.

–Te dejo con Yuliana. Cuidala, es muy chiquita –y luego me susurró con picardía–: ¡Solo tiene 15!

Y así, de pronto me encontré en aquel lugar extravagante invitando con un trago a una adolescente. La había contratado para un “manoseo”. A cuenta de un “pase con servicio”, si quedaba satisfecho.

Quise disimular: mis manos se deslizaron torpes y presurosas por el cuerpo aceitunado de Yuliana. Pero fue como si ella no lo notara. Pretendí forzar una conversación, pero me respondió con monosílabos: quería terminar “su trabajo” lo antes posible. Imagino que su paga por el servicio de “trago y manoseo” sería una miseria.

–Si quisieras, ¿te podrías escapar a vivir conmigo?

Sé que no fue una pregunta feliz: de algún modo la alerté de que yo era un “cliente especial”. Pero al menos atraje su atención:

–¿Cómo? –me respondió sorprendida, y por primera vez me miró a los ojos.

–Lo que oyes –continué, como si fuera lo más natural del mundo–. Si me gustaras mucho y yo te lo propusiera, ¿podrías venirte conmigo?

Se sonrió, incrédula.

–Si apenas me conocés –durante un instante pareció soñar, pero de inmediato la realidad volvió a aprisionarla–. No, no, seguro que no me dejarían.

–¿Quién no te dejaría?

–Mi novio… –respondió, incómoda–, bueno, nosotros le llamamos así, pero... en realidad yo soy de él, ¿entendés?

–Sí, entiendo –dije con suficiencia, aunque en verdad recién comenzaba a comprender las leyes de ese sórdido mundo en el que me sumergía–. Él invirtió en ti, te trajo hasta aquí, es como tu dueño, ¿no es así?

No le gustó esta última palabra: tu dueño. Pero sabía que era la verdad.

–Bue, algo así... –sonrió levemente, con amargura.

***

Yuliana, joven santacruceña (17 años)

Yo tenía 17 años. Pero a Mary le encantaba decir a los clientes que tenía 15, ¡se volvían locos! Aunque Roberto (así me dijo que se llamaba) enseguida me pareció medio raro. Pero no raro de gay, no, otra cosa. Tenía acento de gallego, pero era como muy educado, fino, ¿viste? No sé, de entrada me llamó la atención; era distinto.

–Yuliana... ¿qué te parece si te pago el "pase con servicio", nos vamos a una habitación y charlamos? No te voy a follar, a hacer el amor, a pesar de que ganas no me faltan; solo te quiero conocer mejor.

Me quedé mirándolo flor de rato. ¿Qué buscaba este tipo? Yo sabía que a veces los de aspecto más tranquilo eran los peores. A los que más les gustaba el sadomasoquismo y toda esa mierda, ¡y nosotras terminábamos en el hospital! Al final me animé y se lo dije, no tenía otra.

–A mí no me gustan las cosas violentas… ¿No es eso, no?

–¡No, de ninguna manera! –saltó el Gallego.

–Está bien. Vamos.

***

Federico Sánchez de la Reina

La habitación era pequeña, pintada de verde manzana, y olía a albañilería. Su único decorado era un póster con una gran imagen de Buda, quizá para darle un exótico toque oriental. Me sorprendió su prolijidad, por tratarse del andurrial en el que me había metido. Por supuesto que no había baño privado, eso era demasiado pedir. Había que arreglárselas con los baños comunes, ubicados en los extremos del largo pasillo que unía las "piezas", como llaman a las habitaciones de un burdel en este rincón del planeta.

–Dos *whiscolas* largos y dos empanadas… Sí, grandes, mejor de jamón y queso –ordené por el intercomunicador.

Estaba decidido a ganarme la confianza de Yuliana; y sabía que un buen trago y algo de comer no eran un mal comienzo. Minutos después apareció una mesera, aún más joven y menos vestida que Yuliana, que sirvió el pedido.

Eché mano a mi *whiscola*, acomodé las almohadas y me recosté. Luego golpeé varias veces con mi mano el borde de la cama, sugiriéndole a Yuliana que se sentara a mi lado. Así lo hizo, obediente, mientras vaciaba de un sorbo medio vaso de *whiscola*.

–Estás con sed –le dije, para romper el hielo.

–Sí, bastante –se sonrió.

Era evidente que la joven no sabía qué hacer conmigo. Se sentía respetada, eso era algo raro en su profesión, y más en ese olvidado páramo del fin del mundo, poblado de abusos y violencias. Sin embargo, ¿no sería esta la calma que precede a la tempestad? ¿Estaba –por fin– frente a un ser humano con algo de sentimientos, o se trataba de otro loco más cavilando sobre cómo dar rienda suelta a sus fantasías?

Recién allí me miró a los ojos, tratando de aclarar sus dudas.

Su mirada adolescente –aunque maltratada por el alcohol, las drogas y el abuso del sexo– todavía reflejaba *el arte de mirar con inocencia*.

Durante un instante me sentí tentado a decirle la verdad. Pero recordé las palabras de Ayelén y Jorge Luis, y me llamé a prudencia. Me incorporé y comencé a acariciarle el pelo, luego el rostro, más adelante los hombros y los brazos.

–Eres muy guapa –le dije, y de verdad lo pensaba. Yuliana esbozó una sonrisa–. Si algún día decides cambiar de vida, me encantaría ayudarte.

La joven no dijo nada; es probable que ya hubiera oído estas palabras de otro cliente, y luego nada sucedió. Pero tomó una empanada y me ofreció la otra. Fue un gesto que dijo muchas cosas. Su alma comenzó a abrirse.

Platicamos largo rato. La conversación avanzó a los tumbos, con largos silencios. No teníamos nada de qué hablar, pero ambos –por distintos motivos– necesitábamos hacerlo. Ordené otra vuelta de *whiskola* y empanadas. Al poco rato apareció la mesera semidesnuda con el nuevo pedido.

–Es Mikaela; tiene solo doce, comparada con ella yo soy una veterana…

La mención de la edad de Mikaela me sobrecogió.

–Cada vez vienen más pequeñas –me dijo, fastidiada por la inusual competencia.

–¿Y tú cómo llegaste aquí?

Yuliana me relató su pequeña historia. Sin demasiados detalles, pero sin escurrir el bulto a los temas escabrosos. En su caso no había sido secuestrada ni forzada. Luego de que su padre abandonara el hogar, con su inevitable secuela de carencias y miserias, apareció un tío segundo –de nombre Manuel– que le consiguió unas changas como limpiadora. Las jornadas eran largas y la paga escasa. Y ni hablar de la seguridad social. Fue el mismo Manuel quien luego la conectó con unos amigos suyos que reclutaban pupilas para “el clan de los González Bermejo”, según me dijo.

“Otra vez el maldito apellido de estos hijos de puta”, dije para mis adentros, cuidando bien de esconder mis emociones.

***

Yuliana

El tipo se portó muy bien conmigo. Charlamos y morfamos, estuvo lindo. Pero no me decía qué estaba buscando. Quise ser buena con él y lo empecé a mimar un poquito, ¿viste?, a calentarle el agüita. Me pareció que ya estaba por aflojar, se le estaba poniendo dura y yo estaba divertida. Pero no, salió de nuevo con lo mismo: que ya era tarde, que mejor lo dejábamos para la próxima vez, bah, ¡boludeces!

Fue justo ahí que se largó a hablar:

–Estoy buscando a una amiga que conocí hace un tiempo, pero ahora no la encuentro por ningún lado, y me gustaría estar un rato con ella. ¿Me podrás ayudar?

Por fin se animó el tipo, pensé que nos íbamos a pasar toda la noche en la misma. Dudé. Porque nosotras "no podemos hablar con nadie", ni siquiera con las otras chicas. Eso es ley. Pero su pedido no tenía nada de extraño, y yo hacía bastante tiempo que andaba "en esto", así que tenía mis contactos de fiar.

–¿Cómo se llama la piba?

–Se llama Stefanie, le dicen Stefi… Pero creo que aquí usa otro nombre.

–¡Como todas! –le respondí con bronca–. Fijate que yo me llamo Alicia, pero ese nombre no tiene *glamour*, es lo más sin gracia. Por eso me pusieron Yuliana.

–¿Te pusieron?

–Bue, lo elegí yo, entre los que me tiraron Mary y las otras chicas. Yuliana es más *sexy* que Alicia, ¿no te parece?

–Sí… como tú.

Me reí. Mirá que resultó zalamero el Gallego.

–¿Y cómo es tu amiga?

Me la describió lo mejor que pudo. Era de mi edad. Pero yo seguía pensando que había algo raro en todo esto.

–Tengo una amiga posta que trabaja en el Smuggler, es supersociable, conoce a todo el mundo; si la veo más tarde le voy a preguntar. Es seguro que algún dato va a tener.



–Te agradezco mucho. Lo único que te pido es que lo manejes con reserva, no quiero tener ningún problema con la gente de por acá… ¿Me entiendes?

Recién ahí caí en la cuenta. Roberto no solo buscaba divertirse un rato con Stefanie. Buscaba algo más. Eso era peligroso. Muy. Tuve miedo. Pero no le podía fallar. No a él, que me trató bien y parecía un buen tipo, pero que me importaba un carajo. A la que no le podía fallar era a Stefanie. No la conocía. ¿Y qué? Alguien la quería ayudar y yo le iba a dar la espalda. No, esa no era yo, por más que muchos me despreciaran por ser "una puta".

–Quedate tranquilo, confiá en mí, me sé mover acá.

***

Federico Sánchez de la Reina

Apuré el segundo *whiscola*, me paré y escribí un número en una servilleta de papel.

–Este es mi celular.

–No bien sepa algo, te chiflo –y luego agregó con sensual desfachatez, mientras rodeaba mi cuello con sus brazos–: Mirá que la próxima vez no te me escapás, Papi…

Asentí, con una sonrisa cómplice. Nos abrazamos como si fuéramos viejos amigos (yo estaba un tanto confundido: me pareció que Yuliana adivinaba mis verdaderas intenciones, pero con admirable oficio se hacía la tonta). Me costaba aceptar que cuando yo iba, esa chavala de quince años ya venía.

Salimos de la pieza. Me acerqué a Mary.

–¿Qué te pareció la nena?

–Un bomboncito. Me aconsejaste bien, voy a volver.

Nunca imaginé que mis palabras serían tan proféticas.

Subí las solapas del cortaviento, me calé el gorro de lana y ajusté la bufanda. Me sumergí entonces en el aire polar, mientras una frágil calidez interior me ayudaba a capear el oscuro viento que barría Las Casitas con su habitual ferocidad.

***

Esa noche casi no pude dormir.

Al llegar al hotel, el recepcionista me entregó un recado: “La búsqueda resultó infructuosa, la declararon desaparecida. Mañana hablamos. Edwin”. No me sorprendió. Era lo que temía.

Gasté la moqueta de mi habitación dando vueltas para serenarme. Al final me zambullí en la cama. Me recosté en los almohadones y apagué la luz. El dormitorio en penumbras y el leve resplandor de la iluminación exterior me devolvieron algo de paz.

El trágico giro de los acontecimientos me había cogido por sorpresa. Aunque, pensándolo bien, no del todo: la angustia en la voz de Edwin aquella tarde de domingo sin duda anunciaba sucesos sombríos. ¿Por qué no lo comprendí en ese momento?

No obstante, muy dentro de mí, pensé que ayudar a salvar las frágiles vidas de Stefi y Lorena era una oportunidad del destino. Y no me faltaban fuerzas para la batalla. Pensando en ello, cuando ya amanecía el sueño me venció.

II
JUGANDO FUERTE

Cercanías de Tres Cruces, Montevideo, mayo de 2007

Puma Blanco,
usuario del sitio LugarEncuentrosSex (49 años)

¡No, no es así! Es mentira que Fátima me haya pedido que escribiera un relato sobre ella. Yo soy un profesional reconocido en el mundo de los que gustan de las *filles de joie*, jamás escribiría un relato que no sintiera. Sería un desprestigio. Además, yo soy un escritor en potencia, como habrá visto. Lo que pasa es que nunca me dediqué…

Mis relatos –escribo uno por semana desde hace años– captan esos instantes mágicos de comunión entre las almas y los cuerpos. Los nervios de la espera, la primera impresión, los diálogos tensos e intrascendentes. ¡Ah, y los detalles! Eso es todo: una guiñada cómplice, un lunar en el lugar justo, la entrega total de dos seres que apenas se conocen. Por eso tengo tantos lectores: porque se reconocen en esos detalles.

Y Fátima es un ser especial. Para mí fue un descubrimiento. Su pulcritud, su educación, su recato. Sí, su recato. ¿Le sorprende? ¿Por qué? ¿Porque es una *putain*? ¡Ah, mi amigo! ¿Cuándo se va a sacar esos prejuicios?

***

Fátima

Muy pronto comprendí que estaba viviendo en dos mundos al mismo tiempo.

Los comentarios en las redes eran siempre elogiosos. Aparecían

clientes nuevos todos los días. Muchos ofrecían pagarme extra por quedarme un rato más charlando con ellos.

Empecé a organizarme. Dije: "tengo que aplicar lo de la facu". Me hice un *business plan*: prioridad a los clientes frecuentes, los "normales", los más respetuosos. Ese es el público que quiero captar. "Los tengo que *fidelizar*", pensé, "necesito un 80 por ciento de *clientes fijos*".

Luego fijé reglas: 1. Solo atender en hoteles (hasta no conocer bien al tipo), si vas a domicilio no sabés dónde te metés. 2. No ir más lejos de 20 minutos de Tres Cruces, que son los barrios que conozco (La Comercial, Cordón, Centro, Goes, Punta Carretas, Pocitos y Malvín). 3. No más de tres clientes por día. 4. Nada de drogas. Yo no fumo, ni tomo ni me drogo. Así que en esa no entro. 5. No aceptar "cosas raras" (¡ya te voy a contar las cosas que me piden!).

Además de alguna *otra cosita*: por ejemplo, no aceptar tipos jediendo a mugre.

¿Te reís? Yo tenía un cliente muy importante, un cirujano con mucha guita y un auto de esos que hacen toda clase de ruiditos (yo siempre jodo con eso), un buen tipo. Pero una noche, me cayó con un jedor…

–Mirá: yo no voy a atenderte así. Yo me baño, me acicalo, me arreglo para atender a mis clientes. Lo menos que merezco es un poco de respeto.

El tipo se puso furioso. Pero yo seguí:

–Si querés, la hora la empezamos cuando salgas del baño, te regalo 15 minutos, pero bañate antes.

Capaz que se me fue la mano. El tipo se sacó:

–¡Qué te pensás, yo soy el director de cirugía de tal hospital, y vos, que sos una puta, me vas a dar lecciones a mí!

–Seré lo que seré, pero así no te voy a atender –le dije. Y me fui.

Unos días después me llamó para pedir disculpas: "lo que pasó es que estuve operando muchas horas seguidas". Quería concretar una nueva cita. Dudé, pero acepté. El tipo apareció bañado, perfumado, impecable.

En fin: la cosa funcionaba, y el negocio marchaba muy bien. Pero "ellos" también se dieron cuenta. Y volvieron a la carga.

Esa era mi “otra realidad”.

***

Jovenymaduro,
usuario del sitio LugarEncuentrosSex (33 años)

Ya imagino por qué vino a verme.

¿Porque soy “el primer cliente”? Me lo suponía. Siempre jodemos con eso, Fátima es una buena piba. Me hizo bien conocerla. En ese tiempo dejé con mi novia, porque me metió los cuernos, así que yo andaba solaina y con el ánimo por el suelo. Ella es tierna y tiene mucha cabeza, ta bueno hablar con ella.

Cuando entramos en confianza, yo empecé a invitarla a ver los partidos de la Celeste en mi casa. Hacía una picada y nos tomábamos unas cervecitas viendo a Uruguay. Después hacíamos el amor y charlábamos un rato, de todo un poco. Muchas veces ni me cobraba.

Pero después empezaron las llamadas. A toda hora. ¡Qué lo parió! Fátima me decía: “No es nadie, número equivocado”. Pero su carucha decía otra cosa. A veces atendía: “Sí, lo estoy pensando, dejame ver qué hago y te llamo”. Yo no oía lo que le decían. Pero me daba cuenta del tono de voz: era cada vez más amenazante.

Nunca me contó demasiado. “Tal vez tenga que cambiar de teléfono, pero en ese caso te voy a pasar el nuevo número. Solo te pido una cosa: no dejés de llamarme”. “¿Tas loca? ¿Cómo voy a dejar de llamarte?”, le decía. “¡Si soy «el primer cliente»!”.

Eso le hacía gracia. Me miraba con tristeza, pero se reía.

***

Fátima

Lo primero que hicieron fue cerrarme la cuenta de Facebook. Para mí eso significó un golpe duro. Cuando se publicó el relato de mi “primer cliente”, con mi nombre de fantasía y la dirección de Facebook, en las primeras 6 horas recibí 200 mensajes de personas

interesadas en verme. Unas semanas después, cuando Puma Blanco publicó la crónica de nuestro encuentro, la cuenta explotó. La trascendencia del Foro es tremenda. Gurises de veinte años venían por el relato de un tipo de cincuenta, porque es un *putañero* con una fama bárbara (así se llaman ellos: cuando le pregunté al Puma si eso no le molestaba, me dijo: "¿Por qué, si así es como nos llama la Real Academia?". ¿Será verdad?).

Pero también es la forma que tengo de filtrarlos, hasta conocerlos un poco más. Según sea la foto y la conversación por Facebook, veo cómo sigue el asunto, ¿entendés? Si veo que la persona escribe tres oraciones con cinco faltas de ortografía, ya sonó, veo que la cosa no va a andar.

Y como para cerrar una cuenta solo se necesitan tres personas que la denuncien como "ofensiva"… ¡ta, te la cierran! Como te imaginás, para "esta gente" –que tiene un batallón de esclavos– no es ningún problema. Deciden hacerlo y marchaste.

Resolví crear otra cuenta. Me comuniqué con todos los *clientes fijos* que pude y les avisé. Me siguieron a la cuenta nueva, todos. Y también aparecieron más clientes. Al tiempo: ¡zas!, me la cerraron.

Abrí otra. Pero también me compré un nuevo celular: sería mi "número personal" para mis clientes más fieles. Ya no se comunicarían por Facebook, sino por teléfono. Ahí el movimiento de mi cuenta bajó bastante y pareció que "ellos" se serenaban un poco.



Salvo por las llamadas. A toda hora. Tony metía la pesada cada vez más fuerte. Solo le faltó amenazarme. Se ve que se cuidaba, por si yo grababa las conversaciones. También me hacía llamar por *sus chicas*. No las culpo: cuando trabajé en la casa de masajes como administrativa, vi lo que les hacían. Por cualquier cosa las cagaban a palos.

Estaba cada vez más asustada. Me daba cuenta de que la cosa así no podía seguir. Pero necesitaba ganar tiempo. Era la forma de ahorrar algo de dinero y encarar el futuro con otros ojos.

No tenía otra alternativa: si no quería rendirme, debía jugar fuerte.

III
EL MENSAJE

Río Gallegos, segunda semana de setiembre, 2008

Aline

¡Qué cosa, este Federico! Con Edwin estábamos preocupados. Lo llamamos varias veces en la noche del viernes a Gallegos, pero sin suerte. El sábado por fin nos atendió:

–¿Dígame? –su voz parecía de ultratumba.

–¡Federico! ¿Dónde te habías metido, mi viejo? –le dijo mi marido, contento de oírlo, pero en tono de reproche.

–Discúlpame, Edwin, pero me estuve moviendo por el tema que sabemos, y cuando tomé conciencia de la hora, pues ya se me había hecho muy tarde para llamarte. Igual recibí tu mensaje, veo que la situación se ha complicado.

–Bueno, sí, no hay buenas noticias. ¿Regresás esta tarde, no?

–Sí, salgo después del mediodía. A media tarde llego a San Julián y te cuento lo que averigüé.

–Te esperamos. Organizamos un asadito de despedida, con una linda barra de amigos.

***

Federico Sánchez de la Reina

Estaba agotado. Desayuné en el hotel mientras hojeaba los diarios. El *Tiempo de Santa Cruz*, en primer cuerpo, página tres, tituló a tres columnas: “Desaparece adolescente en San Julián”.

Luego de destacar que era el primer caso en la tranquila población, informaba que la Policía local, al cabo de dos días de afanosa

búsqueda, concluyó que se trataba de una desaparición forzada, posiblemente un secuestro. Me estremecí: lo que para la Policía era una conjetura, para mí era una certeza.

EL TIEMPO DE SANTA CRUZ

Desaparece adolescente en San Julián

El resto del artículo era aún más escalofriante: consignaba que en la Argentina, en los últimos dieciocho meses, setecientas mujeres y niñas habían *desaparecido* con destino a la explotación sexual. Las adolescentes menores de edad conformaban la mitad de los casos, aunque las niñas en torno a los diez años eran las más codiciadas. La mayoría eran argentinas (un 70%), aunque también había dominicanas, paraguayas, peruanas, colombianas, bolivianas y –en menor medida– brasileñas y uruguayas.


EL PAIS

Argentina: crece rapto de mujeres para prostitución

Alerta. Secuestraron a 700 jóvenes en 18 meses; hay niñas

BUENOS AIRES ■ AFP

La trata de mujeres con fines de prostitución tuvo un crecimiento alarmante en Argentina, donde en los últimos 18 meses desaparecieron 700 mujeres, entre ellas varias de otros países,

Por su parte, *El Sureño* destacó la noticia en un pequeño suelto de tapa, que luego desarrolló en su interior. Con esta increíble información, que desnudaba una realidad infame: “un proxeneta argentino puede comprar una chica secuestrada en unos tres mil dólares. Pero hay subastas de niñas vírgenes para ver quién las desflora, en las que se pagan hasta siete mil dólares”.

Las cifras me sacudieron.

Aborrecí con todas mis fuerzas a estos repugnantes mercaderes de mujeres y de niñas. La ira me estremeció de pies a cabeza. Estas mujeres habían dejado de ser para mí un número, para poblar mi memoria de rostros y nombres conocidos. Rostros tiernos, miradas inocentes, que en ese mismo instante estaban siendo devastadas por el horror.

¿Así que tres mil dólares valían estas niñas?

***

Yuliana

Diez y media de la mañana.

Hora de llamar a Roberto. Lo que me pidió no fue tan difícil, pero sí muy peligroso. Cada vez estaba más segura: lo que quería era llevarse a la pendeja con él. ¡Y a ellos eso no les gusta nada! Pensé: estos europeos son todos iguales, se los coge una piba y se ponen como locos. A mí me daba igual. Pero no le podía fallar a Stefi.

Llamé:

–Sí, ¿dígame?

¡Pah!, el Gallego tenía una voz de sótano que daba miedo.

–Holá… ¿Roberto?

–Sí, ¿cómo estás?

–Mirá: tenés que ir a Rivadavia esquina Libertad, dentro de una hora, más o menos. Alguien se te va a acercar y te va a entregar un mensaje.

–¿Quién?

–No te puedo decir más nada, beso.

–¡Muchas gracias!

***

Federico Sánchez de la Reina

Quise decirle mucho más, pero colgó. Había cumplido, y con creces.

Me tenía impresionado. Miré el reloj: eran un cuarto para las once. Demasiadas emociones para un día.

Una hora más tarde estacioné la camioneta en Avellaneda y Rivadavia, a cuatro manzanas de mi destino. No quería que nadie identificara mi coche. Me acerqué con lentitud al lugar indicado. Era un barrio de clase media, cercano al centro. Viviendas familiares, unos cuantos comercios (automotora, lavadero, gestoría), un edificio de seis plantas, una obra en construcción.

Al arribar al cruce de calles me recosté a una columna del alumbrado, frente a una tienda de cotillón. Vi entonces enfilar hacia mí a un veterano sesentón, de pelo blanco, con un paquete de bollería en una mano y un diario bajo el brazo. En el momento preciso en que quedamos frente a frente, cogió el diario en su mano, lo extendió hacia adelante (no había duda, el diario contenía el mensaje), por lo que me adelanté, estiré mi mano… y el veterano siguió de largo, sin siquiera percibir mi presencia.

Volví a recuperar el ritmo de la respiración, traté de serenarme. La próxima vez me conduciría con más prudencia.

La ocasión no tardó en llegar. Una señora cincuentona elegante y bien formada, cargando una bolsa llena de verduras, se acercó por la acera de enfrente mirando hacia donde yo me encontraba. Intenté cruzar mi mirada con la suya, y rápidamente lo logré: la mujer se sonrió, ruborizada, miró hacia la pared y siguió de largo.

Felizmente, los hechos se sucedieron de manera mucho más rápida y sencilla.

Me había vuelto a recostar a la columna. Estaba a foja cero y cada vez más nervioso. No me di cuenta de nada. Alguien se acercó a mis espaldas, y cuando atiné a girar, una mano delicada y veloz colocó un papelito en el bolsillo de mi campera. Solo la contemplé alejarse: estatura mediana tirando a alta, pelo rubio teñido, gafas oscuras grandes, cuerpo agraciado –aunque sin grandes curvas– que apenas se insinuaba bajo un abrigo negro invernal.

Me quedé unos minutos más recostado a la columna. Luego di un largo rodeo hasta llegar a la camioneta. Verifiqué que nadie me observara, abrí con cuidado la notita. Se trataba de un trozo de papel de estraza cortado a mano (quizá el borde de una bolsa de bizcochos),

escrito sin errores de ortografía, aunque en forma deliberadamente desprolija: mayúsculas y minúsculas entremezcladas, unas letras recostadas hacia la derecha, otras caídas hacia la izquierda, para disimular la caligrafía de su autora, en caso de que el mensaje cayera en malas manos.

La misiva era breve, pero contundente:

Stefi está en ablande, pq salió bastante brava. Vas a tener que esperar un mes para verla. Llamame SOLO entonces, NO antes. +5492966-54xxxx Cami

***

Me recliné en la camioneta. Mi imaginación volaba a mil.

El mensaje era alentador: Stefanie estaba viva y no había sido doblegada. Pero contenía una verdad aterradora: en ese mismo momento estaba siendo sometida a un "ablande", lo que en la jerga de los miserables traficantes de mujeres significa unos veinte días de violaciones reiteradas, torturas y drogas, hasta quebrarla, y poder trasladarla a un prostíbulo donde hiciera el trabajo sin complicar a sus "dueños".

"Salió bastante brava". Sentí un súbito orgullo por Stefanie, a quien ya sentía como alguien cercano, a pesar de nunca haber visto siquiera una buena foto suya.

También experimenté una extraordinaria impotencia: mientras esos hechos terribles sucedían, yo debía dejar correr el tiempo, de brazos cruzados. Pero el mensaje era claro: si no quería perder el único débil lazo que me unía a la joven, debía acatar las instrucciones y esperar un mes antes de llamar a Cami.

¿Quién era Cami? ¿Era su verdadero nombre? Seguramente no. ¿Por qué se arriesgaba para ayudar a una adolescente que apenas conocía? ¿Era ella quien me entregó la nota?

***

Junté mis escasos bártulos y emprendí el regreso a San Julián. Antes

de partir hablé por teléfono con Jorge Luis. Hablando “en clave” le conté las novedades. Se alegró, aunque insistió en mantener la mayor reserva posible.

Devoré los kilómetros y antes de las cinco ingresé al histórico poblado. Minutos más tarde estacioné frente a la casa de los Lonogan. Aline me recibió con un apretado abrazo y alguna que otra lágrima. Eran los afectos que nacían en aquel dramático tiempo que nos tocó vivir.

***

Aline

A Federico le encantaba el asado. Y le gustaba demostrar que “sabía” de parrilla. Por eso nos esmeramos en hacerle esa despedida. La concurrencia era la misma que una semana antes, pero el clima era tan distinto… El ruido, el griterío, el movimiento de vasos y platos que iban y venían eran hasta mayores que la otra vez. Como si se quisieran ahogar las preocupaciones en la diversión. Pero había algo en el aire…

***

María del Huerto

Apenas podía controlar mi desesperación. Y Federico, que no me decía nada ni se acercaba. Para colmo, las pocas veces que nuestras miradas se cruzaron, enseguida desvió la vista, el desgraciado.

Recién un rato más tarde, cuando la cerveza y el vino ya habían corrido de lo lindo y la gente estaba en otra cosa, me buscó con la mirada e hizo señas para que me aproximara a la mesa del bufé.

–Siempre me gustaron los arrolladitos primavera –dijo, sin levantar la mirada, mientras espiaba de reojo a los demás invitados.

–Sí, sí –le respondí (mi ansiedad por tener alguna novedad de Lore era insoportable, ¡lo último que esperaba era que este boludo me hablara de los malditos arrolladitos!).

–Quédate tranquila, ya hay gente buscando a Lorena –me dijo con

seguridad, como si supiera de lo que estaba hablando–. Es gente de una organización que se dedica a eso.

–¿Y la van a encontrar? –le pregunté como una gila; era obvio que eso no tenía respuesta.

–Sí, por supuesto, no tengas duda –y me sonrió con tristeza, sí, pero con esa sonrisa tan divina que tiene. Pensé: qué distintas pudieron haber sido las cosas…

–No sabés cuánto te agradezco –y luego agregué, para mortificarlo un poco–: Ya te lo podré agradecer de otra manera.

***

Federico Sánchez de la Reina

Ni siquiera quise imaginar en qué estaría pensando aquella zagala.

Su mirada era hermosa como siempre. Pero sobre ese fondo dulce y pecaminoso, destacaban ahora los colores del miedo.

–Me voy a mantener en contacto contigo.

–¿De veras?

–Sí, te lo prometo.

Volví a sonreírle, le palmeé cariñosamente el brazo y me marché a otro lado con mis arrolladitos.

Me costaba hacerme a la idea de no volver a verla por un buen tiempo.

***

Aline

Los invitados se retiraron. Los jóvenes fueron los últimos y se despidieron de Federico con grandes abrazos, mientras coreaban: “¡El Gallego no se va! ¡El Gaita no se va!”.

Nuestro amigo lanzó una ruidosa carcajada:

–¿Quieren que les explique otra vez que Extremadura y Galicia son dos comunidades distintas?

***

Federico Sánchez de la Reina

Nos refugiamos con Edwin en el abrigado estar de su casa. Hacía rato que el previsor galés había encendido el trasfoguero.

A pesar de la incertidumbre que vivíamos, nos comprometimos a continuar las investigaciones históricas con el mayor empeño, tanto en Sevilla y Extremadura como en San Julián. Era una forma de tender un cable a tierra.

Fue entonces que le relaté mi conversación con Ayelén y Jorge Luis en Los Pinares. Por supuesto que omití toda referencia a mi encuentro con María del Huerto. También me aventuré a contarle la incursión por Las Casitas y mi "descubrimiento" de Yuliana. Mi amigo sacudió la cabeza, no daba crédito a lo que escuchaba. Al final le conté el encuentro con la enigmática Cami, en plena calle, y le mostré su mensaje.

–¡No puedo creer que hayas hecho todo eso!

A estas alturas Edwin se agarraba la cabeza con ambas manos, preocupado por los riesgos que había corrido.

–Pensar que viniste a disfrutar de estos parajes y a investigar sus lejanos misterios, y ahora estás metido de lleno en uno nuevo. Sé que fui yo quien te metió en este lío… Pero te estoy muy agradecido.

Los ojos de mi amigo se humedecieron.

IV
EN LA CUERDA FLOJA

Barrio La Blanqueada, Montevideo, comienzos de julio, 2008

Raquel

Cuando mi prima me pidió que me sentara con ella en la mesa del comedor, no tenía la más remota idea de lo que me iba a contar. Y como una siempre teme lo peor, me pegué flor de susto.

–Quiero que seas la primera en saberlo, porque vos siempre estuviste conmigo, nunca me fallaste: la semana que viene firmo la compraventa de una casita, en Malvín Norte –me quedé muda–. Es algo pequeño, pero nuestro. De Camila y mío.

Eso fue todo lo que dijo. Mirá que es dura, mi prima. Recién cuando vi que no aguantaba más y se le llenaban los ojos de lágrimas, me paré a los gritos y le di un abrazote interminable.

–¡Te felicito! Tenemos que festejarlo.

–Bueno, todavía tengo que terminar de pagarlo, y hacerle unos arreglitos –y como sospechó que tal vez yo podía pensar algo raro, aclaró–: La estoy comprando con mis ahorros, sin ayuda de nadie. Sola.

La última palabra la remarcó, con satisfacción, pero sin pedantería. Así era mi prima. Con sus virtudes y sus defectos. Y yo estaba orgullosa de ella.

***

Fátima

Llevaba un año y medio metida en esto. Los primeros meses fueron tranquilos. De entrada di con personas bien. Mi “primer cliente” se

volvió un amigo. El relato de Puma Blanco disparó la clientela. Y si bien al tiempo recibí la primera llamada de “ellos”, la cosa no pasó de ahí: “invitaciones” a que dejara de trabajar por mi cuenta, aunque cada vez con mayor insistencia.

Además, yo siempre tuve otro laburo normal, digamos. Así que al principio esto era un dinero extra que podía ahorrar. Pero como te decía, la clientela empezó a crecer. Y al poco tiempo lo que me entraba era varias veces lo del laburo fijo.

Tenía clientes de todas las edades y nivel social. Botijas de veinte años, por ahorrarse el trámite de salir a buscar, que les significa tiempo y plata, y muchas veces terminan en banda: “voy al boliche, le pago un trago a una mina, dos, tres tragos, voy un segundo al baño y cuando salgo, la mina se rajó”. Había otros que tenían novia o esposa, pero que no les hacían los gustos en la cama. Entonces los tipos buscaban sus fantasías por otro lado. Y también estaban los que decían: “no voy a desarmar mi familia y todo lo que conseguimos porque la cosa no funcione sexualmente; y tampoco me voy a conseguir una amante, para complicarme, capaz que al final la mina me arma flor de quilombo”. Motivos había un millón. Sin hablar de los padres o los primos que te venían con un pibe menor, “para que lo iniciaras”. ¡Qué rompehuevos! Yo eso no agarraba ni loca. Y todavía le encajaba un discurso al viejo: “¿Por qué no dejás que el chico decida lo que quiere y con quién quiere, cuando esté preparado, en vez de elegir lo que te gustaría para vos y proyectarlo en el chiquilín?”. La mayoría de ellos me mandaban a la mierda.

Los pibes de mi edad o menores no eran los que más me gustaban. Por lo general lo único que querían era “meterla” y chau. Me sentía más cómoda con gente más grande: me trataban bien, se generaban charlas, hasta se preocupaban de que yo estuviera pasando bien: “cualquier cosa que vos no quieras hacer, no lo hagas por complacerme”, me decían.

Era una vida *llevable*. Me entraba buen dinero. Pero no era *la plata fácil*. ¡Nada que ver! Me caían cada tipos… Y mirá que yo los filtraba… Pero igual. Nunca pensé que en Uruguay hubiera gente “con tanta imaginación”. Me pasaron cosas que las ves en una peli americana y decís: qué locura, eso no puede ser verdad.

Uno me vino con una picana eléctrica. Quería darme con la picana mientras se masturbaba. Varios me pidieron que los orinara. Uno me pidió por favor, me rogó, que le defecara en el pecho. Otros querían mearme y cagarme a mí. Te imaginás que los saqué carpiendo. Hay muchos que querían hacerlo en lugares públicos, en una plaza, por ejemplo, cuanto más concurrida mejor. Pero no por ahorrar (ofrecían pagarme lo del hotel a mí), sino por disfrutar el riesgo de que los descubrieran. Y después estaban los masoquistas, los que les gusta el dolor, que les peguen con un látigo. De esos a veces agarraba alguno. ¡Pero guay que me fueran a tocar a mí! Lo que había mucho eran hombres a los que les gustaba el cambio de rol. Esos eran tranquilos. Que una se vistiera de hombre y ellos se vestían de mujer. A otros les gustaba penetrarte, pero vestidos de mujer. Hay algunos que eran heterosexuales, pero que les gustaba que una chica con un arnés los penetrara. A veces atendía parejas que querían que yo hiciera de hombre y los penetrara a los dos. En fin: cualquier cosa.

Pero todo eso no era nada: *gajes del oficio*, se podría decir. Cada cual con sus locuras.

Toda la mierda vino con los *fiolos*. No podían soportar que a una chica le fuera bien “afuera del sistema”. Era un mal ejemplo. Fijate que las chicas de ellos no ven un mango. Ellos reciben todo y les tiran con el vuelto. Tienen que aceptar al cliente que sea y hacer lo que les pida. No pueden hablar con nadie, ni siquiera con otras chicas. Y les dan una paliza por cualquier pavada. Son esclavas.

Yo les molestaba. Me doblegaban, o me sacaban de circulación.

Como un año me tuvieron con las llamadas, las presiones, el cierre de las cuentas. Les daba largas, les escurría el bulto. Hasta que se cansaron. Consiguieron mi teléfono personal, el que yo escondía para mis clientes fijos, y me llamaron:

–Ya te tuvimos demasiada paciencia. Te venís a trabajar con nosotros, ¡pero ya mismo!, o pasamos tu nombre a unos amigos. Y mirá que te van a lastimar.

Estos tipos hablaban en serio. En ese momento supe que tenía que dejar. Pero no podía: necesitaba seis meses más para terminar de pagar la casita. Era nuestro sueño, una nueva vida para Camila y para mí. ¡Estaba tan cerca! No podía perderlo todo.

Estaba aterrorizada. Pero algo tenía que hacer.

***

Jovenymaduro

Cuando Fátima me llamó, se le caían las lágrimas. Y mire que aquella es fuerte. Pero estaba metida en flor de lío. Se quedó un par de noches a dormir en casa.

–Esto solo te lo puedo contar a vos –me dijo.

¡Pah! Medio que me cagué… ¿Y si los tipos me venían a buscar a mí?

Traté de animarla, pero no sabía bien qué decirle. La cosa estaba muy jodida.

***

Jonathan *Okey* Fontana

Ya te lo dije antes: después que Baby Bitch dejó de verse con el Sueco y Candy supe muy poco de ella. Solo recuerdo una conversación, en la casa de Punta, cuando le dieron la partida de defunción:

–Sabés que Fátima les puso una denuncia policial al Tony y a los muchachos de Aires Puros. Por acoso. ¡Qué cagada! –le comentó el Sueco a la sordina, casi te diría que apenado.

–¡Pah, la guacha la cagó! Nosotros no tenemos nada que ver con ellos y sus negocios, pero no podemos verla más. ¡Que se arregle como pueda! –completó Candy.

Lo mismo pensé yo: estás o no estás. Y si no estás, dedicate a jugar a las muñecas.

***

Inspector Orestes Rostagnol, Dirección General

de Lucha contra el Crimen Organizado e Interpol, Policía Nacional de Uruguay (45 años)

Veníamos observando a la muchacha desde hacía algún tiempo.

Necesitábamos a alguien “del oficio” que se les animara a los *fiolos*. Y que estuviera en problemas. Cuando supimos que les había metido una denuncia, nos sorprendió. ¡Tenía huevos la gurisa! Y ya no tuvimos dudas.

Al otro día conseguimos la autorización y le intervinimos el teléfono.

V

SIEMPRE SE VUELVE…

San Julián, segunda semana de setiembre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

Me acomodé lo mejor que pude en el austero aeroplano. Debía realizar una única llamada.

–Hola, María… ¿cómo estás?

–Bien, bueno… dentro de lo posible.

–Me estoy yendo, incluso ya estoy en el avión –me apresuré a decirle, mientras la azafata hacía señas de que apagara el móvil–. Solo quería decirte que voy a estar contigo, que no te sientas sola, y que todo va a salir bien.

–¡Ay! Gracias… –dijo con calidez, sorprendida y halagada; y luego, en un susurro–: Cuidate, sos un divino, te quiero mucho.

No supe bien qué decir.

–Has sido toda una sorpresa para mí… también yo te quiero. Hasta el regreso.

Felizmente estaba rendido de cansancio. A pesar de los sacudones del aparato, pronto me encontré roncando como un lirón. Tres horas después aterricé en Buenos Aires, camino a la ciudad de mi adolescencia.

Al encender el móvil, encontré nuevos mensajes: un par sobre mis trabajos en Andalucía, otro enternecedor de mi hija Belén y un saludo de despedida del padre Lozano. Pero había un último mensaje. Ya te he contado que durante mi pasaje por Montevideo, camino de la Patagonia, realicé una llamada telefónica a Casupá, sin demasiado éxito. Es tiempo de que sea más claro.

***

Romina fue mi primera novia.

Más aún: compartimos el despertar de nuestros sentimientos y sensaciones, en ese tiempo de nuestras vidas en que las emociones se desbocan, nos sentimos poetas, el deseo nos hace hervir y el mundo nos pertenece. Juntos perdimos la virginidad una cálida tarde de primavera, a plena luz del día, en un montecillo de eucaliptos a la vera de la ruta 7, en las afueras de Casupá.

Nos conocimos el mismo día del reencuentro de María e Isabel, las dos viejas amigas del alma. A partir de ese momento fuimos primero amigos inseparables y luego, por un brevísimo tiempo, amantes fervorosos, aunque más bien platónicos, dado que rara vez nos veíamos. En un tiempo en que no existía el correo electrónico ni el móvil, y en que hablar por teléfono era un suplicio, los cien kilómetros de camino de ripio que nos separaban equivalían a un océano. Pero nuestra pasión adolescente, lejos de apagarse por la distancia, se encendió cada vez con más fuerza. Cada tanto lograba ahorrar unos pesos para pagar el pasaje de la ONDA (de lo que mi padre me daba para el almuerzo en el liceo), y allí partía rumbo a Casupá a ver a mi amada.

El apasionado romance finalizó de manera abrupta. Las turbulencias económicas y políticas que vivía Uruguay –y la mayor parte de América Latina–, a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, inquietaron a mi padre. El surgimiento de la guerrilla urbana, el clima de violencia y la sensación de que una funesta dictadura se avecinaba terminaron por convencerlo de regresar a España. Esta, en cambio, retomaba por aquellos tiempos la senda de la democracia. Mi madre estuvo de acuerdo, y yo no pude hacer nada para evitarlo.

Mi adiós a Romina fue casi inexistente: apenas unos minutos a solas, aprovechando que mis padres viajaron por unas horas a despedirse de los parientes de Casupá. En esos efímeros instantes nos juramos amor eterno. Luego, nunca más nos vimos. La vida nos llevaría por distintos y lejanos caminos: diferentes paisajes, otras ilusiones, nuevos amores.

***

Sin embargo, desde el momento en que decidí viajar al sur, pensé en Romina.

En estos años había visitado Montevideo varias veces. Incluso en un par de ocasiones la llamé por teléfono, para saber de su vida. Pero íbamos por diferentes caminos. Ahora las circunstancias habían cambiado.

No bien pisé Montevideo camino del sur profundo, vencí mis dudas y la llamé. No estaba. Me dijeron que le iban a avisar de mi llamado. Pero no me lo devolvió. Cuando estaba por embarcar hacia Buenas Aires, lo intenté de nuevo. Esta vez atendió ella. Su voz se escuchó solícita y agradable, pero sin mayor efusividad. Luego de hablar sobre las generalidades del caso, le dije que tenía deseos de verla. Se produjo un largo silencio. Finalmente me dijo que sí, que a ella también le gustaría; pero que no sabía cuándo vendría por Montevideo. Le informé de mis planes: el domingo de tarde estaría de vuelta. Me contestó que si tenía que bajar a la capital me avisaba, y veíamos de encontrarnos. En eso quedamos. Pero mis esperanzas eran escasas.

Hasta que recibí su mensaje de texto. Conciso, sin mayores detalles. Me tomó por sorpresa, y me hizo latir fuerte el corazón.

"Federico: el domingo voy a Montevideo. Saludos, Romi".

Me apresuré a contestarle.

"Hola, Romi! Me alegro! Te parece de vernos a las 6 en La Pasiva de la Matriz? Abzo, Fede".

Su respuesta fue aún más parca, dejando poco espacio a la ilusión.

"Ok".

***

Bar La Pasiva, Ciudad Vieja de Montevideo,
domingo 14 de setiembre de 2008

Jesús María Rodríguez, mozo de café (unos 65 años)

¡Ah, este boliche sí que tiene su historia! Antes era un hotel de lujo, donde se hospedaban personajes famosos, ¿sabe? Se llamaba La Alhambra. ¿Y qué le parece la ubicación? Frente a la plaza Matriz,

esquinado con el Cabildo, al lado del Club Uruguay, a un paso de la Catedral. ¿De primera, no?



Yo hace treinta años que trabajo aquí. Mis padres vinieron de Galicia, de un pueblito en la montaña, cuando yo era un niño. Trabajó duro esa gente. Eso sí: siempre en cafés, boliches, cervecerías. Esto es lo nuestro. Nuestro mundo, le diría. Yo entro de mañana, bien tempranito (y mire que aquí, en la Ciudad Vieja, en invierno corre un vientito que ni le cuento, de morirse de frío). Pero enseguida que veo humear las cafeteras y llegan los primeros pedidos, ya me pongo contento.

¿Me dice que le llamó la atención cómo voceamos los pedidos? ¡Sí, qué gracioso! Es como un lenguaje en clave que tenemos, como en las películas, que solo nosotros entendemos.

Sí, este boliche tiene sus originalidades…

***

Federico Sánchez de la Reina

La Pasiva de la plaza Matriz no es el mejor lugar para un encuentro romántico. ¿Cómo fui a dar allí? A veces pienso que me sucedió como en el cuento de Bioy Casares: *Juraría que al chauffeur del taxímetro le*

ordené "Al hotel Cervantes", pero el terco del conductor me dejó frente al hotel La Alhambra.

Combina un aire señorial, cargado de historia, con enormes barriles de cerveza, algunos incluso cuelgan de los techos. Cualquiera diría que es de lo más cursi. Pero a mí me atrae. Quizá lo elegí por eso.

¿Qué me impulsó a ver a Romina, treinta y pico de años después de nuestra despedida adolescente? A ciencia cierta, no lo sé. La curiosidad, tal vez. O quizá una vaga atracción todavía latente. Acaso la necesidad de recuperar un lejano tiempo perdido, en momentos en que el presente se me escapaba de las manos.

Sin embargo, era consciente de que ambos pasábamos los cincuenta. "Lo más probable es que nos contemos las novedades, evoquemos los «tiempos viejos» y adiós", pensé.

Por eso el tradicional boliche, más bien neutro a las emociones, aunque con sonidos y aromas del más clásico Montevideo (los panchos y la mostaza, los "chivitos", los mozos voceando los pedidos según códigos secretos), me pareció un buen lugar para internarme en un pasado que desconocía.

***

Llegué temprano: un cuarto para las seis. Elegí una mesa frente a la ventana, más bien al fondo, sobre la calle Juan Carlos Gómez, desde donde se divisaba la imponente arquitectura pétrea del Cabildo de Montevideo, con sus más de doscientos años de historia.

También mantuve un ojo fijo en la puerta. ¿Reconocería a Romina con facilidad? ¿Y ella a mí? ¿O tendríamos que vivir esos embarazosos momentos de incertidumbre que suelen presentarse cuando nos reencontramos con viejos amigos de la infancia?

Cinco minutos pasadas las seis se abrieron las puertas de vaivén y una mujer de pelo negro y corto, vestida con un *tailleur* color bordó, ingresó con andar cauteloso. No tuve dudas. Me puse de pie, con una sonrisa. Ella también sonrió, tímidamente. Nos miramos un instante, y luego nos abrazamos, con fuerza y sin palabras.

Se sentó frente a mí, con desenvoltura. Nos miramos durante un rato, que pareció eterno.

–¡Tanto tiempo!

–La verdad que sí… –me dijo con suavidad.

–¿Con qué te puedo invitar?

Pensó un instante qué ordenar (aunque era evidente que su pensamiento andaba por otro lado).

–Una Coca-Cola *light* y un pancho.

Llamé al mozo, y agregué al pedido de Romina una Coca regular y dos *fainás* de orillo para mí.

–¡Dos Cocas, una de ellas, un natural y cero veinte de orillo! –voceó el mozo en su código secreto, como si fuera lo más normal del mundo.

Ambos nos reímos, y las hojas del calendario, aunque más no fuera por unos instantes, giraron hacia atrás con indulgencia.

–Estás igualita.

–Vos también.

Ambos sabíamos que no era cierto. Pero era lindo oírlo.

En realidad, a Romina se la veía muy bien. Por supuesto, muy distinta de la niña flacucha apenas desarrollada que aún recordaba tan bien. Ahora se la notaba "más repuestita", como suele decirse en la campaña de esos pagos sureños, aunque todavía en línea. Su pelo largo y desordenado de la adolescencia lucía ahora corto y prolijo. Sus ojos marrones vivaces y los gestos de su lenguaje corporal conservaban ese desparpajo, esa alegre inocencia aparente que cautivó mis primeros sueños.

¿Cómo me vio ella a mí? No lo sé, no me lo dijo. Y conociendo un poco de la naturaleza femenina, sé bien que esa es una carta que no se juega hasta último momento.

Comenzamos a hablar, de manera relajada, recordando viejas épocas. Enseguida fue notorio que ambos habíamos aprendido, a través de estos largos años, a vivir el presente, sin forjarnos demasiadas expectativas. Le hablé de mi vida y mi trabajo, le conté sobre mi separación, sin entrar en detalles.

–¿Y vos? –la pregunta a bocajarro la sorprendió; aunque percibí que sabía que tarde o temprano tendría que responderla.

–Y yo… ¿qué?

–Si te casaste, o vivís en pareja, si tuviste hijos… –le fui diciendo con suavidad, para no ponerla en situación incómoda.

–Enseguida que regresaste a España, cuando todavía era una chiquilina, quedé embarazada…

Abrí mis ojos como el dos de oro. Romina captó mi sorpresa y sonrió levemente.

–¡Aaah! No sabía nada, nunca nadie me comentó…

¿Cómo fue que mis primas, por más que nos habláramos cada muerte de obispo, nunca me dijeron nada? Era para matarlas.

–Te imaginarás el escándalo que se armó, en esa época –dijo con serenidad (todo había transcurrido hacía demasiado tiempo)–, ¡y en Casupá!

Me mantuve en silencio, con una tonta sonrisa seudocomprensiva apenas insinuada; no sabía qué decir ni qué preguntar. Romina continuó:

–Durante unos días no supe qué hacer. Mis padres estaban desesperados, llegaron a hablar con un abortero… Pero ellos son católicos, así que tampoco los convencía la idea de cometer "semejante pecado" por salvar "el honor de la familia" –y Romina me hizo el característico gesto de comillas con los dedos índice y medio de cada mano, mientras subrayaba (con ironía) esas últimas palabras–: Al final decidí dar a luz.

Contuve la respiración.

–Y fue la mejor decisión de mi vida. Tal vez una de las pocas decisiones buenas… –reafirmó con cierta amargura.

Permanecí mudo. Deseaba alentarla, ¡pero todo me tomó tan por sorpresa…!

–Mis padres se pusieron como locos conmigo; aunque les reconozco que siempre me defendieron de los chimentos del pueblo. Se dijeron tantas maldades… –durante un momento Romina no pudo contener su indignación; luego continuó, más serena–: Al tiempo de tener al gurí me fui a vivir sola, a un pueblo cercano, Fray Marcos, donde conseguí empleo en una lanera, de secretaria. No era lo que esperaba para mi vida, ¿pero qué otra cosa podía hacer? Igual era un buen ingreso. En Fray Marcos se gasta muy poco, así que me revolví bastante bien.

–¿Y qué nombre le pusiste al crío?

–Francisco –respondió, con una sonrisa tristona–. Fue un niño hermoso, sano, aunque bastante barullento, ya desde gurí.

–Y el padre, ¿lo reconoció?

Romina guardó silencio. Durante unos instantes pareció dudar sobre qué decirme. Era un tema delicado, de su vida más íntima. Luego respondió con decisión:

–Su padre nunca lo supo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Y una multitud de pensamientos acudieron a mi mente, en torbellino. No supe qué pensar. Bajé la mirada, mis ojos huyeron de los suyos. Siempre sin mirarla, alcancé a preguntar:

–¿Y cómo está… Francisco?

–Muy bien, aunque solo lo veo por Skype: está en Australia. Estudió Relaciones Internacionales en la Universidad de la República, con bastante sacrificio, de él y de nosotros, y después ganó un llamado de Cancillería. Hace un par de años que está como tercer secretario en la Embajada. Estoy muy orgullosa de él. Aunque la verdad es que lo extraño mucho…

Me sonreí con calidez. Pero no dije nada. Ella tampoco.

***

Las sombras se alargaron sobre la plaza Matriz. Los edificios que la rodean adoptaron formas espectrales, mientras que las callejuelas que allí nacen y mueren en el mar se sumieron en la penumbra, apenas atenuada por la luz de los faroles coloniales.

En ese momento reapareció el mozo. Hacía rato que la Coca-Cola había sido sustituida por la Patricia, una clásica cerveza uruguaya.

–¿Te parece bien una cervecita más? Pero mejor una negra, para finalizar la velada.

Romina asintió de forma cómplice. Las tensiones se habían aflojado. Las tímidas sonrisas del comienzo dieron paso a la risa franca. Alguna que otra indirecta que me animé a deslizar fue respondida con fingida (¿o real?) desfachatez.

La noche se adueñó de la Ciudad Vieja.

Romina consultó su reloj:

–¡No me había dado cuenta de lo tarde que era! Dentro de cuarenta y cinco minutos parte el último ómnibus para Casupá.

Debía irse enseguida… o quedarse a dormir en Montevideo.

Sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra, ambos supimos que ese era un momento de decisión.

Llamé al mozo para pagar la cuenta, todavía confundido por la imprevista urgencia. Nos paramos al mismo tiempo y atravesamos el boliche rumbo a la puerta.

El aire todavía frío de las noches de setiembre nos golpeó con fuerza, y nos volvió a la realidad. O al menos a la realidad temerosa –y en ocasiones pacata– que suele aprisionarnos a los montevideanos. Aun a quienes lo somos por adopción, como es mi caso.

Nos miramos fijo a los ojos. Largo rato. Con ganas de más.

Le ofrecí acompañarla hasta la Terminal de Tres Cruces. Me dijo que no era necesario. Ninguno de los dos bajaba la mirada.

Le ofrecí quedarse a dormir en Montevideo.

Recién allí sonrió, bajó la mirada y me abrazó con fuerza. Sentí su cuerpo en el mío, con intensidad. Todo su cuerpo. El deseo me estremeció. Luego partió.

Esta vez no nos juramos amor eterno. Solo dijimos que cuando regresara, nos volveríamos a encontrar. Y ambos sabíamos que esta vez sí sería verdad.

Tomé por la peatonal Sarandí. Un artista callejero, acompañado por su bandoneón, entonaba el inmortal tango de Gardel:

Y aunque no quise el regreso,
siempre se vuelve al primer amor…



Cuarta Parte
LA CALMA Y LA TEMPESTAD

Te veo salir, correr por el pasillo del hotel,
la vida es cruel, Stefanie.

Alfredo Zitarrosa

I
EN EL TERRITORIO DE LOS PRIMEROS RECUERDOS

Sevilla, finales de setiembre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

–Por el amor de Dios, alcánzame el plano. El de la estructura reticulada del techo, de una buena vez, chaval –le reclamé a Ezequiel, mi ayudante, un joven ingeniero ecuatoriano.

A pesar de las dificultades de España, a nuestra consultora no le faltaba trabajo. Fuimos prudentes en no crecer demasiado en los buenos tiempos, cuando los clientes hacían fila en nuestra sala de espera. Ahora, con bastante trabajo y una plantilla reducida, los *mails*, los pocillos de café y los planos de las obras iban y venían a buen ritmo.

Me sumergí en la actividad laboral, y me hizo bien. Recuperé algo de paz. Los diez días en el sur fueron un gran sacudón emocional. Y debo decirte, querido amigo, que volver a mi casa, ahora tan vacía, tampoco fue fácil.

Me reencontré con la dulzura de Macarena y Belén, luces de *mi'arma*, que tanto extrañaba. Su empeño en buscar tareas para entretenerme me hacía sentir mucha ternura.

Debo decir que no soy de lágrima fácil. Siempre supe que era una persona sensible. Pero también supe, desde mis tiempos de infante, que era capaz de resistir los embates de la vida y sus miserias. Y estos eran tiempos de prueba.

Por eso siempre me gustaron unos versos de Baudelaire: … *los verdaderos viajeros son aquellos que* (…) *de su fatalidad no se separan nunca, y, sin saber por qué, dicen siempre: ¡Adelante!*

Sin saber por qué… A veces los vientos de la memoria arrojaban por

las ventanas retazos de recuerdos, que no podía ignorar.

De mañana, muchas veces, me desperté sobresaltado: “¿cuántos días faltan para llamar a Cami?”. Sacaba cuentas: “ah, todavía faltan dos semanas…”.

Recibí algunos *mails* de los muchachos de Los Pinares. Habían conseguido datos de alguien que podría ser Lorena. Pero era información fragmentaria y sin corroborar. De Stefi no sabían nada. Había que esperar.

El grandote de Edwin seguía librando su batalla. Junto con Manducatti hablaron con Dios y todo el mundo en Gallegos, Las Heras, Pico Truncado, Caleta Olivia. Me preocuparon tantos movimientos: ¿no serían contraproducentes y terminarían alertando a las mafias?

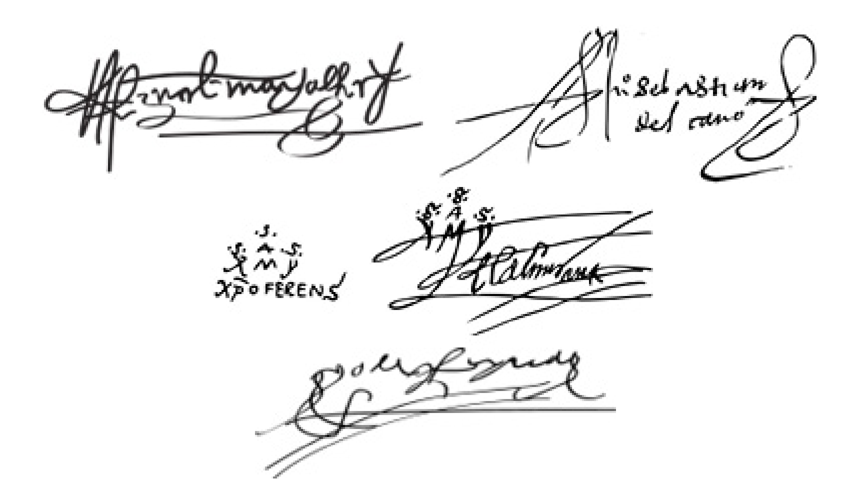
Y luego, por supuesto, estaba María del Huerto. Cada día más sola y angustiada, a pesar de mis frecuentes llamadas. En mis oídos todavía resonaban los ecos de aquella música que atronaba en La Mary-Anne: *Una de las Tres Marías sigue brillando, se está apagando, pero sigue brillando.* Ay, María…



***

Un par de veces por semana, a primera hora, cumplía mi rito matinal de café con leche y bollos en el Bornay del Casco Antiguo. A mis amigos les intrigaba mi fascinación con esa cafetería. Es verdad que exhibe una singular mezcolanza: artefactos de iluminación rojos y negros (una suerte de *chinoiserie*), un ducto de ventilación construido con chapa en espiral que atraviesa el local (semejando un gigantesco gusano metálico), mesas y sillas de diseño moderno al pie de la Catedral de Sevilla, una de las glorias de la arquitectura gótica universal… En definitiva: la acusación de "cursi" de mis amigos era irrebatible.

Pero el Bornay tenía un siglo de historia, helados y pasteles deliciosos, y un buen café. Al atardecer, cuando la iluminación de la Catedral, el Real Alcázar y el Archivo se encendía, y se percibía un cierto frescor andaluz (algo menos de treinta grados), gustaba de instalarme en una mesa afuera y dejar que la noche me envolviera.



Cumplido el sagrado ritual matutino, me encaminaba al Archivo de Indias. Ingresaba al augusto edificio, y a su magnífica Sala de Investigadores emplazada en la Cilla del Cabildo –cuyas paredes y patios se confunden con las murallas medievales–, como quien ingresa a un templo. Me maravillaba convivir durante horas con aquellos manuscritos de cinco siglos, que lucían las firmas de los reyes Isabel y Fernando, de los navegantes Cristóbal Colón, Juan Díaz de Solís,

Fernando de Magallanes, Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés, Francisco Pizarro y tantos otros. Incluidos algunos firmados por Juan de Cartagena, y otros que mencionaban al cura Sánchez de la Reina, de quien tal vez corrieran algunas gotas de sangre por mis venas.

Con la ayuda de un noble archivero de nombre Basilio Valdez, empecé a descifrar palabra por palabra los manuscritos –en letra procesal, cortesana o humanística– que pudieran echar luz sobre el misterio que nos obsesionaba. Por entonces el idioma que hoy conocemos como español, basado en el castellano aunque con variadas influencias, estaba naciendo. En los documentos, que se escribían y copiaban a mano, dado que el uso de la imprenta aún no se había difundido, se empleaban numerosas abreviaturas. Requería una verdadera especialización descifrar cada página.

Cada día tiene su afán. Y así, legajo tras legajo, algunas verdades comenzaron a salir a luz.

***

Por la tarde, al salir de mi estudio, solía internarme en las callejas de la vieja Sevilla, estrechas y sinuosas, y caminar sin destino. En días de calor me detenía en una plazuela perfumada de azahares, en compañía de un buen libro de la época de oro de la ciudad andaluza, cuando las expediciones al Maluco y las Indias se sucedían sin cesar. En clima frío me guarecía en viejos cafés y comedores, cuanto más añejos y descascarados, mejor.

Me gustaba sentir en la piel ese tiempo en que Sevilla fue el centro del mundo. Imaginar las vidas de aquellos hombres y mujeres, sus sueños, ambiciones, pasiones y flaquezas. ¿Qué los impulsó a internarse en abismos desconocidos, sabiendo que los dados del destino estaban cargados en su contra? Armadas enteras desaparecían sin dejar rastro, devoradas por la mar océano. En ocasiones algunas naves regresaban, pero con su tripulación brutalmente diezmada.

¿Qué los atrajo con fuerza irresistible? ¿Sería, acaso, *la insaciable sed de infinito*, de la que nos habló Lautréamont?

***



En ocasiones me asaltaba el recuerdo de Romina. Un recuerdo envuelto en sensaciones y aromas de deseo. Lo dejaba adueñarse de mi pensamiento, lo disfrutaba, mientras mi mirada distraída contemplaba el infinito a través de las ventanas del estudio. Sin embargo, al cabo de un rato, una sombría inquietud desplazaba las dulces sensaciones iniciales. Había sucesos del pasado que era necesario aclarar. Y si en nuestro reencuentro ambos miramos hacia otro lado, en una suerte de silencioso pacto, sabía que pronto llegaría la hora de la verdad.

Fue un tiempo de reencuentro conmigo mismo. Recuperé el gusto por el trabajo, aprendí a cocinar algo más que té con leche y desempolvé mis viejos cedés preferidos. Sobre todo aquellos de "*pop* filosófico" en inglés que antes debía escuchar a escondidas: Creedence, Camel, Phil Collins, Billy Joel, Sting y… Kansas. Que me recordaban que somos polvo en el viento. Y que aquellas chicas del sur eran tan solo una gota de agua en un mar interminable.

Un fin de semana puente, con Macarena y Belén decidimos ir de paseo a los lugares de mi infancia. Aún era temprano para tener novedades del sur, y además las chicas pronto pasarían unos días en Italia con su madre. Era el mejor momento.

Mis padres, oriundos de Cabeza la Vaca, hace tiempo que dejaron este mundo. Solo quedaban parientes lejanos, que no conocíamos. Pero teníamos ganas de estar juntos los tres. Y mi placer sería mimarlas y consentirlas, mientras recorríamos aquellos dulces parajes.

***

Cabeza la Vaca está enclavado a mil metros de altura, en plena sierra Morena. Fue fundado por la Orden de Santiago, allá por el siglo XIII. Cuando los españoles llegaron a América, y Sevilla se transformó en un centro del comercio mundial, la región tuvo un extraordinario desarrollo. Pocos años después, el rey Felipe II le concedió el título de Villa y el privilegio de impartir justicia, por lo que se construyó la Cruz del Rollo, lugar elegido para exhibir a los condenados a los ojos del pueblo.

Allí, en las cercanías de la Fuente de Abajo, vivió desde tiempos inmemoriales la familia Sánchez de la Reina. Por lo que se sabe resultaron bien prolíficos, y todo indica que Pedro no fue la excepción. Sus pecados de juventud (con sotana y todo) dejaron su semilla. Y según las eternas maledicencias del pueblo, que mi padre festejaba y horrorizaban a mi madre, parece ser que de esa rama descendió quien estas líneas escribe. El que, quinientos años después, se obsesionó con descifrar la enigmática historia de su progenitor.

En estos años de investigaciones con Edwin, aproveché las ocasiones en que pasé cerca del pueblo para visitar sus archivos y bibliotecas (el de la iglesia, la Casa de la Cultura, los legajos preservados por las Hermandades de San Benito Abad y de la Santa Cruz). Algunos manuscritos de la época del Descubrimiento mencionaban a los Sánchez de la Reina. Pero no encontré información sobre lo sucedido al cura. Desde que se alistó en la expedición al Maluco, nada se supo de él.

Pero yo sé bien que en estos poblados la historia muchas veces se refugia en la prodigiosa memoria de sus más añejos habitantes. Por eso destiné tiempo a conversar con varios de esos personajes inefables: Jerez Ardilla, Encarnación del Camino y, sobre todo, Eduviges Gordito Arias.



Gordito Arias, a quien todos llamaban don Eduviges, además de hacer honor a su apellido –sus gazpachos y *ensalá* de patatas eran los más festejados de la Villa–, era un estudioso popular que dedicaba horas sin límite a registrar los más diversos sucesos de su poblao natal. Parafraseando a Terencio, *nada de lo cabezalavaqueño le era ajeno*.

Y lo más notable de todo: Gordito Arias se entusiasmó con nuestra investigación. Poco antes de partir hacia América, recibí en mi móvil un mensaje de su nieta Inmaculada. Era escueto, pero alentador:

"Abuelo tiene nueva idea sobre el cura Sánchez. Cuando pueda comuníquese con él. Inmaculada".

Le respondí que a mi regreso lo visitaría con mucho gusto.

***

Cabeza la Vaca, Extremadura, España,
comienzos de octubre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

La *Fiesta de la Ensalá de Patatas* es la celebración más tradicional de la villa. Y no es posible tomarle el gusto al pueblo sin saborear la *ensalá*, la sopa de tomates, el *ajopapa* y el chorizo de la comarca.

Luego de una recorrida por el pueblo, visitando sus hermosas fuentes, nos instalamos con las niñas a almorzar en la terraza del restaurante La Farola, un acogedor lugar a metros de la Cruz del Rollo. Antes las convencí de parar unos minutos en el Matito, a pocos pasos

de la plaza. Ingresé en peregrinación. El viejo bar permanecía tal cual lo atesoraba en mis recuerdos: estrecho, poco iluminado, servicial, lleno de hombres jugando a los naipes o al dominó. Algunos estaban sentados, la mayoría se encontraban de pie. Conversaban en voz alta y se gastaban pullas.

Macarena y Belén estaban de lo más divertidas en ese lugar, para ellas insólito, tan diferente al mundo que conocían. Nos despachamos unos refrescos, un vino blanco helado y cacahuates bien tostados, como a ellas les apetecen. El Matito me recordaba a mi padre, y de su mano me transportaba al tiempo de la juventud, que se había desvanecido sin darme cuenta, y que ahora parecía tan lejano.

Solo viví en Cabeza la Vaca mis primeros años de vida, hasta que nos mudamos a Sanlúcar la Mayor, en las afueras de Sevilla. Cuando regresábamos a visitar a mis abuelos, mi padre solía invitarme a recorrer el pueblo. Conversaba con sus amigos, compraba alimentos típicos que añoraba en Sevilla y finalizaba su caminata con una parada en el Matito. Como ahora yo hacía con mis hijas.

Miré el reloj. Hora de proseguir nuestro camino.

***

Don Eduviges nos estaba esperando.

Saludó a mis hijas con ampulosos gestos de caballero hispánico, y nos presentó a su esposa, Amparo, y a su nieta, Inmaculada. Nos instalamos en la sala principal de la casa, sencilla pero bien alhajada. Doña Amparo nos ofreció un delicioso té, con un surtido de bollería nada despreciable. Sin embargo, el disfrute gastronómico duró poco: don Eduviges se limpió los bigotes con una gran servilleta blanca, y me dijo, ceremonioso:

–Estimado Federico: nosotros tenemos algo que hablar… –el tono de su voz sonó misterioso–: Mejor dejamos a las damas disfrutando del té, y nos vamos a mi cueva.

Abrió una puerta corrediza y nos sumergimos en su cueva: una habitación más pequeña que la sala, poco iluminada, repleta de libros, cuadernos y carpetas. Apenas quedaba espacio para dos humildes sillas de madera con almohadones. Estrechos pasajes se abrían camino entre

las pilas de libros y serpenteaban por la habitación.

Gordito Arias era un hombre de baja estatura, abundante bigote, cabellera raleada peinada hacia atrás, bien alimentado, entrado en años. Se decía que era descendiente directo de Benito Arias Montano, el sabio humanista y escritor nacido en Fregenal de la Sierra en 1527 (en la misma época y a escasa distancia de donde naciera fray Pedro Sánchez), quien llegó a ser capellán personal del rey Felipe II.

Don Eduviges ordenó con matemática precisión una serie de papelitos, todos de distinto tipo y tamaño, cruzados por tres rayas de *dry pen* color verde en el ángulo superior izquierdo. Yo me mantuve en silencio, respetuoso de sus rituales. Sé que en esto de investigar no hay milagros: con suerte logramos descubrir, en el océano de lo que ignoramos, pequeños retazos de verdad.

Al fin mi oráculo de Delfos suspiró profundo, y se decidió a hablar:

–Federico, ¿tú sabes lo que fue la Orden de Santiago?

–Sí, por supuesto, una Orden religiosa y, a la vez, militar. Se dedicaba a proteger a los peregrinos que viajaban hacia Compostela a visitar la tumba del apóstol Santiago el Mayor, patrono de España, primer predicador de la palabra de Cristo en nuestras tierras, en tiempos de los romanos. Y también a luchar contra los moros.

–Esta Orden adquirió enorme poder –retomó don Eduviges–: poder territorial (se podía recorrer enormes distancias sin poner un pie fuera de sus dominios), así como poder económico (el gran maestre de la Orden llegó a tener una renta anual de 64.000 florines de oro). Imagínate.

Difícil que algo pudiera imaginar, no tenía la más mínima idea de cuánto significaba esa cantidad de florines… ¡hace 500 años! Pero igual estaba impresionado. Don Eduviges continuó, aún con mayor énfasis:

–Pues justo en ese tiempo de apogeo, la Orden trasladó la residencia de sus maestres a la ciudad amurallada de Llerena, a cuarenta kilómetros de aquí –el sabio sonrió, como quien ha hecho una gran revelación.

Me sonreí, de cumplido, no tenía idea de adónde quería llegar.

–Toda la región pasó a formar parte de su dominio: Calera de León (a diez kilómetros de Cabeza la Vaca) se convirtió en un centro

religioso y estratégico de la Orden, llegando a ser Encomienda Mayor. La ciudad de Jerez de los Caballeros fue retirada del dominio de la Orden del Temple (los temidos Caballeros Templarios) y puesta bajo la égida de la Orden de Santiago. En definitiva: la Orden poseía todo, controlaba todo… y registraba todo.

Recién entonces comencé a comprender:

–¡Ah! ¡Pues que por ahí venía la cosa!

–Como si esto fuera poco, en la misma época Llerena fue declarada Sede Principal del Tribunal del Santo Oficio, con una jurisdicción que abarcaba 500 poblaciones –don Eduviges hizo una pausa, respiró profundo, y preparó su argumento final–: Pues bien, la sangre que alimentaba las venas de ese imperio era el clero. Eran los más cultos, los más útiles… y los más peligrosos. La Orden llevaba un registro meticuloso de la vida y milagros de cada padre, párroco, vicario, fraile (por humilde y desconocido que fuera) que actuara en sus dominios. Por una parte, era una manera de reconocer a estos siervos de la fe, preservando para la posteridad la nobleza de sus actos… Y, por otra parte, era un modo de vigilar desviaciones y evitar actos impuros.

Entonces vi claro por dónde avanzaba don Eduviges.

–Pedro Sánchez de la Reina, tu recontratatarabuelo, nació justo en esa época de apogeo, allá por 1485. Tenía algo más de treinta años cuando se embarcó con Magallanes. En ese entonces, el gran maestre de la Orden era Alonso de Cárdenas, que residía en Llerena. Tal era su poder que a don Alonso lo sucedió (a través de una bula dictada por el propio papa Alejandro VI) ¡el rey Fernando, el Católico!

Don Eduviges hizo un teatral silencio final:

–Pues bien: lo que se sepa de lo sucedido al presbítero Sánchez de la Reina tiene que estar asentado en esos registros. Antes de su partida en la Armada, y a su regreso, si es que alguna vez volvió.

Miré fijo a mi sabio anfitrión. Una ancha sonrisa se me dibujó en el rostro. Su argumento tenía la fuerza de las verdades simples. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Entre otras razones, porque apenas conocía la existencia de esa vasta y compleja red de inteligencia construida cinco siglos atrás, que tenía su centro ni más ni menos que en mi comarca natal.

–¿Y dónde se conservan esos registros? ¿Es posible acceder a ellos?

–Yo empezaría a buscar por el Conventual Santiaguista, en Calera de León.

El sabio cabezalavaqueño, humilde como los verdaderos sabios, había puesto a volar mi imaginación. Me brindó algunos consejos sobre cómo manejarme con los monjes que custodian los registros de la Orden. Luego abandonamos “la cueva” y compartimos un tecito de despedida con nuestras mujeres.

Afuera caía la tarde, un tranquilo domingo de otoño al pie de la sierra Morena.

***

Disfrutamos de tres maravillosos días en el territorio de mis primeros recuerdos. Regresamos cautivados por el paisaje único de esa comarca extremeña: bosques de castaños, robles, encinas y alcornoques, bajo los cuales se pasean –en medio del verdor de las dehesas– los célebres cerdos ibéricos. Castillos, iglesias y conventos aparecen, aquí y allá, entre las sierras, rodeados de olivares y viñedos. Varios riachuelos atraviesan la comarca. Entre ellos el arroyo Astillero, con su viejo puente de piedra, en cuyos arenales y lagunas chapoteaba en los cálidos veranos de mi infancia. Macarena y Belén, a su manera, comenzaban a querer la tierra de su padre y sus abuelos.

Nos alejamos con melancolía de la pequeña villa de casas blancas y techos rojos, la de las fuentes de agua pura que se ofrecen, generosas, en cada plazuela del pueblo. La que enfrenta, con admirable dignidad, las amenazas que estos tiempos entrañan para sus mil seiscientas almas y su modo de vida. Pero que en realidad nos amenazan a todos, con la pérdida de estos leves santuarios donde nuestra alma se refugia en tiempos de incertidumbre y miedo.

No en balde, las últimas imágenes que registraron mis retinas al partir de las calles semivacías de Cabeza la Vaca, en el atardecer de ese lunes otoñal, fueron de grupos de ancianos caminando con lentitud, con la cabeza agachada entre los hombros y la espalda encorvada. Como algún día andaremos todos.



II
LA CALMA Y LA TEMPESTAD

Sevilla y Río Gallegos, mediados de octubre de 2008

Federico Sánchez de la Reina

Debo decirte que esos días de trabajo intenso, y la escapada con mis hijas a Cabeza la Vaca, me sentaron bien. Descansé, respiré otros aires, volví a cierta "normalidad".

Sin embargo, aunque no te lo creas, nunca me hice demasiadas ilusiones: sabía que era la calma que precede a la tempestad. Eso sí: no pensé que se precipitara tan pronto.

Estaba en la cocina, temprano por la mañana, preparando un café con torrejas. En ese momento, el cielo plomizo se abrió brevemente, y unos tímidos rayos de sol bañaron la cocina. Lo recuerdo bien porque luego, durante varias semanas, fue como si el sol no volviera a salir para mí.

Fue en ese momento que sonó el móvil.

***

Yuliana

Estaba desesperada. No podía creer lo que había pasado. También, esta pendeja de Stefi es divina y todo lo que vos quieras, pero… ¡qué le da por hacerse la guapa!

No sabía qué hacer. Fue ahí cuando se me ocurrió llamar a Roberto. No lo dudé.

–Holá, ¿Roberto?

–¡Yuliana! –me contestó, sorprendido–. Pues… ¿Cómo estás? Imagino que…

El Gallego quiso mandarse una perorata, pero el horno no estaba para bollos. Enseguida lo interrumpí.

–Tenés que venir en los próximos días –le dije, a ver si se despertaba.

–Bueno, sí… Pero ¿por qué?

–Por Stefi, es importante. ¿Por qué más va a ser?

Pero no hubo caso. El boludo quiso “serenarme”, y que “actuara con calma”, y todas esas estupideces. ¡Lo que es no vivir de este lado del mostrador! Al final pensé: si de veras querés a la pende, dejá de rascarte las pelotas y ponete un poco las pilas.

–Yo ya te avisé que la cosa está complicada. Hacé lo que te parezca. No te puedo decir más nada. Chau –y colgué.

***

Federico Sánchez de la Reina

Quedé muerto. La chavala tenía razón. Al fin y al cabo, fui yo que acudí a ella en busca de ayuda. Y ahora que ella se jugaba el pellejo, y corría vaya a saber qué riesgos, yo le respondía con titubeos.

Claro que Yuliana no tenía la más remota idea de dónde me encontraba yo. ¿Cómo explicarle que estaba a quince mil kilómetros de distancia, sumergido en una realidad que no podía dejar de un día para otro? Pero igual pensé: ¿no es mi deber correr de inmediato a Río Gallegos, sea como sea? ¿O es una locura? ¿Abandonar todo –hijas, trabajo, compromisos en España– por la enigmática llamada de una adolescente, a quien apenas conocía? Sin duda: era una locura.

Pensé en hablar con Edwin y pedirle que se comunicara con Yuliana. Pero tuve miedo de que el galés, acompañado de su amigo Manducatti, hiciera una poco discreta irrupción en La Mary-Anne, de consecuencias imprevisibles.

De repente caí en la cuenta: faltaban solo tres días para cumplirse el mes, desde que Cami me entregó la nota. ¡La llamaría al día siguiente, eso haría!

Sin embargo, no pude alejar de mí la imagen de Yuliana y la desesperación de su voz. Estaba arriesgando su vida por otra joven

como ella. Había confiado en un extraño que, por un instante, la hizo soñar con una nueva vida. ¿Qué debía hacer, por Dios? No tuve respuesta, solo dudas y angustia.

***

–Aló… ¿Aló?

–¿Sí? –la voz se escuchó cauta, prudente.

–¿Habla Cami?

–Sí.

Suspiré aliviado. No se oía demasiado bien. Aunque no dejaba de ser un milagro hablar con las vecindades de la Antártida sin mayores interferencias.

–Habla Roberto –hice una larga pausa, para darle tiempo; luego continué–: Había quedado en llamarte en estos días por alguien…

Dejé la frase inconclusa y esperé en silencio.

–Sí, lo recuerdo. Esperaba tu llamada –hizo una pausa, su voz se escuchaba calma, segura; luego prosiguió, midiendo cada una de sus palabras–: En el Diosas, solo por una semana, como mucho. ¿Está claro?

–Sí, sí… gracias.

Clic. Cortó, sin más trámite.

El mensaje había sido recibido. Una vez más me impresionó esta enigmática joven, de la cual ni siquiera conocía el rostro. Recordé su imagen, instantes antes de desaparecer en las brumas heladas de Gallegos: estatura mediana, pelo de falsa rubia, gafas oscuras grandes, cuerpo agraciado que apenas se insinuaba bajo un abrigo negro invernal.

¡Cami! Sonreí, con admiración.

No había tiempo para perder. Sabíamos dónde estaba Stefi. Y disponíamos de una semana como máximo para rescatarla de su calvario.

Pero yo seguía confuso. ¿Por qué me llamó Yuliana? ¿Qué le podía pasar a Stefi? Repasé mis notas de viaje: La Mary-Anne estaba muy cerca del Diosas. No tuve dudas: algo sabía esta muchacha.

Era necesario actuar sin demora.

***

Ayelén

Escuché el *ringtone* de “mensaje” varias veces en la madrugada. Me desperté sobresaltada. Era Federico, nuestro Quijote. Me consultaba sobre cómo enviar urgente una información confidencial que tenía. Le contesté que lo mejor era el *mail* y pegué un salto de la cama. Media hora después me reuní con Jorge Luis y leímos su nuevo mensaje. Hablaba de Cami, de Yuliana y de Stefi. La situación era crítica. Pero también una gran oportunidad.

Le rogamos a Federico que mantuviera total reserva, sin excepciones. Que nosotros nos ocuparíamos de todo. Que confiara, que se mantuviera sereno. Y que en el momento justo le avisaríamos para que contactara a sus amigos parlamentarios. Por cualquier cosa.

Una hora más tarde nos comunicamos con la fiscal.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

Con la jueza Graziella Ducatti cruzamos las miradas. No era la primera vez que enfrentábamos a las mafias de la trata de mujeres. Ya les habíamos asestado varios golpes en los últimos tres años, desde que el destino quiso que nos encontráramos con Graziella en este remoto paraje, una de las zonas rojas más pavorosas del mundo. No era ninguna satisfacción. Cada operativo significaba días de cuidadosa planificación y tensa espera. Al final, los oficiales de Policía y los funcionarios judiciales irrumpían en el burdel, arrestaban a los proxenetas que estaban en el lugar (por lo general personajes de segunda categoría, rara vez un pez gordo), registraban todo, incautaban armas y drogas, se labraban actas y –tan solo algunas veces– obteníamos una recompensa imposible de describir: una joven de 15 o 20 años, que al principio no entendía lo que pasaba, luego comenzaba a reír y llorar, a preguntar por sus padres o hermanos, para

terminar envuelta en una frazada, mientras no paraba de temblar. ¡Eso sí valía la pena! Esas vidas salvadas del horror.

No nos importaba que por cada joven arrancada a las mafias, hubiera otra secuestrada o comprada con promesas, como nos recordaban siempre los pájaros de mal agüero. Sabíamos que, tarde o temprano, terminaríamos triunfando. A fin de cuentas, toda la verdad estaba encerrada en aquellas sencillas palabras de Burke: *para que el mal triunfe, solo es necesario que los buenos no hagan nada*.

La denuncia provino de Los Pinares. Una organización comprometida con los temas sociales, que generaba frecuentes polémicas. Pero era gente confiable, tenían buenas fuentes. Siempre que nos acercaron denuncias, resultaron ciertas. En este caso, además, invocaron a un tal ingeniero Sánchez, un español muy conectado, según dijeron. La adolescente Stefanie Rodríguez, de 16 años, natural de Jujuy, con paradero desconocido, se encontraría en el burdel Diosas del Sur. No era un caso sencillo. El inspector Ítalo Manducatti de San Julián, las autoridades del secundario y los amigos de la joven, todos decían que Stefanie estaba retenida contra su voluntad. Sin embargo, su madre se negó a hacer la denuncia. Hacía dos meses que no se sabía nada de ella. Pero si la menor aparecía en el lupanar, en cualquier caso sería delito.

Al final nos convencimos: era necesario proceder.

***

Ayelén

Muy pronto tuvimos respuesta. Daba gusto tener fiscales y jueces así.

La jueza Ducatti era porteña, del residencial barrio de Barrancas de Belgrano. De estatura mediana, pelo rubio corto y lacio, poseía un físico bien proporcionado. La fiscal Finocchiaro (que siempre protestaba por su nombre de pila: “pensar que soy italiana por los cuatro costados y me pusieron Karla con ka, ¡solo en la Argentina!”) era mendocina. Alta, morocha, delgada, de pelo lacio hasta los hombros, transmitía energía por todos los poros. Tenían en común la

pasión por el Derecho, la voluntad de luchar contra el crimen organizado y un coraje a toda prueba. Y se habían encontrado, por el azar del destino, en este extremo del planeta.

–Vamos a actuar en breve. Haremos como siempre –fue todo lo que dijo la fiscal Finocchiaro a Jorge Luis, a última hora del martes.

O sea: el operativo sería en las siguientes 48 horas, por la noche. El miércoles a primera hora le enviamos un *mail* a Federico:

“Operativo en marcha. Es esta noche o mañana. Urgente hablar parlamentarios. Abrazo. JL”.

Una vez que cliqueamos “enviar”, con Jorge Luis nos miramos: lo de Federico era sorprendente. Parecía puesto en el momento justo por el de más arriba.

Después Jorge Luis alertó al padre Lozano:

–Holá, ¿Mamerto? –Jorge Luis tenía una larga amistad con el cura–. Te quería avisar que hoy van a tratar de recoger la mercadería, aquí en Gallegos –le dijo, con voz casual.

–¡Ah! ¡Qué bien! –le respondió el padre, impactado por la noticia–. ¿Es el primer o el segundo envío?

–El primero; ya veremos cómo hacemos con el otro. En fin, principio quieren las cosas… Sería bueno que le avisaras al italiano y al irlandés, por más que tal vez se enteren por el lado oficial. ¿Viste? Por las dudas…

–Okey, yo me encargo, no te preocupes.

–Bien, la dejamos por acá. Esperemos que todo salga bien.

–Si Dios quiere.

***

Federico Sánchez de la Reina

La verdad es que estaba muy nervioso, no te lo voy a negar. Siempre fui de asumir las responsabilidades. Pero esto era mucho para mí. Me paseaba por el estudio absorto: mis ayudantes me tenían que hacer tres veces la misma pregunta para conseguir una respuesta.

Ese miércoles de mañana mi cabeza estaba en Santa Cruz. En San Julián y en Gallegos. Así debía ser. Junto a mis amigos. Tantos afectos

que me regaló la vida en tan poco tiempo. Unidos por el dolor y el destino incierto.

A la una de la tarde verifiqué por enésima vez el correo. Mi corazón latió con fuerza:

"Operativo en marcha. Es esta noche o mañana. Urgente hablar parlamentarios. Abrazo. JL".

Lo leí con cuidado, dos o tres veces, a pesar de que el mensaje era claro. Luego llamé a Serena, mi secretaria:

–Tengo que comunicarme urgente con Artemio Viñal y Teresa Morell, mis amigos parlamentarios; tú tienes sus móviles. ¡Lo antes posible!

Traté de tranquilizarme. Era mediodía: me despaché unos bocadillos y un vaso de Coca *light*. A renglón seguido contesté el correo:

"OK, recibido. Confirmo comunicación más tarde. FAVOR: mantenerme informado. Abrazo, FSR".

No te imaginas lo lentas que transcurrieron las horas siguientes. Recién a las tres y media de la tarde escuché, al otro extremo de la línea, la voz siempre simpática de Teresa, mi amiga balear:

–Pues ¿qué te traes entre manos, Federico?

Le recordé lo conversado tiempo atrás, cuando me reuní con ella en un despacho del PSOE, en el Palacio de las Cortes. En aquella ocasión le advertí sobre los graves hechos vejatorios de los derechos humanos que se producían en el sur de la Argentina, y la necesidad de cooperar, en caso que nos fuera solicitado. Me dijo que estaba a las órdenes.

–Ese momento ha llegado, querida amiga. Te tengo que rogar que hagas algunas llamadas. Solo manifiesta tu interés en Stefanie Rodríguez, ellos van a comprender.

***

Yuliana

Por lo que pude averiguar, Stefi habló de más. ¡Qué cagada! Todo venía tan bien… Pero dijo algo como "ya van a ver estos hijos de puta lo que les espera". Se lo comentó a alguien, no sé a quién. Pero aquí las noticias vuelan. Las chicas se asustaron, hay muchas sin papeles, y

otras que son menores. Yo le avisé a Federico por el fone, para que hiciera algo. Pero tal vez era demasiado tarde.

Al día siguiente ya lo sabían los *capangas*. Y cuando un diputado provincial que tiene amigos en la Policía les avisó que se venía una redada en el Diosas, enseguida ataron cabos. Porque boludos no son. Al rato la pobre guacha tenía al Ricky en la puerta de su pieza.

–¡Lograste avisar dónde estabas, hija de puta! –le gritó fuera de sí, y le cruzó la cara con un feroz cachetazo.

Stefanie empezó a sangrar por la boca. Quiso escapar. Pero era imposible. El Ricky no es cualquiera. El tipo no es solo un matón, es un tipo importante. Está a cargo de la "seguridad" del Diosas (entre otros "trabajos"), y hasta le sirve de testaferro al clan de los González Bermejo, por lo que se dice.

Cuentan que la agarró de la blusa y se la rompió, hasta que las lolas le quedaron al aire, para que las demás vieran las marcas de los cigarrillos cerca de los pezones y las huellas de los latigazos.

–¡No te alcanza con ser puta, también sos buchona de los milicos! – dicen que le gritó, como loco. Allí apareció uno de sus alcahuetes, el Talibán.

–Llevate a esta pendeja y arrimale la ropa al cuerpo, vos sabés lo que tenés que hacer. Y después encerrala con un candado en la piecita del fondo. ¡Dale hasta que se le vayan las ganas de seguir jodiendo, negra sucia!

El Talibán la manoteó del pelo y se la llevó arrastrándola por el pasillo hasta una de las habitaciones. Dicen que a Stefanie le saltaban las lágrimas del dolor y la humillación, pero que se mordía los labios para no gritar. Qué coraje tenía esa pendeja. Era su manera de escupirles la cara, qué lo parió.



Después el Ricky reunió de apuro a Lulú, la *madama* del local, y a las otras chicas (seis en total), a la entrada de la casita. Eso fue más o menos al atardecer.

–Presten mucha atención: a eso de la medianoche van a caer los milicos, ¡por culpa de la soreta de la Stefanie! Así que ustedes se van a portar piola. Lulú les va a dar los documentos de cada una. El tuyo ya lo tenemos pronto, Purita, ¡tuviste suerte! –Purita era dominicana, había entrado sin papeles, le tuvieron que falsificar el pasaporte–. En este boliche no hay lugar para *lloronas*, así que guarda con abrir la boca. Ahora métanse en sus piezas. Y no vayan a decir ni mu, porque si no, cuando se vayan los milicos, a la que haya hablado de más… ¡la mato, la degüello! Y ustedes saben que lo hago nomás, ¡carajo!

Por lo que sé, después se dedicaron a limpiar de drogas el local. Y a avisar del “inconveniente” a sus mejores clientes. Como te imaginarás, entre esos había algunos políticos y milicos, toda esa *majuga*.

***

Federico Sánchez de la Reina

Recién a las ocho de la noche de España logré conectarme con Artemio. Había viajado de urgencia a Bruselas, sede del Parlamento Europeo. Cuando por fin Serena lo encontró, tuvo que implorarle a su secretaria para que lo hiciera abandonar por unos instantes la delicada reunión de la que participaba: “se trata de un asunto de extrema gravedad”, le dijo.

Artemio, un brillante ingeniero nuclear, quien ahora tenía vara alta en Bruselas como parlamentario del Partido Popular, me atendió con su calidez de siempre. No me dejó terminar:

–Ya me imaginaba. ¡Hay vidas en juego, Federico! Solo dime a quién debo llamar, y déjale los teléfonos a mi secretaria.

–Gracias. Sabía que no me ibas a fallar.

Una risa afectuosa fue su respuesta.

Pensé: amigos como Teresa y Artemio templan el ánimo en momentos difíciles. A continuación envié un mensaje a Jorge Luis: “Se están haciendo las llamadas al sur”.

Minutos después recibí la respuesta:
“Ok. Es hoy. Te mantengo informado. Abzo. JL”.
La eterna espera había comenzado.

***

Río Gallegos, medianoche del miércoles 15 de octubre de 2008

Fiscal Karla Finocchiaro

La jueza Ducatti reunió en su despacho al jefe de Policía de Santa Cruz, Segismundo Otero, al responsable del área social de la Municipalidad (de apellido Domínguez) y a mí.

–El allanamiento se va a iniciar a medianoche, dentro de dos horas. Saldremos de aquí unos quince minutos antes –explicó Graziella con voz firme–. Contaremos con dos patrulleros de la Policía y ocho efectivos, de los mejores de la ciudad. ¿No es así, jefe Otero?

–Sí, por supuesto. Seleccioné entre los más duros. Estos casos no son para andar haciendo camelo.

Otero era un viejo comisario general, recién ascendido a jefe de Policía, luego que su predecesor tuviera que renunciar envuelto en un escándalo de corrupción. Era alto, un tanto encorvado, tez clara y pelo completamente cano cortado al ras. De probada honradez, sus gestos eran tranquilos, pero su mano firme era reconocida: odiaba las bandas criminales que habían alterado la vida de su Gallegos natal. Y más de una vez, ya veterano, no dudó en desenfundar y enfrentar a algún mafioso, cuando la ocasión lo requirió.

–Domínguez se va a desplazar en un vehículo de la Municipalidad –continuó la jueza– acompañado de dos asistentes sociales, para brindar contención a la víctima, una vez que la hayamos rescatado. También informé del operativo a la organización Los Pinares, aunque les advertí que no debían intervenir bajo ninguna circunstancia.

Este último comentario generó molestia en el director Domínguez, que se movió en su silla, incómodo.

–Señora jueza: usted es la que decide, pero a mi parecer esos muchachos lo único que hacen es generar problemas. No creo que sean

de ninguna utilidad.

–Usted ha dicho bien que decidir sobre esos asuntos es mi responsabilidad –afirmó Graziella, no dispuesta a discutir el tema; pero igual explicó–: Sé bien que entre la Municipalidad y esa organización ha habido discusiones; pero ¿sabe una cosa?, Domínguez: prefiero que vean por ellos mismos cómo se hacen las cosas.

Domínguez zanjó la discusión con un gesto: “si usted lo dice”.

A mí me tocó poner punto final a la reunión:

–Todavía tenemos un rato. Mejor comemos algo y nos tomamos un buen café. Va a ser una larga noche.

***

Yuliana

Ya te dije que aquí todo se sabe. Además, estas salvajadas ellos las hacen para que las sepamos. Para que nos caguemos de miedo y no jodamos más.

Así que esto fue lo que sucedió: el Talibán, como le ordenó el Ricky, arrastró a Stefi a su pieza y la arrojó sobre la cama. La piba ya estaba quebrada, no se resistía más. Se hizo un ovillo y se cubrió la cabeza con las manos. El Talibán le arrancó la tanga, se quitó el cinto y comenzó a aporrearle las nalgas a latigazos. Dicen las que estaban en las piezas de al lado que Stefi trató de aguantar, hasta que no pudo más. Primero fueron gemidos, después gritos, al final eran aullidos (a ellos no les importa: “¡que oigan las demás, así aprenden la lección!”). Para rematarla agarró con sus manos de bestia el trasero de Stefi, que sangraba por los latigazos, y lo penetró con ferocidad. Qué animal.

Un rato después la arrastró por el suelo a través del patio y la arrojó en la mugrosa “piecita del fondo”, la de los castigos. Cerró con cadena y candado.

Stefi debía estar enloquecida de dolor, o capaz que ya estaba casi inconsciente. No podía resistir más. ¿Para qué prolongar la agonía? Se ve que fue en esos últimos instantes de lucidez que tomó la decisión.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

–Son las mil ciento cuarenta y cinco. Nos movemos –el sargento primero Marchand (apodado el Francés), responsable de la parte dura del operativo, impartió con su *handy* la orden de partida.

El coche del jefe Otero, con Manducatti, Lucy González y dos funcionarios de la Técnica, abrió la marcha, seguido por el del juzgado, en el que viajábamos la jueza, la actuaria y yo. Luego el director Domínguez, con dos asistentes sociales. Los patrulleros con los efectivos policiales completaban la comitiva.

***

Ayelén

Después que la fiscal nos avisó, enseguida nos organizamos. Poco antes de medianoche partimos en el Fiat Uno de Jorge Luis rumbo a Las Casitas. Aunque está bastante destartalado logramos acomodarnos –como sardinas en lata– el padre Lozano, Jorge Luis, otro joven de Los Pinares, un amigo del cura llamado Edwin Lonogan y yo. Según nos dijeron, Edwin fue autorizado a la sordina por su amigo Manducatti a acompañar el grupo, por supuesto que con total desconocimiento de Karla y de la Ducatti. Parece que empeñó el honor de sus ancestros celtas en mantenerse alejado de los sucesos, pasara lo que pasara.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

En pocos minutos ya recorríamos las calles de ripio de Las Casitas, e instantes después nos detuvimos frente al Diosas. Mujeres y hombres echamos pie a tierra. Era una noche helada y brumosa. En el aire se respiraba una insoportable tensión.



El Francés Marchand se adelantó hacia la puerta, secundado por el cabo García y dos efectivos. Portaban armas largas, y vestían chalecos antibalas y pasamontañas negros que les cubrían el rostro.

Mientras tanto, el jefe Otero –que inspeccionaba los alrededores del boliche– lanzó un primer aviso a la Ducatti:

–Qué raro que haya tan pocos vehículos afuera. Esto no me gusta nada…

La jueza se alarmó. Pero era tarde para conjeturas. Los hechos se habían desencadenado.

–¡Al suelo! ¡Todos al suelo! –bramó Marchand–. ¡Y las manos donde pueda verlas!

Los escasos parroquianos de la whiskería, sorprendidos y asustados, se dejaron caer de rodillas, con las manos en alto. Lulú, la *madama*, se adelantó hacia el sargento con tono conciliador, en el preciso instante en que Otero y nosotras ingresábamos al local, orden de allanamiento en mano.

–Tenemos orden para revisar el local, estamos buscando a una menor desaparecida –le dijo Otero a Lulú, sin disimular su desprecio por los tratantes de mujeres y sus sirvientes.

–Me sorprende, oficial –dijo con tranquilidad la *madama*–, aquí todas las chicas están por su propia voluntad.

Luego miró a dos jóvenes que se encontraban en la entrada:

–A ver Purita y Flor de Loto, muéstrenles sus pasaportes a los señores.

Purita era dominicana y Flor de Loto boliviana. Exhibieron con orgullo su documentación. Lucía flamante. Luego la Policía controló papeles y eventual posesión de drogas de las demás chicas y de los clientes.



Mientras tanto, el Francés Marchand, bajo mi supervisión y apoyado por el inspector Manducatti y los demás efectivos, se lanzó rápidamente a revisar las habitaciones. Al abrir las puertas de las piezas los clientes salían despavoridos. Más de uno preguntaba en inglés qué ocurría. Sin embargo, las chicas se mostraron tranquilas. Todas tenían la documentación a la mano, ninguna era menor de edad. Y salvo por algunos porros que se encontraron demasiado a la vista, la casita estaba limpia de drogas. Todo muy extraño.

Marchand volvió a la entrada e informó a sus superiores. Revisaron todos los rincones de la casa: baños, cocina, depósitos de materiales y utensilios, un pequeño altillo al que se llegaba mediante una escalera de caracol. Nada.

–Cuando llegamos había la mitad de clientes que de costumbre, todas las pibas tienen la documentación en regla y a mano, no hay un gramo de drogas –reflexionó en voz baja el jefe Otero, dirigiéndose a la jueza–: demasiadas casualidades.

–No hay duda. Alguien entregó el operativo –respondió la Ducatti, desalentada.

Recuerdo que observó unos instantes el piso con la mirada perdida. Pero enseguida se rehízo:

–Vamos a buscar hasta el último rincón, y a labrar un acta, don Segismundo, aunque más no sea que para complicarles la vida a estos hijos de su madre. ¿Qué habrán hecho con la chica?

–Cuente conmigo, jueza.

Acto seguido, Otero impartió orden de buscar hasta debajo de las piedras. Cualquier cosa: rastros de la chica desaparecida, algún arma blanca o de fuego, drogas del tipo que fueran. Se dirigió a Lulú:

–Vamos a labrar un acta.

–¿Por qué, si en el local no hay nada raro? –la *madama* abrió los ojos, sorprendida.

Otero no le hizo caso:

–Así que tiene que venir el responsable del local. ¡Ya, de inmediato!

Lulú insistió. Pero el jefe la cortó en seco:

–Mirá, si no aparece el responsable en media hora, me las llevo a todas ustedes pa' la comisaría y les cierro el local por cuarenta y ocho horas. Van a ver cómo se les van todas las pavadas.

Domínguez y yo miramos para otro lado: las amenazas del policía no tenían sustento legal alguno. Pero Otero ya lo había advertido: no eran momentos de andar haciendo camelo.

La *madama* se resignó, dio media vuelta y habló por el celular, cuchicheando en voz muy baja. Luego se acercó de nuevo a las autoridades:

–Ya viene para acá el encargado, Ricardo Semprún.

–¡El Ricky! Flor de alhaja… –saltó Otero, sin poderse contener.

***

Ayelén

El café se nos acabó enseguida. Después mateamos un rato, para combatir el frío. Estábamos los cinco apretujados y congelados en el Fiat Uno, tratando de adivinar qué diablos pasaba dentro del Diosas.

De repente, vimos aparecer entre la niebla un BMW rojo deportivo, que estacionó a nuestro lado. Del interior bajó un hombre fornido, con la cabeza rapada y el rostro casi cubierto por las solapas levantadas de una campera negra de cuero.

–¡Mirá, es el Ricky! –exclamó Jorge Luis, casi con admiración–. Es el *capanga* de los González Bermejo.

***

Cabo Lucy González

En el mismo momento en que el Ricky entró al Diosas del Sur, Karla Finocchiaro alumbraba con la linterna de mi comisario el fondo del terreno. Era una noche oscura, sin luna, señor. Y el fondo estaba lleno de yuyos y enredaderas. Pero a la fiscal le pareció ver unas construcciones casi derrumbadas, que aún no habíamos inspeccionado.

–A ver, Marchand, métase hasta el fondo del terreno –la voz enérgica de la fiscal no le dejó muchas alternativas al Francés–, ¿no le parece que hay unas construcciones, unas piezas, medio tapadas por los yuyos?

–Sí, señora, ya las vimos. Están poco menos que venidas abajo, se les cayeron los techos y están comidas por los vegetales.

La Karla dudó. Casi pega la vuelta y se va. Pero al final insistió:

–Fíjese igual, ya que llegó hasta allí. ¿Qué le cuesta?

El Francés me guiñó un ojo y cuchicheó: “Que me llene de pulgas y me muerda alguna rata”. Pero no dijo nada. Debe haber pensado: “este no es momento para hacerme el delicado”. Se abrió paso entre el yuyerío. Dos agentes lo siguieron.

Había un gran silencio. Solo se escuchaban los insectos y los ruidos lejanos que venían del quilombo. De repente se oyó a uno de los agentes:

–Jefe, las dos primeras piecitas son un mugrero, llenas de basura y condones. Ahora, la otra… está cerrada con un candado.

–¡Qué raro! –exclamó el Francés.

Durante unos segundos su mente fue y vino, varias veces. Después me contó lo que pensó en ese momento: “Son más de las dos de la mañana, llevamos horas buscando entre los restos y la mierda de los inodoros, estamos cagados de frío, y no encontramos ab-so-lu-ta-men-te nada. Sí, nada. ¿Tiene sentido seguir perdiendo el tiempo, cuando estamos seguros de que hay hijos de puta en la Policía y en la Municipalidad que ya alertaron a estos delincuentes, y ahora duermen tranquilos en sus casas, comiendo comida calentita y cogiendo a sus mujeres o a sus amantes, o tal vez a una pendeja desgraciada como la que estamos buscando? ¿Voy a seguir rompiéndome el culo?”. Pero no hay caso, señor: cada uno es como es. El Francés Marchand era un tipo hecho y derecho. Sabía lo que tenía que hacer:

–¡Cabo! Traiga el alicate grande, del cajón de herramientas.

Un instante después el cabo García volvió, alicate en mano. La fiscal lo siguió. Al pasar me dijo, de mujer a mujer: “Si estos muchachos me hacen caso y se rompen el alma a esta hora de la madrugada, yo no puedo ser menos”.

–A ver, García, alúmbreme acá, voy a cortar esta cadena para sacar el candado.

Clic. Cortó un lado del eslabón. Ahora el otro. *Clic*. Marchand empujó la puertucha del cobertizo con la pierna. El candado y la cadena cayeron al suelo.

Entonces Karla iluminó con la linterna el interior de la piecita. Estaba muy oscuro, lleno de cosas, parecía como que hubiera fantasmas. Por eso, al principio no comprendimos lo que estábamos viendo. De repente distinguimos algo en la oscuridad. ¡Qué horror, mi Dios! Lo primero que reconocimos fueron las plantas blancas de unos pies descalzos que se hamacaban a media altura. Luego, miramos hacia arriba y vimos espantados un cuerpo desnudo que colgaba del cuello, sujetado del techo con un cable de electricidad.

Marchand reaccionó de inmediato.

No sé cómo, tal vez encaramándose en las paredes rotas de la piecita y agarrándose de los tirantes del techo, en un santiamén cortó el cable con su cuchillo. Enseguida trató de acomodar el cuerpo en el suelo, entre los pastizales, de la manera más delicada que pudo.

Era una femenina, cubierta de golpes y heridas que aún sangraban; parecía muerta.

Marchand cortó el cable que todavía le apretaba la garganta, mientras los demás gritábamos por ayuda.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

El alboroto llamó la atención de los que estaban en el local. El jefe Otero ordenó a sus agentes permanecer custodiando a Ricky y a Lulú, y salió corriendo por el pasillo. Al llegar al fondo, el espectáculo que vio fue sobrecogedor: en la noche helada, una joven desnuda y cubierta de heridas yacía bocarriba entre los pastizales.

–Lleven a la muchacha para adentro. ¡Rápido! –gritó una de las asistentes sociales, que tenía estudios de Medicina–. Con el mayor cuidado posible, ¡por favor!

Una vez dentro del prostíbulo, intentó aplicarle técnicas de reanimación, sin éxito. Contuvimos la respiración, casi no teníamos esperanzas. La asistente no se rendía, al borde de la desesperación. Esos instantes fueron eternos.

De repente, su grito iluminó la noche:

–¡Traigan una ambulancia! ¡Todavía está viva!

Lo que sucedió a continuación es difícil de relatar, porque en medio del caos más absoluto, todos querían ayudar.

El estado de la joven era de extrema gravedad, era muy difícil que sobreviviera. Y si lo hacía, seguro quedaría con secuelas. Eso lo sabíamos. Pero también era verdad que de no haber allanado el burdel y perseverado en la búsqueda, ahora no tendríamos esperanza alguna.

Cinco minutos después se escuchó la sirena de una ambulancia, y los paramédicos ingresaron al Diosas a toda velocidad. Tras ellos también se zambulleron el padre Lozano y los jóvenes de Los Pinares, incapaces de aguantarse en el coche.



–¡Hay que trasladarla ya, cualquiera sea el riesgo, se nos va! –vociferó el jefe de la unidad médica.

Instantes más tarde los paramédicos retiraron en camilla a la joven moribunda, cuya identidad aún desconocíamos. Al pasar junto al Ricky, que minutos antes había sido detenido y esposado por el propio jefe Otero, el matón no se pudo contener:

–¡Te debiste haber muerto, conchuda de mierda! –le gritó, lleno de odio.

En la brutal confusión, nadie atinó a detener el avance de un galés

de casi dos metros de altura, que al oír el salvaje aullido del Ricky a la joven agonizante, se le abalanzó. Un par de agentes quisieron detenerlo, sin demasiada convicción. Ya era tarde: el galés descargó un furibundo puñetazo en la boca del estómago del proxeneta, que se dobló en dos, y habría caído desparramado por el suelo si no lo hubieran sujetado los policías. Quiso decir algo como "sos hombre muerto", pero las palabras no salieron de su boca.

–¿Y este de dónde salió? –preguntó la jueza.

Luego, consciente de que el desconocido actuó como todos hubiéramos querido, miró para otro lado y comenzamos a labrar el acta.

***

Doctor Daniel Ortiz, jefe de Urgencias del Hospital San Felipe de Río Gallegos (48 años)

Me saqué los lentes, me refregué el rostro y los ojos. Estaba muy cansado. Pero era el momento de encarar a quienes esperaban por la joven.

–Está muy grave, en coma profundo, ¡no sé cómo todavía está viva!

Los tensos rostros se aflojaron un poco: las noticias podían haber sido peores.

–Es una muchacha joven, posiblemente menor de edad, de complexión bastante fuerte –continué, razonando en voz alta–: De todos modos, no tiene explicación. No sé, considérenlo un milagro, si quieren… Pero no se ilusionen, no sé cuál será su evolución.

Luego autoricé a los oficiales presentes (eran el jefe de Policía Otero y el comisario Manducatti), bajo la supervisión de la fiscal Finocchiaro, a efectuar un reconocimiento del cuerpo, para determinar su identidad. Según me dijeron, tenían varias descripciones de la joven desaparecida Stefanie y algunas fotos. También sabían acerca de un tatuaje, ubicado unos centímetros por debajo del ombligo.

El rostro de la joven estaba desfigurado por los golpes. Manchas de sangre coagulada cubrían parte de su cuerpo; no quisimos hacer una limpieza a fondo hasta no estabilizar sus signos vitales. Llamamos a las

enfermeras y les pedimos que descubrieran un instante el cuerpo de la muchacha. Entonces les solicitamos que, con la mayor delicadeza, limpiaran una mancha de sangre que le ocultaba la piel de la cintura hacia abajo.

Bajo la oscura mancha roja, asomó la cabeza azul de un dragón.

No cabía duda: la joven moribunda era Stefanie Rodríguez.

***

Ayelén

Los oficiales decidieron esperar hasta el amanecer para avisarle a la mamá de Stefi, en San Julián, mientras hacían el papeleo. Sería mejor hora para informarle semejante noticia.

Mientras tanto, con el padre Lozano y Edwin nos instalamos en la cafetería de una estación de servicio abierta las 24 horas, a pasar la noche. Más tarde llegaron las asistentes sociales, que eran amigas mías, y todos nos trasladamos a desayunar al Roma Express, en la avenida San Martín.

Coincidimos en que la situación de Lorena Riqué era de extrema gravedad. Si en el caso de Stefanie –arrastrada a las redes de prostitución mediante promesas y engaños– la situación llegó a tal extremo, ¿qué quedaba para Lorena, violentamente secuestrada por la mafia?

***

Federico Sánchez de la Reina

No pegué un ojo en toda la noche. A las nueve de la mañana, mi hora habitual de partir al trabajo, llamé a Ezequiel y le dije que no me sentía del todo bien. Recién llegaría a mediodía.

Más relajado, me recosté en la cama y dormité un rato. No sé cuánto tiempo pasó. De repente, el timbre del teléfono resonó en mi cabeza. ¡Al fin eran ellos!

–Holá, ¿Federico? –desde el fin del mundo la voz del galés se

escuchó tensa, pero tranquila; sin dejarme reaccionar, me descargó–: Stefanie estaba en el Diosas. La rescatamos, aunque se encuentra muy delicada de salud, está en coma…

Ese fue el comienzo de una larga conversación. De a ratos esperanzada. Por momentos llena de odio y frustración. Golpe tras golpe surgieron, en el amanecer sevillano, los hechos que me comprometerían para siempre con mis amigos del sur.

III

EN LAS PEORES MANOS

Río Gallegos y Sevilla, finales de octubre, 2008

Fiscal Karla Finocchiaro

No cabía duda: enfrentábamos delincuentes de marca mayor, y no simples *cafiolos* de poca monta.

Iba a resultar muy difícil dar con el paradero de Lorena, y rescatarla sana y salva, si es que lo lográbamos. El episodio de Stefanie demostró que en Gallegos había gente dispuesta a enfrentar el crimen organizado, sin medir las consecuencias. Pero también quedó claro que lo de Lorena debía manejarse con mucha reserva. Era indignante que en el caso de Stefanie los secuestradores se hubieran enterado antes de que actuáramos.

***

Federico Sánchez de la Reina

Las noticias sobre la salud de Stefanie no eran alentadoras. En la medida en que el estado de coma se prolongaba, mayor era la posibilidad de que se produjeran daños permanentes. Y mayor era mi angustia, siempre torturado por amargas reflexiones.

Pasada la alegría inicial por haber encontrado a la joven con vida, yo percibía su crítico estado de salud como un dedo acusador hacia quien "prefirió quedarse en la seguridad de su casa en un país rico, antes que correr a salvar una vida en peligro en los confines del mundo". Lo sé ahora, y también lo supe en aquellos duros momentos, que eso no era verdad. Mi participación en el rescate de Stefi fue crucial. Además, aunque hubiera partido de inmediato hacia el sur,

habría llegado con el operativo terminado. Pero eso lo decía la razón. El corazón dictaba otra cosa.

En mi fuero íntimo hice la solemne promesa de que si encontraban a Lorena, yo estaría allí para verlo. Se lo debía a Lorena, a María del Huerto y a mi atormentada conciencia.

***

Ayelén

Los últimos días de octubre fueron una locura.

Nos mantuvimos en contacto permanente con la jueza y la fiscal en Río Gallegos, con Manducatti, Lozano y Edwin en San Julián, y con nuestro Quijote Federico en Sevilla. Nos llegaron muchas informaciones: pocas resultaron confiables, la mayoría eran fantasiosas. Examinamos cada pista que nos traían. Un clima de afecto se instaló entre nosotros.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

De a poco llegamos a algunas conclusiones.

Parecía claro que Lorena estaba en manos del clan de los González Bermejo. Solo ellos, en el extremo sur del planeta, poseían la logística como para perpetrar un secuestro a plena luz del día y hacer desaparecer a la víctima sin dejar rastro. Otros grupos –como el de las hermanas Toledo– eran menos profesionales. Se basaban en los métodos tradicionales: la compra, el soborno, el amedrentamiento. Estos grupos mafiosos compartían el desprecio por los viejos "códigos", que imponían algunos límites al delito. Hasta tal punto que un procurador general llegó a decir que añoraba a los "criminales de la vieja guardia". También tenían en común el uso irrestricto de la violencia. En el pasado, emulando a la Policía y al Ejército, la violencia de los delincuentes cumplía el requisito de "proporcionalidad"; es decir, la violencia era adecuada a la resistencia

de la víctima. Ahora la "desproporcionalidad" era la regla. Para las nuevas mafias del crimen organizado, basadas en el narcotráfico y la trata de personas, la ostentación de la violencia era una forma de exhibir su poder. Leves "faltas" de sus víctimas, e incluso de sus integrantes, eran sancionadas con inusual saña y ferocidad. Y entre todos estos grupos, el de los González Bermejo destacaba por su crueldad.

Otro hecho muy probable: que Lorena ya no estuviera en Gallegos. Luego del alboroto producido por el rescate de Stefi, la opinión pública quedó conmocionada. Muchos lugareños, que antes se referían a Las Casitas como un atractivo turístico o un mal necesario ante la presencia de tantos hombres solos, comenzaron a ver las cosas de otra manera. Tras los coloridos luminosos de neón se ocultaban historias de adolescentes secuestradas y castigadas, familias destruidas y capos mafiosos –en general hombres, pero también mujeres– que se enriquecían en medio de tanto sufrimiento.

Sin duda a Lorena la habían puesto a buen recaudo. Pero ¿dónde? Algunas pistas poco confiables sugerían el norte, es decir Buenos Aires. Con sus trece millones de habitantes, una urbe moderna y cosmopolita, donde la mayoría de la gente ignora lo que hace su vecino, parecía un buen lugar.

Pero los González Bermejo, más allá de sus orígenes rosarinos, eran gente del sur. Se sentían cómodos en el sur y es probable que no se hubieran sobresaltado demasiado por lo sucedido con Stefanie: en definitiva, eran gajes del oficio. Al final coincidimos: aquí debíamos concentrar nuestros esfuerzos.

En ese ir y venir de noticias y comentarios, un nombre aparecía cada tanto: Federico Sánchez. Incluso un par de veces hablé muy brevemente con él por teléfono. Más allá de su decir caballeresco y su tono mezcla de español y rioplatense, me preguntaba cómo sería este singular personaje, presunto descendiente de un tripulante de Magallanes. ¿De dónde había salido?

***

Cabo Lucy González

Bajo la batuta de Otero y Manducatti confeccionamos, con ayuda de algunos “buchones”, una lista de los “aguantaderos” de los González Bermejo. Eran demasiados. Había en Caleta Olivia, Río Gallegos, Calafate, Las Heras y en otros pueblos de Santa Cruz y del Chubut. Impresionaba ver aquello. Había mucha guita en juego. Era imposible allanar todos esos sitios. Además, nada impedía que jugaran a la mosqueta con nosotros, llevando a la piba de un lugar para otro. Había caído en las peores manos. Su vida colgaba de un hilo.

IV
LA “OFERTA”

Algún lugar de Montevideo, julio de 2008

Fátima

Cuando desperté me dolía mucho la cabeza. No sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado. La habitación tenía la ventana tapiada. Había tres sillas y una mesita, y también un sillón, que era donde me habían dejado. Una bombita colgaba del techo.

No estaba atada ni tenía golpes en el cuerpo. Era todo muy raro. Empecé a recordar. Un escalofrío me sacudió de arriba abajo.

Unas horas antes había ido al Centro a comprarle unos zapatos a Cami. Estaba caminando por San José, casi Convención, mirando vidrieras. Fue todo muy rápido: dos tipos muy robustos se me acercaron, uno de cada lado:

–Tenemos que hablar con vos, no te asustes, no te va a pasar nada.

Pero yo no les hice caso, qué sabía quiénes eran. Quise rajar, pero me agarraron uno de cada brazo y me llevaron en el aire, sin ningún esfuerzo, hasta un coche que se había arrimado al cordón.

¡Ahí me desesperé del todo, me puse como loca! Me zambulleron en el auto, en el asiento de atrás, mientras yo pataleaba frenética. Lo último que recuerdo fue que en el asiento del acompañante había un tipo pelado, más bien gordito, que me gritó:

–¡Serenate, gurisa! No jodas, que somos milicos.

***

Inspector Orestes Rostagnol

Teníamos sus teléfonos intervenidos. Y sabíamos en el bruto lío que

estaba metida. Por eso nos interesaba. No fue difícil encontrar el momento de “abordarla”.

Eso sí, cuando le pedimos que nos acompañara, se enloqueció. Yo le dije quiénes éramos, pero no hubo caso. Era menuda, pero pataleaba y gritaba como una fiera, así que no tuvimos más remedio que dormirla.

***

Fátima

La puerta se abrió y el hombre pelado entró a la pieza, acompañado de un joven alto y pintún. Se sentó en una silla frente a mí.

–Por fin te despertaste. Mirá, gurisa, no queremos hacerte daño. Ahora te vamos a traer un café con leche y unos bizcochos.

No quería hacerse el simpático. Solo me trató como gente, no me metió la pesada.

–Ya te lo dije, quedate tranqui, somos milicos. Y te queremos hacer una oferta.

En ese momento, por los gestos, por la manera de hablar, me hizo acordar tanto a un personaje de la tele que a mí me encantaba, un policía siciliano llamado Montalbano. No sé, una locura, pero en medio de la confusión que tenía, se me ocurrió eso, no sé…

–Sabemos en lo que estás metida. Y te queremos ayudar. Seguro, vos también nos vas a tener que ayudar a nosotros.

¡Zas, ya me cagó! ¿Con qué saldrá este ahora? Pero al menos había algo bueno: de verdad parecían policías. Si hubieran sido *fiolos*, ya sería boleta.

***

Inspector Orestes Rostagnol

Le dije la verdad. Que sabíamos todo de ella. Que tenía un problema grave, *muy grave*. Que no se la iban a perdonar, que eso ya lo habíamos confirmado con otras escuchas. Me dijo que sí, que eso no lo podía negar.

–Pero hemos visto que sos muy corajuda y te queremos dar una oportunidad. En tres meses podés salir de todo esto. Y empezar una nueva vida.

Ahí vi cómo le brillaron los ojitos. Porque era una gurisa fuerte, no la sacudías así nomás. Pero eso de “una nueva vida”…

–Van a tener una nueva identidad, vos y tu hija. Van a vivir en una ciudad del interior, por un tiempito. Después podés regresar a la capital. Te vamos a conseguir un laburito, para que te revuelvas, y una fundación alemana te va a pasar algo por mes durante dos años, para que salgas adelante.

–Pero yo estoy estudiando, no quiero dejar –saltó, la muy gallita.

–Ya lo pensamos: cuando la cosa se calme, podrás venir un par de veces por semana a la facultad.

Se hizo un silencio. Parecía que la propuesta le gustaba, aunque era un mar de dudas. Pero faltaba la pregunta principal:

–¿Y qué tengo que hacer?

–Necesitamos alguien *adentro*. Que sepa del oficio, que conozca todas las mañas. Y que tenga los huevos bien puestos.

Abrió bien grandes sus ojos negrazos. Luego los entrecerró, pensando.

–No vas a trabajar en el oficio, eso no. Vamos a aprovechar tus habilidades: vas a llevar la contabilidad de un par de whiskerías. Y vas a tener mucha información, ¿viste? Eso es lo que queremos.

–Pero a mí me conoce mucha gente, capaz que alguno me buchonea con los *fiolos*…

–Por eso no vas a trabajar aquí. Vas a estar donde nadie te conoce, lejos de Montevideo. Es un operativo internacional. Y va a haber gente vigilándote, siempre.

***

Fátima

Cuando escuché “operativo internacional” y “vigilancia permanente”, casi me hice encima. Sí, me asusté mucho. ¿Qué querés que te diga? Es la verdad.

Pero por otra parte: salir de todo esto, dedicarme a Cami y a la facu, una nueva vida. Tres meses tendría que aguantar. No parecía tanto; pero supe que sería una eternidad.

–No te voy a engañar: sos la persona ideal, tenés todas las condiciones. Y podés ayudar a un montón de chicas que están muy, pero *muy* jodidas. Pero si me decís que no agarrás, está todo bien, no pasa nada. No bien se haga la noche, te podés ir. Con nosotros no vas a tener ningún problema. Con los otros, no sé, eso lo sabrás vos…

Yo soy de darles muchas vueltas a las cosas. De pensar mucho. Pero también sé que en la vida a veces hay que jugarse. Estaba en problemas, *graves*, eso era verdad. Y ahora tenía una salida, para la nena y para mí. Tenía que elegir entre la esclavitud de los *fiolos*, o bajar los brazos y perder la casa a medio pagar, o jugármela por una nueva vida. Y eso fue lo que hice.

Tendré que endurecerme. Por fuera y por dentro. Pero voy a aguantar. Eso fue lo que pensé. No me van a quebrar.

QUINTA PARTE
UN SECRETO BIEN GUARDADO

De lo que no se puede hablar, es mejor callar.

LUDWIG WITTGENSTEIN

I

EL ARCHIVO VEDADO

Conventual Santiaguista, Calera de León, Extremadura,
segunda quincena de octubre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

Las voces de Antonio Molina y David Bisbal a dúo atronaban desde la radio de mi coche cuando, poco después de atravesar la sierra Morena proveniente de Sevilla, ingresé al poblao de Calera de León.

Soy minero, y templé mi corazón con pico y barrena
soy minero, y con caña, vino y ron me quito las penas
soy barrenero porque a mí nada me espanta
y solo quiero el sonido de una taranta...

No tengo dudas de que mis raíces extremeñas me ayudaron en esos meses difíciles. Nuestro pasado minero quedó atrás, mi abuelo fue el último de la familia en bajar a las minas, en su primera juventud; pero el fiero orgullo de decir "a mí nada me espanta" seguía allí. Por algo sentimos como propia esta tierra de contrastes, con sus aristas filosas que a veces nos provocan algún desgarrón del alma. Tierra de extremos. Extrema y dura.

***

Allí estaba La Blanca, Al-Caxera, como la llamaron los moros durante siglos. Hasta que en 1246, durante la Reconquista, Fernando III *el Santo* encargó al maestre de la Orden de Santiago, Pelay Pérez

Correa, atacar al ejército sarraceno que se protegía en las alturas de la sierra Morena. La batalla fue feroz. Al caer la tarde, la victoria se inclinaba a favor de los cristianos. Sin embargo, la oscuridad de la noche brindaría alivio a los moros y podía evitar su derrota. Fue entonces que el maestre, mirando hacia el cielo, clamó desesperado a la Virgen: "¡Salve María: Reina, detén tu día!". Entonces, el sol se detuvo en el horizonte, como en los tiempos bíblicos, y los cristianos consumaron su victoria.

En memoria de este prodigio, los Santiaguistas elevaron un monasterio en las alturas del pico más alto de la región, que desde ese acontecimiento pasó a llamarse De Tentudía. Mientras que La Blanca se transformó en uno de los centros vitales de la poderosa Orden de Santiago, con el nombre de Calera de León. Para ello construyeron, en 1498, las impresionantes edificaciones del Conventual Santiaguista y, a su lado, la iglesia de Santiago Apóstol.

El Conventual posee dos plantas que rodean un amplio claustro. Las hermosas bóvedas de la cubierta están adornadas con símbolos santiaguistas, como conchas marinas y cruces de Santiago. Los decorados reflejan el por entonces reciente Descubrimiento de América: imágenes de los marinos que atravesaron la mar océano y de los "indios" que encontraron por aquellas comarcas. También reflejan la rígida moral de la época: los pecados capitales se representan una y otra vez, para recordar a los humildes mortales las tentaciones ante las cuales no deben ceder. La peor de todas: el pecado de la carne. Imágenes de Fulanas, con el cabello suelto al viento, aparecen en cada recodo del sacro recinto.

Dentro de ese fascinante conjunto arquitectónico, un espacio se destacaba. Era el sitio de mayor jerarquía y el más protegido, al lado del coro de la iglesia. Solo se llegaba a él a través de un pasadizo secreto. El vicario era el único que podía acceder libremente. ¿Qué protegía la Orden con tanto esmero? Ni más ni menos que su Archivo General.

Desde que supe de su existencia por don Eduviges, acceder a sus documentos se me volvió una obsesión.

Y fue gracias a sus santos oficios que ahora Conchita de la Reina me aguardaba en el Conventual. De pequeña estatura, rolliza aunque ágil

de movimientos, con una larga cabellera castaña bien sujeta con un prendedor (para evitar confusiones), Conchita era la responsable de preservar ese extraordinario conjunto monumental, tanto en nombre de la Iglesia como de la Junta de la Villa.

***

Conchita de la Reina, archivóloga, directora de patrimonio del Conventual Santiaguista (40 y pocos años)

Don Eduviges me llamó un par de días antes: “Tengo un amigo cabezalavaqueño que quiere saber sobre sus ancestros”, me dijo. “Tú eres la persona indicada para ayudarlo”. Y a don Eduviges no se le puede decir que no.

A la hora en punto apareció este amigo, paisano extremeño igual que nosotros. Alto, formal, muy educado, risueño: enseguida me cayó bien.

–Mucho gusto, soy Federico, también de la Reina.

–Conchita, para servirlo. ¿Seremos los dos de la misma Reina?

–¡Vaya uno a saber! Usted bien sabe que nuestros antepasados eran bastante traviesos.

–¡Vamos, no diga usted eso! Este es un lugar sagrado –me vi obligada a replicarle. Aunque yo bien sabía que nuestros ancestros no se asustaron demasiado con las imágenes “del peor de los pecados”.

Recorrimos el Conventual. Federico sabía de historia, pero era humilde. Preguntaba y escuchaba todo, tenía sed de conocimientos. Eso me gustó.

Le recordé que La Blanca fue centro intelectual de la Orden de Santiago. Allí se creó un Colegio de Letras donde se impartió gramática, artes y teología, aunque también se estudiaban otros saberes menos reputados: magia, alquimia, astrología, brujería y ritos oscuros.

El afamado Archivo General llevaba el registro de los habitantes de la Comunidad de Tentudía (decenas de poblaciones, Cabeza la Vaca incluida), lo que era el cimiento de una asombrosa organización.

–Y todo eso hace cinco siglos…

–Nacimientos, muertes, bautismos, un registro secreto de las conversiones. No olvidemos que estábamos en tiempos de la Santa Inquisición. También se registraban los pecados más graves de cada mortal, lo que le confería un enorme poder a la Orden.

Federico me miró fijo a los ojos. Pareció intuir que aquello no era todo. Y tenía razón.

–También existía un Archivo Vedado –le dije, midiendo mis palabras–: Contenía los legajos de los clérigos de la Orden, que eran la columna vertebral de la organización. Allí no podía haber debilidades.

Federico abrió los ojos, sorprendido.

–Un archivo… ¿vedado?

Asentí en silencio. Y pensé que era tiempo de hablar con franqueza.

***

Federico Sánchez de la Reina

Nos sentamos en su austera oficina. Un escritorio, dos sillas, una estantería de estilo, un viejo archivero metálico. Una imagen del Cristo y una enorme Cruz de Santiago, la que durante siglos se apodó –por lo general con afecto, aunque a veces también con sorna– “el lagarto”. Conchita me ofreció un café, que acepté gustoso. Era una manera de acercarnos, mientras mi admiración crecía: a pesar de ser una experta en asuntos eclesiásticos del siglo XVI, trabajaba –casi como voluntaria– en ese pequeño poblado de la sierra Morena, donde nieva en invierno y es un horno en verano, con la sola recompensa íntima de preservar un sagrado patrimonio para la eternidad.

Sin embargo, a pesar del clima cómplice que se instaló entre nosotros –los dos éramos oriundos de los mismos parajes y quizá hasta parientes–, nuestra conversación se volvió más espinosa:

–Don Eduviges dice que usted quiere saber sobre un clérigo, Pedro Sánchez de la Reina, del que tal vez sea… bueno, digamos su descendiente directo –estas últimas palabras las pronunció en voz baja, con sigilo.

–Bueno, Conchita, han transcurrido cinco siglos –quise derribar sus recelos, sin éxito; ella debía pensar que un pecado cometido quinientos

años atrás o ayer por la tarde era igual de grave, pero no lo dijo.

–Era necesario controlar a los miembros del clero, cualquier organización hubiera hecho lo mismo. Se registraban los actos nobles, los que merecían ser recordados por los feligreses, para gloria de los clérigos más probos; pero también se registraban los actos impuros.

Caía la tarde, y nada hacía presumir que el sol se detuviera esta vez en el horizonte de Tentudía. Supe que era mi última oportunidad. Y me animé a preguntarle:

–¿Existe alguna forma de acceder al legajo del padre Sánchez de la Reina?

Conchita me miró a los ojos.

–Sabía que me iba a hacer esa pregunta. Normalmente, la respuesta sería que no. Pero usted esgrime una razón poderosa y noble: conocer su identidad, sus raíces. Usted, don Federico, tiene el derecho y el deber de conocerse mejor. Voy a arreglar para que lo reciban mañana mismo en el monasterio de Tentudía. Así no pierde el viaje que hizo hasta aquí.

–Sabía que "mi parienta" no me podía fallar –le dije entusiasmado.

Me contó entonces que durante la invasión napoleónica los soldados franceses ocuparon el Conventual en pleno invierno y estaban muertos de frío. No tuvieron mejor idea que asaltar el Archivo y utilizar algunos documentos para encender fogatas y calentarse, lo que provocó en aquel tiempo el horror de los frailes, y ahora mi espanto, ante el temor de que el legajo de don Pedro hubiera sido devorado por las llamas. "Este terrible episodio –me recordó Conchita– es una de las cosas que los españoles no les perdonamos a los *gabachos*".

Más tarde, para su mejor protección, los legajos se distribuyeron en varios sitios de Llerena: iglesia de Santiago, iglesia de Nuestra Señora de la Granada, convento de Santa Clara, hospital de San Juan de Dios. Y lo más importante para mí: en el monasterio de Tentudía, bajo la custodia de una congregación mariana, existía un índice de los legajos del Archivo Vedado.

Le agradecí a Conchita, emocionado. Aún estaba lejos de conocer la verdad. Pero iba por buen camino.

***

Me alojé en una sencilla posada del lugar.

Cada pocos días recibía un sacudón que me recordaba lo sucedido en el sur. Esa tarde fue al salir del Conventual: un afiche informaba sobre la desaparición de Manuela, una joven de un pueblo cercano. Había desaparecido de su casa, a las tres de la mañana, de camiseta y pantalón pijama. Los investigadores estaban desorientados.

De inmediato me comuniqué con María del Huerto. Luego de lo sucedido a Stefanie, su desánimo y soledad eran infinitos. Esto no era un juego de niñas ni de adolescentes. Su querida amiga Lorena había caído en las garras de verdaderos animales, dispuestos a todo. Ella era el único testigo de lo sucedido. Y yo, el único custodio de su secreto. Mi sugerencia era siempre la misma: "Mantente alejada de todo. Confía en mí. Hay personas que están dando lo mejor de sí para localizar a Lorena". Pero esa aparente prescindencia de la tragedia que la rodeaba no hacía más que aumentar su angustia.

***

Monasterio de Tentudía, Extremadura,
segunda quincena de octubre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

Me desperté temprano, sobresaltado por las campanadas de la iglesia de Santiago Apóstol convocando a misa de siete, que resonaban sobre mi cabeza.

Remonté el callejón del Agua hasta la plaza España, atravesé sus arcos y me instalé en el bar de los Hermanos Garrón. Allí saboreé un café con leche y un suculento mollete. Los aromas de mi infancia extremeña, como también los de mi adolescencia montevideana, siempre acudían en mi ayuda en momentos difíciles.

Luego partí hacia el monasterio de Tentudía, emplazado en la cumbre de la montaña. Un lugar tan singular, que así lo describían las *Reglas y Establecimientos de la Orden de Santiago*: "Y como este sitio es malsano en todo tiempo...". Me recordó a Javier Cercas, extremeño

como yo, al evocar su natal Ibahernando: “aquella no es una tierra amable, sino un páramo de inviernos gélidos y veranos ardientes”.

Barrido por los vientos que coronan la sierra Morena y sometido a un largo invierno con frecuentes nevadas, es un sitio ideal para templar los espíritus. Al menos de aquellos que logran sobrevivir.

***

Fray Alberto, asistente del archivero mayor fray Cesáreo (cerca de 30 años)

Sí, es cierto, me desempeñé varios años como asistente de fray Cesáreo, en el monasterio de Tentudía. Qué frío que hacía allí en invierno. Pero bueno, era lo que el Señor había dispuesto para mí.

Por supuesto que recuerdo el encuentro de don Federico con fray Cesáreo. Para él fue inolvidable. Y para nosotros también, a pesar de que debimos manejarnos con prudencia. Eran temas delicados.

Póngase cómodo. ¿Quiere un poco de agua fresca? No haga cumplidos. Le voy a contar.

Lo esperé en la entrada. Después, como me instruyó fray Cesáreo, le di una recorrida por el monasterio. Le mostré las tumbas de los maestres Pérez Correa, Gonzalo Mexías y Fernando Oxores, y también el retablo del azulejista sevillano Niculoso Pisano. Es uno de los mejores de toda España.

Luego lo conduje por uno de los pasajes secretos del monasterio hasta la oficina de fray Cesáreo, en la planta superior. Cuando al final contempló desde la altura la hermosa vista de la región de las sierras, con sus ríos y dehesas, don Federico respiró hondo. Entonces se introdujo en el despacho del archivero mayor, donde tampoco había mucho espacio. Yo siempre me preguntaba: “¿cómo hace este hombre, de bastante más de ochenta años, para manejarse en ese lugar?”.

Fray Cesáreo apareció enseguida.



–¿Don Federico? Siéntese, Conchita me habló de usted.

Fray Cesáreo era un hombre correcto, más bien seco, de pocas palabras. Tenía muy claro que su tarea no era decir siempre amén.

–Usted viene por lo de un cierto presbítero Sánchez de la Reina, nacido en Cabeza la Vaca... –fray Cesáreo tomó con lentitud la carpeta *Tabularium informaticum proscriptio*.

Federico se puso inquieto, pero no dijo nada.

–... alrededor del año 1488.

Tanta precisión en la fecha terminó de sobresaltar al extremeño. "¡Algo sabe don Cesáreo!", debe haber pensado.

–Bueno... Este es el índice de su legajo.

Ahí pensamos que a Federico le daba un ataque al corazón. No lo podía creer. El legajo de fray Pedro había sobrevivido al paso de los siglos, las humedades de los depósitos, la voracidad de los insectos, la desesperación de los soldados napoleónicos y los infinitos traslados.

Una sonrisa de oreja a oreja afloró en su rostro.

–No sabe la alegría que me ha dado, padre.

–Las verdaderas alegrías solo las brinda el Señor –lo cortó el cura, parco como siempre; y para que no se entusiasmara demasiado, adivinando la pregunta que venía, se adelantó–: Como podrá imaginar, usted no puede ver estos registros sagrados con sus propios ojos.

Tal fue la desolación en el semblante de don Federico que hasta fray Cesáreo se ablandó.

–De todos modos, yo le voy a leer las anotaciones más significativas.

–Todo lo que me pueda informar, padre, mucho se lo vamos a

agradecer.

–Veamos –dijo, mientras abría el legajo–: *Annus nativitatis: annus Jesu Cristo 1488. Urbis: Cabeza la Vaca*.

Hizo un silencio, mientras buscaba las informaciones más relevantes.

–*Annus ingressum congregatione: 1504. Ordinem: Sanctus Jieronimus.*

Y así, ante nuestros oídos maravillados, comenzó a desvelarse una historia que había permanecido oculta durante cinco siglos.

–Mhhh, esto parece importante –dijo entonces fray Cesáreo, y luego enmudeció.

Quedamos expectantes, sin decir palabra, para no distraer las cavilaciones del archivero mayor.

–¡Qué extraño!

Demoró en seguir. Al final leyó:

–*Itinerantur Burgus Caput Castellae 1518* (viajó a Burgos en 1518, aclaró); *Congressus Egregius Excellentia Obispus Superus Castellae* (se encontró ni más ni menos que... con Su Excelencia don Juan Rodríguez de Fonseca, comentó reverente), *Thematis congressus Expeditio explorationis Maluco cum Fernao de Magallanes et Joan de Cartagena* (parece que tuvo un rol importante en el viaje de Magallanes, dijo fray Cesáreo, con sorpresa y admiración).

–¿Hay alguna anotación posterior al viaje a la Especiería? –Federico ya no podía resistir más, muerto de ansiedad.

–A ver... –fray Cesáreo leyó una y otra vez la misma frase. Quería asegurarse de no inducir a errores: lo que dijera sería muy importante en la vida de Federico. Finalmente leyó, con lentitud:

–*Annus reditus Jesu Cristo 1521*.

Se hizo un silencio que pareció eterno.

***

Federico Sánchez de la Reina

Cuántas imágenes atravesaron mi mente en cuestión de segundos. Recordé las bromas de mi padre, los cálidos enojos de mi abuela, mis primeras charlas con Edwin, su carta desde San Julián, nuestra

recorrida por los lugares de la tragedia... ¡Pedro Sánchez de la Reina sobrevivió y regresó a España! ¿Qué fue de su vida al volver? ¿Y qué aconteció con Juan de Cartagena?

–No puedo decirle mucho más –se me adelantó fray Cesáreo, mientras hojeaba el expediente–. Luego de su retorno a Extremadura, el padre Pedro se acogió al *tempus sacrum tutelae* –viendo en mi rostro una mezcla de sorpresa e ignorancia, aclaró–: Fue puesto bajo la protección de la Iglesia. Es probable que la expedición todavía diera lugar a discusiones en la Corte. Y dado que sufrió graves padecimientos, se entendió que lo mejor era que viviera un período de paz. Se le asignaron tareas simples de la vida clerical, que cumplió en absoluto anonimato hasta el final de sus días.

–Sí –me apresuré a ratificar–, el regreso de la *San Antonio* a Sevilla en 1521 generó gran revuelo. Y desató una feroz polémica, con su secuela de juicios y prisiones, acerca de quiénes fueron los verdaderos traidores: si el portugués Magallanes y sus seguidores, o quienes regresaron en la nave desertora. El propio obispo de Burgos don Juan Fonseca, con la anuencia de los reyes, tomó cartas en el asunto.

–Allí el padre Pedro parece perderse en el polvo de los tiempos –reflexionó fray Cesáreo, mientras auscultaba el legajo con minuciosidad.

Yo estaba muy excitado. Aunque también sentía cierto desaliento. Habíamos descubierto una de las claves de la historia: al menos uno de los condenados de San Julián había regresado. Pero ¿era esa la llave para conocer lo sucedido, o tan solo el final de la historia?

Fue entonces que el archivero mayor dejó caer pausadamente estas palabras:

–Sin embargo, en su hora final, fray Pedro cumplió como buen cristiano con el *Ars moriendi*. Para ello solicitó que un clérigo de la congregación registrara su testimonio acerca de ciertos hechos...

–¿Cómo?

–Es probable que dada su agitada existencia, haya querido confesar algunos sucesos.

–¿Y dónde es posible encontrar ese testimonio?

–Forma parte del legajo original. Se encuentra preservado para la posteridad en la ciudad de Llerena.

–¿Sabe usted en qué sitio?

–Sí. En el convento de Santa Clara –me respondió con orgullo por el trabajo bien hecho.

El archivero mayor percibió en mis ojos la determinación de continuar la búsqueda. Y me advirtió, en tono severo:

–Pero esta información no le servirá de nada, joven. Nunca le permitirán acceder a su testimonio final. Está protegido por el secreto de confesión.

Su tono de voz había cambiado: todo lo que se podía decir había sido dicho. Y *de lo que no es posible hablar, más vale callar*.

Nos miramos una última vez. Fray Cesáreo me había revelado un secreto bien guardado. Un secreto que cambiaba la historia.

Llamaban la hora sexta cuando partí del umbrío monasterio. Al salir me deslumbró la luz resplandeciente de un mediodía en las alturas de la sierra Morena, en uno de sus últimos días otoñales a pleno sol.

II

LAS MURALLAS DE LLERENA

Sierra Suroeste, Extremadura,
segunda quincena de octubre, 2008

Aline

Estaba en la cocina, preparando el desayuno. De repente escuché a mi marido a los gritos. ¡Me asusté! Pero no, estaba contento, hablando con Federico:

–¿Cóóómo?

Edwin puso el altavoz.

–Lo que te acabo de decir. ¡Regresó a España en la *San Antonio*!

–¿Estás bien seguro? –por tercera vez Edwin le preguntó lo mismo; mi esposo tenía miedo de alegrarse antes de tiempo.

–¡Pues sí! Es un documento oficial de la época, custodiado por la Orden de Santiago.

–Felicitaciones, mi viejo, qué alegrón, es un premio a tu perseverancia. ¡Si parecés vasco y no gallego!

–Enhorabuena para ti también, Edwin, lo logramos juntos. Y hay más: parece que fray Pedro, antes de morir, dejó asentada su verdad sobre ciertos hechos oscuros de su vida. Pero ese documento está protegido por el secreto de confesión.

Se produjo un silencio, mi esposo quedó pensativo. De pronto reaccionó:

–Si alguien es capaz de conseguir ese documento, ese sos vos, querido.

Después de tantos días de tensión vividos en San Julián, era una linda noticia. Y era un alivio hablar de otros temas, aunque fuera por un rato.

De todos modos, al final volvieron a los temas que los angustiaban:

–Stefi sigue igual, en estado delicado. Y la otra investigación está empantanada, Federico –le dijo mi esposo con amargura–. El sábado de la semana próxima vamos a hacer una reunión en Río Gallegos, de forma superreservada, para analizar qué alternativas tenemos por delante. Va a ser una reunión informal, por supuesto, de otro modo las autoridades no podrían estar.

–Sí, seguro.

–Es que el tiempo se acaba, Gallego, y corremos el riesgo de que el caso de Lore se vuelva uno más, uno de tantos, hasta que nos acostumbremos y ya está, que a nadie le importe.

***

Federico Sánchez de la Reina

Ese era el drama de Latinoamérica. El acostumbramiento, la aceptación, la resignación. Un continente maravilloso, superdotado de recursos naturales, con sistemas políticos en su mayoría democráticos y con un número razonable de habitantes (cultos y educados, en comparación con otras regiones en vías de desarrollo), cuyos sueños estaban siendo devorados por los peores males de nuestro tiempo: el narcotráfico y la trata de personas, con su secuela de crímenes y violencia, que en ciertas regiones alcanzaban guarismos siderales.

–Por ahora San Julián está en pie de lucha, eso vale. No podemos aflojar. Vos sabés que por aquí somos bastante guerreros –me dijo Edwin.

Sí que lo sabía: mi mente voló a las lejanas épocas de *La Patagonia rebelde*. Era irónico, pero en aquella ocasión el último foco de resistencia fueron cinco mujeres del prostíbulo La Catalana en San Julián, que se negaron a “atender” a los militares que regresaban luego de reprimir a los rebeldes.

–El domingo te llamo y te cuento qué pensamos hacer, ¿te parece? –continuó mi amigo.

–Vale. Estaré esperando tu llamada. ¡Algo hay que hacer!

–Mientras tanto, Federico, metele fierro a lo del documento, ¡ahora que estamos tan cerca…!

Edwin había recuperado el buen ánimo (“este galés se dobla pero no se quiebra”, pensé).

–¿Por qué no le pedimos ayuda al padre Lozano? Tal vez una carta, no sé, me parece que sería útil –sugerí.

–Buena idea, socio, pero tiene que ser rápido.

***

Decidí tomar un par de días libres y viajar a Llerena. ¿Me acompañarían Macarena y Belén? Difícil, pero los padres nunca dejamos de intentarlo...

Desde el momento en que tomé mi decisión, me pasé abocado a una febril actividad. Serena y Ezequiel oyeron estupefactos que –otra vez– faltaría unos días al trabajo, para continuar la búsqueda. Ya cuchicheaban a mis espaldas. “¡Fede está como don Quijote! Aquel, trastornado por los libros de caballería, y este extraviado en la eterna búsqueda de sus ancestros”.

A través de Inmaculada quedé con don Eduviges para el sábado a las diez de la mañana en Cabeza la Vaca. Le adelanté que tenía novedades y un favor muy grande que pedirle.

El viernes, a primera hora de la tarde, visité al obispo auxiliar de Sevilla, antiguo compañero de andanzas en Sanlúcar la Mayor. Me recibió con calidez, aunque me aclaró que Llerena era otra jurisdicción (“es gente muy especial, querido Federico, fíjate que durante 700 años tuvieron su propio Priorato, bajo la autoridad directa del Papa, sin intermediarios”). Al obispo auxiliar me unían entrañables afectos, forjados en la escuela y los primeros años del secundario, así como la devoción por los pasos en Semana Santa (¡cuántas veces en la Madrugá de Sevilla seguimos a la Esperanza de Triana!) y el amor por el flamenco (Camarón, Paco de Lucía, José Mercé). En cambio, nos separaban la pasión en el fútbol (él era sevillista, yo bético) y el pueblo de origen: a pesar de haber nacido en Extremadura, me sentía un sanluqueño de ley, y me consideraba con autoridad para enrostrarle con total descaro que él había nacido en Benacazón. Y, seguro, ¡ser piñonero era algo muy grave!

En pocas palabras: mi amigo se comprometió a hablar con la priora

del convento de Santa Clara. Sabía que no me iba a fallar.

A última hora me llegó por *mail* la carta de Mamerto Lozano: magnífica. Había sintetizado en pocos argumentos, contundentes y emotivos, el significado que tenía para San Julián saber qué había sucedido en aquellos días.

Estaba listo para partir.

***

Macarena, hija de Federico, estudiante (15 años)

El pelma de mi papá entró a mi dormitorio a las siete de la mañana, cantando y bailando:

Dale a tu cuerpo alegría, Macarena,
¡eeeeh, Macarena!

¿Me lo puede' creer? Qué insoportable. Belén no podía acompañarlo porque tenía un *pijama party* con su' amiga', y a mí me dio lástima dejarlo solo. Estaba tan ilusionao con esa' cosa' vieja' que está averiguando de su' pariente'. ¡Como si a alguien le importara! Cuando le dije que iba con él, ¡se puso tan contento! Porque el tío e' un plomazo, pero también e' un divino.

Le arrojé un almohadazo, pero no hubo caso.

–¡Qué caráter, mi Dio…! –se burló mi Papi, que siempre decía a su' amigo' extremeño': "No se imaginan lo que es vivir con dos mujercitas andaluzas".

Al final se dio el gusto: a la' ocho ya íbamo' por la autovía hacia Cabeza la Vaca. Desayunamo' en el Café de Don Primitivo, en Santa Olalla del Cala. Café con leche y mollete'. Estaban de rechupete, con bastante aceite de oliva y tomate picao.

–No e' como McDonald's, pero igual estuvo bien –le dije, y no' reímo'.

Más tarde llegamo' a Cabeza la Vaca y fuimo' a lo de don Eduviges.

–Bienvenido, don Federico, lo estábamos esperando –saludó doña Amparo–. Veo que vino muy bien acompañado.

–¡Y qué le parece! Me estoy luciendo.

***

Federico Sánchez de la Reina

Todas esas zalamerías, propias de otras épocas, no la divertían a Macarena. Pero la alegría de Amparo era contagiosa: la convidó con un tecito y unos polvorones "recién traídos de la bollería", y se fueron a lo de una vecina cuya perra había tenido cachorritos. Don Eduviges y yo marchamos derecho a su "cueva".

Le conté las novedades. Me escuchó sentado al borde de su silla, expectante. Y como buen investigador se emocionó cuando le relaté que el legajo de fray Pedro apareció en el *Tabularium informaticum proscriptio*, y demostraba que había regresado a Extremadura.

Se paró, se acercó y nos abrazamos, en un silencioso festejo. Sin embargo, faltaba responder la pregunta que flotaba en el aire:

–Don Eduviges, ¿cómo hacemos para ver el testimonio final de fray Pedro?

Me di cuenta de que el viejo hacía rato que cavilaba sobre el asunto. Se volvió a sentar en su silla, con la mirada fija en sus pilas de libros. Respeté su silencio. De repente se incorporó, abrió la puerta de su "cueva", llamó a doña Amparo y le solicitó un par de tazas de té. Falsa alarma. Nos volvimos a sentar, cada uno en su lugar. Largo rato después, cuando ya comenzaba a preocuparme, don Eduviges salió de su mutismo:

–No te vas a salvar de firmar una Declaración de Buena Fe. Y sería conveniente que fuera suscrita por un par de testigos confiables. Yo estaría dispuesto a ser uno de ellos. Las autoridades eclesiásticas conocen mi vida y andanzas, y creo que al infierno no voy. Bah, al menos en primera instancia, hasta que averigüen bien.

–¡No sabes en lo que te metes! –le advertí, risueño.

–¿Y quién podría ser el otro?

–El obispo auxiliar de Sevilla es amigo mío desde la escuela, y ya está sobre aviso.

–Eso sí que está muy bien. También es muy útil la carta de ese cura

amigo tuyo, el que vive por la Antártida.

–Fray Euclides Lozano.

–Sí, ese mismo. Su carta está muy bien escrita, y demuestra la importancia social, no solo personal, de acceder al documento. Siempre es bueno ayudar a la comunidad. En particular si es una comunidad cristiana, y muchos de sus integrantes tienen origen extremeño o andaluz. Y si es del mundo subdesarrollado, mejor –remató con cierta ironía.

–Por lo que veo, acceder al testimonio te parece difícil, pero no imposible.

–Sí, aunque vamos a necesitar ayuda del de allá arriba. Por la tarde llamaré a las hermanas clarisas de Llerena. Trataré de que te reciban el lunes de mañana en su Concejo, para que les plantees el caso. Vas a tener que esmerarte, mi querido amigo: va a ser tu única oportunidad.

***

La última parada antes de dirigirnos a Llerena fue una visita al santuario de Nuestra Señora de los Remedios. Su capacidad de obrar milagros era reconocida. A pesar de la "herética" influencia de mi padre, nunca pasé por sus cercanías sin recurrir a sus buenos oficios. Menos en esta ocasión.

Cumplidos mis ruegos por Stefanie y Lorena –que Macarena soportó estoicamente–, recorrimos la Sala de los Hijos Ilustres de Fregenal. Allí estaban: comenzando por San Exuperancio y San Teopompo, hasta llegar a don Benito Arias Montano (el antecesor de nuestro Gordito Arias), mencionado como "doctor en todas ciencias y lenguas", un verdadero sabio.

Retomamos la marcha. En ese instante recibí un mensaje en mi móvil: "Abu Eduviges arregló con las clarisas. Lo esperan después de la misa de prima. Pregunte por sor Verónica. Beso, Inma".

El corazón me latió fuerte. La hora decisiva se acercaba.

***

Llerena, Extremadura, segunda quincena de octubre, 2008

Entramos a la ciudad de Llerena, antigua capital del poderosísimo Priorato de San Marcos de León, por la avenida Ancha de Sevilla. Al atravesar las murallas por la Puerta de Montemolín, con su arco de entrada coronado por la Cruz de Santiago, sentimos caer sobre nosotros todo el peso de los siglos.

En el aire se olfateaba la proximidad de la lluvia. Los miles de golondrinas que habitan las numerosas torres y campanarios que dominan la ciudad cruzaban el aire en todas direcciones, poblándolo de sus chillidos.



En Llerena, el espíritu de la Orden de Santiago es omnipresente. Allí residía el gran maestre, que era elegido por un Concejo de la Orden denominado Los Trece, y no por los reyes. En 1508 (cuando fray Pedro hacía cuatro años que había ingresado a la Orden), se instaló el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, con su sede principal en la siniestra calle De la Cárcel y una enorme jurisdicción de 50.000 kilómetros cuadrados. La "eficacia" del Tribunal en su funesto trabajo es confirmada por los números. Si en 1479 vivían 600 familias judías y el rabí Mayr había conseguido que los Reyes Católicos emitieran una Real Cédula que eliminaba su prohibición de participar en ferias y mercados, treinta años después solo quedaban 125 familias. Por supuesto que "convertidos" en cristianos nuevos.

El *Libro de los Millones* (censo que realizó la Corona de Castilla a

fines del 1500) nos revela que Llerena y sus alrededores tenían unos 10.000 habitantes, o sea más que Madrid y apenas la mitad que la Sevilla de entonces. Por sus calles estrechas y empedradas corrieron –bastante antes de salir a recorrer el mundo– García López de Cárdenas (descubridor del Gran Cañón del Colorado), Miguel Sánchez de Llerena (uno de los fundadores de Bogotá), Pedro Cieza de León (cronista de Indias e introductor de la patata en Europa), Pedro de Millán (capitán de caballos corazas, uno de los fundadores de Montevideo) y el plástico Francisco de Zurbarán.

Llevado por estos pensamientos, arribé al hermoso Palacio de Doña Mariana, hoy convertido en hospedería, donde nos alojamos. Al día siguiente, al finalizar la misa de prima, debía hablar con sor Verónica en el convento de las Hermanas Pobres de Santa Clara, donde me recibiría el Concejo Superior. Esas eran las escuetas, pero precisas, instrucciones de don Eduviges, mi Ángel de la Guarda.

***

Sor Verónica, hermana pobre de Santa Clara (unos 40 años)

Participé de la misa, al igual que otras catorce monjas y una veintena de fieles. Al finalizar, las hermanas permanecimos en la nave, unas ordenando los enseres, otras charlando con los feligreses. En eso vi a un hombre alto, de buena presencia y modales respetuosos, que yo no conocía, hablando con la hermana Carmela.

–Un momentito, ya la voy a llamar –le respondió.

Carmela se me acercó:

–El caballero pregunta por ti.

–Usted debe ser el ingeniero Sánchez…

–Y usted sor Verónica.

Nos sonreímos al mismo tiempo: solo don Eduviges podía coordinar todo con tanta precisión.

–¡Qué personaje! –me animé a decirle.

–Sí, es verdad –respondió el señor Sánchez–. Ojalá hubiera más como él.

–¡Dios lo quisiera! –lo corregí, y luego agregué–: A las nueve lo va a recibir la madre priora, con sus colaboradoras más cercanas. Yo soy una de ellas, así que allí estaré. Pero ahora dé la vuelta, vaya por el patio del fondo y conversamos un ratito... ¿Le parece?

–Claro que sí –respondió, sorprendido por mi proposición.

Salió de la iglesia, caminó calle abajo por la Corredera y entró por el patio de frutales. Yo fui por dentro y lo llamé, para reunirnos en nuestra pequeña oficina.

Se ve que don Federico se sorprendió por la austeridad de nuestras habitaciones:

–¿Aquí es donde viven ustedes? –preguntó, mientras señalaba unas viejas construcciones cubiertas de enredaderas.

–Le recuerdo que a nosotras nos ha sido otorgado el *privilegio de la pobreza*.

–Sí, seguro –fue lo único que dijo, mientras yo me sonreía por dentro.

Nos sentamos. Le serví un té de hierbas de nuestra huerta: tilo, menta y limón, y un buen plato de dulces conventuales.

–Habrá oído hablar de nuestros dulces...

–Por supuesto, son muy conocidos, no me los perdería por nada del mundo.

Quedaba poco tiempo, así que fui directo al punto:

–Como usted sabrá, la respuesta a solicitudes como la suya por lo general es negativa. Lo que Dios tenía que saber, ya lo sabe... y no es nuestro interés divulgar historias de quienes le entregaron su vida. Sobre todo aquellas que puedan afectar su buen nombre y el de sus familias. ¿Me entiende, no es verdad?

–¡Sí, así es! Esa no es mi intención. Por el contrario, lo que pretendo... –y entonces el señor Sánchez se explayó en sus motivos.

–Le sugiero que se dirija solo a la madre priora, y que le demuestre acatamiento a su voluntad; en fin, usted verá.

Don Federico sonrió, agradecido.

–¿Sabe una cosa? Tal vez pueda tener una oportunidad. Nos vemos en unos minutos. Mucha suerte.

***

Me quedé con esa sonrisa y sus últimas palabras.

Diez minutos después una monja joven se me acercó:

–La madre priora lo está aguardando. Sígame, señor Sánchez, por favor.

El momento había llegado. La clarisa me condujo por estrechos pasillos hasta una amplia habitación, de paredes de piedra y ladrillo, carente de iluminación natural. Mi *Tribunal* ya estaba instalado: al centro la priora, rodeada por tres hermanas de cada lado, siendo la última del lado izquierdo sor Verónica. En una pequeña mesa lateral, dos jóvenes monjas tomarían notas taquigráficas. Solo la mirada de las religiosas dotaba de algún calor a aquel austero recinto.

–Bienvenido, señor Sánchez de la Reina. Explíquenos su caso –la priora se dirigió a mí en tono neutro y sin prolegómenos.

–Estoy aquí para reivindicar el buen nombre de quien es muy probable que fuera mi ancestro. Me refiero al padre Pedro Sánchez de la Reina, cabezalavaqueño y creyente como yo, madre priora. Quiero que usted sepa que fray Pedro fue un hombre de Dios, ingresó a la Orden de Santiago cuando tenía 16 años, y la sirvió hasta que el Señor lo llamó a su morada final. También fue un servidor de la Corona: al ser convocado para la Armada de la Especiería, aceptó orgulloso, para mejor servir a los reyes, y contribuir brindando sus santos oficios a los integrantes de la expedición. Así como expandir la fe entre quienes se encontraran en esas tierras. Pero sucede, madre priora, que al llegar a la América del Sur, a aquel sitio hoy llamado San Julián, el almirante de la expedición, el portugués Magallanes, molesto por el control que sobre sus actos ejercía el noble burgalés Juan de Cartagena, designado *persona conjuncta* de la Armada por el mismísimo rey, decidió abandonarlo a su suerte en esas remotas regiones, sin protección ni alimento. Fray Pedro, obediente de su juramento ante el rey y de su deber como siervo del Señor, optó por acompañar a Cartagena. Esto sucedió en agosto de 1520. Ahora bien: el archivero mayor del monasterio de Tentudía me informó que en su legajo, preservado en el *Tabularium informaticum proscriptio*, se dice que el padre Pedro regresó

al Reino. Más aún: al llegar su hora cumplió como buen cristiano de su época con el *Ars moriendi*. Además de confesarse, dictó a un clérigo su testimonio final, con el propósito de aclarar algunos sucesos para la posteridad. Pues bien, madre, como muchas veces se ha dicho, la historia la escriben los vencedores –este fue el único instante de mis palabras en que la priora, por lo general impertérrita, inclinó su cabeza en señal de aprobación–. Esa es la razón por la cual Magallanes entró en la historia como un héroe, mientras que a mi ancestro, el padre Pedro, se lo considera culpable de no se sabe qué delito, por el simple hecho de no quebrantar su juramento de honor ante la Santa Iglesia y ante su rey. Más aún: ni siquiera su voluntad final, preservada a través de los siglos por la propia Orden, ha podido ser conocida por los hombres. Esto es, madre priora, lo que deseo aclarar, sin ánimo de injuria hacia ninguno de los partícipes en esos trágicos hechos. Me comprometo a mantener la mayor prudencia y discreción.

La madre superiora miró a sus colaboradoras y luego se volvió hacia mí:

–¿Desea agregar algo más?

–Lo sucedido al presbítero Sánchez de la Reina no solo incumbe, en primerísimo lugar, a nuestro Señor. También es importante para quienes formamos parte de su familia, para quienes llevamos en nuestras venas su sangre. Y también lo es para la historia de aquellas remotas regiones del orbe, donde él fue uno de los primeros católicos en posar su planta, para gloria del Altísimo. Estas son las razones que me animan, madre, lejos de cualquier agravio familiar o personal –dicho lo cual hice un largo silencio, para luego finalizar–. A su voluntad me someto, confiando escuche mis ruegos. Y, en cualquier caso, sepa de mi acatamiento a lo que usted resuelva.

–Mañana, a esta misma hora, luego de la misa, le comunicaremos nuestra decisión. Vaya usted con Dios.

Ningún atisbo de cuál sería esa decisión. Busqué la mirada de sor Verónica, pero ella giró su cabeza y miró hacia sus pies. Minutos después se retiraron siguiendo a la superiora.

***

La espera resultó interminable.

Suerte que tenía a Macarena, con ese espíritu energético, llena de alegría de vivir. Pasamos un rato muy agradable, los dos juntos, yendo para arriba y para abajo. Cada tanto me quedaba mirándola, pensaba en Belén y no podía dejar de preguntarme: ¿tendrían un hermano? ¿Cómo sería aquel muchacho? ¿Se me parecería en algo? Entré al *mail* de Romina para ver si aparecía en su foto, pero no estaba allí.

Debo decirte que Llerena no es el mejor lugar para estar al atardecer de un domingo, tristón y nostálgico como todos los domingos. El escenario majestuoso, el cielo rojizo del otoño, los faroles que se encienden, y las plazas y calles desiertas te agigantan la soledad.

Me dio por pensar: ¿pudo la historia ser diferente? Hoy Llerena tiene menos habitantes que hace cinco siglos. En las calles la mayoría son ancianos, y los pocos jóvenes que se ven parecen querer escapar de ese pasado glorioso. Fíjate que al caminar bajo los soportales que rodean la magnífica plaza Mayor, con sus bares y cafés, no se escucha música extremeña ni española, sino que brotan a todo volumen las voces de Shakira y Madonna. Quedan pocos hombros para soportar tanta historia.

***

A las cinco de la mañana ya estaba despierto.

Dormí cuatro o cinco horas, era evidente que no lograría pegar más un ojo. Me levanté, me despedí de Macarena y me lancé hacia la calle de la Aurora, con las primeras luces. En cuatro zancadas alcancé la plaza Mayor y me instalé en el Café Zurbarán, a pocos metros de la fuente del genial extremeño.



–Parece que se viene la lluvia... –dijo Antonio, el mozo, a su primer cliente.

–No me diga, qué lástima –le respondí sin pensar, mi mente estaba a siglos de allí.

–Pero... ¡si hace siete meses que no llueve!

Recién allí me terminé de despertar. Sonreí (no sé lo que habrá pensado Antonio) y le ordené una taza de café bien cargado. Con las primeras barras del día a mis espaldas, atravesé la plaza, recorrí la Corredera y entré a la iglesia de Santa Clara justo cuando comenzaba la misa de prima. Me senté en la última fila, hecho un manojo de nervios.

Al finalizar la misa, sentí que alguien golpeaba con delicadeza mi antebrazo. Levanté la mirada y encontré los ojos celestes de sor Verónica.

–Lo esperamos en diez minutos, don Federico –me dijo, amable como siempre. Pero no pude descubrir qué decisión escondía su mirada.

La sala me pareció aún más lóbrega que el día anterior. Tal vez fueran mis temores. La priora tomó asiento. Una monja que permanecía de pie se adelantó y puso una carpeta delante de la superiora.

–Buenos días, señor Sánchez de la Reina. Hemos estudiado su caso. Le voy a leer las conclusiones.

Acomodó la carpeta y aclaró su voz:

–Asunto 328, relativo a la solicitud del señor Federico Sánchez de la Reina para acceder al *Testimonio Final* del clérigo Pedro Sánchez de la Reina, nacido el año de Jesucristo de 1488, y fallecido en la paz del Señor y confortado con los Santos Sacramentos el año de 1545, la priora de la Congregación de Santa Clara de Llerena resuelve: no hacer lugar a la solicitud del señor Federico Sánchez para acceder libremente al referido *Testimonio* (durante un instante eterno, el desaliento me dominó…). Asimismo: el señor Sánchez tendrá derecho a leer dicho documento por única vez durante la mañana del próximo sábado de octubre, entre la prima y la sexta. Asimismo: bajo ningún concepto podrá el señor Sánchez tomar notas del referido documento, ni efectuar registros fotográficos. Asimismo: bajo ningún concepto podrá

el señor Sánchez utilizar la información obtenida para beneficio material de su persona o su familia. Deberá comprometerse ante Dios a manejar la información a la que acceda con suma prudencia y discreción. Asimismo: será responsabilidad de la Congregación velar por el cabal cumplimiento de todos los incisos de la presente Resolución. En Llerena, convento de Santa Clara, octubre del año del Señor.

La madre me miró a los ojos:

–¿Alguna duda, señor Sánchez?

No sabía si caer en el desánimo o aferrarme con ilusión a esa pequeña ventana abierta ante mis ruegos. A pesar de la confusión reinante en mi cabeza, comprendí que era mucho lo logrado. ¡Conocería de primera mano el *Testimonio* de fray Pedro! Aunque debería confiar en mi memoria para transcribir sus fragmentos más importantes.

–Le agradezco mucho a usted, madre, y a la Congregación, la resolución adoptada –todavía no sé cómo logré articular estas palabras–. El próximo sábado, a la hora prima, aquí estaré.

La priora y sus colaboradoras se retiraron. Traté de cruzar miradas con sor Verónica. Esta vez sí me pareció entrever en su rostro una tenue sonrisa.

***

Habíamos franqueado las murallas de Llerena. Comuniqué las novedades al galés, que por esos días dedicaba todo su tiempo a buscar información para la reunión del sábado en Río Gallegos. Ese mismo día, mientras yo estaría hurgando en el *Testimonio* de fray Pedro, en el sur tratarían de sacar el caso Lorena del punto muerto en que se encontraba.

En ese momento llegué al Palacio de doña Mariana. Macarena, que estaba en la puerta, me miró y comprendió todo. Luego corrió a abrazarme.

–¡Felicitaciones, Papi! Sé que lo lograste.

Sexta Parte
LA CONEXIÓN URUGUAYA

Tan solo una gota de agua en un mar interminable.

Kansas

I
EL CHANTAJE

Río Gallegos, sábado 25 de octubre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

El viernes, Edwin viajó a Río Gallegos, para reunirse a la mañana siguiente con el equipo de búsqueda de Lorena.

Según lo que me contó –y sabes lo parco que es para hablar de estos temas–, estaba bajando sus cosas de la Toyota frente al hotel, en la calle Comodoro Rivadavia, cuando de repente apareció una joven muy atractiva, que lo encaró:

–¿Te acuerdas de mí?

El galés se sobresaltó. La miró, sorprendido.

–¡Ya veo que no! –le dijo la chica, de lo más risueña–. Soy Purita, la dominicana… del Diosas. Nos vimos aquella noche que se armó el jaleo en el boliche, ¿te acuerdas?

Era una morocha alta, de pelo azabache, dueña de un andar imponente.

–Ah, sí, sí, vos sos Pura… la dominicana.

–Bueno, me dicen Pura –entonces, en dos zancadas se acercó a mi amigo y le susurró–: Pero en realidad, corazoncito, para ti soy flor de…

Muy a su pesar, Edwin no pudo contener la risa.

–¿Y qué andás haciendo por aquí?

Purita se acercó al galés. Su mirada cambió por completo.

–Tengo una información que te puede interesar, Papi –le dijo en voz baja.

–¿Ah, sí? –Edwin trató de no demostrar interés, pero se puso alerta.

–Sobre la chica esa, la de San Julián, la que están buscando…

–¿Y qué tenés para contarme?

–Acá no puedo. Si me ven hablando con un desconocido, me limpian. Lo que podemos hacer, si te parece, es que mañana te des una vueltita por el Champán, que es donde trabajo ahora; te pedís un pase para mí, y charlamos tranquilos en la pieza. Y capaz que hasta me dejas que te goce un poquito, rubio…

"Tiene razón que este lugar es muy expuesto, casi sobre la principal", pensó Edwin. Sin embargo, a pesar de su ansiedad por saber de Lorena, la idea no lo entusiasmó. La sorpresiva aparición de Purita le daba mala espina. De todos modos, ¿qué podía perder, además de algo de tiempo y dinero?

–Bueno, paso un ratito, antes de irme –le dijo sin convicción.

–Mañana es sábado, hay horario especial. Ven a las seis, que es cuando caen los madrugadores. Te voy a estar esperando.

Luego giró en redondo y desapareció en la oscuridad, dejando al galés cada vez más intrigado.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

No estoy segura de que la Ley me autorice a decir todo lo que voy a decir. Pero tampoco estaría tranquila con mi conciencia si no lo hiciera. Hay valores éticos –como fiscal y como ciudadana responsable que soy– que debo respetar. Y esos valores me obligan a exponer, con prudencia pero sin ahorrar detalles, el infierno que estamos viviendo.

Casi no hay día en que en los informativos de la radio y la televisión no hablen de la trata de personas. Se dice que cientos de chicas desaparecen por año, víctimas de las mafias de la trata. Se habla de "la ruta del petróleo" y de "la ruta de la soja". Se dice que la Policía es corrupta y la Justicia ineficiente.

Pero no se sabe lo que tenemos que soportar. Pienso que es tiempo de que se conozca la angustia, la desesperación y la impotencia que padecemos los que libramos la batalla en el corazón de esas "rutas". Que es casi lo mismo que decir en "el corazón de las tinieblas".

***

María del Huerto

A mí siempre me gustaron los hombres grandes. Bah, ¡no sé! Eso, al menos, es lo que insinuó mi psicólogo. Y lo que después repiten mis amigas, cada vez que digo que me gusta tal o cual profe, o cuando de repente les pregunto: ¿no les parece que el ingeniero nuevo de YPF está rebueno?

También es cierto que cuando mi padre empezó a quedarse cada vez más tiempo en Buenos Aires, a mi mamá y a mí nos vino la depre. Lo que más me pegó fue la primera vez que no apareció para mi cumple. Con mamá arreglamos la casa, pusimos flores y todas esas cosas que nos encantan. Las amigas y los compañeros del cole empezaron a llegar. Estábamos todos contentos, y yo muy excitada por el cumple, y porque esperaba que en cualquier momento cayera de Buenos Aires mi viejo, con flor de regalo. Nunca me había fallado.

Por ahí como a las once de la noche sonó el teléfono. Atendió mi madre. Mientras yo revoloteaba de un lado para otro, atendiendo a los invitados, vi de reojo que mi vieja se quedaba petrificada:

–No le podés hacer eso –dijo sin levantar la voz, como si no le quedaran fuerzas para reprochar nada–. Te paso con la nena…

Mamá me alcanzó el auricular. Ella sabía que se tenía que aguantar. ¡Sobre todo ese día! Pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Hablé con mi padre, no sé, unos minutos. No recuerdo lo que le dije: algo se quebró dentro de mí. No era que el vuelo se hubiera retrasado, o que le hubiera surgido un compromiso de último momento con alguien importante del gobierno… El hijo de puta solo me dijo que no vendría y que me mandaba el regalo por Chevallier.

–¿Pero entonces… cuándo te voy a ver?

–Lo antes que pueda voy para allá.

Yo sabía que era mentira. Y lo peor es que digo que es un hijo de puta, pero igual lo adoro… Cómo lo extraño todavía.

Cuando colgué no sabía ni dónde estaba. Demoré unos instantes en reaccionar. Mamá me quiso abrazar, pero ya era tarde. Me puse a llorar, como con convulsiones, y me refugié en mi cuarto. Primero lo cerré con llave, pero después dejé entrar a mi madre. Cuando ella

salió, para atender a los invitados, entraron mis dos mejores amigas: Lorena y Margaret, que se quedaron conmigo.

Lloré toda la noche. El cumple se volvió un velorio y, uno por uno, los invitados se fueron yendo. Un desastre.

En un momento de la noche, escuché que una vecina decía como a la sordina:

–¡Qué va a venir al cumple de la María, estará encamado con alguna pendeja!

Qué odio terrible sentí por todas esas chusmonas que disfrutan con la desgracia ajena. ¡Qué ganas de sacarlas carpiendo a todas! Pero lo peor, lo que más me dolió, por ese sexto sentido que tenemos las mujeres –que somos medio brujas–, es que supe que esa era la verdad.

***

Recién al mediodía del día siguiente lograron sacarme del cuarto.

Un mes después, mi madre, siguiendo el consejo de la directora del cole, decidió mandarme a terapia. Fue el psicólogo el que dijo, entre otra cantidad de genialidades, que yo tenía complejo de Edipo, y todas esas boludeces que dicen para engatusarnos y sacarnos la guita.

Igual no valía la pena contestar.

Lo cierto es que una endurece la piel. Como deben haber hecho las mujeres desde que el mundo es mundo siempre que los hombres las cagaron. ¡Qué le vas a hacer! De a poco volví a ser la de siempre, alegre, desprejuiciada, de buen humor, como a los demás les gusta… ¡Y a mí también!

Tal vez sea por todo eso que cuando vi a Federico por primera vez, en la casa de Margaret, me palpitó el corazón… Alto, delgado, elegante, con gracia para hablar. Un verdadero Príncipe Azul. Aunque no el mío, tal vez ya sea un poco veterano. Y en realidad, cuando lo vi otras veces, no era tan delgado como me pareció a primera vista, y tenía un poco de papada. Pero igual estaba divino.

Cuando sucedió lo de Lore, no tuve dudas: solo en él podía confiar.

***

Bueno, lo de Lore…

La verdad que de eso no quisiera hablar. Es demasiado duro, demasiado cargado de culpas. Lo que sucedió aquella noche cambió mi vida para siempre. Después, día tras día, durante meses, sin darme un solo respiro, venían a mi mente esas imágenes horribles y volvía a temblar de miedo. Como aquella noche…

Al amanecer la angustia me desvelaba. Sentía frío, y como un vacío adentro. Todo me parecía de color blanco. Federico me dijo que eso se llama el "mal de aurora", no sé.

Y eso no era lo peor. Lo peor eran las preguntas. Siempre las mismas: ¿debía contar lo que sabía? ¿A quién? Si me lo guardaba, ¿no era traicionar a mi mejor amiga?

Y la más cruel, la más dura: ¿por qué lo hicimos, mi Dios?

***

Fiscal Karla Finocchiaro

El desenlace del caso Riqué comenzó el último sábado de octubre.

Ese día, por la mañana, algunos de los involucrados mantuvimos una reunión informal en el juzgado de Río Gallegos. Los que eran cien por cien confiables. Es decir, unos pocos. Lo sucedido con Stefanie lo había demostrado.

Esto es algo que a menudo no se comprende. "Hay que sacar a todos los que están sucios", vocifera la gente, y los periodistas, y cualquiera que tiene un micrófono a mano. ¡Muy fácil! ¿Y cómo sé yo cuáles son los que están sucios? Hay que vivir en el fin del mundo (perdóneme que lo exprese con tanta franqueza, por favor, que nadie se ofenda), sin saber quién es quién, mordiéndote la lengua. Cuando tantas veces tenés la necesidad desesperada de compartir las angustias que te carcomen, que son las de la madre o el hermano o el novio de una piba a la que de un día para el otro se la tragó la tierra. ¿Se imaginan lo que se siente?

La información de que disponíamos era escasa y, a decir verdad, no teníamos demasiadas expectativas. Sin embargo, algo ocurrió.

La reunión empezó a las nueve y media; todos sabían que la jueza Ducatti era puntual y de pocas pulgas. Minutos antes un ordenanza

nos sirvió con desgano un café aguado, en vasitos de plástico. En un rincón del despacho, una estufa de cuarzo con unos cuantos inviernos arriba luchaba en vano contra el frío austral. De todos modos, los asistentes éramos baqueanos curtidos y nadie se quitó el abrigo.

–Me gustaría que el jefe Otero hiciera un resumen de la situación –dijo Ducatti.

Otero ilustró con mapas, resultados de laboratorio, perfiles psicológicos y otros tecnicismos el punto en el que estaba la investigación. Más allá de sus meritorios esfuerzos ("resultado de muchas horas de atenta observación de CSI", pensé con maldad), solo una conclusión era posible: no teníamos mucha idea de dónde estábamos parados. Nadie dijo nada, pero todos sacudimos nuestras cabezas con desaliento.

En ese momento, el gélido sol austral se abrió paso entre las nubes y a través de los postigones de la vieja casona del juzgado. Nunca fui mística, más bien todo lo contrario, pragmática y desconfiada. Pero ese sol en la mañana helada cambió el ánimo de la reunión.

Sabíamos que Lorena había sido trasladada a Gallegos, aunque nunca llegó a trabajar. Cuando estaba "en ablande" fue que se produjo el rescate de Stefi. Luego no se supo más nada. Sin duda estaba en manos de los González Bermejo. Pero ¿dónde la tenían? La Policía vigilaba algunos de sus "aguantaderos", pero no se tenían pistas de la muchacha.

–¡Si tuviéramos un solo dato preciso! Podríamos lanzar un operativo urgente –arriesgó Otero.

–Cuente con todos nuestros efectivos y móviles, jefe –lo respaldó Manducatti–. Para San Julián no hay tema más importante, la población está en vilo. Y deben sentir que no los abandonamos.

–Es un momento muy especial –tercié, a mi vez–. A pesar de todos los casos de desaparición que se registran, pocas veces la población toma partido de forma tan decidida. Se acabó esa tolerancia vergonzosa, que hacía parecer a la víctima como culpable. Que si había desaparecido, ¡por algo sería! La gente está cansada, está harta.

Pero fue la jueza Ducatti la que le puso la cereza a la torta:

–Estos días he recibido una información… de una fuente que no voy a revelar –aclaró, antes de que alguien cometiera la imprudencia de

preguntar–. Si tuviéramos algún indicio que la confirmara, actuaríamos con todos los recursos disponibles, hasta encontrar a Lorena –era raro que Graziella se refiriera por su nombre de pila a una víctima de las trágicas historias que debía enfrentar (habría dicho "el sujeto" o "la joven desaparecida"). Ella también estaba hastiada del accionar impune de estas mafias.

A partir de ese momento se sucedieron las propuestas sobre qué hacer, en la convicción de que el clan mafioso se encontraba acorralado y carente de la justificación de la que, aunque parezca mentira, había gozado hasta hacía poco tiempo. Hasta tal punto que un ministro del gobierno llegó a afirmar que quienes trabajan en la industria del petróleo y del gas, "si no tienen lugares donde gastar su dinero, probablemente violarán mujeres para satisfacer sus deseos sexuales".

No obstante, también fue Graziella, con su baquía en el manejo de situaciones límite, la que aterrizó a los presentes en la realidad:

–El que se precipita, ¡se precipita! –sentenció–. Dedicaremos los primeros días de la semana a obtener algún dato adicional. Luego será la hora de actuar.

Transcurrían seis semanas desde la desaparición de Lorena. Las mafias de la trata suelen emplear los dos primeros meses en "ablandar" a su presa, "prepararla" y depositarla en lugar seguro. Si no lo logran en ese tiempo, prefieren deshacerse de ella.

El tiempo se agotaba.

***

Aline

Edwin es muy fuerte. Ha aguantado muchos problemas, que los hemos tenido. Pero también es muy sensible. Le duele la maldad. Es un hombre bueno, tierno, siempre dispuesto a ayudar, con una palabra de aliento a quien la necesita. En fin, yo lo quiero mucho, como verá, pero la verdad es que todo San Julián lo aprecia. Es como una especie de líder natural para las causas de la comunidad. "Cuanta cruz hay en el pueblo, yo me la cargo al hombro", dice a veces, refunfuñando. Pero

la verdad es que lo hace con gusto.

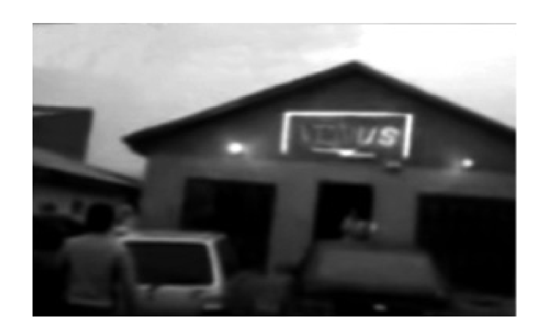
Sin embargo, en esa bondad se esconde su debilidad. Sufre mucho con las injusticias, y este asunto lo golpeó fuerte. Sobre todo por tratarse de Lorena, tan amiga de Margaret. Además, con su padre ausente, se la pasaba siempre en casa. Era como una hija postiza para él.

Y estaba dispuesto a todo por salvarla.

***

Federico Sánchez de la Reina

Según me contó después, dudó hasta último momento de entrar.



El sábado por la tarde, después de la reunión en el juzgado, Edwin recorrió Las Casitas hasta descubrir, brillando entre la niebla, los carteles de neón del Champán. Estacionó la camioneta y se acercó a la puerta.

La oferta de Purita no le gustaba nada. Pero sentía que era su deber no dejar pasar por alto ninguna pista que pudiera conducir al rescate de Lorena. Más después de lo que había dicho la jueza. Por otra parte, estos rufianes no se iban a meter con él. ¿Por qué lo harían? ¿Qué podían ganar? Vería qué información le aportaba la muchacha –y a qué precio–, recogería sus cosas del hotel y antes de medianoche estaría de regreso con su familia.

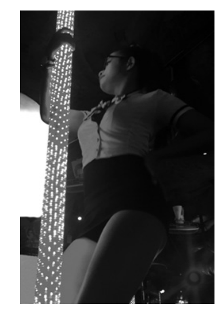
El Champán pretendía ostentar un poco más de categoría que el Diosas o La Mary-Anne. Los ventanales tenían un tono ahumado, que obligaba a adivinar las siluetas curvilíneas a la luz de los reflejos

intermitentes de los carteles de neón. La música no atronaba, y las infaltables cumbias habían sido sustituidas por *rock* ochentoso y música disco de los noventa. La *madama* vestía un sobrio conjunto negro de chaqueta y pantalón, adornado con un camafeo naranja, y no se llamaba Mary o Lulú, sino Eleonora. Era evidente que buscaba atraer a los numerosos viajeros internacionales que recalaban en Gallegos. De todos modos, la modestia del burdel era inocultable.

Edwin escudriñó el interior del local. En ese ambiente apacible y penumbroso, alternadoras, clientes y curiosos se movían con discreción. Se acercó a la barra.

***

Yuliana



Por lo que les pude sacar a las chicas del Champán, cuando el rubio llegó a la casita lo recibió Eleonora.

–¡Hola! ¿En qué puedo servirte?

–Quería ver a Purita… si es posible –le pidió, a los tumbos; se veía que Las Casitas no era lo suyo.

–Ah, ¡qué bueno! ¡Sos bobo para elegir! –respondió Eleonora, sorprendida por la buena presencia del tipo–. La dominicana es muy requerida, viste… Pero tuviste suerte, justo está disponible.

Y sí: ¡estaba clavado!

La *madama* le indicó la pieza de la muchacha.

–Yo le aviso. Te va a estar esperando.

El rubio avanzó por el pasillo y abrió la puerta con cuidado.

Me dijeron que la morocha lo esperó de tanga, sutién y zapatos de

taco alto, todo en tonos de verde intenso. El rubio casi se cae de culo.

Quedó mudo. No supo qué decir. Se sonrió, y lo único que le salió fue:

–¡Qué frío que hace afuera!

Fue para cagarse de risa. Pero aquella es muy viva y sabe cómo manejarse. Ni lenta ni perezosa, enseguida le respondió:

–A mí me gusta el frío tanto como los argentinos.

Entonces le hizo señas de que se callara y se estuviera quieto.

Se quitó el corpiño, avanzó hacia el rubio, se refregó contra su cuerpo, acercó sus labios hasta casi morderle la oreja, y le susurró a las apuradas:

–Búscala en Calafate, sobre la ruta, la tienen guardada, hasta que pase el alboroto no la van a mover, es todo lo que sé…

El rubio la abrazó fuerte:

–¡Gracias!

–Lo que te dije es la verdad. Créeme, por favor… ¡Y perdóname!

–Pero ¿por qué me pedís perdón?

Y ahí terminó la calidez. La puerta se abrió de golpe y tres matones entraron a toda velocidad. Empujaron a Purita al costado y agarraron al rubio de los brazos. Pero el tipo no era presa fácil: sacudía su corpachón y zarandeaba a los matones para todos lados. Al final uno le encajó un bruto golpe en el estómago.

–¡Esto te lo manda el Ricky, gringo hijo de puta! –le gritó. Y enseguida sacó un revólver 38 y le apuntó a la cabeza, a medio metro de distancia.

Purita salió corriendo de la habitación. El rubio se aquietó.

–Mirá, si te portás bien y colaborás con nosotros no te va a pasar nada y vas a volver a ver a tu familia. Ahora, si te querés hacer el héroe, tu amiguita, la que nos quiso cagar… Porque ¿vos sabés que nos quiso cagar y cortarse con lista propia? Y eso no lo podemos permitir. Es un mal ejemplo, ¿entendés?

Dicen que el rubio estaba furioso, con los ojos rojos y desorbitados. Pero se la bancó.

–Si te hacés el vivo, tu amiguita, la putita, no cuenta el cuento. Le voy a retorcer el cogote con mis propias manos. Sin hablar de tu familia… Ya sabemos dónde vivís y los pibes bárbaros que tenés.

Cuando le nombró a la familia, pah, el rubio se sacó. Trató de soltarse y casi lo logra. Pero el jefe le encajó un bruto culatazo en la cabeza. Se tambaleó y comenzó a sangrar. Ahí entendió que tenía que tranquilizarse. No le quedaba otra. Debía pensar con cabeza fría.

–¿Qué es lo que quieren?

–Así me gusta –dijo el jefe, con falso tonito conciliador–, ahora nos empezamos a entender. Mirá: vos te quedás aquí hasta mañana. Después te vas a reunir con esos culos rotos de Los Pinares, luego vas a visitar a la jueza (eso es lo más importante), cuando llegués a San Julián te vas a hablar con tu compinche Manducatti… y a todos les decís lo mismo: que tenés información de primera mano de que a la piba se la llevaron al norte, a Buenos Aires, porque aquí la mano se puso brava. Si nosotros vemos que la cosa se tranquiliza, que dejan de romper las bolas, vos y tu familia no van a tener problemas. Todo bien con nosotros: quedamos a mano y no pasa nada. Pero si la cosa sigue, la putita es boleta. Y tu familia tampoco se las va a llevar de arriba, ¿te queda bien clarito?

Dicen que ahí fue que el rubio les empezó a seguir la corriente:

–Te entiendo la idea, pero hay algunos problemas. Si esta noche no aparezco en casa, y no aviso nada, mañana de madrugada me van a estar buscando por todos lados. Se va a armar flor de despelote, la noticia va a estar en todos los informativos, y después nadie me va a creer lo que les quiera decir.

Ahí vio que el jefe –era el Picana Hernández (yo alguna vez me lo crucé)– empezó a dudar.

–Además, aunque yo me vaya al bombo con lo de la piba, no te puedo asegurar que otros no sigan armando relajo por acá…

–Vos hacé tu parte, lo demás es cosa nuestra. Y sobre lo del viaje: llamás a tu mujer y le decís que te tuviste que quedar hasta mañana… ¡y que se deje de joder!

Los tipos la dieron por ganada y parece que ahí el ambiente se aflojó bastante. Le alcanzaron una toalla mojada para que se limpiara la herida. El Picana pidió unos *whiskies* y le estiró uno al rubio.

–¿Tenés celular?

–Sí… por acá está.

–Dentro de un rato, cuando te zampés el *whisky* y te terminés de

tranquilizar, llamamos a la patrona.

***

Aline

Estaba en la cocina, preparando la cena. Cada tanto miraba por la ventanita que da a la Costanera, a ver si aparecía la camioneta de mi marido. Debían ser cerca de las nueve, porque recuerdo que pensé: si Edwin demora un poco más, se va a perder una de esas policiales norteamericanas que tanto le gustan, creo que era *Lie to me*, o algo por el estilo.

Eran días de mucha tensión. Primero lo de Stefanie y después lo de Lorena. Demasiado para un lugar tranquilo como San Julián. Edwin, como siempre, fue el primero en estar a la orden. Y ese viernes se fue a Río Gallegos por una reunión importante que había, por lo de Lore, pero no me dio detalles.

–Es por tu bien, Aline –fue lo último que me dijo antes de partir.

Yo siempre estuve orgullosa de él. Pero también estaba muy preocupada. Esas cosas me ponen nerviosa, qué le voy a hacer. Lo esperaba ansiosa. Quería que viera un poco de tele para distraerse, mientras cenaba una rica comida casera.

En eso estaba cuando sonó el teléfono.

Pensé: que atienda uno de los chicos, así no tengo que enjuagarme las manos. Pero como suele pasar, nadie se acercó al teléfono. Así que, refunfuñando, atendí la llamada. Hasta hoy doy gracias a Dios de que haya sido así.

–Hola, Aline, ¿cómo estás?

Era la voz de Edwin, pero no era la voz de mi marido. Desde un primer momento supe que algo extraño pasaba.

–Se me complicaron las cosas y tuve que quedarme una noche más en Gallegos –Edwin hablaba muy lento, como eligiendo las palabras–. Mañana de mañana me reúno con la jueza, y luego voy para allá.

–¿Pero está todo bien?

–Sí, todo bien, quedate tranquila, guardame algo para almorzar.

–Les voy a avisar a Ítalo y a Mamerto, que ya estuvieron a buscarte

hace un rato, y si necesitan hablar contigo que te llamen al celular…

–No –me interrumpió Edwin, y se produjo un silencio brusco, confuso–: Voy a estar con el celular apagado, porque quiero descansar, y mañana voy a estar dando esas vueltas que te dije. Decile que los llamo cuando vaya de camino, a eso del mediodía.

Mi marido no es de usar mucho el celular, eso es cierto. Si fuera por él volveríamos a las épocas en que para recibir un mensaje, había que escuchar la radio del pueblo. Pero su reacción me inquietó. Después siguió hablando, muy despacio:

–Te mando un beso grande, dale un abrazo a los chicos y una caricia a Monti…

–¿Cómo? –pregunté sorprendida.

Escuchar esa noche la palabra “Monti” en boca de mi esposo fue algo terrible, como un huracán, no sé, no pude contenerme, sentí toda clase de emociones.

–Sí, se oye mal… –alcanzó a decirme.

Pero, ¡no!, eso no era cierto, yo lo había escuchado muy bien: “saludos para los muchachos… y una caricia para Monti”.

Mon dieu, c’est pas possible! De repente comprendí todo. Y quedé helada, dominada por el terror. No podía hablar, no me salían las palabras.

–Mejor una patadita para Monti –fue todo lo que me salió, con voz ahogada. Era una manera de hacerle saber que comprendía su mensaje.

Mi esposo captó la señal:

–Bueno, quedate tranquila, mañana de tarde nos vemos.

–¿Estás seguro? –lo interrumpí, no me pude aguantar.

–Sí, quedate totalmente tranquila –dijo, subrayando cada palabra.

Nos despedimos. Fue muy difícil decir adiós en esas circunstancias.

Cuando colgué no sabía ni dónde estaba parada. Antes que alguno de los muchachos me viera y comenzara a hacer preguntas, me refugié en el baño. Me metí bajo la ducha y lloré largo rato. La palabra “Monti” seguía resonando en mi cabeza con todo su horrible significado, que solo yo conocía. Media hora más tarde, no sé cómo, tuve fuerzas para poner la mesa y llamar a los chicos a cenar.

–Papá avisó que vuelve mañana de tarde –dije con tono casual a mis

hijos, evitando mirarlos a los ojos; de lo contrario, me habrían descubierto.

“Quedate tranquila”, me había dicho Edwin. Y yo confiaba en él, a ciegas.

Solo eso me mantuvo en pie.

II
LA CONEXIÓN URUGUAYA

Río Gallegos, atardecer del sábado 25 de octubre, 2008

Fiscal Karla Finocchiaro

Siempre pensé que para resolver un caso hay que tener un poco de suerte.

Es probable que el jefe Otero no coincida conmigo, y es lógico. Es su profesión. Todos pensamos lo mismo de la nuestra. Por supuesto que una investigación meticulosa es esencial. Pero al decir del cura de San Julián, tarde o temprano el de arriba nos hace una guiñada. O no. Eso hace la diferencia.

Y fue lo que sucedió al caer la tarde de aquel sábado de primavera, cuando el inspector principal Olavarría (de la Delegación de la Policía Federal en Río Gallegos) escuchó sorprendido una conversación telefónica mantenida desde un celular intervenido por orden judicial.

***

Solymar y Montevideo, Uruguay, un año antes

Jocemyr Iriarte, inspector retirado, Policía Nacional de Uruguay (61 años)

La llamada de mi amiga me tomó por sorpresa.

No tardamos en tener una reunión reservada en mi casita de Solymar. A Mónica le preocupaba que su hija Viviana, una joven de 23 años, estudiante de la Facultad de Derecho de Montevideo, que yo conocía desde niña, pudiera andar en cosas raras. Le llamaba la atención que Vivi, que se costeaba los estudios trabajando como

modelo publicitaria, y que había ganado varios concursos de belleza, viajara tan seguido a la Argentina, con motivos poco justificados. Además, se realizaba costosos tratamientos, gastando mucho más de lo que sus ingresos le permitían. También me dijo que sus relaciones familiares habían cambiado. Se mostraba distante hasta con sus amigas. Incluso la escuchó discutir por dinero varias veces al teléfono con un tal Pedro Luis; pensó que sería un agente de modelos, pero no estaba segura.

Antes de hablar conmigo, Mónica consultó al psicólogo de la familia, que la asistía desde hacía un tiempo: coincidió en que la situación era preocupante y algo había que hacer.

Estuvimos de acuerdo en alertar a la Policía, que solicitó al juzgado competente autorización para intervenir los teléfonos de la joven. El subcomisario John Da Silva se hizo cargo de la investigación.

***

John Da Silva, subcomisario, Dirección General de Lucha contra el Crimen Organizado e Interpol, Policía Nacional de Uruguay (44 años)

La verdad es que no lo esperábamos. Fue una sorpresa mayúscula.

En pocas semanas de escuchas telefónicas y averiguaciones, lo que empezó siendo una denuncia más dejó al descubierto una compleja red de trata de personas. Una red que, bajo la apariencia de una agencia de modelos, realizaba negocios “de otro tipo” en varios países, sobre todo Argentina y Uruguay, pero también Italia y España.

El jefe de la organización era un conocido publicista porteño llamado Fabián Casarotti, muy vinculado con el mundo de la farándula y del fútbol. En Uruguay, su empleado o socio (los términos de la relación variaban en las distintas escuchas telefónicas) era un desconocido agente de modelos de nombre Pedro Luis. Por su parte, este tenía varios reclutadores. El principal era Walter, que manejaba más de 40 chicas.

Walter publicaba avisos clasificados en la prensa solicitando chicas interesadas en “hacer realidad sus sueños”. Luego las citaba a tomar

algo a un conocido *shopping* de Montevideo. Les prometía una exitosa carrera en el mundo del modelaje, pero también "les hacía ver la realidad": había un precio a pagar. A las elegidas les confeccionaba un *book* de fotos y se las ofrecía a Pedro Luis:

Walter (reclutador): *¿De las fotos que te mandé, te interesó algo?*
Pedro Luis: *Estoy viendo…*
W: *Graciela está linda. Digo: es flaquita, tiene lolas hechas, rubiecita, ta muy linda, muy prolijita; después hay una paraguaya, una indiecita que también ta muy bien. Bo fijate el material que te mandé y me avisás.*

Pedro Luis seleccionaba el "material" y se dedicaba a "valorizarlo", muchas veces con la ayuda de Casarotti: algunas pasadas en desfiles de modelos en boliches de Punta del Este y Montevideo, invitaciones a fiestas con gente importante, e incluso, en algún caso, presencia en programas de televisión.

El siguiente paso, cuando las chicas ya estaban "preparadas", era llevarlas a Buenos Aires. Les servía para aumentar su valor, pero también para saber si estaban listas para todo:

Femenina (estudiante de 25 años)*: Con Pedro Luis realicé un par de desfiles, uno en Cool, y otro en la disco Amatista, pero en este no llegué a desfilar, porque Pedro Luis quería que me acostara con el dueño del local, y yo me negué. Luego me ofreció viajar a Buenos Aires, lo que acepté, en dos oportunidades: una para hacer acto de presencia en el boliche Devil's, donde estuvo todo bien. Allí conocí a Fabián Casarotti, que me propuso hacer otro viaje. Acepté, y cuando llegué al hotel, Fabián me dijo que me vistiera de forma más provocativa. Después me llevó, a mí y a otras dos chicas, a la casa de un amigo, y de allí supuestamente íbamos a ir a bailar. Pero una vez allí, Fabián nos dio de beber y en determinado momento me llevó a un dormitorio aparte y me dijo:*
–Mirá, esto es así: el dueño de casa es un amigo mío, y el otro tipo que está con él también. Quiero quedar bien con ellos. Pueden pasar un buen rato y ganar buen dinero. Hablá vos con las otras.

Yo las llamé y Fabián les explicó. Nos ofreció una suma importante. Después que se fue yo tuve relaciones con un chico que resultó ser el novio de una modelo muy famosa de la tele, y las otras dos chicas se fueron al otro dormitorio con el otro muchacho.

Cuando las chicas cruzaban la línea, aceptaban “las reglas de juego” y no hacían problemas; en su jerga decían: *Ya conoció el campo*. Les servían *para desfilar y facturar* y las llamaban *Todoterreno*.

Solo las mejores llegaban al nivel más alto: los viajes de fin de semana largo en destinos de lujo, como *escorts* de *clientes VIP*.

Los sitios preferidos eran lugares distantes y menos frecuentados, como El Calafate, San Luis y Las Leñas. Sus ocasionales acompañantes eran jugadores de fútbol, “famosos” de la televisión o del mundo del espectáculo, y empresarios de cierta edad, la mayoría argentinos. Pedro Luis se encargaba de contactar a las chicas y arreglar todos los detalles del negocio (“trabajo a realizar”, pasajes, tarifa). Varias de las chicas no aceptaban clientes uruguayos, por temor a ser descubiertas (una femenina, citada a un conocido restaurante con tres clientes a los que debía “atender”, descubrió que eran uruguayos, y desde allí mismo lo llamó: *Yo te dije que no quiero hacer nada con uruguayos, desfiles sí, pero lo otro te dije que no, ¡y vos no me estás respetando!*).

Casarotti proporcionaba los clientes, siempre de alto nivel social y económico. La organización manejaba decenas de chicas, algunas de ellas modelos conocidas y otras que aspiraban a serlo. Viviana era una de ellas. Fabián y Pedro Luis explotaban con habilidad la ambición de estas jóvenes (a menudo alimentada por sus propias familias y amigos), sus anhelos de “plata fácil” y fama en la televisión.

Les hacían saber que el precio de la fama era alto. Y que el camino a la celebridad pasaba por la cama. Para nuestra sorpresa la mayoría de las jóvenes estaban dispuestas a pagarlo.

También proveían a sus *clientes VIP* de “protección en destino”. Nada extraño o imprevisto les debía suceder: su reputación y la continuidad del negocio estaban en juego. Para lograrlo se valían de aliados locales.

Y esto no era todo: cuando seguimos las ramificaciones de la red nos encontramos con concursos de belleza “arreglados”, negocios en Italia

y unas cuantas “cositas” más.

***

Leónidas Taborelli, oficial principal, Dirección General de Lucha contra el Crimen Organizado e Interpol, Policía Nacional de Uruguay (41 años)

Cuando vimos la magnitud del caso, John Da Silva me solicitó que investigara algunas de sus ramificaciones.

Hasta ese momento, cuando en Uruguay hablábamos de la trata de personas para explotación sexual, pensábamos en bandas locales, que a lo sumo “exportaban” chicas –si se me permite la expresión– a redes del exterior. Sí que nos sacudió en su momento lo de Milán del 92, una brutal red de proxenetas uruguayos que manejaba jóvenes de nuestro país, instalada ni más ni menos que en una de las principales ciudades de Europa.

Pero aquí nos encontramos con una red que suministraba jóvenes –incluso menores de edad–, de buena educación y condición social, a gente con influencias y dinero de Argentina y Uruguay, los llamados *clientes VIP*. A mí sobre todo me indignaban los casos de las menores: *Tengo una chica de 16 para presentarte, muy tiernita, se puede hacer algo interesante y divertido con ella*, le ofreció un día Walter a Pedro Luis. Y eso sucedía a cada rato.

También se valían de la manipulación de los concursos de belleza. El dueño del conocido boliche Miss Rumba, de Punta del Este, les aseguró, a cambio de cierto porcentaje del negocio, que él *siempre armaba los jurados con personas que no hicieran problema ni por los puntajes, ni por quien ganara el certamen*. En otra ocasión, hablando con un masculino de nombre Roy, Pedro Luis le “garantizó”:

–Si me llevás mujeres, pero buenos “productos”, yo arreglo que al menos una de las tuyas entre primera o segunda.

Incluso, en algún caso, se intentó extender el “servicio” al exterior. Para ello fue fundamental la relación de Fabián y Pedro Luis con un comerciante uruguayo, muy poderoso, aunque de bajo perfil. El *empresario* (lo voy a llamar así, porque es un tipo pesado y no quiero

meterme en líos) recurría a ellos para obtener acompañantes para sus clientes y para amigos a los que debía "favores". Pero también quiso hacer algún negocio por su cuenta:

Empresario: *Esta es mucho más fácil, ¿no?*
Pedro Luis: *Yo creo que las dos son facilongas.*
E: ¿Pero para vos cuál va más para adelante, la morocha?
PL: *Yo pienso que sí.*
E: *¿Ha viajado?*
PL: *A un montón de países, hasta fue a Estados Unidos.*
E: *¡No jodas! ¿En serio?*
PL: *Sí, sí.*
E: *¡Ah, bueno, entonces ya está! Hablá mañana mismo, no seas boludo.*
PL: *Ta.*
E: *Ofrecele tres lucas. Mitad aquí y mitad en Italia. Pasaje, hotel, y va a hacer presencia en varios eventos, y aquel le va a presentar una agencia de la puta madre en Italia. Mirá que esto es verdad: ¡hasta tiene una carta invitación! Se la mostrás, ¡y a otra cosa mariposa!*
PL: *¿Le digo algo más?*
E: *No le digas más, vos sos muy entreverado, vas a meter la pata. Después que se ocupe aquel, en Italia. Decile solo lo que te dije. No la asustes como que va a coger.*

***

Punta del Este y Montevideo, nueve meses después

John Da Silva

El negocio crecía día tras día.

Fíjese que a comienzos del 2008, para darle algo de *glamour* a la agencia de publicidad, Casarotti alquiló una residencia en Punta del Este, en la zona de La Barra. Era un chalé elegante, pintado color aceituna. Como supondrá, al poco tiempo lo llamaban La Casa Verde. Allí las chicas alternaban trabajo con descanso. Llegó a tener más de

veinte chicas alojadas, que elegía él mismo: *Estoy cerrando las chicas para la temporada de Punta del Este y le guardé un lugar a Allison. Y tengo otro lugar, capaz que podemos poner otra uruguaya más, ¿viste?*

La Casa Verde era como una vidriera para que los clientes eligieran la "mercadería". Alguien la llegó a comparar con una feria ganadera. También les conseguía apariciones en programas de televisión (de la farándula) y contactos con futbolistas exitosos. ¡Cómo desesperaba esto a algunas jóvenes! Parecían dispuestas a lo que fuera con tal de salir en una revista con un jugador de fútbol. Aunque no lo conociera nadie.

Pero con el "éxito" del negocio aparecieron los problemas.

Las *chicas VIP* uruguayas tenían cada vez mayor demanda en Buenos Aires y algunas no fueron a dar al lugar "correcto":

"María", 23 años, estudiante de Humanidades: *Nos dijeron que íbamos a estar en una fiesta e iba a haber cuartos, donde se iban a mantener relaciones sexuales. Pero cuando llegamos no había cuartos, estaban las camas a la vista de todos, había un telón que se abría y apareció una cama egipcia, y una chica comenzó a desnudarse. Había droga, me sentí mal y me refugié en la barra. Pero después el encargado del lugar me encerró en un escritorio, porque dijo que no había tenido relaciones con nadie, y me metió un tipo de pesado. Me dijo que si no me acostaba con él, no me iba. Al final lo hice.*

"Yamila", 21 años, estudiante y telefonista: *Nos prometieron que íbamos a desfilar en Las Leñas, por lo que nosotras (éramos cuatro chicas de Uruguay) juntamos la plata para el pasaje y nos alojamos en un hotel de la 9 de Julio. Pero cuando llegamos nos dijeron que las otras chicas ya se habían ido a Las Leñas y que no había más lugar, así que quedamos a la deriva. Entonces nos dijeron de ir a una fiesta a las 10 de la noche. Cuando llegamos vimos que era un galpón, en Palermo, y cuando entramos nos dimos cuenta de que era una fiesta de orgía. Había camas por todos lados y una piscina de barro. Un hombre me agarró del brazo y me arrastró. Me gritaba "Dale, sacate la ropa". Salí corriendo y me escondí en el baño.*



Las fiestas “fuera de control” en Buenos Aires trajeron su secuela. Varias de las muchachas, sobre todo las “aspirantes a modelo”, comenzaron a rebelarse y a negarse a los manejos de Fabián y Pedro Luis. Entre ellas Viviana.

Fabián: *¿Otra como Viviana no tenés? Porque aquella andaba muy bien.*
Pedro Luis: *No, aquella está medio rebelde, pero si querés te la rescato, voy a la casa de ella y te la rescato. También tengo otra que es amiga de ella, muy bonita, con buen lomo, puede servir para modelo y para facturar.*
F: *Bueno, tanteámela. Pero mirá que yo necesito que ceda un poco, que transe, ¿viste? Hablale claro.*
PL: *Sí, que no sea medio traidora como las otras.*
F: *Sí, que no joda mucho. Después mandame lo que tengas lindo y que vaya para adelante. Y si no, me las mandás para acá, las pruebo y listo. Y rescatame a Viviana.*

Y con el aumento de la clientela, aparecieron los “complicados”:

“Luciana”, 21 años, estudiante de computación: *Mientras estaba en Buenos Aires, o adonde fuera con él, tenía que quedarme en el hotel. Si salía era con él, la puerta de la habitación estaba siempre trancada. Como a mí no me gustaba cómo me trataba, no quise ir más, a pesar de que pagaba muy bien y yo necesitaba la plata.*
Un día me llamó.

–¡No sabés con quién te estás metiendo! Ya sé todo de vos. Si querés a tu familia, tenés que volver conmigo. ¡Sos una malagradecida! Mirá que si abrís la boca y nombrás a alguien, te van a matar. A tu familia y a vos…

Quedé aterrada. No podía creer lo que estaba viviendo. El tipo tenía fama de charlatán y boquillón. Pero ¿y si era verdad? Al final acepté, una vez más.

Fue un error, una gran cagada. Me ofreció cuatro mil dólares por un viaje de finde largo a El Calafate. Era mucha guita, aunque la mitad se la llevaban Pedro Luis y su socio argentino. Al principio la cosa venía bien. Pero un día, no sé por qué mierda, se le ocurrió que quería hacerlo sin preservativo. Y dale que sí, y yo que no, hasta que se sacó y me pegó una cachetada, y yo me puse a llorar. ¡Fue peor! Me agarró de los pelos, me tiró al piso y agarró un revólver, que yo había visto que lo llevaba siempre en su carry-on. Pero lo único que hizo fue tocarme, no llegó a la penetración. Jugaba con el revólver y me decía: "Tengo balas para matar a todos los que vos quieras…".

Uno de esos "complicados" era un jugador argentino de fútbol, que militaba como *centre forward* en el Zenit de San Petersburgo. Era un muchacho tranquilo. Agrandado como todos estos pibes que se hacen ricos de un día para otro con el fútbol, pero no mucho más. Se llamaba Enrique González Casatroja, como les gustaba decir a los relatores de fútbol, y lo apodaban el Lirón.

Cada tanto en Rusia le daban libre y él venía a visitar a su familia en Chascomús. En esos casos, como se imaginará, parte del programa era una escapada a algún *resort* de lujo. Bien acompañado, por supuesto. Y para suministrarle compañía estaban sus "buenos amigos" de la farándula futbolera. Los que ya conocemos.

El problema era que al muchacho le había dado por tomar. Cada vez más. Gurisas, farra, trasnoche, alcohol, tal vez algo de droga –pero lo dudo, porque ellos saben que eso les jode la carrera–: una combinación explosiva.

Para Casarotti era un dolor de cabeza. Él quería facturar. Los escándalos le arruinaban el negocio. Era necesario evitar riesgos. Si el Lirón tomaba de más y armaba un alboroto, nada tenía que salir para

afuera. Y mucho menos a la Policía. Es lo que llamaba “protección en destino”. Para ello se valía de socios locales. Y en el sur extremo, uno de los lugares más cotizados, contaba con los servicios del clan de los González Bermejo.

***

Río Gallegos, atardecer del sábado 25 de octubre, 2008

Fiscal Karla Finocchiaro

En el instante en que empezaba a ducharme para salir con unas amigas, sonó el teléfono. Lo manoteé como pude, rabiando, y escuché la voz del oficial Olavarría que, a pesar de su formalidad para dirigirse al Poder Judicial, parecía exaltado:

–Señora fiscal, disculpe que la moleste a estas horas un sábado por la noche, pero estaba de turno en las escuchas e intercepté una conversación que me pareció importante…

Comprendí que la conversación interceptada era un extraordinario avance para la investigación. Me olvidé de mi salida de amigas y cité a Olavarría a mi casa.

El diálogo era entre el publicista porteño Fabián Casarotti y un conocido rufián de estos lares, apodado el Ricky. Era raro que un personaje importante se comunicara directamente con este matón de mitad de tabla, en vez de hacerlo con sus jefes. Fue una suerte.

(Transcripción parcial)

–Fabián Casarotti: *Mirá, Sole, la yorugua, viaja mañana a El Calafate con el Lirón, sabés… el delantero que juega en el fútbol ruso, en el Zenit.*
–Ricky: *Ahh, sí, sí…*
–FC: *La chica es del tipo psicóloga y…*
–R: *¿Psicóloga?*
–FC: *Sí, le gusta hablar de libros, películas, todas esas boludeces al pedo. Y viste que aquel es de pocas pulgas, además le ha dado por*

chupar, tengo miedo que se joda todo… (hizo un prudente silencio, y luego apretó con fuerza): *Por eso quiero que seas vos el que se ocupe del paquete.*

–R: *¡Ahhh!… Pero sabés que yo estoy procesado, y con cautelares. ¡Y justo en El Calafate!* (la voz del Ricky sonaba preocupada). *Sabés que estamos con problemas con una pendeja, que trajimos de otro lado y se armó flor de despelote…*

–FC: *Pará, yo de eso no sé nada, es un tema tuyo* (Casarotti se escuchó molesto). *Pero si te llamé directo a vos es porque te tengo confianza, y no quiero que me encajen a un pibe que se cague en los pantalones a la primera de cambio, ¿me entendés?*

–R: *Sí, sí, pero lo que pasa es que no me conviene que me vean justo por esos lados, esa zona está caliente…* (era evidente que el Ricky no sabía qué hacer). *Además, hoy mismo apareció un gringo hijo de puta de San Julián preguntando por la pendeja, uno con el que tengo una cuenta que ajustar…*

–FC: *¡Pero dejate de joder! Y a mí qué me importa* (la furia del publicista se había desatado). *¿Me vas a hacer el trabajo o no? Y pensá que si me decís que no, olvidate de cualquier favor y andate a la mierda. ¡Una vez que te llamo!*

–R: *Tranquilizate, no te calentés…* (el Ricky vio la fenomenal bronca de Casarotti, un cliente importante del clan, y supo que no tenía opción). *Te hago el trabajo, no te preocupés, está todo bien… Dame las coordenadas del paquete.*

No quedaba duda: Ricky y el clan mafioso al que pertenecía estaban involucrados en el secuestro de Lorena Riqué. Además, la escucha confirmó que la muchacha seguía viva. Y las referencias a El Calafate sugerían que allí estaba oculta, lo cual coincidía con la información reservada recibida por la jueza. En cuanto al "gringo de San Julián que preguntaba por la pendeja": ¡qué duda cabía que se trataba de Lonogan!

A pesar del día y la hora, la gravedad del asunto ameritó que me comunicara en forma urgente con la jueza.

Graziella coincidió con mi interpretación. Decretó la intervención de varios teléfonos más de presuntos miembros de la banda y dispuso que

un selecto grupo de cuatro oficiales de total confianza –dirigido por Olavarría– se hiciera cargo de las escuchas. Cualquier indicio importante debía ser reportado en forma directa a ella. Hablamos con el jefe Otero. Era indispensable una buena coordinación entre la Policía Federal y la Provincial. Luego de recibir nuestras explicaciones, estuvo de acuerdo.

Por primera vez en más de un mes y medio pisábamos sobre terreno firme.

A pesar de que ese es nuestro trabajo, el que hacemos todos los días, nos costó reprimir la emoción.

***

Por eso, me sorprendí mucho cuando el domingo a mediodía me llamó la jueza para informarme que una hora antes, de manera intempestiva, se había presentado Lonogan en su domicilio. El motivo: comentarle, con extraña insistencia, que sabía de buena fuente que Lorena no se encontraba en la zona de El Calafate, sino que la habían trasladado a Buenos Aires. Enseguida supe que algo raro sucedía. La Ducatti estuvo de acuerdo. Ese comportamiento no era natural. ¿Pero qué ocultaba? La referencia del Ricky al "gringo de San Julián" con el que tenía "una cuenta que ajustar" algo tenía que ver.

Durante la tarde del domingo no me pude sacar ese tema de la cabeza. Pero no conseguí descifrar el misterio.

***

San Julián, domingo 26 de octubre, 2008

Aline

Monti era el nombre de un perro negro, sin gracia alguna ("raza perro", como suele decirse), que una amiga recogió en estado famélico en el cinturón de San Julián. Lo aceptamos en casa sin mayor entusiasmo, pero luego de un tiempo nos encariñamos, sobre todo los chicos.

Cuando el número cada vez mayor de robos nos obligó a colocar alarma con respuesta en nuestro hogar, alguien sugirió el nombre de Monti como una de las “palabras clave”. En caso de activarse la alarma, la empresa de seguridad llamaría al domicilio. Quien atendiera debía utilizar las “palabras clave” para comunicar cuál era la situación, sin que los delincuentes se dieran cuenta. Nosotros habíamos elegido la palabra “Monti” para el peor caso: cuando la casa ha sido copada y quien atiende está bajo amenaza.

Esa noche mi marido envió un mensaje bien claro, que solo yo podía entender.

***

No pude dormir. Cuando comenzó a aclarar, me levanté. Quería mantener la mente ocupada y que pasaran las horas. Los muchachos se despertaron tarde, como siempre los domingos, y los tres desayunamos en la cocina.

Durante todo el día traté de no mirar por las ventanas.

A eso de las cinco de la tarde escuché un ruido lejano, inconfundible y familiar. No pude resistir más. Corrí hacia la puerta, la abrí apenas y tuve la visión más maravillosa que hubiera podido imaginar: una Toyota que avanzaba por la Costanera con mi adorado grandulón al volante.

Me quedé parada, con la puerta entornada. Bajé la cabeza y no pude contener el llanto. Allí me encontró mi marido. Me abrazó, cálido y protector, mientras mis lágrimas mojaban su camisa.

Permanecimos así largo rato.

–Tendrás hambre…

–Sí, algo –me respondió, con voz distante–. Pero lo que más necesito es darme una ducha caliente y dormir un rato.

–¿Por qué no te vas bañando y yo te alcanzo una bandejita a la cama?

Sonrió con ternura y tristeza.

***

Un rato más tarde, un poco mejor de ánimo, devoró los sándwiches de pollo que le preparé y bebió un termo de té con leche. Cuando estaba por terminar un gran bol de arroz con leche con canela, se quedó dormido.

Recién en ese momento, aunque parezca mentira, mientras acariciaba su cabeza casi sin rozarla para no despertarlo, vi los golpes en su rostro: un corte en el mentón del lado izquierdo y otro en la frente del lado opuesto.

A pesar de estar agotada, no pude evitar que me invadiera una ola de furia, que me nubló la razón con un odio primitivo y brutal. Pero no era el momento. Traté de serenarme y me acurruqué al lado de Edwin. Los muchachos habían salido y no regresarían hasta tarde. Todo parecía estar de nuevo en orden. Aunque sabía que era solo una ilusión.

A eso de las tres de la madrugada me di cuenta de que Edwin estaba despierto.

Lo abracé y le pasé un pie por encima de sus grandes piernas largas, como sé que le gusta. Se sonrió. Pero estaba muy preocupado. Se veía que su cabeza andaba a toda máquina.

–Si querés contarme algo de lo que te pasó, mi amor…

–Más tarde vamos a tener que hablar… y decidir algunas cosas –susurró–, pero la madrugada no es buena consejera.

–Sí, no te preocupes, *c'est bien*, hablaremos cuando te parezca.

–Ahora es mejor que descansemos un poco.

Los dos sabíamos que eso era imposible. Las angustias eran demasiadas. Pero igual fingimos hacerlo, mientras postergábamos el momento de las inevitables decisiones.

***

El lunes nos levantamos más temprano que de costumbre. El cielo estaba encapotado, gris, con previsiones de tormenta. Los muchachos se fueron a estudiar y quedamos solos. Edwin avisó al restaurante que no llegaría hasta después del mediodía. Ambos comprendimos que ese era el momento. Nos instalamos en la sala de estar.

Edwin me relató lo sucedido en la reunión del juzgado, el posterior

encuentro con Purita en el Champán y su visita a la jueza Ducatti. Estaba desconsolado.

Y yo también. ¿Por qué se había ido a meter en la boca del lobo? Apenas logré disimular mi disgusto por sus decisiones. Pero no se lo dije. Al contrario, traté de apoyarlo.

–Si no hubiera sido por lo que dijo la jueza sobre la información que tenía, y que con un indicio más el caso quedaba aclarado, jamás me hubiera metido en el Champán, esa guarida de delincuentes –pretendió justificarse mi marido.

Sacudí la cabeza, contrariada. Pero no era momento para reproches.

–Mirá, la situación en que estoy metido no podría ser peor –me dijo, cabizbajo y abatido–. Por más vueltas que le doy, no veo salida: si me callo lo que sé, lo que me dijo la muchacha esta, la del Champán, sobre lo de El Calafate, tal vez perdamos la única oportunidad que tenemos de rescatar a Lorena con vida… –hizo un largo silencio, mientras meditaba; luego continuó–: Pero si se lo cuento a la fiscal y a la jueza… estos hijos de puta no van a venir por mí, eso sería lo de menos. ¡Van a venir por ustedes!

Me corrió un escalofrío por todo el cuerpo. Mientras el galés grandotón que elegí como compañero de vida se quebraba, y con voz apenas audible repetía:

–Por ustedes… Lo que más quiero en el mundo.

Lo abracé. Y de repente me sentí fuerte, decidida. No sé si habrá sido el Señor (yo soy muy creyente), pero de algún lado saqué fuerzas de flaqueza y sentí que tenía que ayudarlo en la decisión:

–Se hará lo que tú digas, divino mío –y luego, con esfuerzo (aunque menor al que hubiera imaginado), rematé–: Vamos a contar todo lo sucedido, para que encuentren a esa pobre chica y se haga justicia. Y nosotros vamos a estar juntos y unidos, y nos defenderemos entre nosotros, y con ayuda de los buenos amigos que tenemos.

Edwin me miró aliviado, aunque no demasiado convencido:

–Vos no sabés lo que es esa gente…

–Sí, los *macrós* son basura. Pero no nos vamos a dejar dominar por esa lacra –en realidad me desconocía a mí misma, con tanta entereza–. Pero me agradó, por una vez, ser el horcón del medio en nuestra familia, luego de que tantas veces fuera mi marido el que soportaba

todo.

Decidimos actuar. Llenos de angustias y dudas, igual decidimos hacer. No ignorábamos que si hablábamos con las autoridades esto se sabría, a la corta o a la larga, en el mundo del hampa. Y en una región donde la vida vale cada día menos, no era difícil que intentaran algo contra nosotros, o contra nuestros hijos.

Así, sacudidos por miedos y amenazas –como esos vientos polares que barren esta tierra donde elegimos vivir y que es nuestro lugar en el mundo–, por esa misma tierra y por nuestros hijos, elegimos actuar.

Séptima Parte
48 HORAS DE VÉRTIGO

Buscar. No es un verbo sino un vértigo.

Alejandra Pizarnik

San Julián, diciembre de 2009

Estimado señor Maggi:

Tal cual me comprometí, le hago llegar el *mail* que Federico envió a mi esposo Edwin con su relato del testimonio de fray Pedro, según lo que pudo leer en el convento de Santa Clara en octubre del año pasado. Lo escribió un par de meses después, cuando la tragedia en el sur ya había concluido.

Como se imaginará, me costó bastante convencerlo: decía que era algo personal, que no aportaba a la historia de las chicas desaparecidas, que a nadie le iba a interesar. Al final Edwin se decidió a entregármelo, para que todos aquellos que algún día lean esas líneas sepan que Federico es un hombre de carne y hueso, con sus sueños y obsesiones a cuestas. Con la necesidad de conocerse mejor, sobre todo en un momento de quiebre de su vida.

Cordialmente,

Aline

(*Mail* enviado por Federico Sánchez a Edwin Lonogan el 18 de diciembre de 2008)

Querido Edwin:

¿Sabes una cosa? Me costó mucho escribirte estas líneas.

Me sentía un tanto extraño, quizá hasta frívolo, al hacerlo. Era importante para mí, para conocer mis orígenes, para saber si aquella historia familiar podía ser cierta. Incluso para alcanzar la justicia histórica que aquellos hombres merecían. Y era, además, el inesperado final de varios años de búsqueda, que juntos compartimos.

Pero me parecía que era algo tan irrelevante, tan menor, comparado con el drama de aquellas chicas al borde del abismo…

Finalmente me decidí a hacerlo. Porque ese escape al pasado, del que siempre hablamos, esas 48 horas de vértigo, que me transportaron cinco siglos en el tiempo, también me ayudaron a soportar mejor la pesada carga de la tragedia que estaba viviendo junto a ustedes y mis amigos del sur, y de mi drama personal por la partida de Antonella.

Un abrazo rioplatense,

Federico Sánchez de la Reina

I
EL ARTE DEL BIEN MORIR

Llerena, sábado 25 de octubre, 2008

Tengo bien presente aquel atardecer, típico día del otoño extremeño –fresco, nublado, con amenazas de lluvia no concretadas–, cuando estacioné en la plaza de Llerena. Caminé hacia el Palacio de Doña Mariana, subí la escalinata y entré.

De su interior emanó la embriagadora melodía de un villancico del *Cancionero de Palacio*. Como si no hubiesen pasado los cinco siglos desde la época en la que fue compuesto… Como ahora estaba por acontecer con los dichos y hechos de fray Pedro Sánchez de la Reina.

No creo que fuera una casualidad, no, más bien un augurio, que justo el último villancico que alcancé a escuchar fuera –como si sor Verónica y don Eduviges guiaran mis pasos– *Al alba venid, mi buen amigo*.

***



La oscuridad era total.

Tan solo en el centro de la enorme habitación a la que me condujo sor Verónica, una portátil iluminaba, con luz intensa, una mesa y una silla. Sobre la mesa, un grueso libro de tapas de cuero y hojas amarillentas. Parecía guardar secretos de siglos, que quizá solo Dios hubiera atisbado en un momento de asueto, si es que los tenía. Un terciopelo morado, sobre el que reposaba el manuscrito, y un vaso de agua en una esquina de la mesa completaban la escena.

Dejé mi portafolios en manos de la clarisa. Solo podía registrar el testimonio en mi memoria, nada de anotaciones ni fotografías. Sor Verónica se despidió con una leve reverencia y se retiró. El tañido de las campanas del convento anunció la hora prima, el instante preciso del alba. A la hora sexta, con toda puntualidad y sin alternativa de prórroga, el testimonio final de fray Pedro Sánchez de la Reina volvería a ser confinado en los archivos conventuales. Esta vez para siempre.

Observé el entorno que me rodeaba: en la penumbra se adivinaban las paredes de piedra y ladrillo de una amplia habitación sin ventanas. Luego bajé la mirada y me concentré en el manuscrito. Mi carrera

contra el tiempo había comenzado.

***

Las palabras de fray Anselmo de Santa Olalla me dieron la bienvenida. El monje de la Orden de los Jerónimos, en el Real Monasterio de Santa María de Guadalupe, se dispone a recibir el *testimonio finalísimo* y administrar los sacramentos a *fray Pedro Sánchez de la Reyna, el cual dice y yo escribo, que en obediente reconocimiento que ha escuchado el llamado del Señor para peregrinar a su Reyno, siente necesidad de dar testimonio de hechos acaecidos en su vida terrenal.*

Que no por ser su existencia humilísima é carente de importancia, no haya vivido sucesos estraordinarios e muchos dellos en pecado, suyos y de otros, que deve confesar para su ánima salvar, y asimismo para que los hijos que a la tierra vendrán sepan verdadera historia de hechos que han sido mentidos, para que la verdad celestial triunfe, para Alabanza y Gloria de Dios, de nuestro Señor Jesu Cristo, é para que los impuros sean juzgados por el Señor y su Iglesia Sacratíssima.

¿Cómo olvidar aquel comienzo?

Por años sus párrafos –cargados de los enigmas que un hombre en su hora final estaba decidido a revelar– me perseguirían sin descanso.

La verdad comenzaba a emerger. El fraile había terminado sus días en Guadalupe. Si no hay más remedio que partir de este mundo, pensé en aquel momento, el Real Monasterio de Guadalupe no es mal lugar para hacerlo. Escondido en el corazón de la sierra de las Villuercas, rodeado de afiladas montañas, el impresionante monasterio fue lugar de peregrinación durante más de setecientos años, desde que la Virgen María se le apareciera al pastor Gil Cordero y le revelara dónde encontrar su efigie. El pastor excavó en el fango de las orillas del río y descubrió la imagen de la Virgen de Guadalupe, la virgen morena, la virgen negra.



Guadalupe fue lugar preferido de los Reyes Católicos para expresar su fervor religioso. Visitaron a la Virgen en veintidós ocasiones. A ella encomendaron la expedición de Cristóbal Colón que significó el encuentro de España con América. La fe en la Virgen mestiza se expandió rápidamente por toda América y los santuarios en su nombre se multiplicaron. Se la llamó la Reina de la Hispanidad.

"Guadalupe es celestial", sentenció Lope de Vega, pocos años después de la muerte de fray Pedro. Y Cervantes relató en la misma época, con el genio que lo caracterizaba: "Cuatro días estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzaron a ver las grandezas de aquel santo monasterio; digo comenzaron, porque acabarlas de ver es imposible".

II
TIEMPO DE AMENAZAS

Me encontraba absorto en la lectura. Pero de repente, algo sucedió. A medida que me sumergía en el añejo documento, los dichos de fray Pedro comenzaron a mezclarse con los testimonios de otros protagonistas, algunos legendarios y otros desconocidos, que tantas veces leyera en mis andanzas por los archivos de Indias, Simancas y Valladolid. Una a una surgían las piezas del rompecabezas, y todo encajaba a la perfección. Así pude reconstruir la historia que muchas veces imaginamos, y que ahora te relato.

***

Extremadura y Burgos, principios de 1516

Fray Pedro

Mi vida al servicio del Señor transcurría laboriosa pero apacible en la puebla de Cabeza la Vaca, dedicada a la oración, é asimismo al duro trabajo, prestando cuidados a enfermos y también a leprosos que los médicos no osaban atender, oficiando las misas de días de Fiesta, dando en matrimonio doncellas a muchachos, trabajando las tierras é los ganados. En ocasiones viajaba al Conventual de Santiago en Calera de León a entregar escritos, é asimismo al Monasterio de Tentudía, el del milagro de la Virgen, siempre en servicios que el Obispo me dispusiera, y siempre con diligencia, según todos lo decían.

Principiaba el año de mil y quinientos y diez y seis, é pensava que el Obispo dispusiese de mí para tomar cargo de alguna capilla o Iglesia de campo. Pero de sorpresa armóse grande alboroto, cuando un mensajero provenido de la villa de Cáceres, el cual oído había lo declarado por mensajero provenido de Burgos Caput Castellae, donde el Supremo Obispo

don Juan de Fonseca había dicho que era tiempo de amenazas é conspiraciones, é que los peligros eran también para El Católico, de quien su devota esposa la Reyna Isabel había partido de este mundo, que Dios la tenga en su Gloria.

É todos en la comarca consideramos que permanecer impávidos no podíamos, y que reunirnos debíamos, y lo hicimos sin demora, venidos de todos lados, hasta de Llerena y Jerez. É comenzada la reunión viendo que la confusión se extendía entre frayles y abades a pesar de su fe en Jesús, tomé la palabra y manifesté que nos debíamos al Católico nuestro Rey, aquel que a moros había vencido y llevado la fe a toda Hispania, y que si nuestra vida demandaban esos trabajos felices devíamos entregarla. É los fieles me aclamaron, é los confusos abandonaron la confusión o al menos se callaron, y todos dijimos de nuestro compromiso con el Católico.

***

Federico Sánchez de la Reina

Advertí que la historia de fray Pedro tomaba un giro inesperado. Se arriesgó por los Reyes Católicos en tiempos difíciles, cuando los señores feudales, las temidas Órdenes de Caballería y sectores del clero no querían dejar paso a los nuevos tiempos. Y la sorpresiva muerte del rey en Madrigalejo en enero de 1516, debida al uso excesivo de cantárida –un afrodisíaco al que recurría en busca de un heredero varón–, desató la furia contra los fernandinos. De inmediato en Huéscar, Málaga y Sanlúcar estallaron levantamientos.

En Burgos hubo un verdadero ataque a la autoridad real, personificada por don Juan Rodríguez de Fonseca. Del alzamiento –que ocasionó graves destrozos– participaron nobles, clérigos, autoridades civiles, habitantes del Hospital del Rey y vecinos de la ciudad. Los asaltantes entraron en el Palacio Episcopal, hirieron al secretario Valenzuela y derribaron el pasadizo que comunicaba el Palacio con la Catedral. Finalmente, en abril de 1516, Fonseca fue cesado como gestor de la Corona para asuntos indianos, perdiendo la mayoría de su inmenso poder. Pero la historia recién comenzaba. Fray Pedro había actuado con fidelidad a sus convicciones en tiempos

difíciles. ¿Cuáles serían las consecuencias de semejante decisión?

Fray Bartolomé de las Casas[1], fraile dominico y cronista (42 años)

Es de creer que el Obispo de Burgos miraría los nuevos hechos con harto dolor de su ánima, considerando que le habían excluido del Consejo de Indias, donde tanto había mandado. Sin embargo, con más priesa que solicitud todos acudían como antes al Obispo Fonseca y al Secretario Conchillos. Aunque sin fructo alguno, porque como se dijo el Gran Canciller Jean le Sauvage les tenía suspendidos los oficios y la expedición de negocios, y no podían despachar lo que les pedían. No del todo confesaban el Obispo y su Secretario la falta de poder, sino que disimulaban y cumplían cuanto podían.

III
CONSPIRACIÓN EN LA CATEDRAL

¡Qué personajes surgían de aquellas hojas polvorientas! A cada vuelta de página irrumpían en escena Fernando de Aragón, su prima y esposa Isabel de Castilla, su mano derecha el poderosísimo Juan de Fonseca, fray Bartolomé de las Casas y sus indios… Continué la lectura, fascinado.

***

Catedral de Santa María, Burgos, finales de 1518

Fray Pedro

Más de dos años pasaron desde aquellos sucesos que relatara. El Obispo otorgóme una parroquia en Argamasilla de Alba, é mis días eran bien provistos de trabajos varios, bautizos de infantes, sacramentos de moribundos, era buen pastor de ánimas, e asimismo de ganados e ovejas, por lo cual mis días terminaba cansado de más, pero feliz de servir de este modo al Señor.

Todo ello acontecía cuando un domingo Día de Alabanza una carta recibí en mi parroquia, provista de los sagrados lacres de la Ecclesia, dirigida a susodicho e firmada por el Secretario de su Eminencia Sacratíssima el Obispo Fonseca, la cual me impartía precisas instrucciones de viajar a Burgos Caput Castellae en brevísimo tiempo é sin demora, asuntos de la mayor importancia me requerían.

Salir de mi asombro no podía, pero me dispuse a viajar pues las instrucciones eran precisas é desobedecerlas no debía. Recorrí el luengo camino y al final arrivé a Burgos, donde me alojé en la Cartuja de Miraflores, según lo indicado.

Temprano al alva del día siguiente, al sonar las campanas de la Cartuja

señalando la hora Prima, eché pie a tierra presuroso, é luego de agenciarme en la cocina de la Cartuja una tisana bien cargada é caliente como para despellejar aves, hube de partir con paso rápido pues una legua me separaba de la Catedral, lugar fijado del encuentro, al que llegar tarde mal visto sería.



Seguí el camino que los cartujos me indicaron, sin dejar de admirarme por tan rica é hermosa ciudad, é sus casas con balcones de piedra, é sus Iglesias e monasterios é campanarios, todas obras que mostraban el temor de Dios que guardaba esta ciudad, hasta desembocar en la Plaza del Rey San Fernando e poder contemplar en todo su porte la Catedral. É hube de detenerme é persignarme é necesidad tuve de alabar al Señor, tal era mi admiración por edificación como nunca antes había contemplado hecha por hombres. É de inmediato pensé cómo sería el tal Fonseca, dueño é señor de tanto esplendor e poderío.

La Plaza estaba desierta a hora tan temprana, é sin embargo mi perspicacia no estaba tan adormecida como para no reparar, entre las sombras que cedían paso a la luz de un nuevo día, aquí é allá, de a uno e sin formar multitud, otros hombres que atravesaban la dicha Plaza, igual de presurosos que susodicho. É también observar entre ellos varios con ropas nobles y de linaje, aunque algún que otro frayle había con ropas tan humildes por no decir menesterosas como las de susodicho.

Atravesada la Plaza del Santo Fernando, é protegido por las sombras de los palacios que la rodean, remonté con cautela las escalinatas de la Subida al Azogue, en busca de la calle de la Coronería. É sin ser susodicho

hombre de letras, igual admiróse al ver la emprenta del insigne Fadrique, el de Basilea, de donde ha poco naciera La Celestina. Fasta que al final hube de enfrentar la Puerta de la Pellejería, é me dispuse a sortear la sombra de gárgolas que semejavan bestias del demonio huyendo de la Santa Iglesia, é ingresar a la Catedral, tal qual me fuera ordenado.

***

Federico Sánchez de la Reina

Casi pude vislumbrar a los conjurados mientras atravesaban la plaza, envueltos en las brumas matinales, e ingresaban por la Puerta de la Pellejería. Es fácil adivinar por qué esta puerta de la Catedral fue la elegida: la imponente portada, que semeja un retablo plateresco, está coronada por una imagen del propio obispo Fonseca, postrado ante la Virgen, a la que rodean tres ángeles músicos. El mensaje era por demás claro.

Según el relato, el primero en arribar, vestido con finas prendas de hechura flamenca y amplia capa, luciendo una profusa barba entrecana, fue Cristóbal de Haro. Proveniente de una familia de artesanos convertidos en hombres de negocios, don Cristóbal poseía una enorme fortuna, que le permitió establecerse en el Reino de Portugal, ser beneficiario de diversas capitulaciones, fletar carabelas a variados confines del mundo e incluso apoyar al rey don Fernando en la malograda expedición de Solís. Era uno de aquellos hombres que, para distinguirlos de la nobleza y del pueblo, se los llamaba *ciudadanos*. Don Cristóbal conoció en Lisboa al marino portugués Magalhães –Magallanes–, quien le confió su proyecto de navegar hacia el oeste y recorrer las costas de América hasta encontrar un pasaje (cuya ubicación aseguraba conocer), a través del que llegarían al Maluco, míticas islas que se decía eran ricas en especiería. Desencantado del escaso apoyo del rey don Manuel de Portugal, Magallanes presentó sus ideas al recientemente proclamado rey don Carlos I, sucesor de don Fernando.

Instantes después, un vasco fornido de estatura mediana, cabello y barba oscuros y enrulados, vestimenta de marino y sombrero de ala

con un ornamento en su parte superior, ingresó a la Catedral con movimientos ágiles, aunque un tanto toscos. Era Juan Sebastián Elcano, natural de Getaria, en Gipuzkoa, marinero desde siempre –en barcos pesqueros, comerciales o militares–, quien con sus 42 años poseía una vasta experiencia en la vida del mar. Hijo de armadores y notarios, tenía fama de enérgico y audaz.

Otros conjurados acudieron a la cita. Las descripciones de don Pedro, aunque son poco precisas, nos permiten deducir la presencia de al menos cinco personajes: Diego de Covarrubias, Gonzalo Gómez de Espinosa, Gaspar de Quesada, Luis de Mendoza y Antonio de Coca.

En el momento preciso en que las campanadas señalaban la hora del encuentro, un hombre ingresó a la Catedral con paso decidido. Era el último de los convocados. Vestía por completo de negro –incluyendo el sombrero y una larga capa–, con la excepción de una fina camisa de seda blanca. Alto, elegante, lucía barba y cabello prolijamente recortados. Algo lo distinguía de los demás.

Que al último un caballero arribóse, todo de negro, el cual de inmediato mi atención atrajo, é la de los otros presentes, é por sus maneras se veía que era hombre de Corte, é Real, é siacaso también de gobierno.

Imaginé ese puñado de hombres aguardando en la penumbra, apenas iluminados por un candil en las sombras de la gran Catedral, silenciosos, conscientes de que han sido convocados a su gran hora y, sin embargo, temerosos de un porvenir incierto.

***

Fray Pedro

Estávamos todos reunidos en sigilo, al pie de la Escalera Dorada é al lado de la Capilla de Santo Nicolás, tal cual nos había sido indicado. Entonces abrióse en lo alto de la magnífica escalera la Puerta de Coronería, é un divino pontífice ataviado con largas togas y regio capelo aparecióse de súbito, imponente é erguido, con rostro firme é voluntarioso, el cual descendió lento y con pompa, é al llegar extendió su mano y todos besamos el sacro anillo, por la Gloria de Dios.



***

Federico Sánchez de la Reina

Fray Pedro no nos brinda demasiados detalles de la conversación. Sin embargo, gracias a su relato y a documentos que guardan relación con el hecho, pude reconstruir ciertos pasajes. Los conjurados se congregaron en la Capilla de San Nicolás, la más antigua de la Catedral. Juan Fonseca, que por entonces ya había recuperado su autoridad en los asuntos indianos de la Corona, tuvo la voz cantante, de principio a fin.

–Los he convocado con gran sigilo, que os mando conservéis a cualquier precio, pues nos hallamos ante el mayor viaje de descubrimiento y rescate jamás intentado, igual y aún mayor que el del genovés Colombo, bajo órdenes del rey, y siguiendo los designios de sus majestades los Católicos –principió el obispo, con su voz grave y su decir ágil, sin demasiadas pausas ni énfasis–. Hemos de descubrir el pasaje al océano del Sur y la nueva ruta hacia la Especiería, para riqueza de nuestro Reyno.

Don Diego de Covarrubias fue el primero que se atrevió a hablar:

–Su Santa Excelencia, corren rumores de que el rey don Manuel está haciendo trabajos con el portugués Magallanes, para que vuelva a ser

su súbdito. Se dice que para ese innoble fin se ha aliado con los flamencos de la Corte, y que el mismísimo cardenal Adriano de Utretch los apoyaría…

La mención del poderoso cardenal, quien fuera instructor personal del rey don Carlos durante su infancia en Gantes, y que ahora era el inquisidor general de Castilla, debió haber producido un escalofrío entre los presentes.

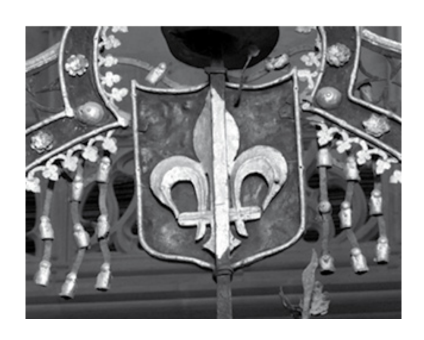
–Su Excelentísima Majestad don Carlos está convencido de las bondades del proyecto –interrumpió secamente Fonseca–, y de otra cosa no lo han de convencer.

Fue entonces que intervino don Cristóbal de Haro:

–Con su permiso, Eminencia. Conozco a don Fernando de Magallanes. Está desencantado del rey de Portugal, se ha comprometido con Castilla y es hombre de palabra. Incluso por estos días temor tiene de sufrir un atentado a manos portuguesas.

–Bien lo sé yo, don Cristóbal, que me vi obligado a disponer de mis criados para que por las noches lo protejan. Pero también sé que don Fernando posee una gran ambición, y que con ayuda de sus astrónomos, los hermanos Rui Faleiro, y de otros portugueses, pretende hacer de este viaje una empresa personal, y no una empresa del rey. Debe quedar claro: ¡no toleraremos que suceda lo mismo que con los Colombo!

Y nos habló de los aprestos de la dicha Armada de la Especiería, é de la participación de los hombres de Burgos en la tal industria. É que los marinos e hombres de armas presentes en la Catedral serían distribuidos en las naos de la dicha expedición, con estrategia para tener mayor poder. É asimismo al frente de la expedición e como par de don Fernando Magallanes, e Veedor de su Majestad Real, se dispondría a Joan de Cartagena, hombre de total confianza de todos nos, dijo, é del Rey, é fue la vez primera que tal nombre hube ovido. É entonces observé a mi siniestra, donde todos mirasen, que el hombre de negro asentía legeramente con la cabeza, é supe entonces que ese era el tal Cartagena.



Los Cartagena eran una familia poderosa, que había provisto a Castilla tanto de hombres de armas como de letras, en la que se entremezclaba el linaje católico más reciente con el origen judío de sus predecesores. Pedro, el bisabuelo de Juan, constituyó mayorazgo en 1440, y contó entre sus numerosos bienes el castillo de Olmillos de Sasamón y un palacio en Burgos. Su hermano, Alonso de Cartagena, fue obispo de Burgos y a él estaba dedicada la capilla de la Visitación, una de las más importantes de la Catedral. Su estatua yacente y la presencia del escudo de los Cartagena, una flor de lis plateada sobre fondo sinople azulado, así lo atestiguaban.

Juan, hijo de Alonso de Cartagena y Juana de Leiva, contino de la Casa Real, con una personalidad tan fuerte como enigmática, fue el elegido.

Luego todos se dispersaron, cada cual por donde había venido, perdiéndose en las brumas de la ciudad que amanecía.

IV
UN ENFRENTAMIENTO INEVITABLE

El testimonio de fray Pedro, que tanto había buscado por motivos sentimentales y familiares, era una ventana abierta a un mundo muchas veces imaginado. Sin embargo, el tiempo avanzaba más rápido que los folios que dejaba atrás. Me concentré en la siguiente parte del relato, sobre los aprestos de la Armada y los enfrentamientos que se produjeron no bien comenzar el viaje.

***

Sevilla, mediados de 1519

Fray Pedro

De inmediato desatóse grande actividad, e don Fonseca e los de la Catedral semejaban estar en todos lados, aviando las naves, aprestando los bastimentos, conseguiendo los maravedíes e ducados que hacían necesidad, sempre en nombre del Rey e de Dios Altísimo…

***

Federico Sánchez de la Reina

Y de los intereses burgaleses, debo agregar. Porque los norteños ganaron la pulseada gracias a la habilidad política y firme determinación de Juan de Fonseca.

No bien obtenida la aprobación del rey Carlos I para llevar adelante la empresa, Fonseca empezó los preparativos en Sevilla. Uno de sus hombres, Juan de Aranda, compró los cinco barcos que eran necesarios. También comenzó la contratación de tripulantes y la

compra de provisiones. Se pretendía que la flota partiera a mediados de 1519. Muy pronto los recursos de la Corona fueron insuficientes.

Obispo don Juan Rodríguez de Fonseca[2], eclesiástico y político, primer presidente del Consejo de Indias (68 años)

Además de los doze mil ducados que Vuestra Majestad últimamente mandó dar para esta Armada, son menester fasta veinte mil ducados más. Hacémoslo saber a Vuestra Majestad para que esté informado de todo y desde agora mande de donde se nos den, porque no se dilate más el negocio.

Maximiliano Transilvano[3], secretario del emperador Carlos I (29 años)

Cristóbal de Haro se ofreció a armar a su propia costa y de sus amigos (Diego de Covarrubias, los Valenzuela) las naos que para la Armada fuesen menester, diciendo al Emperador que no querían que Su Majestad gastase cosa alguna, más de concederles licencia para que pudiesen hacer la Armada con poderes reales.

Federico Sánchez de la Reina

Enseguida me di cuenta de que había mucho más en juego que intereses económicos. No era fácil comprenderlo en ese momento, pero la política de don Juan Fonseca contribuyó de manera decisiva a alumbrar uno de los primeros Estados modernos en la historia de la humanidad. Ya antes, durante sus largos años al servicio de los

Católicos, el obispo batalló por transformar los viajes de descubrimiento y rescate en empresas al servicio del Estado español –todavía naciente–, en vez de aventuras personales. Los viajes debían contribuir a la consolidación de la monarquía frente a los señores feudales.

Los Colón, con don Cristóbal a la cabeza, fueron sus grandes adversarios. Habiendo conseguido importantes beneficios de tipo señorial luego de su primer viaje a América en 1492, cuando don Juan Fonseca todavía no estaba al timón, vieron cómo el obispo recortaba estos poderes a partir del segundo viaje. Durante dos décadas, bajo la mirada vigilante y severa de Fonseca, ningún otro navegante consiguió beneficios similares.

La Capitulación que hizo don Carlos I en favor de Magallanes se produjo en marzo de 1518, cuando le quitaron temporalmente sus atribuciones, luego de la muerte de don Fernando. Contenía, por tanto, todas aquellas disposiciones "colombinas" contra las que don Juan tanto había luchado: se nombraba a Magallanes y Faleiro adelantados y gobernadores de las tierras que descubrieran, a perpetuidad, para ellos y un hijo de cada uno. Desde la óptica de Fonseca, esta Capitulación significaba un formidable retroceso. Entre la construcción de un Estado unificado, y una suerte de conjunto de señoríos vinculados a través de la mera figura del rey, mediaba un abismo insalvable.

Con Edwin tratamos durante años de desentrañar lo que se ocultaba tras los oscuros sucesos de la bahía de San Julián. Había en ellos algo demasiado trágico –incluso macabro–, como para que fuera una simple disputa entre capitanes, de las que eran frecuentes en alta mar.

El testimonio de fray Pedro arrojaba nueva luz sobre aquellos sucesos. Y todo encajaba a la perfección. Luego de la misteriosa reunión de la Catedral, los movimientos del obispo Fonseca fueron rápidos y sorprendentes: para abril del 19 todos sus hombres (Cartagena, Mendoza, Quesada, Espinosa, Elcano y Coca) habían quedado en posiciones clave en la Armada de la Especiería. Una semana después, el rey don Carlos impartió las extensas *Instrucciones a Magallanes*, que revelan un pensamiento moderno y donde se adivina la mano de don Juan: lejos de propiciar la conquista de las nuevas

tierras, se proponen cláusulas pacifistas para lograr *asiento de paz con el rey o señor de la tierra.*

***

Sevilla, comienzos de agosto de 1519

Fray Pedro

Mientras sin cesar trabajábamos en variadas industrias, para que la Armada se despachase presto, e hiciese vela cuanto antes, llegaron rumores que causaron grande asombro. Estábamos con mucha inquietud, hasta que al final la verdad conocimos, e era de esta guisa: que Su Alteza el Rey don Carlos había dispuesto que Rui Faleiro, el astrónomo portugo, en Tierra se quedaría; que el Cartagena de negro su lugar ocuparía, que por tanto el Cartagena conjunto del Capitán General Magallanes sería, e que a muchos portugos de las naos sacarían y en Tierra quedarían.

Fernando de Magallanes[4], capitán general de la Armada de la Especiería (39 años)

Por servir a su Alteza tengo por bien y me place quel dicho comendador Rui Faleiro se quede, e vaya en su lugar el señor Joan de Cartagena, así como su Alteza lo manda por su carta.

Sancho de Matienzo y Juan López de Recalde[5], tesorero y contador mayor de la Casa de la Contratación (51 y 45 años)

Asimismo el Rey ha escrito que ha sabido que en la Armada tienen muchos portugueses, y paresce que sería inconveniente esto. É manda que en la dicha Armada no vayan ningunos

hombres de mar portugueses, y en cuanto a los otros portugueses sobresalientes manda que no lleve más de cinco, é a los demás los despidan.

Fernando de Magallanes

Si mostráis donde ello está escrito en la Capitulación que me dio Su Alteza, lo guardaré. É que si otra cosa mandasen en contrario de la dicha Capitulación, no lo guardaré.

Federico Sánchez de la Reina

Al parecer, varios testigos de la época confirmaron que la disputa se tornó áspera y agresiva. Magallanes dijo *que haría en la Armada lo que quisiese sin darles cuenta*. Luego de lo cual intercambiaron insultos y *tantas malas palabras*.

Sancho de Matienzo y Juan López de Recalde

Requerimos y mandamos que no haya de llevar en la Armada más portugueses de cuatro o cinco, según lo que Su Alteza le ha mandado. Y que si así lo hiciere, hará lo que debe. Y no lo haciendo, si algún escándalo o daño aconteciere, que sea su culpa, y que le sea imputada, como a persona que no obedece los mandamientos Reales. É le requerimos que haga bajar las naos río abajo para hacerse a la vela lo antes posible, porque ello es lo que conviene al servicio de Dios y del Rey nuestro Señor.

Federico Sánchez de la Reina

De pronto, mientras leía, sentí que estaba formando parte de una de las aventuras más audaces –y trágicas– en la historia de la humanidad. Una semana después del enfrentamiento, el lunes 10 de agosto, una descarga de artillería anunció la partida del Puerto de Mulas, cerca de Triana, en Sevilla, navegando aguas abajo por el Guadalquivir. El capitán general don Fernando de Magallanes, de pie en el castillo de popa, pronunció la frase ritual: "¡Larguen en el nombre de Dios!".

***

Fray Pedro

Sentí tristeza e extraniamiento, padre, pero también alegría e orgullo cuando vi los vientos inflar las velas, e vi alejarse el poblao de San Lúcar el de la barra meda, e las cinco naos internarse en la Mar Océano. Sabíamos que íbamos a la Especiería por la gracia de Dios, e secretamente sabíamos que también por nuestro Rey, e por nuestro Obispo don Juan, e que juntos debíamos permanecer los de la Catedral, e impedir, con la vida de ser menester, cualquier daño e designio de los portugueses.

***

Federico Sánchez de la Reina

Del relato de fray Pedro surge una dramática realidad: la Armada se hizo a la mar con dos visiones contrapuestas y con dos bandos en sorda pugna.

Estaba compuesta por cinco naves: la *Trinidad* era la capitana (comandada por Magallanes), la *San Antonio* (la de mayor porte, en manos de Juan de Cartagena), la *Concepción*, la *Victoria* y la *Santiago* (capitaneadas por Gaspar de Quesada –secundado por Elcano–, Luis de Mendoza y Juan Serrao). Tres naves estaban en manos realistas. Dos respondían a don Fernando.

La tripulación constaba de 265 hombres y ninguna mujer. El día de la partida se revisaron las bodegas y escondrijos de los barcos, para

asegurarse de que nadie hubiera osado subir a bordo alguna *fulana*. Al menos 60 hombres ubicados en puestos clave eran del “grupo norteño” (sobre todo castellanos y vascos). El cuidado espiritual estaba a cargo de varios capellanes. Los principales eran Pedro de Balderrama, andaluz, y Bernardo Calmette, francés. Pero las crónicas informan que *iba en la escuadra otro clérigo agregado, llamado Pedro Sánchez de la Reyna.* ¿Agregado por quién? No es difícil adivinarlo.

***

Cercanías de las Islas Canarias, dos semanas después

Juanillo Ponce[6], paje de la nao *Victoria* (18 años)

Dejamos atrás las Canarias y navegamos siguiendo la costa de ese mundo extravagante al que llaman África. (…) *Día a día crecen a bordo de la flota el miedo y el descontento.*

El más inquieto era aquel Juan de Cartagena, primo y hermano de leche del todopoderoso Obispo de Burgos. No solo es el segundo en el mando sino, además, veedor de la Compañía de Indias. Exige a don Fernando que le entere de sus planes. Quiere saber por qué este largo rodeo costeando el África si hemos de navegar con rumbo oeste a través del Atlántico. Pero mi amo rechaza con cajas destempladas a sus enviados y continúa ocultando sus intenciones. Su actitud exaspera los ánimos, desde el comienzo adversos, de los capitanes castellanos.

Juan Sebastián de Elcano[7], marino, maestre de la *Concepción* (42 años)

La causa de la discordia entre Magallanes é Cartagena fue porque Joan de Cartagena iba por Veedor Real é conjunta

persona con Fernando de Magallanes por mandato y cédula de Su Majestad, y así Magallanes no debía decidir cosa sin el dicho Cartagena, y entrambos juntamente habían de proveer todas las cosas que fuesen necesarias. Y el dicho Magallanes le decía que él no lo entendía así.

Federico Sánchez de la Reina

Imaginé el desconcierto de los capitanes realistas. Por *Instrucciones* del Rey, Magallanes les debía explicar la ruta a seguir: *después de salidos del río de Sevilla, llamaréis a los Capitanes e heis de darles las cartas que tenéis hechas para hacer el dicho viage.* Por el contrario, se negó de plano y puso rumbo a Guinea por el cabo Blanco: lo que se conocía como “un derrotero a la portuguesa”.

¿Cuáles eran sus planes secretos?, se preguntarían.

***

Costa de Guinea, noviembre de 1519

Juan Sebastián de Elcano

El enfrentamiento fue en la costa de Guinea, por la prisión del maestre de la nao Victoria Antón Salomón, natural de Trápani en Sicilia, al que Magallanes acusó de sodomita.

Fray Pedro

Estava, al igual que todos los días, confesando los pecados de los hombres, lo que hazíamos cuando el sol de los trópicos comenzaba a ponerse, cuando llegóse a la nao un rumor terrible, é todos quedamos mudos é con temor. É al tiempo vimos aparecer al Cartagena, con mesma figura é dignidá de sempre, é sempre de negro, del que todos dezian que

estaba preso del capitán de Portugal, é que Dios me perdone, se me nublaron los entendimientos, é la ira hizo queste frayle aborreciera al tal Fernando, que de tal modo afrentara a tan digno caballero castellano é del Rey.

Y siendo este fecho mucho é malo, huve de saber que asimismo el Fernando havía enviado a la muerte al judío Antón Salomón, maestre de mi nao, acusado del pecado nefando, é que este frayle sabía la verdad, quera quel Antón se le había insolentado al Fernando, é que por ello el Fernando había hecho provecho de rumores que el Antón era puto, lo que nunca comprovar se pudo, sino que también muchos le recelaban porque era judío, lo que no importa, porque todos éramos marinos é subditos del Rey, que eso es lo que importa. É que mal hazía el Fernando en recelar del Antón, porque entonces por ciertos devíamos tomar los rumores de que su esclavo Henrique, que dormía en la cámara del Fernando, uno en camastro é otro en suelo, le fazía de mujer e le dava placeres, é que por eso del Fernando nunca se separava, de noche.

***

Federico Sánchez de la Reina

Supe que el *pecado nefando* –es decir la sodomía, el sexo anal entre hombres– era considerado el más grave de todos, peor incluso que el asesinato y solo inferior a la traición al rey. Si era cierto, la pena de muerte era inevitable. Defender a Salomón era asumir un gran riesgo. Sin embargo, Juan de Cartagena lo hizo: “el maestre Salomón, por más de ser judío, es oficial de esta Armada y merece ser juzgado acorde a las reales leyes de Su Alteza”.

Juan Sebastián de Elcano

El mismo día Magallanes prendió a Joan de Cartagena, é lo privó de la capitanía é veeduría.

É después quísole echar desterrado en la costa de Brasil, y por ruego de los otros capitanes no lo echó entonces, é dióle á Gaspar

de Quesada para que lo tuviere preso. É de la nao de donde era capitán Joan de Cartagena, hizo capitán a Álvaro de Mezquita, su primo.

Río de Solís (Río de la Plata), enero de 1520

Antonio Pigafetta[8], también conocido como Antonio Lombardo, cronista de la Armada de la Especiería, natural de Vicenza (39 años)

Encontramos un gran río de agua dulce. Aquí es donde habitan los caníbales, es decir, los que comen carne humana. Antes se creía que esa agua era un canal por el cual se pasaba al Mar del Sur. Pero se vio bien pronto que no era sino un río que tiene diecisiete leguas en su desembocadura. Aquí fue donde Juan de Solís, que andaba como nosotros descubriendo nuevas tierras, fue comido con sesenta hombres de su tripulación por los caníbales, en quienes había confiado demasiado.

Francisco Albo[9], contramaestre de la *Trinidad*, natural de Rodas (40 años)

En derecho del cabo hay una montaña hecha como un sombrero, al cual le pusimos Monte Vidi, corruptamente llamada ahora Santo Vidio.

Federico Sánchez de la Reina

Luego de dedicar un mes a explorar sin éxito el Río de la Plata, a Magallanes no le quedó otra alternativa que seguir hacia el sur. Regresar no solo habría significado el fracaso de la expedición,

también le hubiera implicado, luego de lo sucedido con Cartagena, enfrentar una corte marcial, con trágicas consecuencias. Los navíos retomaron la marcha, manteniéndose próximos a la costa. Se internaban en territorios desconocidos, sobre los que no poseían referencia alguna.

Antonio Pigafetta

Dos meses después encontramos un buen puerto, al cual pusimos el nombre de San Julián. Y como ya se nos acercaba el invierno, juzgamos conveniente pasar ahí el mal tiempo.

Federico Sánchez de la Reina

Los testimonios dicen que el desánimo cundió en la tripulación. Los oficiales comprendieron que Magallanes no poseía mapas confiables. Que su negativa no se debía a un exceso de discreción, sino a falta de información. Habían sido engañados.

El frío y el viento castigaban cada día con mayor crudeza. El alimento escaseaba y las raciones disminuían. La incertidumbre sobre su destino caló hondo entre aquellos hombres, a lo que se sumó el resentimiento por las actitudes despóticas del capitán general hacia los realistas, en favor de su círculo de parientes y allegados.

El enfrentamiento se volvió inevitable.

V

EL GOLPE DE MAGALLANES

Los hechos culminantes de la bahía de San Julián surgieron del relato de fray Pedro al promediar la mañana. Había leído con extrema atención más de la mitad de los folios, y el pulso me latía cada vez más fuerte a medida que el final se acercaba.

Sabemos que el 1.º de abril, Domingo de Ramos, luego de oficiar misa en lo alto de una pequeña loma al oeste de la bahía, Magallanes invitó a los demás capitanes a almorzar a su nave, la *Trinidad*. Pero ninguno acudió a la cita…

Bahía de San Julián, madrugada del 2 de abril, 1520

Juan Sebastián de Elcano

Todos los capitanes españoles é su gente tenían miedo que Magallanes los tomaría presos por los muchos portugueses que había en la armada.

É por ello Juan de Cartagena y Gaspar de Quesada me requirieron esa noche, como maestre de la Concepción, que obedeciese los mandamientos del Rey, é les diese ayuda para que hiciesen cumplir las Instrucciones del Rey. Y yo dije que obedecía, y que estaba presto a facerle cumplir aquello al dicho Magallanes. É los dichos capitanes me dijeron a mí é a toda la otra gente de la Concepción, que con un batel querían ir a la nao San Antonio para prender a Álvaro de la Mezquita, é que luego requerirían sin revuelta alguna la derrota a Magallanes.

Francisco Albo

En el puerto que se dice de San Julián, los capitanes concertaron que querían facer una Suplicación, é en la noche se alzaron tres naos, diciendo que querían pedir al Magallanes, de parte de Su Majestad, que les donase la derrota por donde habrían de navegar.

Juan Sebastián de Elcano

Juan de Cartagena é Gaspar de Quesada, con treinta hombres é con mi favor, fueron en el batel a la nao San Antonio y prendieron a Álvaro de la Mezquita. É luego enviaron al escribano con el alguacil de la armada, a requerirle al dicho Magallanes que tomase consejo con sus oficiales para todo lo que había de hacer. Y el dicho Magallanes dijo que no quería obedescer a sus requerimientos, ni cumplir las instrucciones que Su Majestad mandaba.

Fray Pedro

Los capitanes del Rey havían enviado una Suplicación para que don Fernando diera la derrota, é si lo fazía bajo su mando seguirían, é si hasta ahora lo habían llamado de Merced, en adelante lo llamarían de Señoría, y le besarían manos y pies.

En eso estávamos, con grande inquietud, cuando vemos acercarse por estrebor una chalupa de la Trinidad, con siete hombres en su bordo, e comandados por el Alguacil Mayor Gómez de Espinosa. É vimos esto con tranquilidad é asimismo con contento, porque el tal Gómez de Espinosa era hombre de la Catedral. Se le apresentó a nuestro capitán Luis de Mendoza,

é le entregó carta de Su Excelencia el Capitán General. É Mendoza principió la lectura de aquesta carta, al comienzo precavido é rodeado de sus oficiales, mas luego despreocupado, a fin de cuentas el tal Gómez de Espinosa era hombre nuestro, é la carta de don Fernando parecía amigable, é buscaba conciliación é donar derrota de la Armada, é Luis Mendoza más todavía se descuidó. É a mí entonces sorprendióme que los dichos siete hombres se aparecían embozados con capas é ropas largas, mas nada dije é dello me arrepiento, que el Señor me perdone. Porque el tal Espinosa, viendo quel Mendoza leía carta de don Fernando con atención e hasta sonriyéndose, abalanzóse desúbito é desembozando un puñal le cortó el garguero, é sus compinches cosieron a nuestro capitán a puñaladas, dándolo muerto en el mismo instante, é de mientras aparescieron otros quince hombres comandados por el suegro de don Fernando, Duarte de Barbosa. É mi santa indignación ante tanta malicia no pude contener, querido padre Anselmo, é confieso que blasfemé, é mirando al Gómez de Espinosa le grité traidor.

Juan Sebastián de Elcano

Magallanes mandó prender a Luis de Mendoza. É ansí invió dicho capitán al alguacil Gómez de Espinosa con siete hombres para que lo prendiesen. É diciendo a Luis de Mendoza que se dé preso, el dicho Espinosa le dió de puñaladas é lo mató. É que por ello el dicho capitán Magallanes le dió doce ducados, é a los otros seis ducados a cada uno de la hacienda de Mendoza é de Quesada.

Lo sé porque me hallé presente é lo vide.

Fray Pedro

Señor padre confesor: cuando blasfemé al tal Espinosa, é lo traté de traidor delante de sus compinches, supe que mis días en la tierra estaban contados.

Mas en este instante final deseo decir:

Que nunca tuve duda de qué lado devía estar. Que entre servir a Dios Nuestro Señor é al Rey, é servir a un estrangero que solamente buscava su gloria, cometiendo todo el tiempo pecado de soberbia, fize lo que debía. Que cuando blasfemé al tal Espinosa dije verdad, porque la dicha persona abandonó a Dios é al Rey por doce ducados que le entregóse don Fernando, que todo fue visto por el capitán Elcano, quien lo declaró a su regreso en Valladolid. É esto es cosa de traidor, que Dios me perdone.

***

Federico Sánchez de la Reina

El golpe de Fernando de Magallanes fue demoledor.

Cartagena, Quesada, Elcano y Mendoza no estaban preparados para un sangriento enfrentamiento con el capitán general. Sus pretensiones nunca fueron más allá de *suplicar* el cumplimiento de las *Instrucciones* del rey. Unas horas más tarde la *Concepción* y la *San Antonio* se rindieron, y don Fernando retomó el control de la situación.

Ginés de Mafra[10], jerezano, piloto de la *Trinidad* (27 años)

Magallanes mandó hacer justicia. Gaspar de Quesada fue decapitado y su cuerpo hecho cuartos. Luis de Mendoza, aunque estaba muerto, también fue hecho cuartos. Colocaron sus cabezas en picas y enterraron los trozos de sus cuerpos en lugares diversos, para mayor dificultad de ser encontrados el día del Juicio Final. A un clérigo mandó desterrar en una isla, porque quiso hacerle sufrir más pena viviendo en esa tierra despoblada y fría.

Luego Magallanes mandó ahorcar a cuarenta hombres de los más honrados y amigos de los capitanes muertos. Entre ellos a Elcano, que después tuvo el mismo cargo que Magallanes. Esta crueldad no consintió la demás gente de la armada, yéndosele la

mano al Magallanes, el cual no pudiendo salir con su intención, mudó consejo y conmutó la pena en otra menor.

Antonio Pigafetta

A Juan de Cartagena, el Capitán General no osó quitarle la vida porque había sido creado capitán por el Emperador en persona. Lo arrojó de la escuadra y lo abandonó en tierra de patagones, con cierto sacerdote, Pedro Sánchez de la Reyna, su cómplice.

Juan Sebastián de Elcano

Mientras fue vivo Magallanes, no osé escribir cosa alguna en mi Diario.

Recién después que fui elegido por Capitán lo que pasó tengo escrito.

Bahía de San Julián, cuatro meses después

Fray Pedro

No sabíamos quándo Magallanes iba a mandar largar velas, pues los fríos continuaban, mas suponíamos que mucho no debía faltar. É mientras tanto, a pesar quel Cartagena de negro no tenía permitido con otros hablar, é que si por don Fernando fuese, recluido sempre hubiera estado, debo deciros padre confesor, que susodicho ofició de mensajero entre el Cartagena de negro é otros officiales fieles al Rey, que todavía los havía, aunque poseídos de grande temor. Mas con sigilo é estrategia, é por ser frayle é por ello mas respetado, pude platicar diálogos, principalmente con

los de la nao San Antonio, adonde muchos fieles había. É todos prometieron que si la oportunidad se apresentaba desertarían de don Fernando é tornarían a Sevilla, y en camino al Veedor Real Cartagena é a nos salvarían.

Juan de Cartagena pasó las horas finales antes de la partida de la Armada sentado en unas rocas, mirando la mar océano, con aparente calma, é mucha dignidá. Mas yo sé que no era el mesmo, sus finas ropas negras estaban rasgadas é su camisa blanca manchada, é padecía de gran flacura. Más pienso yo que más rasgada estaría su alma, viendo a sus hombres que fasta ayer fidelidad le juraron, é que agora apenas si lo saludaban, é algunos, porque otros al pasar a su diestra bajaban cabeza, de vergüenza é de miedo, sin siquiera prestar saludo.

Hasta que finalmente partieron, é las naos se vieron cada vez más lejos en el horizonte, e asimismo los blancos velámenes, hasta que desaparecieron, é quedamos solos.

VI
EL CALVARIO

Todo aquello que con Edwin durante años ansiamos saber ahora estaba allí, al alcance de mis ojos y de mi memoria que, gracias a Dios, registraba todo con precisión milimétrica. Por otra parte, mi cuerpo –tullido de tantas horas de estar inmóvil y en absoluta concentración– clamaba por estirar las piernas y beber un buen café. Pero era imposible: la hora sexta se acercaba, inmisericorde.

***

Lugares en la bahía de San Julián, quizá isla Cormoranes y cercanías de cabo Curioso, finales de 1520

Fray Pedro

Los días primeros transcurrieron lentos e interminables, é cuando el bullicio de los marinos desparecióse con la partida de los bajeles, la soledad de las almas fue grande, a pesar de la compañía del Señor, é sobre todo el silencio. É el viento que aullaba, como aullido de lobos, tanto que dime a pensar que soledad é viento eran cosas del demonio, para debilitarnos é llevarnos al pecado, é dejar de rogar a Dios é principiar a invocar al Bajísimo.

***

Federico Sánchez de la Reina

Durante la invernada en la bahía, Magallanes ordenó a la tripulación realizar unas construcciones con maderas, lonas y piedras, para instalar una fragua y un depósito. Por el relato de fray Pedro, parece

ser que allí se guarecieron los condenados, junto con sus escasas pertenencias, más las exiguas botellas de vino y talegas de *vizcocho* que les dejara el capitán general, para aliviar su conciencia.

Pero estas construcciones estaban situadas en un pequeño islote pedregoso que se interna en la bahía, muy expuesto al cruel clima de la región. Por eso, alrededor de un mes después, Cartagena y Sánchez aprovecharon las bajamares y se trasladaron al oeste de la bahía, donde las formaciones rocosas ofrecen mayor protección.

***

Fray Pedro

Yendo hacia el Hueste de la dicha bahía encontramos numerosos cerros é altozanos, é bajo los mismos muchas cuevas, é tras mucho buscar descobrimos una que nos satizfició, é con maderos que havían restado de la Armada é cueros de guanacos de las chozas improvisamos unas protecciones del viento é lluvia, aunque esta era muy rara, é para ello susodicho muchos viages realizó, porque el Cartagena de negro principiaba a estar débil, é ayudó, mas poco, é al final quedamos instalados, é bastante bien, dentre nuestra pobreza é tristeza de tanta soledá…

***



Federico Sánchez de la Reina

Un escalofrío me sacudió.

Yo había estado allí. O al menos me lo suponía: la breve descripción del fraile sugería las cercanías de cabo Curioso. Un sitio de cavernas protegido de los vientos, con buena vista de punta Desengaño y la entrada de la bahía, dotado de arbustos para leña y estanques de agua fresca. Me imagino que dentro de tanta penuria, esto debe haber sido un alivio.

***

Fray Pedro

No sufríamos de carencia de aguas dulces, pues si bien poco llovía, varios rríos llegaban a la bahía, é con toneles que restaron de la Armada susodicho traía la dicha agua, pues el Cartagena estaba día por día más débil. Mas sí digo que sufríamos é padecíamos de hambre, que por más que racionamos el vino é el vizcocho que nos dejaron, a los primeros días de octubre poco é nada quedaba, é conchas alargadas muchas havía pero no todas comestibles, é algún pez é algún pájaro cazábamos é cocinábamos,

pero muy pocos é pequeños, que implementos de caza no poseíamos, pues por maldad é perversidad don Fernando nada permitió a nos dar, é veía que mi señor el Cartagena de negro más se consumía.

En eso estábamos, venía de repostar agua é platicava con el Cartagena, cuando de repente aparecióse un indiano de los grandes, de los quel Pigafetta llamó de Patagones, é con él luego otros dos, uno hombre é otra mujer, é de inmediato temor tuvimos de un ataque, porque don Fernando muy malo había sido con ellos, é dos había cazado mediante engaños, é luego en las naos se los havía llevado engrillados, é otros dos había matado, é los indianos uno de la Armada habían asimismo matado. E también para satisfacer la tripulación a las mujeres havía perseguido por las dunas, mas sin suerte, pues estas habían escapado a grandes zancadas. É la venganza de los patagones esperábamos, cuando para sorpresa de nos vimos questos venían en espíritu de paz, é señas fazían como si nada hubiere pasado, mas nosotros nada para ofrecerles teníamos.



Entonces a mi señor el Cartagena ocurriósele entregar a los indianos las chozas del islote, que ninguna utilidad nos fazían. É después de muchos gestos é mímicas, de nos é de ellos, al final los indianos entender lograron, é con contento. É no tuve otro remedio que conducir a los indianos Patagones fasta las casas del islote, que un poco derruídas estaban, é yo estaba temeroso que todo fuera estrategia para ponerme preso é matarme, mas nada aconteció. Al tiempo estos tres indianos é otros cuatro más, dos hembras é dos machos, instalábanse con grande jolgorio en las chozas, é susodicho volvió con el Cartagena, é anocheció é frío padecimos como siempre. Mas al amanecer apareciéronse dos hombres indianos con pieles é abundante carne del animal guanaco, que tiene cabeza de mula, cuerpo de camello, piernas de ciervo é cola de caballo. Todo en señal de contento é

amistá.

***

Federico Sánchez de la Reina

El relato de fray Pedro confirmó lo que algunos investigadores afirmaban: que no existe ningún elemento en la tradición oral, ni en los registros gráficos de los aonek'enk o de los patagones –pobladores originarios de la región–, que permita suponer que atacaron a los condenados. Más aún, al día de hoy, entre ellos se encuentra extendida la convicción de que nunca podrían haber hecho daño a dos hombres indefensos. Hubiera sido una acción inaceptable para sus dioses ("nuestra raza no atacó jamás a un enemigo enfermo o desarmado", han dicho siempre).

***

Fray Pedro

Al fin podería recuperar al Cartagena, é protegerlo mejor con pieles, é alimentarlo con la buena carne de guanaco que los indianos trazeran, é que cociné al fuego, é así esperar a que la nao San Antonio retornase é los hombres fueran fieles al Rey é a nosotros tornaran a Sevilla.

Sin embargo, los días pasavan, é a pesar de todos mis trabajos é industrias el Cartagena de negro más se debilitaba. É promediaba el mes de octubre é principió a negarse a comer la carne de guanaco, é solo el agua bebía é poca, é yo carecía de toda medicina. Entonces decidime é le pratiqué el vómito, empleando flecha en el garguero, como los patagones, é prodújose el vómito, é me paresció que algo malo de las entrañas había lanzado el tal Cartagena, é estuve contento, é agua bebió é bastante, é al día siguiente le fize comer vizcocho, uno de los pocos que quedavan y que le guardava para el dicho capitán, é ambos estábamos más animados, é yo le dezía que la San Antonio aparescería el día de Todos los Santos, é que faltaba poco, é que debía de resistir, é todo parescía estar en mejora.

Mas a la noche siguiente vide que se agitaba en temblores é que la calentura lo havía conquistado, é que todo su cuerpo se sacudía con

estremecimiento, é me persigné é recé a Dios nuestro Señor, é me procuré de paños que mojé en agua é puse en la frente del dicho Cartagena, é lo abrigué cuanto pude.

É al amanecer vide que reposaba más tranquilo é sin escalofríos, é cuando abrió los ojos me miró largo con grande tristeza, mas sin quejarse ni protestar. É luego de beber un sorbo de agua me demandó papel é pluma, que yo algo había escondido de los hombres de don Fernando, é comenzó mucho despacio a escribir una carta.

Le miré con extrañeza. Una carta para mi hija Catalina, dijóme. Me apresuré a decirle: que le entregaréis vos mismo. Me miró con tristeza é sonrió. É le dije otra vez que presentimiento tenía quel Día de Todos los Santos aparescería la San Antonio. Seguió escreviendo, con mucha lentitud, con la mirada serena como si viera su tierra de Burgos, é a su propia infanta Catalina.

É amaneció el día de Todos los Santos, é el tal Cartagena esperaba sereno pero ansioso, porque susodicho le havía anunciado que ese día aparescería la San Antonio é regresaríamos a casa. É a pesar de tener temblores é agitaciones, é no poder comer, había tenido fe eneste clérigo, por ser siervo del Señor é que se suponía podería saber lo que havría de acontescer. Por ello desde muy temprano mirábamos el horizonte, é nada acontecía, é transcurrióse el mediodía é los velámenes de las barcas no avistávamos, é finalmente el sol principió a ponerse.

É el dicho Cartagena de negro me miró a los ojos fijamente é me pidió que le diera palabra que su carta de mano a su hija entregaría. Que si hoy la San Antonio no ha aparescido, lo hará mañana, mi señor, le dije para alegrarlo.

Mas el Cartagena de negro, mi noble señor é Veedor Real de la Armada, ya no tornó a hablar.

Sí, lo juro, mi señor. Se la entregaré de mano a la infanta Catalina.

Guardé la carta é recé por su ánima. Busqué el mejor sitio para poner a descansar su cuerpo, é lo protegí con un túmulo de piedra de las aves de carroña.

Cuando al final hube terminado, luego de dar cristiana sepultura a tan noble caballero, que sempre fuera fiel a Dios é a su Rey, me senté a reposar sobre unas rocas é entonces descubrime con las ropas empapadas en sudor, é el rostro mojado de llanto.

***

Tan solo tres días después encontrávame recorriendo las playas é roquedales, buscando moluscos del mar é leña, mis pensamientos lejos en mi tierra é mi ánima mucho alicaída por lo acontecido a don Juan, é porque comenzaba a perder la esperanza en que algún día aparesciese la San Antonio para tornarme a Hispania, cuando parecióme ver a lo más lejos unos velámenes, é pensé que estaba delirando, é me estaba volviendo loco, é que devía ser aparición del demonio. Pero otro buen rato pasó, é paresció que el velamen estaba más cerca, é que no podía ser cierto, é que sí lo era, é entonces confieso que la desesperación apoderóse de mí. É que pudiera la nao seguir de largo, é que pareciera que tornava, é que penetrava la bahía, é que lanzaba una salva, é que yo prendía fuego toda leña que tenía para hacer humo, é que no me veían, é que tal vez se alejaban, é que de repente enfilaron hacia donde susodicho estaba con su hoguera, é que se acercaban, é que era la San Antonio, é que hicieron seña con bandera, é arrojaron ancla, é bajaron un batel, é ocho hombres remaban hacia la playa, é susodicho creerlo no podía, é al agua helada me adentré, é daba gracias a Dios Nuestro Señor, é a todos los Santos, é finalmente un marinero del batel al agua se arrojó soga en mano, é lo aseguró a la orilla, é lo abrazé alborozado y con infinito gozo, é él se sonrió, é los demás daban vivas al Rey é todos festejábamos…

***

Federico Sánchez de la Reina

Según pude ver en los documentos del viaje, la tripulación de la *San Antonio* aprovechó un aparente desencuentro con la nave capitana, luego de doblar el cabo de las Once Mil Vírgenes y adentrarse en el estrecho en busca del pasaje al océano del Sur, para rebelarse y tomar control de la nave, apresando al entonces capitán Álvaro de Mezquita. Los insurrectos –comandados por el piloto Esteban Gómez y el escribano Gerónimo Guerra– pusieron proa a Sevilla, con gran

contento de la tripulación.

***

Fray Pedro

Hubo grande desánimo cuando los oficiales é marinos se enteraron de la muerte del noble Cartagena de negro, é mas desalentáronse los hombres de Burgos é del norte, que eran casi todos é no tuvieron consuelo, por más que susodicho les aseguró que había recibido los Sacramentos del Señor, é que muerto era con gran dignidá é paz.

É por ello el capitán Esteban Gómez me fizo recluir, mas pacíficamente e sin prisión, porque no quería que en la nao se hablaran más historias, que ya demasiados problemas tendrían al arrivar a Puerto por haber desafiado al don Fernando. É que de saberse que habían retornado a San Julián, ello prueba sería de confabulación, é que aun siendo el Cartagena hombre del Rey, igual la intriga en alta mar es mal vista en la Corte, por lo que me puso condición que al avistar tierra firme é penetrar el rrío de Sevilla, que a tierra allí mesmo debía saltar, é que nada más de mi se sabería. É que los oficiales juramentados estaban a negar el regreso a San Julián, como si nunca hobiera sucedido, é que si los marineros é grumetes otra cosa dezían nadie les creería, é susodicho comprometióse con los tales Esteban Gómez e Gerónimo Guerra, que de palabra habían sido con el Cartagena de negro, é que la vida de susodicho habían salvado, a desaparecer para siempre, é vivir vida apacible, que otra cosa no quería después de todo lo que vide é sufrí en ese viaje espantoso…

***

Federico Sánchez de la Reina

Y fray Pedro cumplió su palabra; al ingresar la nave al Guadalquivir contorneando San Lúcar de Barrameda, protegido por la oscuridad de un ya cálido amanecer de primavera, se arrojó a las aguas en un sitio de escasa profundidad. Con unas pocas brazadas alcanzó la costa, se internó en tierras andaluzas y desapareció para siempre.

VII
LA CONFESIÓN

A medida que me internaba en los últimos folios del manuscrito, me ganaba cierta desazón. El impresionante testimonio de fray Pedro era un invalorable aporte a la verdad histórica. Pero aún no había encontrado respuesta a lo que verdaderamente quería saber, algo irrelevante para el mundo, sí, pero importante para mí. De todos modos, albergaba una secreta esperanza: sabía que el *Ars moriendi* exigía, del alma convocada por el Señor, una confesión final. Y el momento de leerla había llegado.

***

Fray Pedro

No osé regresar a Argamasilla del Alba a reclamar mi parroquia, é ni siquiera tuve ánimo para volver a mi puebla de Cabeza la Vaca, la de las fuentes de aguas que bajan de la Morena, por cumplir la palabra empeñada, é también por estar en grande confusión é aflicción, después de todo lo que hube vivido.

É anduve unos tiempos como perdido, desempeñando menesteres é oficios para sobrevivir, mientras el frío invierno de la sierra principiaba a hacerse sentir. É carente como estaba de abrigo é de buen lecho, é ocasiones hasta falto de pitanza, el demonio comenzó a hacer sus trabajos, principiando por recordarme los primores conque la ama de llaves de la parroquia de Argamasilla, la María Pura, se ocupaba de susodicho, que nunca faltaba a mi mesa buen condumio, é que no carecía en mi cámara de ropas limpias, fasta que no pude más, é la tentación adueñóse de mi ánima, é me decidí a marchar a aquellos parajes, empujado por los fríos que bajaban de la Sierra.

No sin padecimientos pude allegarme a Manzanares, que era donde se

avecinaba la Purita, quien cuando vióme no podía creer lo que veían sus ojos, é estuvo de gran alborozo, é viendo mi flacura é mis ropas é mi cochambre, desúbito ocupóse de mi ser, agencióme aguas calientes e algo de ropa limpia, e buena pitanza que saborié complacido. Pero no me entienda mal, padre confesor, cuando marché para lo de la María Pura solamente procurava donde cobijarme e alimentarme, nada más señor padre Anselmo. Mas aconteció que a eso de unos diez días de estar en el dicho paraje, una noche de frío atroz que me recordaba las sufridas en San Julián, estando fecho un ovillo en mi lecho sin poder conciliar el sueño, escuché que la puerta de mi pieza se abría con sigilo, é era la María Pura, que otra no la había en la morada, é con disimulo ganóse en mi lecho la Purita, é tal parece que no lo era tanto, porque con grandes destrezas fizo que el corazón de susodicho latiera como caballo desbocado, é que la verga se alzase contra mi voluntad, é finalmente me flaqueron las fuerzas é me entregué, lo confieso, padre, me entregué a las tentaciones.

Tres meses viví en el pecado, señor padre confesor. Por las noches Satanás me tentava é susodicho sucumbía é se entregava a los placeres carnales, que la María Pura de esto mucho sabía, aunque la culpa es toda mía, señor padre, aun si la María hubiere estado poseída por Luzbel. Hasta que un día, Loado sea el Señor, el Todopoderoso se acordó de mi alma que andava errante é descarriada, aunque devo confesar que igualmente andava con gozo é sin demasiado sacrificio, é la convocó a la senda del bien para servirlo, como fazía de antaño, é de un día para el otro, con grande tristeza de la Purita, é mía también, junté mis pocos bártulos é me marché hacia Guadalupe para unirme a los jerónimos en el Monasterio de la puebla. É me recibieron como a un hermano pródigo que regresava a casa, é me fizieron lugar en la santa congregación que era la mía.

É también devo confesar, señor padre, que al tiempo aparesció la María Pura por Guadalupe con un crío en brazos, é sin más trámite díjóme que era mío, é puede que fuere verdad porque en algo se me parescía, mas nada solicitóme aparte que le donara el nombre de Sánchez de la Reyna, que a ella le parescía tan noble e importante, lo que fize con orgullo mas con temor por las secuelas que tal acto pudiere tener, que a la postre no las hubo. É que ella le había donado por nombre Francisco, que si me parecía bien, é susodicho díjóle que sí, que mucho bien, que era nombre bien majo, é confieso que me sentí feliz de contento, é olvidé que el vástago había

nacido en el pecado, aunque agora la María lo había bautizado, é era una tan bonita criatura.

***

Federico Sánchez de la Reina

Respiré hondo. Me sacudí por dentro. Casi temblaba.

Tal vez aquella suerte de leyenda familiar era algo más que una broma, transmitida a través de generaciones, ¡vaya uno a saberlo! Francisco también fue el nombre de mi querido padre, aunque es verdad que nació nada menos que cuatrocientos años después que el hijo de fray Pedro. ¿Sería tan solo una casualidad? Algún día lo averiguaré, pensé.

Volví a mirar mi reloj, inquieto. En cualquier momento sonarían las campanas del convento y mi tiempo habría terminado. Me sumergí en los tres últimos folios del añejo manuscrito.

***

Fray Pedro

Transcurrido cierto tiempo, estando susodicho más reposado, é de nuevo fiel al Señor, sentí quera tiempo de cumplir la palabra jurada, é buscar la Catalina, la hija del Cartagena de negro, para fazerle entrega de la carta que aquel me diese en su lecho final. É luego de algunos aprestos é del permiso del Prior para ausentarme unos días, partí por el camino de Burgos, que allí era donde la tal Catalina se aposentaba, que luego que su padre jamás regresara é de él nada se supiera, fuese protegida por las monjas de la Santa Orden del Císter en el Monasterio de las Huelgas, por orden superior del Obispo don Juan Fonseca.

Me encontraba en una Santa Misa, con disimulo é procurando pasar desapercibido porque problemas no quería agenciarme, cuando un feligrés que a mi lado se encontrava anoticióme que se rumoriaba en las fondas e tabernas que por esos días la Armada de la Especiería havía regresado a Las Muelas, pero que solo una nao la Victoria había arrivado. Dí tal brinco

en el banco de la Santa Iglesia de Lesmes é levanté de tal modo é sin miramiento la voz, demandando al parroquiano todo lo que supiese de tal acontecimiento, que los monaguillos por instrucción del cura auxiliar me llamaron a silencio. Pero siendo tanta la emoción que esperimentava seguí interrogando al pobre feligrés sin detenimiento, fasta que el cura auxiliar se apersonó en persona é me amenazó con hacerme expulsar del sacro recinto, si no me llamaba a sosiego.

Sin embargo mi buen vecino, poseído del noble espíritu samaritano de aquel de la Biblia, el de Samaria, compadecióse del estado de mi ánima, é alcanzó a susurrarme, en un tiempo que las cantigas y el órgano provocavan gran estruendo, quel capitán fue Joan Sebastián De Elcano, el vasco grandote y valiente, fiel a don Juan y a las gentes de la Catedral, é mi corazón, sacratísimo padre, estalló en júbilo inmenso, é yo no deseo mal a nadie como enseñó el Señor, pero se havía fecho justicia, oh mi Dios, se había fecho justicia, e mi señor el Cartagena de negro de algún lugar del cielo seguro lo contemplaba, é me sentí feliz por él, por los padecimientos é muerte horrible que le había infligido el portugués, por serle fiel a su Rey.

É al otro día el rumor transformóse en gritos en las calles, é festejos, é grande confusión, mas yo savía é mi corazón celebraba quel primero cristiano en llegar a Especiería é volver, é dar la vuelta al mundo todo, porque así fue la cosa, según se pudo saber, había sido el Elcano, un hombre de la Catedral é de Burgos, fiel a don Juan, para mejor servir al Rey, ¡para Gloria é Alabanza de Dios, lo habíamos logrado!

***

Federico Sánchez de la Reina

Imaginé la alegría desbordante de aquel hombre simple, de improviso convocado a atravesar los océanos aferrado a su cruz y a la misión de servir a su rey. Fue abandonado a su suerte en una helada playa pedregosa de la remota Patagonia. Pero regresó, poco menos que del más allá. Y pudo ver que sus sacrificios –y los de su compañero de desventuras, Juan de Cartagena– no resultaron en vano. El Señor recorre caminos misteriosos, habrá pensado.

***

Fray Pedro

Tres días después, con la ciudad de Burgos más calma luego de tamaña sorpresa, susodicho fuese autorizado a concurrir a Las Huelgas é reunirse con la Abadesa Perpetua, la Ilustrísima Señora Doña Teresa de Ayala, a quien relaté lo acontecido confiando en su santa discreción. É la Abadesa autorizó a la tal Catalina a hablar a solas con este fraile, para lo cual mis hábitos bien que facilitaron la cosa, a pesar de Catalina no ser monja blanca fiel a la regla del Císter, sino aposentada por solicitud del Fonseca. Luego una monja me condujo al patio magnífico de Las Claustrillas, é al través de unos setos é jardines fasta un banco de piedra, donde ordenóme aguardar.

Quando tuve a la Catalina a mi frente, pude ver quánta razón dijera su padre, en las tardes de hielo en tierra de Patagones, quando me hablaba de ella, de su niña, así dezía. Catalina era bella é agraciada, é con cabello largo del color de las castañas que le caía fasta los hombros, é igual sus ojos, mesmo color é tiernos é vivaces.

Sentados los dos en un banco de piedra en derredor de una fuente de aguas, principié por contarle la historia, é vide cómo sus ojos se abrían, de primera con sorpresa é incredulidad, mas luego con vivo interés é ansiedad, é finalmente con angustia por la suerte de su padre el Cartagena de negro, é al final de todo se nublaron de tristeza. É le digo, santo padre confesor, que una mirada de tanta tristeza nunca antes hube visto, é después tampoco, por lo que con cautela estiré mi diestra é le entregué la carta del Cartagena, su padre. É leyóla lentamente, como si deseara nunca terminar, é cerró sus ojos tristes, é dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas…

Luego abrió sus ojos inundados de llanto, miró los míos, tomó mi diestra en la suya, é me dijo gracias padre. E luego se paró é se retiró con la carta apretujada en su diestra como si no fuera a soltarla nunca jamás.

***

Federico Sánchez de la Reina

No sé si habrá sido el cansancio de esa agotadora mañana, o quizá la angustia de saber que el final se acercaba, lo cierto es que en mi mente agitada el rostro adolescente de Catalina fue sustituido por el de Macarena y el de Belén, y de repente me sorprendí a mí mismo reprimiendo a duras penas el llanto.

***

Fray Pedro

Confiéssome a Dios Todo poderoso é a la Virgen Santa María é a vos, Santo padre confesor, de todos los pecados mios, los quales fize fasta este dia presente, de los quales todos pido a vos que soys lugarteniente de Jesu Cristo, misericordia e perdón.

Sé que en mi vida terrenal he cometido muchos pecados. Mas digo que puse mi vida en manos del Señor Nuestro Dios, siguiendo el mandato del Ilustre obispo Fonseca, en defensa del Rey é al servicio de don Juan de Cartagena el de negro, é Dios me rescató de las Patagonias para que consolase a su hija, lo cual fize con amor.

Mas también devo confesar un grave pecado é de luxuria, é reiteradamente. Mas en mi defensa en esta hora devo de alegar:

Que la María Pura era mujer sin marido, é sin nadie que la sirviera, é que por esto no se la tocó deshonestamente. Que susodicho bien sabía cuando su pecado cometía, lo que el Concilio de Letrán aconsejara, de que los capellanes devían de guardar distancia de las doncellas; mas debe recordarse, padre confesor, que solo agora en el Concilio de Trento, prohibióse cualesquier modo de amancebarse entre cura é mujer, é que mis pecados acontecieron antes del dicho Concilio, é que esta razón no es escusa, mas debe considerarse. Que el crío Francisco, si bien nacido en el pecado, fuere luego bautizado y así vuelto a nacer con inocencia.

Que en mi luenga travessía en las naos nunca conocí hombre o bestia contra natura. Que nunca conoci mujer agena o parienta o mujer recién parida o en vigilias o en ayunos é días solemnes, o quando estaba enferma de su cuerpo.

Agradecido estoy al Señor por la longuísima vida que me ha concedido, que ya he cumplido más de cincuenta é cinco años, é por dar fuerzas al

susodicho para soportar los padecimientos de mis últimos días, que mucho he sufrido, mas no he consentido ser temptado por los pestíferos é malvados é falsos consejos del diablo, por que él es mentiroso é malicioso, é por falsías él engañó a Adán e Eva, nuestros Padres, sino por contrario he dicho en alta voz el Credo in Deum, *para que los demonios, que aborrescen de oyrlo, sean fuidos y arredrados.*

In nomine Patris e Filij e Spiritus Sancti. *Amén.*

***

Llerena, sábado 25 y domingo 26 de octubre, 2008

Di vuelta el último folio con lentitud y entrecerré los ojos, mientras contemplaba con un sentimiento de paz interior esa última imagen de fray Pedro.

En ese momento repicaron las campanas del convento anunciando la hora sexta. Instantes después crujieron las puertas de mi oscura habitación, y pude ver a trasluz acercarse una figura con andar sereno.

–Es la hora… –me dijo sor Verónica con calidez, y luego, mirándome con dulzura–: Espero que haya encontrado lo que estaba buscando.

Sostuvimos nuestras miradas durante un rato, que se me ocurrió larguísimo. Quería transmitirle mi agradecimiento y afecto. Pero también podía significar muchas cosas. ¡Vaya uno a saber lo que se esconde en la mente y en el corazón de cada quien!

–Sí, he encontrado muchas respuestas… Y quizá también una parte de mí mismo –le confesé, todavía aturdido por la magnitud de lo que venía de leer.

Incliné la cabeza y observé por última vez el que había sido mi escritorio. Era tiempo de retirarme. Sor Verónica me acompañó hasta la puerta de la iglesia, sin decir palabra. Aunque se la veía divertida por la situación. Un instante antes de atravesar el umbral, nuestras miradas volvieron a cruzarse, y no pude dejar de preguntarme cómo sería aquella muchacha si dejara atrás la vida monástica, con sus votos estrictos y hábitos recatados...

Se abrieron entonces las añejas y pesadas puertas, y toda la

luminosidad de Extremadura hirió mis ojos ya habituados a las tinieblas, rompiendo el hechizo y volviéndome a la realidad.

***

Recorrí las cuatro cuadras que me separaban del Palacio de Doña Mariana en un abrir y cerrar de ojos. Me devoraban las ansias de encerrarme en mi habitación a registrar lo que leí en esa maravillosa mañana, en la que tuve ante mí el *Testimonio* de cinco siglos de historia y sus enigmas. Solo recuerdo que atravesé la plaza Mayor como en estado de levitación, impulsado por una fuerza misteriosa.

Minutos después estaba instalado en el escritorio de mi habitación de la Hospedería, computadora, bloc de papel y lápices en mano, para comenzar mi tarea.

Recuerdo las siguientes veinticuatro horas como en una nebulosa. Me veo tecleando como un poseído en mi pequeña *netbook*, solo interrumpiendo cada tanto para anotar en el bloc fragmentos del manuscrito que asaltaban mi mente, como destellos, pero que no correspondían a lo que estaba escribiendo. Las horas transcurrieron sin que me diera cuenta, tan solo atento a extraer de mi memoria hasta el más minúsculo pasaje del testimonio. Al caer la tarde había agotado la provisión del minibar. Y a pesar de que mi estado de excitación ahuyentaba cualquier atisbo de cansancio, recurrí al siempre eficaz café, en todas sus formas y variantes. Hasta que a las tres de la mañana, en el momento de ordenar mi octavo brebaje cafeínico, Virginia –la recepcionista–, dueña de unos ojazos andaluces de color verde profundo, no resistió la tentación de preguntarme:

–Pero don Federico, ¿qué le está pasando? –y luego, justificándose por su intromisión en mi vida privada a tan altas horas de la madrugada–: Es que ha estao encerrao to' el día en su cuarto, viviendo solo de café…

En el amanecer del domingo, cuando los primeros rayos de sol se filtraron con timidez en mi habitación, interrumpí unos instantes mi frenética actividad. Bajé a desayunar, más tranquilo: el escrito tomaba forma y por primera vez respiré aliviado. Lo sustancial estaba preservado. Sin duda algunos detalles se perderían para siempre. Pero

el alma del *Testimonio* de fray Pedro estaba a buen recaudo.

Pasado el mediodía, casi exhausto, revisé el texto completo, ajusté unos cuantos párrafos, ordené las hojas garabateadas, respaldé los archivos y me tendí en la cama, rendido.

Recién a la madrugada del día siguiente, lunes, logré recuperar algo de energía para volver a la realidad. Me parecía descender de un sueño. En una ocasión, en que me levanté para tomar agua e ir al baño, durante unos instantes hojeé mi versión del manuscrito de fray Pedro: no pude sino esbozar una sonrisa y, fuera o no mi remoto pariente, sentí la íntima satisfacción de rescatar esa historia del olvido.

Juan de Cartagena y Pedro Sánchez de la Reina ya no serían polvo en el viento.

Octava Parte
EL DÍA EN QUE TODO CAMBIÓ

Cuando la lucha es difícil,
las razones para luchar siempre son claras.

Albert Camus

I

LA LLAMADA

Sevilla y Río Gallegos, última semana de octubre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

Estaba nostálgico aquella mañana de lunes. En un par de horas estaría de nuevo en Sevilla, cargado de obligaciones. Y echaría de menos el vértigo de aquel fin de semana tras las murallas de Llerena…

¡Qué ingenuo! No sabía lo que me esperaba.

***

Estacioné el auto cerca del estudio. Todavía no era mediodía. A pesar del otoño, el sol se hacía sentir, como casi siempre en Sevilla.

–¡Qué alegría verlo, don Federico! –me recibió Serena.

Todos parecían contentos por el reencuentro.

Intenté concentrarme en el trabajo. Pero mi cabeza andaba por otros lados. Tenía que llamar a Edwin y contarle lo sucedido. “El galés va a quedar de una pieza cuando se entere”, pensé. Pero lo dejé para después.

Eran las seis y media de la tarde. El sol teñía el cielo de un color rojizo, bello y amenazador. Pensaba retirarme a las ocho. Estaba cansado y con ganas de ver a mis niñas. La temperatura descendía rápido. Se esperaban poco más de diez grados en la madrugada. Me paré un momento a contemplar el atardecer sevillano, con sus torres, campanarios y agujas que se recortaban en el cielo azafranado.

En ese instante sonó el teléfono. Serena atendió, como siempre.

De inmediato comprendí que algo pasaba:

–¡Don Federico!, es para usté: lo llama la fiscal Karla Finocchiaro, de Río Gallego’. ¡No se oye na!

El corazón me dio un salto.

¿Le pasó algo a Lorena? ¿Por qué no era Edwin el que llamaba?

–Aló… sí, aló… ¡Alóóó!

–¿Cómo le va, ingeniero, cómo está? –la voz de la fiscal apenas se escuchaba.

–Bien… bien. ¿Y usted? ¿Ha sucedido algo? –pregunté, ansioso.

–No, todo bien –respiré aliviado–. Lo llamo por dos asuntos: en primer lugar le quiero informar que es probable, aunque todavía no hay nada confirmado… –el tono de la fiscal era sereno y didáctico, como si hablara con un alumno al que debía explicar un tema difícil, sin asustarlo– … que en los próximos días se decida una actuación, ¿me entiende?

–Sí… sí, por supuesto.

–Y como usted es alguien muy vinculado con la Unión Europea, es bueno que lo sepa, por si necesitamos su apoyo –otra vez con lo mismo, ¡como si yo fuera el mismísimo comisario de seguridad de Bruselas!

–Sí, por supuesto, señora fiscal. Puede estar tranquila, haré todo lo que esté a mi alcance.

–El otro asuntito es un poco más delicado –el tono seguía didáctico, pero la cosa se complicaba; me puse en guardia–: Usted sabe que su amigo Lonogan ha estado actuando en forma un tanto extraña estos días. Tenemos temor de que algo le haya sucedido.

–¿Pero qué, qué le ha sucedido? Explíqueme usted un poco más, ¡por favor!

–Bueno, se lo voy a decir con claridad, porque esta es una línea segura, y además no tenemos mucho más tiempo. Pero no lo vaya a repetir, son hechos graves. Estamos manejando la hipótesis de que Lonogan y su familia hayan sido amenazados de muerte.

Se produjo un largo silencio. No supe qué decir. Estaba confundido y horrorizado. Lo que comenzó como un entretenido viaje de investigación a las raíces de mi familia se había convertido en una tragedia. ¡Dos jóvenes desaparecidas, y ahora mi mejor amigo y su familia bajo amenaza!

No sé cuánto tardé en reaccionar. Cuando lo hice, recuerdo que la fiscal me hablaba sobre lo que debía hacer:

–… de ninguna manera se vaya a comunicar con su amigo: a él vamos a encapsularlo y separarlo del asunto, para protegerlo, ¿me entiende? No queremos que los mafiosos lo vean en la acción.

–Pierda cuidado, no lo voy a hacer.

Y de pronto, mientras le daba nuevas seguridades a la fiscal, una idea me asaltó:

–Le quiero solicitar algo, señora fiscal: mi voluntad es tomar mañana mismo el primer vuelo hacia Río Gallegos, para ponerme a sus órdenes y ayudarla con mis contactos. En el propio lugar de los hechos.

–¡Ahhh…! –fue lo único que dijo, desconcertada.

La había tomado por sorpresa. Era mi oportunidad de sellar el trato.

–Tengo varios amigos por allá. Y los quiero de corazón, usted lo sabe. Compréndame: no les puedo fallar. No me lo perdonaría nunca.

–Déjeme consultar a la jueza… Haré todo lo posible. Le contesto esta noche: dentro de tres, cuatro horas, a lo sumo. Pero mire que no le prometo nada.

–Muchas gracias, señora fiscal, estaré a la espera.

Colgué. Mi mundo se había sacudido.

Serena me miró con una mezcla de sorpresa, incredulidad y compasión. Por supuesto que había escuchado toda la conversación. Y como la discreción no es una de sus virtudes, al poco rato Ezequiel y los demás muchachos aparecieron por mi escritorio a darme un abrazo y brindarme, con cara de circunstancias, todo su apoyo. En realidad no sabían bien lo que pasaba, pero en el relato de Serena (exagerado, sin duda) me había convertido –esta vez sí– en un moderno don Quijote de Sevilla. Y ellos estaban conmigo.

***

Preparé un café expreso y me dispuse a esperar.

Me dolía pensar que si la respuesta de la fiscal era favorable –como deseaba–, apenas estaría unas pocas horas con mis niñas. Sin embargo, debo confesarte que la idea de volver al sur me provocaba una indefinible emoción. Lo haría para defender a los que quería. Ya tendría tiempo de retozar con Maca y Belén a mi regreso, cuando el suave invierno andaluz nos obligara a permanecer un poco más en

nuestras casas.

Minutos antes de las diez de la noche, sonó el bendito aparato.

–¡Holá! ¿Ingeniero Sánchez?

–Sí, fiscal Finocchiaro, ¿cómo está?

–Lo llamo para confirmarle… –mi corazón sufrió un respingo– que la jueza acepta su venida, pero…

–No sabe lo que le agradezco –la interrumpí, entusiasmado.

–Sí, está todo bien, pero escuche: debe venir directo a Río Gallegos y hablar solo con nosotras. Ni una palabra a su amigo ni a nadie más de San Julián, ¿le queda claro?

–Sí, quédese tranquila, señora fiscal.

–Mire que puse las manos en el fuego por usted.

–¡Vale! Mañana salgo, así que el miércoles a eso del mediodía estaré por allí.

–Lo esperamos –su tono didáctico se volvió más cordial–. Que tenga buen viaje, ingeniero.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

Le mentiría si le dijera que no sabíamos en qué nos estábamos metiendo. Y también si le dijera que no teníamos miedo.

Pero debíamos hacerlo.

A primera hora del lunes, Graziella le pidió al inspector principal Olavarría que revisara su despacho, para estar segura de que no había micrófonos ocultos. Recién después nos reunimos.

Estuvimos de acuerdo en reducir a un mínimo los participantes en el operativo, para evitar filtraciones. Por un lado, nos apoyaríamos en el jefe Otero y un piquete seleccionado de sus hombres, dirigido por Marchand. Por otro, en Olavarría y un calificado grupo de la Federal. Si bien era algo inusual, la jueza –con mi colaboración– coordinaría el operativo. Era mucho lo que estaba en juego y habría que adoptar decisiones difíciles sobre la marcha. Pensamos que era lo mejor.

Decidimos no informar del plan a la comisaría ni a las fuerzas vivas de San Julián: estaban emocionalmente demasiado involucrados. Las

noticas se iban a desparramar, alertando a los delincuentes. Y desde luego que no tendríamos contacto alguno con Lonogan. Por razones que ignorábamos su proceder no era confiable.

En cambio, sí decidimos hablar con el ingeniero Sánchez, de España. Su actuación en el caso de Stefanie fue de gran utilidad. Cuando lo llamamos no solo aceptó colaborar sino que se ofreció a venir. Dudamos mucho. Al final accedimos, bajo ciertas condiciones. Pero no fue por comprender sus razones afectivas, como él debe haber creído (eso habría sido poco profesional de nuestra parte), sino por un motivo distinto: teníamos indicios de que –en esta especie de globalización de las organizaciones delictivas a la cual asistimos–, el clan de los González Bermejo estaba recibiendo apoyo de un grupo mafioso llamado Caballeros de los Balcanes, de origen serbio. Se trataba de una red muy poderosa, cuyo negocio principal era el narcotráfico, y que aspiraba a crecer en América, sobre todo en el Cono Sur. Por tanto, era probable que algún ciudadano europeo terminara preso. Tampoco era de descartar que luego del operativo sufriéramos una "contraofensiva". Con frecuencia los propios mafiosos, una vez detenidos, acusaban a jueces y fiscales para desprestigiarlos. Las denuncias podían ser absurdas, pero el mensaje era claro: "si te metés con nosotros, terminás enchastrado". Y también podía suceder que los políticos paniaguados de las mafias fueran quienes arremetieran contra nosotras, aprovechando cualquier flanco débil que dejáramos. El ingeniero Sánchez, prestigioso profesional con importantes contactos en la Unión Europea, y que conocía el caso por dentro, era un buen apoyo.

***

Trabajamos en el caso todo el día. Bien entrada la noche, cuando ya nos retirábamos del juzgado, la secretaria de Graziella nos atajó:

–El oficial Olavarría desea hablar con ustedes.

–¿Por teléfono? –preguntó Ducatti.

–No, está aquí en persona. Quiere saber si lo pueden recibir. Dice que es importante.

–Decile que pase –respondió de inmediato Graziella, y me dirigió

una mirada fugaz.

Olavarría era alto y delgado, de pelo negro engominado a lo Carlos Gardel, y poseía esa formalidad y respeto que solamente las Escuelas de Policía y las Academias Militares parecen enseñarles hoy a nuestros jóvenes. Tal vez sea un tanto injusta con este comentario (justo yo, ¡que tanto luché contra la dictadura militar!). Pero me encantaba la seriedad con que tomaba sus responsabilidades y su respeto por el Poder Judicial, tan menoscabado en estas épocas.

Ingresó, saludó y tomó asiento en una silla del despacho.

–Señora jueza, señora fiscal, hemos obtenido los primeros resultados, les quería informar…

–Bien, le agradezco –lo cortó la jueza–. Vaya al punto, por favor.

–Interceptamos una llamada entre dos matones del clan, uno de los cuales tiene el celular intervenido, en la que comentan que el Capito no va a tener más remedio que ir el miércoles al "glaciar", por un par de días, por un "asunto particular" de "un futbolista argentino y una botinera yorugua" –nos informó el oficial, en un curioso lenguaje que mezclaba la solemnidad oficial con la terminología mafiosa; luego continuó–: Por esa razón el Capito quiere que estén alerta, porque si surge cualquier complicación, van a tener que "cambiar la mercadería de depósito" de apuro.

–Sí, sí… claro –meditó la jueza, mientras de reojo me dirigía una mirada cómplice–. El Capito es el Ricky, ¿no?

–Sí, doctora.

–Así que todo cierra bastante bien con la otra conversación.

–Sí, doctora.

–El Capito parece preocupado. Si se arma revuelo en el "glaciar", alguien puede encontrar la "mercadería". Y si lo encuentran a él por la zona, que está procesado… –tercié, por mi lado, subrayando estas últimas palabras con aire triunfal, mientras miraba a la jueza. ¡Solo yo sabía cuánto dudó Graziella antes de procesar sin prisión a ese mafioso! Para el que lo miraba de afuera, después de lo sucedido con Stefanie Rodríguez, no hubiera correspondido, por más que también dispuso medidas cautelares. Pero sabíamos que dentro del clan era el responsable del "transporte y ablande" de las chicas. Era la única conexión firme que teníamos: si lo dejábamos mover, tal vez nos

condujera a Lorena. Graziella corrió un alto riesgo: si el Ricky hubiera desaparecido sin dejar rastro, todos los dedos acusadores habrían apuntado hacia ella. Una vez más la Justicia habría sido tildada de “blanda e incapaz”. Qué alivio sentimos cuando vimos que habíamos tenido razón.

–Eso es claro –la Ducatti me devolvió la mirada–. Pero, ¿dónde la habrán escondido?

–Conocemos tres “aguantaderos” de los González Bermejo en el “glaciar” –informó Olavarría.

–No creo que la tengan en uno de sus “aguantaderos” habituales –dijo con seguridad la jueza–. Este caso se les escapó de las manos: los diarios y la televisión están encima del tema, las organizaciones sociales hacen marchas, si la gente pudiera los lincharía. No, no: la deben tener escondida en algún sitio diferente, especial…

Las suposiciones fueron y vinieron. El círculo comenzaba a cerrarse: Lorena estaba escondida en algún sitio cerca de El Calafate; eso era seguro. ¿Pero dónde?

–Ricky dijo que si se complicaba la cosa, iban a tener que “cambiar la mercadería de depósito” –comenté, y ambos asintieron–. Entonces –arriesgué–, ¿por qué no hacemos que “la cosa se complique”?

–Y tal vez ellos mismos nos conduzcan a la guarida –completó Olavarría.

–Es buena idea… pero muy riesgosa. Son gente baqueana, no sé cómo van a reaccionar –reflexionó la jueza–. Hagamos lo siguiente: tenemos dos días para conseguir más información y ajustar el plan. El jueves, sea como sea, procederemos –sentenció la Ducatti.

Juramos total reserva. Solo nosotros tres sabíamos del operativo que comenzó a gestarse aquella fría noche de primavera.

II

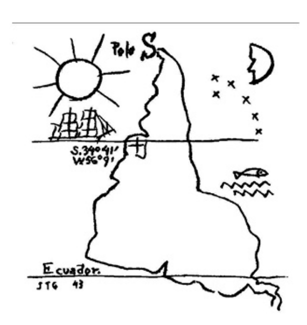
VUELVO AL SUR

Río Gallegos y San Julián, última semana de octubre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

La llamada de la fiscal Finocchiaro me pilló por sorpresa, eso es verdad. Pero en mi fuero íntimo ya había tomado la decisión mucho antes. Luego de la tragedia de Stefi, que seguía en coma en un hospital de Gallegos, me prometí que a Lorena no le iba a fallar. Y tampoco a María del Huerto.

Ya camino del aeropuerto, me pareció escuchar en mi interior el rezongo de un bandoneón y la voz arenosa del Polaco Goyeneche, que reflejaba lo que sentía:



Vuelvo al Sur,
como se vuelve siempre al amor,
vuelvo a vos,
con mi deseo, con mi temor.

Me atraía *su inmensa luna, su cielo al revés* (como lo pintara el genial

Torres García, español y montevideano como yo), *su buena gente, su dignidad*. Me atraía *como un destino del corazón*.

El miércoles al mediodía, luego de un agotador viaje de veinticuatro horas, arribé a Río Gallegos. Desafiando el feroz *jet lag* –que a estos sureños americanos, acostumbrados a vivir en las antípodas del mundo, parece no afectarles demasiado cuando viajan–, arrastré mi cuerpo hasta un moderno hotel céntrico. El clima era agradable, comparado con el de mi viaje anterior. El cielo estaba despejado, aunque el viento soplaba con su entusiasmo de siempre, helándolo todo.

Me duché, comí un sándwich y dormí una breve siesta. A media tarde llamé a la fiscal. Se alegró de escucharme. Quedamos para el jueves a primera hora.

Tenía una sensación rara. Había dado media vuelta al mundo para arribar a un páramo donde tenía un solo amigo de verdad, al que debía evitar a toda costa. La falta de sueño y el desajuste climático tampoco ayudaban a levantar el ánimo. Me abrigué y salí a caminar un rato. El cambio de aire me sentó bien. Es un aire especial. Al regresar a España, luego de mi primer viaje, pensé: “la Patagonia se extraña”. Es que se nos va incorporando, se adhiere a la piel. Se sienten muchas cosas, jamás indiferencia. Ese atardecer, el de mi regreso, comprendí que me había enamorado de esa tierra. Ya no podría dejar de volver.

Pensé en llamar a María del Huerto. Hacía dos semanas que no sabía de ella. Al igual que con Edwin, pensé en comunicarme al regresar de Llerena. Pero la imprevista llamada de la fiscal alteró mis planes. Y tenía severas advertencias suyas de no efectuar ninguna llamada telefónica: “hay muy pocas líneas seguras”.

Dudé. Me parecía un acto inofensivo. Además, necesitaba algo de calor, de afecto, en aquellas lontananzas tan solitarias. Tenía la sensación de vivir un hecho trascendente, quizá hasta heroico, pero que al mundo le importaba un pimiento. Finalmente transé conmigo mismo: la llamaría solo un minuto, para saber cómo estaba, le daría alguna pista de mi paradero para animarla, pero no le diría el lugar preciso ni, mucho menos, a qué había venido.

Marqué su número en mi móvil. Contuve la respiración. Sonó una y

otra vez. Nada. Saltó el correo de voz. Sacudí la cabeza, molesto. ¿Por qué diablos no atendía? Llamé de nuevo. Y otra vez lo mismo. Me di por vencido.

***

Aline

Aquellos días fueron una pesadilla.

El martes lo dedicamos a nuestras cosas y a atender el negocio, después de tantos días de desorden. Pero en realidad, lo que buscábamos era algo de vida normal.

Fue imposible. San Julián estaba alborotada por lo de Lorena. A cada rato llamaba alguien, o se aparecía por casa, a preguntar si teníamos novedades: el padre Lozano, mi prima Tati, varios vecinos… ¡No se imaginan el esfuerzo que teníamos que hacer para no decir nada! Cuando recuerdo aquellos días, aún hoy siento una angustia en el pecho. Fue una verdadera tortura.

***

El miércoles nos levantamos temprano y desayunamos solos, no esperamos a los chicos. Yo hice un sacrificio para comer una medialuna con el café, porque sentía náuseas de los nervios que tenía. Cuando terminamos, mi marido tomó el celular y llamó a la jueza Ducatti, de Gallegos. La doctora le dio su celular –lo que no hacía con casi nadie– porque le había tomado confianza.

–Holá, ¿quién habla? –se escuchó la voz de la jueza.

–Sí, holá, le habla Edwin Lonogan, de Puerto San Julián.

Se produjo un largo silencio: “se cortó la comunicación”, pensé.

–Ahh, sí, sí… ¿Cómo le va? –la voz se escuchó poco afectuosa, distante.

–Bien, doctora –mi esposo estaba confundido por la actitud de la jueza, pero tragó saliva y siguió adelante–: Tengo algo importante que informarle. Pensaba irme por su despacho, cuando a usted le venga

bien… Si quiere, hoy mismo por la tarde.

–Bueno… tendría que ver un poco –la jueza seguía fría–. Hoy estoy muy complicada, mejor lo llamo mañana y arreglamos.

Edwin quedó muerto. Tres días antes, amenazado por la mafia, se había presentado en casa de la jueza para darle una información falsa. Lo hizo para proteger a su familia. Y ahora, que quería contarle la verdad, a la jueza no le interesaba. No sabía qué hacer.

–Pero… mire, doctora, que puede ser importante.

–Sí, le entiendo, Lonogan –la jueza se oía firme–. Pero sucede que tengo varios casos muy delicados entre manos. Hagamos como le dije. ¿Le parece bien?

La verdad es que a Edwin no le pareció bien, y a mí tampoco. Se despidió brevemente y la conversación concluyó.

Mi marido me miró a los ojos: estaba desesperado. Pensó que si algo le sucedía a Lorena, la culpa sería toda suya. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para no echarme a llorar.

***

María del Huerto

Había estado boludeando con las amigas del cole por la avenida San Martín. Después nos tomamos una copas heladas en una confitería. Hacía bastante calor para ser primavera y de noche.

Cuando llegué a casa, mi vieja me salió con que me había llamado al celu, porque necesitaba algo del súper, y no la había atendido. Recién ahí me di cuenta de que el aparato estaba muerto. Lo enchufé para ver las llamadas perdidas. Además de las de un “pretendiente a novio” que tenía en el cole (un banana al que no le daba ni la hora), encontré una del Nacho –el primo de Lore– y otra que decía MIPA. Le había puesto así, en clave, por si a mi vieja le daba por chusmearme el aparato. Parecía el nombre de una empresa, como si fuera un gimnasio, por ejemplo. Pero en realidad quería decir Mi Príncipe Azul. No es que lo pensara, pero me gustaba joder con eso, y darme aires con las boludas de mis amigas, que no entendían nada y se quedaban con la intriga.

Como siempre, cuando vi que Fede me había llamado, el corazón me

dio un salto. Yo trataba de hacerme la fuerte, pero la verdad es que estaba remetida con el veterano. Me sentía orgullosa de que un tipo superimportante en Europa, como él, estuviera pendiente de una pendeja que vivía en el fin del mundo. “El amor es ciego”, me repetía a mí misma; pero algo verá, que le gusta.

Pero ya era tarde y mi madre me estaba esperando para cenar. Además, con las cuatro horas de diferencia, en España debía ser tardísimo, como de madrugada.

Dejé la llamada al Fede para el otro día.

***

Lo que sí hice, luego de cenar, fue llamar al Nacho.

Después que pasó lo de Lore, yo estaba como perdida, como ida del mundo. Un día se me ocurrió hablar con Nacho, porque según lo que Lorena me contó, fue él quien la metió en… “el asunto”, digamos.

Me costó un montón encontrarlo. Un día estaba en Comodoro Rivadavia, otro en El Calafate, dos por tres recalaba en Gallegos. Al final hablamos por teléfono. Pero le sacó el cuerpo a la jeringa: que no era como Lore me dijo, que él –como era organizador de eventos y tenía contactos con mucha gente– solo le dio una mano para que se hiciera unos mangos extra, para darse unos gustitos. Pero como yo soy muy testaruda, al final logré arreglar para encontrarnos a tomar algo en El Calafate, aprovechando un viaje de finde largo que hacíamos con el cole.

¡Qué sorpresa me llevé con el Nacho!

Yo recordaba al muchacho metemano pero divertido de los cumples de la Lore… Pero se me apareció un tipo vestido *top*, como para hacerse ver, superacelerado. Debía estar falopeado (*high* como dicen en las series yanquis), yo qué sé…

Y además, bastante desubicado. Primero, que no demostró demasiada preocupación por la prima: o le importaba un carajo, o sabía bien dónde y cómo estaba. Demostró más interés cuando le hablé de mi amigo Federico, el español importante, que conocía a Lore y estaba ayudando a encontrarla. Recién ahí dejó de hacerse el canchero: me preguntó quién era ese tipo, cuánto sabía del asunto y

todas esas cosas. Por supuesto que no le conté nada, pero le dije (para joderlo) que Fede "sabía bastante". Pareció preocupado, y siguió con las preguntas, pero no le di bola, ¡lo dejé bien enganchado!

Para completarla, al final el tipo quiso levantarme a mí: que tenía contactos en desfiles de belleza, que podía conseguir que apareciera en un programa conocido de la tele, que me podía vincular con futbolistas que hacían millonadas en Europa. Claro, todas sus propuestas requerían, como paso previo, que me encamara con él… No lo mandé a la mierda allí mismo, porque estaba de por medio la vida de mi mejor amiga. Pero me volví del Calafate con la idea de que el Nacho no solo era un gran chanta sino un reverendo hijo de puta.

Sin embargo, pensando en la Lore, siempre mantuve la relación. Por eso, aquel miércoles de noche, cuando vi su llamada perdida, no dudé en llamarlo.

***

–Hola, Nacho, habla María del Huerto.

–¡Ah!, sí, ¿cómo te va, bebota? –me reventaba que me llamara así, pero me la banqué.

–Vi que me llamaste.

–Sí, nena, te quería preguntar si sabés algo nuevo sobre lo de Lore –su voz me sonó pichicateada, como siempre, pero esta vez con aire preocupado–. Porque, sabés, yo estoy en El Calafate, y alguna gente amiga me dice que puede haber una movida en estos días, ¿me entendés?

–Sí, te entiendo, pero no sé nada.

–Bueno, si sabés algo no dejés de avisarme, es por el bien de Lorena –me dijo, con aire cómplice, aunque yo desconfiaba de sus verdaderos motivos.

En ese momento, no sé por qué, se me ocurrió decirle:

–Lo único que me viene ahora a la cabeza es que hace un rato me llamó Fede, mi amigo de España, ¿viste?

–¡Ahhh, sí, eso me interesa!

–Pero yo tenía el celu descargado, seguro que mañana me llama de nuevo –me hice la interesante.

–Si tenés alguna novedad del Gallego, no dejés de avisarme enseguida. De repente, si me entero a tiempo, puedo hacer algo.

La verdad que no entendía nada de lo que estaba pasando, ni tenía idea de cómo podía ayudar el Nacho en todo esto. Pero bastaba que mencionara a Lore… y yo me aflojaba toda:

–Sí, sí, quedate tranquilo, yo te aviso.

Novena Parte
LA CRUZ DEL SUR

Extraño la Cruz del Sur (…)
Extraño tu voz, tu caminar conmigo por la ciudad.

Julio Cortázar

I
OPERACIÓN CRUZ DEL SUR

Río Gallegos y El Calafate,
amanecer del jueves 30 de octubre, 2008

Fiscal Karla Finocchiaro

–Nos movemos.

Recuerdo muy bien aquélla mañana. Todavía me parece escuchar la voz nerviosa pero firme del oficial Olavarría hablando por su *walkie-talkie*.

Eran las 5:41 de la madrugada del jueves, once minutos después de lo previsto. Faltaba media hora para la salida del sol y la temperatura rondaba los cinco grados. Río Gallegos aún dormía, ignorante del drama que estaba por comenzar.

El juzgado era una heladera. La noche anterior Graziella le había pedido a su secretaria que concentrara todas las estufas en su despacho, pero el resultado no fue muy alentador. No sé si sería el frío o tal vez la tensión del momento, sumados a las escasas horas de sueño, pero estaba a punto de tiritar. Es verdad que soy flaquita y friolenta, pero Graziella no se sentía mucho mejor.

A las seis en punto, según lo acordado, arribó el ingeniero Sánchez. Habíamos hablado varias veces por teléfono, así que pareció que nos conocíamos de tiempo atrás. Pero era la primera vez que nos veíamos. Elegante y gentil, me dio gusto conocerlo. Se apareció con una bolsa repleta de medialunas calentitas, recién horneadas. Mientras tanto, la secretaria de la Ducatti había puesto en marcha una ruidosa cafetera.

En aquella mañana fría y tensa, el ánimo estaba por lo alto. Es verdad que entre martes y miércoles no conseguimos informaciones relevantes. El "centro de escuchas" capitaneado por el oficial Olavarría, con personal confiable (no queríamos que alguien enviara el

“clásico” mensaje: “te tengo que mandar un allanamiento, sacá las chicas que te comprometan”), amplió los números intervenidos, e incluyó a Casarotti y sus proveedores uruguayos. Pero no obtuvimos datos precisos. Sin embargo, algo flotaba en el ambiente. Por los mensajes entre ellos vimos que estaban preocupados. Se sentían acechados. El miedo se podía olfatear.

Nunca habíamos estado tan cerca.

***

Federico Sánchez de la Reina

Todo aquello era muy humilde. Acostumbrado a los estudios, despachos y bufetes de la burocracia europea, aquel improvisado Centro de Operaciones me pareció de una pobreza franciscana. Sin embargo, había allí una gran dignidad. Ese puñado de abogadas y comisarios, dedicados y afanosos, estaban empeñados –en un remoto paraje del planeta que apenas figura en los mapas– en salvar una vida. Y hacer justicia. Pensar que nosotros, en la opulenta Europa, teniendo mucho más, tantas veces bajamos los brazos.

Fue emotivo conocer a la fiscal Finocchiaro, una italiana alta y enérgica. Nos saludamos como viejos conocidos. Por mi parte, quise retribuir a rajatabla la confianza depositada: estar a la orden y cerrar el pico.

A la hora señalada, dos grupos de oficiales y suboficiales de particular al mando de Olavarría partieron desde Gallegos con rumbo a El Calafate. El primer grupo, dirigido por el sargento Atanasio Rodríguez, de la Policía Provincial, se desplazaba en un Renault y tenía como destino el boliche Farándula, ubicado en avenida del Libertador. Allí, entre pósteres de famosos, solía desayunar el Ricky en sus periódicas incursiones por la ciudad de los glaciares, entre las nueve y las diez de la mañana.

El otro contingente, que viajaba en una Ford blanca doble cabina y un Corsa azul, era capitaneado por el propio Olavarría, secundado por el Francés Marchand. Este sería el grupo de choque. Según lo planificado, permanecerían en las afueras de El Calafate hasta que se

obtuvieran datos sobre la ubicación de Lorena. Entonces entrarían en acción.

La operación se denominó Cruz del Sur, en doble alusión al lugar donde se iba a efectuar y a la emblemática “cruz de Lorena”, la de De Gaulle, la de la “liberación”.

***

El Calafate posee un encanto difícil de explicar.

Todavía se respira en sus calles el aire de pueblito de montaña, con sus distancias cortas y su gente amable, con el perfume del pan recién horneado por las mañanas. Sin embargo, aquí y allá surgen hoteles de última generación, sofisticados restaurantes y comercios de todo tipo. El silencio profundo de la cordillera y el bullicio de los enjambres de turistas que pululan por sus calles céntricas luchan por imponerse. No es fácil encontrar el equilibrio que preserve este paraíso.

El pueblo se nos aparece rodeado por altas montañas y lagos inmensos, un anfiteatro natural incomparable. La vista desde la costanera que bordea el lago Argentino es única: el espejo de agua es interrumpido de manera abrupta por la pared de hielo de los glaciares, mientras a unos pocos metros, en la laguna Nímez, cientos de flamencos rosados disfrutan tranquilamente de ese hábitat helado.

En este escenario transcurrió el último capítulo de nuestra historia.



Fiscal Karla Finocchiaro

–El masculino acaba de entrar –murmuró Atanasio al botón superior de su chaqueta–. Viene acompañado de dos matones; parecen calzados.

Siguiendo el plan trazado, los cuatro policías de particular hablaban ruidosamente, haciéndose notar. Cuarenta y cinco minutos después, el Capito y sus dos secuaces pidieron la cuenta. Atanasio hizo lo propio. Luego de pagar, los mafiosos se retiraron. Atanasio y sus amigos saludaron al mozo y siguieron sus pasos. Todo parecía una simple coincidencia.

Pero cuando los ocupantes del BMW deportivo, luego de partir por la calle principal y doblar a la derecha tres cuadras más adelante, comprobaron que el Renault repetía sus movimientos, se comenzaron a inquietar.

Según las escuchas, el Ricky pasaría a pagar la “nómina” de su gente en El Calafate, y luego se daría una vuelta por el hotel cinco estrellas Liberty Glaciares, un lujoso balcón sobre el lago Argentino, donde el Lirón estaría retozando con la modelo uruguaya. Nada demasiado grave, para lo que eran sus actividades. Y tampoco nada demasiado interesante para nosotros. Pero el mafioso no lo sabía.

Por eso, cuando regresó al deportivo después de pagar la “nómina”, y vio que el Renault estaba estacionado “disimuladamente” a la vuelta de la esquina, la inquietud lo dominó.

–Che, Picana, hay unos tipos que me están siguiendo en un Renault –consultó por celular a uno de sus cómplices–, ¿sabés algo?

–No, nada… Pero hace días que anda el run-run de que se viene un operativo grande por acá –le respondió el mafioso, haciéndonos el juego sin saberlo–. Es por lo de la piba esa, la putita de San Julián que alborotó todo el avispero…

A través de la escucha se oyó al Ricky despotricar a grito pelado contra Casarotti.

Pero fue cuando arribó al hotel Liberty Glaciares y contempló lo que estaba sucediendo que se descontroló por completo: dos patrulleros de la Policía local, con sus luces destellantes, estaban estacionados frente a la entrada principal del lujoso establecimiento, mientras varios agentes uniformados conducían detenidas a dos jóvenes con rostro de pánico, una de ellas Sole, la *escort* uruguaya del Lirón.

Uno de los matones del Ricky se bajó y preguntó qué sucedía: “Un operativo para combatir la prostitución en los hoteles de lujo”, le dijeron. Y era verdad: la jueza Ducatti había persuadido a su colega de El Calafate de llevarlo adelante con el argumento irrebatible de que era parte esencial de una acción mayor para liberar a una joven secuestrada.

A esa altura, el Capito estaba desesperado. Y peor aún cuando vio por el retrovisor que el Renault llegaba al hotel y se estacionaba a media cuadra del deportivo.

Su preocupación era qué hacer con la “mercadería”. No podía ocuparse él mismo, porque estaba siendo vigilado. Ni siquiera podía impartir las instrucciones en persona: el que las recibiera sería seguido por la Policía y el escondite descubierto. No tenía otra alternativa que manejarse con el teléfono, aun sabiendo que era inseguro.

En ese momento sonó su celular.

Miró el *display*: era un reclutador periférico de la organización, un *cafiolo* de poca monta, pero que tenía buenos contactos y manejaba información. Un tal Nacho.

***

María del Huerto

Tal como lo presentía –el sexto sentido de las mujeres nunca falla–, el jueves al mediodía me llamó Fede.

–Te hablo solo un segundo, para decirte que todo marcha bien –el Gallego parecía apurado y misterioso–: No puedo decirte más, pero puede haber novedades.

–Ay, no me digas, la alegría que me das –no pude contenerme: era la primera vez que Federico me decía algo concreto. Siempre me alentó, es verdad, pero me decía cosas como "quédate tranquila, esto va a terminar bien" y "no te preocupes, el asunto está en buenas manos". Que las decía de buen tipo que era, pero que no significaban nada.

–Bueno, no te entusiasmes, veremos qué pasa –me atajó, para que no echara campanas al vuelo.

–¡Qué suerte que me llamaste! Ya estaba preocupada, hace como un mes que no sé nada de vos –exageré, y luego continué, con voz de mimosa–: Podrías decir algo más para alentarme, te estaba extrañando pila…

–Pues… te digo que, como ves, siempre estás presente en mis pensamientos –eso era verdad, me lo había demostrado tantas veces, me hacía sentir orgullosa (no sé qué tenía ese gallego, pero cuando me hablaba de ese modo, me meaba encima)–. Pero vamos, ahora tengo que cortar.

No sé por qué lo pregunté. Se escuchaba perfecto, como si Fede estuviera a la vuelta de la esquina. Quizá haya sido, una vez más, la intuición femenina:

–Qué bien se oye, Fede. ¿De dónde me estás hablando?

–Estoy mucho más cerca de lo que te imaginas. Beso gordo, ¡hasta pronto!

Quedé dura, no alcancé a responder. Mi corazón latió fuerte.

O sea que estaba en el sur.

Me encerré en mi cuarto a pensar. Dudé como una hora. Mi cabeza iba y venía, con ideas muy diferentes. Al final me decidí. Porque soy una chica joven, pero siempre he sido muy decidida: agarré el celu y

llamé al Nacho.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

Los hechos ocurrieron a ritmo de vértigo.

Sabíamos que el caos se había instalado en la banda, y que Ricky estaba fuera de control. Pero no sabíamos cómo iba a reaccionar.

Poco después del mediodía la Ducatti recibió una llamada de Olavarría. Se lo escuchaba excitado, nervioso, a tal punto que por una vez dejó de lado todo formalismo:

–Señora jueza: hace minutos el Capito recibió una llamada de un tal Nacho, que le comentó (textual): “la mano viene pesada”, “se dice que están preparando un rastrillaje por todo Calafate y alrededores” y “hasta trajeron un europeo, un español, para respaldarlos en el operativo” –Olavarría se despachó con el reporte, sin interrupciones.

–¡Pero qué cosa! ¿Cómo saben eso? –Graziella trató de ocultar su contrariedad y desaliento. ¿Estábamos, ¡otra vez!, ante una filtración de la Policía o la Justicia?

–Pero hay más, señora jueza: no bien cortó con el Nacho, el Capito se comunicó con uno de sus colaboradores más cercanos, el Picana, y le dio instrucciones, casi a los gritos: “No bien sea de noche, muevan la merca, ¡no se dejen estar!, al depósito que dijimos”.

Contuvimos la respiración.

El primer objetivo estaba logrado. El agite fue tan grande que el Ricky se decidió a ejecutar la operación más arriesgada: recoger a la chica y cambiarla de escondite, a pesar del notorio despliegue policial.

Pero no teníamos ni idea de dónde se encontraba “la merca”. Peor aún: si bien el celular del Picana estaba intervenido, debido a la escasez de vehículos el sujeto no estaba siendo vigilado. Ignorábamos dónde se encontraba en ese momento. Para completar el lado sombrío del cuadro: ¿cómo diablos sabían de la presencia del ingeniero Sánchez en el sur?

Movimos nuestras piezas con celeridad.

Alertamos a los agentes de particular que se encontraban en las

cercanías de los aguantaderos conocidos de los González Bermejo: si observaban movimientos sospechosos, debían informarnos de inmediato. Solicitamos al jefe Otero –tal cual lo habíamos convenido– que instalara piquetes de control policial en las tres salidas de El Calafate (Ruta 11 hacia la 40, Ruta 15 y Ruta 11 hacia los glaciares). Le advertimos que si el Ricky o el Picana eran detectados en un piquete, no fueran detenidos. Y que nos avisaran enseguida. Nuestro objetivo era conservar la iniciativa, estar un paso por delante de la banda y mantener el caos en su funcionamiento. Obligarlos a usar las líneas intervenidas, para que revelaran sus movimientos.

Sin embargo, sabíamos que el tiempo jugaba en nuestra contra. Si transcurrían un par de horas sin novedades, serían muy malas noticias. Nos habrían burlado por completo. Mentiría si no dijera que los nervios me comenzaron a dominar.

***

Federico Sánchez de la Reina

La tensión crecía. Para bien o para mal, se acercaban los momentos decisivos.

Todavía era horario laboral en España. Las llamadas que recibía en mi móvil no las atendía, por supuesto. Solo lograban importunarme. El teléfono volvió a sonar. Lo miré de reojo. El *display* destelló: Cami. Mi corazón casi sufre un infarto: ¡esto sí que no lo esperaba!

–Sí, habla Roberto… –atendí, inquieto, con mucha prudencia.

–En la misma esquina que la otra vez, dentro de treinta minutos –la voz se oyó tan imperativa y segura como en la ocasión anterior, aunque bastante más tensa–. Es muy urgente.

–Vale, allí estaré… –balbuceé, mientras me preguntaba: ¿por qué yo?–: Es conmigo, ¿estás segura?

Se produjo un breve silencio.

–Como están las cosas, no me puedo comunicar con nadie más.

–¡Allí estaré!

Clic. Había cortado, rápida y eficiente como siempre. Esa mujer sí sabía cómo hacer su trabajo. Una vez más esbocé una sonrisa: ¡Cami!

***

Ingresé al despacho de la jueza de manera intempestiva.

–Tengo que salir media hora. –le dije de sopetón.

–¿Ahora? –me preguntó, sorprendida.

No es que considerara mi presencia en la sede judicial demasiado relevante, pero le molestó que me separara del equipo justo en esos momentos.

–Puede ser importante.

–Bueno, regrese lo antes que pueda –me dijo, no muy convencida.

Río Gallegos no es demasiado grande. Además, ahora conocía la ciudad. No tuve mayor dificultad en apostarme, veinticinco minutos después, en la esquina convenida. Estaba más tranquilo: conocía la rutina y sabía a quién esperar. Me había calado un gorro deportivo con visera y unas gafas de sol de gran tamaño. Era difícil que alguien me reconociera, pero igual tomé mis precauciones. Me recosté a la pared con un diario del día en la mano, mientras comía una medialuna.

Tres minutos después de la hora, una rubia teñida, de tacones altos, vestida con sobriedad, pasó a mi lado. Con hábil discreción depositó sobre mi diario un pequeño sobre blanco. Minutos más tarde llegué a mi coche, estacionado a un par de cuadras.

Examiné ansioso el contenido del sobre. Después partí hacia el juzgado con la mayor urgencia.

***

Aline

El jueves nos la pasamos esperando.

La jueza no llamó y Edwin estaba cada vez más desesperado. No fue a trabajar. Estuvo todo el día dando vueltas alrededor del teléfono. Cada vez se sentía más culpable. Yo le decía: “no fue tu culpa, te tenían amenazado; además, no lo hiciste por vos, sino por nosotros”. Pero no había caso. Me destrozaba el alma verlo así. Todos los argumentos que se le ocurrían eran en su contra. No dejaba de pensar

que si algo le pasaba a Lore, sería su responsabilidad.

Ya eran como las tres de la tarde. Le sugerí que llamara de nuevo a la jueza. Dudó mucho, pero al final me hizo caso. ¡Para qué!

–Buenas tardes. ¿Es el juzgado de Río Gallegos?

–Sí, ¿en qué puedo servirle?

–Quisiera hablar con la doctora Ducatti, si fuera posible.

–¿De parte de quién?

–Dígale que habla Lonogan, de San Julián. Ella me conoce bien.

–Aguarde en línea.

Esperó largo rato. Es lógico, le dije, estará atendiendo otros asuntos. Al final, a las cansadas, apareció la secretaria:

–La señora jueza ahora está muy ocupada –dijo, con cierta incomodidad–. Si quiere, llame a última hora, o mejor mañana por la mañana.

Edwin colgó lentamente. Caminó unos pasos y se dejó caer sobre un sillón, abatido: era evidente que la jueza Ducatti, a quien tanto admiraba, no quería atenderlo.

–Aline, querida: mañana viernes a primera hora me voy para Gallegos… Les voy a caer en persona, y que sea lo que Dios quiera.

"¡Ese es mi Edwin!", recuerdo que pensé.

***

Federico Sánchez de la Reina

Ingresé al Centro de Operaciones con el pequeño sobre blanco en la mano. Justo en ese momento, en la sede judicial habían recibido una llamada de Lonogan. Jueza y fiscal discutían acerca de la conveniencia de hablar con él.

–No, de ninguna manera –la jueza zanjó la discusión, con tono enérgico–. Ya decidimos que Lonogan va a permanecer encapsulado hasta el final del operativo. Dígale que estoy ocupada, que no lo puedo atender.

***

–¿Cóóómo? ¿En una cueva? ¿Qué es esto? –exclamó Graziella, excitada por la novedad, pero un tanto molesta: no le gustaban las sorpresas.

La jueza –ya lo he dicho– es de pocas pulgas. Y a esa altura del día su humor se había agriado bastante.

–Este mensaje me lo entregó hace media hora una persona de mi conocimiento, que me merece mucha confianza –explicó Federico Sánchez; y como la jueza seguía mirándolo fijo, sin decidirse, agregó, casi como una confesión–: Me lo entregó… Cami.

Graziella Ducatti abrió los ojos, asombrada. Era evidente que sabía de quién se trataba, pero no dijo nada.

–¿Y por qué a usted?

–Según me dio a entender, la situación está muy complicada y bueno… eh… solo a mí me lo podía entregar sin correr demasiados riesgos –el ingeniero hizo una pausa, y le preguntó–: ¿Usted la conoce, doctora?

Graziella se sobresaltó. Tal vez Federico no hubiera estado bien, pero eran momentos de gran tensión y de algún modo se sintió acosado. De todas formas la jueza no contestó. Siguió adelante como si nada.

–A ver, démelo. Veamos exactamente lo que dice.

Federico le entregó el papel.

Está en una cueva. km 18, a la derecha

Meditó un instante. Justo en ese momento, Olavarría reportó:

–Aníbal Hernández, alias el Picana, detectado en control de salida de Calafate por la 11, hacia la 40. No fue detenido, según indicaciones. Ahora retomó su curso: viaja en vehículo marca Chevrolet, modelo Corsa año 2007, con otro masculino y una femenina. Solicito instrucciones.

A Graziella le brillaron los ojos con un relampagueo de inteligencia y determinación: era el preciso instante que había ansiado durante todo el día. No, miento: lo había esperado durante semanas, quizá

meses.

A continuación sentenció:

–Bien. Todo cierra. Por el kilometraje y la dirección del Picana es evidente que la ruta que no se menciona en la nota es la 11 –y luego, echando mano al *walkie-talkie*–: Olavarría, oigamé…

–¿Sí, doctora?

–"La cruz" está en la ruta 11, kilómetro 18 a la derecha, mano Calafate, en una cueva, ¿me copió? –la voz se escuchó firme, decidida; pero no pudo ocultar la emoción.

–Sí, doctora… ¿En una cueva, dijo? –preguntó el oficial, confundido.

–Sí, en una cueva.

–Pero… ¿en una cueva natural, de piedra?

–Lo único que sabemos es eso. Pero mire que no va a hacer turismo. ¡Salga para allá de una vez, Olavarría!

–Sí, doctora, disculpe –el solícito oficial se sorprendió por el fastidio de la jueza–. ¡Parto ya mismo!

–Okey. A máxima velocidad, pero con discreción. Mire que el que va a cambiar la "merca" es el Picana, un tipo peligroso.

–Quédese tranquila, me mantendré alerta.

–Dígale a Rodríguez que no le pierda pisada al Ricky.

–Comprendido.

–Nosotros también salimos para allá, cambio y fuera.

–Cambio y fuera.

La Ford doble cabina de Olavarría y el Corsa azul de Marchand partieron raudos hacia la misteriosa "cueva". Mientras tanto, la jueza, Federico y yo nos zambullimos en un Peugeot último modelo, que el jefe Otero había puesto a nuestra disposición con su mejor chofer al volante. Según lo previsto, arribaríamos a la "cueva" poco después que Olavarría, justo a tiempo para observar el procedimiento.

Eran las cinco de la tarde. Comenzaba el atardecer. A pesar de estar sobre fines de la primavera, al caer el sol la temperatura descendía bruscamente. Esa noche se esperaba que llegara a registros bajo cero.

Las llanuras pedregosas y solitarias que separan El Calafate de la capital parecían acompañar nuestro estado de ánimo. Aquí y allá, tropillas de guanacos pasaban a nuestro lado con su gracioso andar. La angustia y la incertidumbre nos dominaban. El aire se cortaba a

cuchillo. Nadie se atrevía a pronunciar palabra.

***

Federico Sánchez de la Reina

–Ya son las cinco –dijo la fiscal Karla.

No pude sino recordar a otro Federico, andaluz como mis hijas: *Eran las cinco en todos los relojes. Eran las cinco en sombra de la tarde.*

Íbamos por aquellos parajes desolados a tomar parte en un hecho en el que –en mi tranquila vida anterior– jamás hubiera soñado participar. Aunque hacía tiempo había comprendido que, al descender aquel mediodía del avión y pisar por vez primera las tierras del sur en San Julián, ingresé a un nuevo mundo, donde todo podía suceder. Sus coordenadas de tiempo y espacio eran diferentes a lo que conocía hasta entonces. Y ese atardecer de reminiscencias lorquianas, en que el inmenso cielo de aquel páramo amenazaba arder con llamaradas rojizas, era el camino de entrada a un mundo donde el surrealismo campeaba a sus anchas.

En el silencio absoluto que reinaba en aquel automóvil, mi pensamiento voló hacia Cami.

¿Quién era aquella misteriosa mujer?

Recordé las palabras de Ayelén y Jorge Luis: “tenemos gente adentro”. ¿Sería ese el caso? ¿Y cuál era su relación con la red de proxenetas? Quizá se sentía impulsada a actuar así al ver el trato bestial que, día tras día, propinaban a otras mujeres, víctimas como ella. ¿Y por qué ese nombre?, ¿encerraba algún significado? ¿Sería un ancla arrojada por su propia identidad, temerosa de naufragar en las aguas de una doble vida?

En cualquier caso, no podía apartar mi pensamiento de aquella enigmática mujer, dueña de un coraje sobrehumano. Había que convivir todos los días con esa mafia repugnante. Y también dueña de una elegancia en el andar y en el vestir ajena al medio en el que se movía. Me obsesionaba el misterio que emanaba de su figura más bien alta, de tonos sobrios y cabello de falsa rubia.

En eso pensaba, cuando de repente me sobresaltó la voz ronca de

Atanasio Rodríguez en el intercomunicador.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

El Peugeot avanzaba a alta velocidad por la estepa, cuando se escuchó al oficial Atanasio Rodríguez irrumpir a través del *walkie-talkie*:

–Habla el sargento Rodríguez, tengo novedades.

–Adelante, Rodríguez.

–Nos encontrábamos en seguimiento del masculino, pero dicho sujeto tomó una dirección extraña…

–¡No me diga que lo perdió! –la Ducatti no se pudo contener.

–No, señora jueza –se apresuró a serenarla el policía–. Interceptamos una comunicación del masculino con un tal Serbio, en la que el sujeto le dijo que se encontraba en grave riesgo y le pidió protección urgente.

Igor Radapek, alias el Serbio, era el representante más "distinguido" de la célebre mafia Caballeros de los Balcanes en el extremo sur del continente. El núcleo duro de sus actividades era el narcotráfico. Sus operaciones abarcaban Argentina, Uruguay, Perú, Ecuador, Paraguay, parte de Chile y los estados del sur de Brasil. Les interesaba el mercado local, pero sobre todo utilizar estos países como trampolín de entrada a Europa, donde los dividendos a obtener eran muy superiores. Si bien las drogas eran el *hard core* de su "actividad empresarial", en los últimos tiempos habían incursionado en el creciente y lucrativo negocio de la trata de personas, tanto para proveer fábricas de trabajo esclavo, como para abastecer a las redes de explotación sexual. Endurecidos hasta la inhumanidad por la reciente guerra en Yugoslavia, donde se desempeñaron como mercenarios al mejor postor, eran conocidos por su crueldad y su falta de códigos. Es decir: poseían las virtudes ideales para el "reclutamiento forzoso" y el "transporte seguro" de las víctimas. Administrar los "servicios de prostitución" no era lo suyo: lo consideraban un negocio al menudeo, indigno de su prontuario. En esos casos, a lo sumo, brindaban "protección" a sus clientes.

Que era lo que en esos momentos le solicitaba, desesperado, Ricardo Semprún, alias el Ricky.

Seguido desde la mañana por un vehículo (que ya no tenía dudas que era policial), desbaratadas sus operaciones en los hoteles de lujo (lo que de paso le podía acarrear un grave problema con Casarotti), con la Policía próxima a encontrar a una menor secuestrada en su poder (¡no menos de diez años de cárcel!), el Ricky estaba fuera de sí.

–¡Me están siguiendo! Van a encontrar una merca rejoven que traje de San Julián. ¡Sacámelos de encima, me tenés que proteger! –le gritó al Serbio, desbocado–: ¡Me están por coger parado! ¡No ves que si me la clavan a mí, después te la van a dar a vos!

–Tranquilizate… –su voz era de una frialdad absoluta, la tragedia del Ricky no le movía un pelo–. Nosotros vamos a ubicar y proteger a vos. Pero digo una cosa, escuchame bien: ¡no vayas venir por estancia!

No era lo que el Ricky esperaba.

Bajó a sus matones del auto y arrancó a toda velocidad. Atravesó la ciudad, tomó la 11 y se internó en la 40 con rumbo a El Chaltén. El coche *sport* volaba en la ruta, a tal punto que en ocasiones Atanasio Rodríguez perdió contacto visual con el sujeto. En cierto momento, luego de cruzar el río La Leona, pareció que los había despistado por completo. Rodríguez hizo detener el auto en una altura del camino y subió a las corridas un promontorio que se elevaba a un costado, prismáticos en mano. En efecto, el BMW no se había desvanecido: una larga estela de polvo le permitió comprender que el Ricky había doblado a la derecha en una entrada y ahora avanzaba a campo traviesa.

Atanasio retomó la persecución. La entrada era la portera de una estancia, cuyo nombre aparecía en un viejo cartel desvencijado colocado al lado del camino: La Baguala. No se veía el casco de la estancia, ni siquiera algún puesto.

Siguiendo la estela de polvo, aunque sin ver el automóvil, se internaron en el campo, pedregoso y desolado como todos los de esos parajes. La senda, que apenas se adivinaba, estaba bordeada de cactus y, cada tanto, por algún calafate. Al llegar a la parte superior del repecho, Rodríguez y sus compañeros divisaron en el valle una hermosa casona, rodeada de arboledas y pastizales de un verde

intenso. Frente a la casa estaba estacionado el deportivo, junto a una flamante camioneta cuatro por cuatro. Rodríguez decidió permanecer en la altura, desde donde podían contemplar lo que sucedía sin ser vistos, mientras solicitaba instrucciones. Se dirigió al Renault para tomar los prismáticos, preocupado: la tarde caía y pronto la visión sería escasa.

***

**Luis *el Tula* Gasarian, reo de la U.15,
cárcel federal de Río Gallegos (28 años)**

Cuando el Serbio me pegó el grito pa' que fuera, enseguida me di cuenta lo que quería. También llamó al Benicio, el pibe joven que siempre le anda atrás, pa' que ayudara.

El convertible rojo había bajado el cerro como pedrada, y eso no le gustó nada al Serbio. Además, un rato antes lo escuché puteando a los gritos contra el Ricky: que quién se creía que era pa' caer así nomás por las casas, y algo sobre los milicos que no agarré la onda porque el gringo habla de lo más atravesado… Pero cuando lo vi aparecer al Ricky en el deportivo levantando polvareda, enseguida le dije al Benicio:

–¡Este está frito!

Porque el patrón es seco en la patada y frío como un pescado. Yo lo conozco bien, le hice unos cuantos trabajos y sé cómo piensa. Es un tipo derecho. Pero como malo… ¡malísimo! Igual se lleva un tipo puesto y no se le mueve un pelo.

El Ricky se bajó del auto a la disparada, mirando pa' atrás como loco, con los ojos abiertos como el dos de oro, medio falopeado. El Serbio abrió la puerta, bien despacio. En ese momento llegamos nosotros.

–¡Me tienen como loco, los hijos de puta, anduvieron todo el día atrás mío! ¡Ayudame! –le gritó el Ricky al patrón, como un energúmeno.

Y como el gringo lo miraba a los ojos sin decir nada, siguió dándole a la matraca:

–¡Me tenés que proteger! No te olvidés que me debés un montón de favores. Mirá que si me cagan a mí, te van a cagar a vos… Acordate que yo sé un montón de cosas, Serbio.

Y ahí la cagó del todo.

El gringo lo miró con desprecio. Luego nos miró a nosotros, nos hizo una seña con la pera, como diciendo: "muchachos, denle pa' tabaco".

Y el trabajo había que hacerlo… así nomás, rapidito, sin muchas vueltas. Un palo y a la bolsa.

***

Federico Sánchez de la Reina

Nos acercábamos al fatídico kilómetro 18.

La cacería del Ricky nos mantuvo en vilo buena parte del recorrido. Pero ahora el momento había llegado.

–Olavarría, ¿dónde se encuentra? –preguntó la jueza.

–En el lugar de los hechos, doctora –respondió el oficial, inquieto–. Hemos recorrido varias veces las inmediaciones del punto, y todavía no vimos el Corsa del Picana. Es pasando la entrada al aeropuerto y antes de Punta Gualicho.

–¡Qué lo parió! –masculló la Ducatti, la única vez que la escuché maldecir–. Y ya se viene la noche. Deben estar esperando la oscuridad. Nosotros vamos a parar en el kilómetro 14, para no hacer multitud en el punto; usted siga con los ojos bien abiertos. Cualquier novedad nos llama y caemos enseguida. ¿Comprendido?

–Sí, doctora.

Estacionamos en una entrada de ripio. Recuerdo que enfrente había un puesto de frutas, que a esas horas ya estaba cerrado. Permanecimos allí cerca de media hora. La noche se adueñó del lugar. Mantuvimos las luces apagadas. Los comentarios entre nosotros eran mínimos. ¿Habrían cambiado de planes? ¿Los habríamos perdido? Esperábamos, cada vez más ansiosos, la llamada de Olavarría.

De repente, la voz gangosa volvió a surgir de la radio:

–Seguimos en lo alto del cerro, el deportivo permanece frente a la casona, no se observa movimiento alguno –se escuchó la voz ronca del

oficial Rodríguez–. Solicitamos instrucciones, señora jueza.

Graziella nos miró, un tanto dubitativa: era evidente que su cabeza estaba con Lorena, Olavarría y la cueva, y que todo este episodio del Ricky la distraía de su objetivo y la perturbaba. La fiscal le hizo señas de esperar, y yo levanté mis pulgares en señal de aprobación.

Ya iba a comunicar las instrucciones a Rodríguez, cuando a través de la radio se escucharon, nítidos, tres disparos de armas de fuego.

–¡Hay disparos en la casa! –gritó Atanasio.

Se hizo un silencio. Contuvimos la respiración.

–Los agentes me dicen que se vieron tres fogonazos afuera, en el jardín. La visibilidad es baja, esto está muy oscuro… todavía no sabemos lo que sucedió.

La Ducatti volvió a mirarnos. Sus ojos estaban bien abiertos y su mente razonaba a toda velocidad.

Fue en ese momento cuando se escuchó, con voz apenas audible:

–Sujeto en la visual. El Corsa avanza lento. Parece que son tres, dos masculinos y una femenina, están viendo que no haya moros en la costa.

–Comprendido, vamos para allá, cambio y fuera –respondió la jueza.

Y luego, dirigiéndose a Rodríguez:

–Deje pasar treinta minutos, y si no se verifican nuevas acciones, proceda.

Con el corazón en la boca emprendimos la marcha, mientras escuchábamos por el comunicador, siempre en un susurro:

–Corsa dobló hacia la izquierda. Tomó una huella. Ahora se detiene en un terreno baldío cerca de la ruta, detrás de un terraplén. Bajan un hombre y una mujer. Conductor permanece en el rodado…

Casi estábamos en el lugar. Bajamos la velocidad, nos detuvimos a una cuadra, apagamos los faros.

–Sujetos caminan por el terreno, ahora corren unas chapas metálicas del suelo, se ve poco, está muy oscuro. Parece que se los hubiera tragado la tierra… debe ser la cueva. Señora jueza, solicito autorización para proceder –la voz de Olavarría esta vez sí se escuchó fuerte y decidida.

–Intervenga, Olavarría, ¡intervenga ya! –sentenció la jueza.

Y al chofer:

–Vamos para allá.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

En el momento que arribamos se escucharon los primeros disparos. Serían alrededor de las nueve de la noche y la oscuridad era completa.

El conductor, tomado por sorpresa y consciente de que se encontraban rodeados, trató de escapar en el Corsa. Pero al pasar cerca de la Ford fue literalmente acribillado por dos agentes parapetados detrás de la camioneta, equipados con armas de grueso calibre. El vehículo, fuera de control, se estrelló contra una loma de tierra.

Mientras tanto, Olavarría y Marchand intentaron asomarse a la boca de la cueva, pero fueron recibidos a balazos por el Picana y su compañera. Se guarecieron tras unos promontorios de ripio cercanos, mientras a gritos pedían a los agentes de la Ford que solicitaran refuerzos.

Era muy difícil adivinar lo que sucedía en las sombras. Ahora, bastante tiempo después de aquella noche, pienso que la excitación provocada por el miedo y la angustia me impedían comprender lo que estaba viviendo.

Echamos pie a tierra. La jueza se dirigió al lugar de los hechos con determinación (casi diría con temeridad), mientras el conductor, empuñando un arma corta, trataba de protegerla con su cuerpo. Yo la seguí a poca distancia. Todos avanzábamos con cierta torpeza, tropezando en los montículos de tierra y piedras que no veíamos en la oscuridad.

En ese momento alcanzamos a ver unas sombras que asomaban de la cueva.

–¡Foco! –gritó Olavarría sin dudar un instante.

Uno de los agentes de la Ford encendió el faro piloto de la camioneta y un potente halo de luz bañó las sombras que pretendían alejarse de la cueva.

–¡Hijos de puta! –aulló el Picana fuera de sí, al verse sorprendido–,

si me disparan, la mato… Oyeron bien: ¡la mato! –siguió gritando, mientras con su brazo sujetaba por el cuello a una frágil joven que tenía encañonada con su pistola, y que trataba de ovillarse sollozando de miedo.

La compañera del hombre intentaba protegerse ocultándose tras ellos.

Fue en ese momento que, temerariamente, el Francés Marchand abandonó el montículo donde se resguardaba y avanzó –con su Bersa Thunder 9 milímetros en mano– directamente hacia el Picana, a cuerpo descubierto.

***

Federico Sánchez de la Reina

El delincuente se vio de nuevo sorprendido y esta vez no supo cómo reaccionar: descuidó un instante a la joven, que escapó de su brazo, cayó al suelo y huyó despavorida. Alcanzó a disparar dos veces a Marchand, antes de que Olavarría lo abatiera de un certero impacto en el pecho. La mujer que estaba con el hombre saltó el alambrado y huyó a campo traviesa rumbo a la ciudad, perdiéndose en la oscuridad.

–¡No la sigan! –gritó Olavarría, mientras organizaba a sus efectivos–: Pérez, atienda al Francés, parece que le dieron… Ruso, vos buscá a la muchacha secuestrada, fíjate dónde se metió… Cachila, esposá al malandro, ya mismo.

Recién en ese momento llegaron los refuerzos.

La jueza se acercó a Olavarría, secundada por la fiscal. En su mirada se leía la admiración por la seguridad y don de mando exhibidos por el oficial.

–Jefe, al Francés le dieron en serio –dijo Pérez, muy preocupado.

–¡Pidan una ambulancia, qué están esperando! –vociferó Olavarría, angustiado, y se dirigió a donde el Francés estaba tendido en el suelo.

–Mire, jefe, ¡la bala le atravesó el chaleco!

–¡No puede ser! Un disparo calibre 22 no puede atravesar un chaleco de los nuestros. ¿Qué mierda pasó?

El oficial y el agente se miraron, incrédulos. Había algo que no cerraba… Y era muy feo.

Olavarría se separó un instante del Francés, afligido.

–Jefe, no puedo encontrar dónde carajo se metió la muchacha.

–Fiorito y Kovalesky, ¡ayuden al Ruso a encontrar a la piba!

–¡Me parece que el malandro se las toma, jefe! –advirtió el Cachila, que de todos modos había esposado al Picana.

–¿Cóómo?

–Sí, sí… Está boqueando.

–Paah… –se lamentó Olavarría.

No le preocupaba la muerte del Picana, aunque luego los de Asuntos Internos lo someterían a un incómodo interrogatorio. Mucho menos lo movía la compasión: Olavarría pensaba que “bien merecido se lo tenía”. Pero sí lo inquietaba perder la conexión con el Ricky y los capos mayores de la banda. Al Picana lo habían agarrado *in fraganti*, tenía asegurada una larga condena. Y eso era moneda de cambio para obtener valiosa información y poder incriminar a los cabecillas. El Picana era un pez menor. A Olavarría le interesaban los peces gordos.

Finalmente arribó la ambulancia, con el médico y los practicantes. En la oscuridad, los guiaron con linternas para que asistieran cuanto antes al Francés.

–Jefe, seguimos sin poder ubicar a la muchacha… ¡Parece que se la hubiera tragado la tierra!

–¡Pero qué les pasa, carajo! –bramó Olavarría al Ruso y sus ayudantes. No lo podía creer: había liberado de sus secuestradores a alguien que podía ser Lorena y ahora no la encontraban por ningún lado, en aquel paraje desolado en las afueras de El Calafate.

De repente, el conductor del Peugeot se acercó a la Ducatti, agitado:

–Disculpe, el sargento Rodríguez se quiere comunicar con usted.

La jueza marchó rumbo al coche. Olavarría aprovechó para acercarse al médico que atendía a Marchand. Ya había completado una primera inspección del herido y ahora daba instrucciones a los camilleros.

–¿Es muy grave, doctor?

–No, no, este hombre es muy corajudo y va a salir adelante –le respondió alzando la voz, para que el Francés lo escuchara; luego

apartó al oficial y le susurró–: La bala le alcanzó la columna… Va a sobrevivir, pero puede sufrir daños importantes, sobre todo de movilidad, ¿me entiende?

Olavarría sacudió la cabeza, desconsolado. Pero no alcanzó a responderle: en ese momento se acercó el practicante que atendía al Picana:

–Doctor –le dijo, preocupado–. El paciente se nos va.

Antes que el médico pudiera responder, saltó Olavarría, desbordado por la angustia de ver al Francés luchando por su vida:

–¡Déjelo que se vaya a la puta madre que lo parió! –vociferó, luego de lo cual giró sobre sí mismo y se dirigió al Peugeot donde se encontraba la jueza.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

–Rodríguez me acaba de reportar lo sucedido en la estancia La Baguala. ¡Es sorprendente! –nos dijo Graziella, y relató en tres frases lo informado por el sargento.

Luego de la conversación por radio con la jueza, Atanasio siguió vigilando la casona. A pesar de la oscuridad, les pareció ver que en el lugar donde se habían producido los disparos, un par de hombres arrastraban por el suelo algo pesado e inerte. ¿Tal vez un cuerpo? No tenían certeza. Además, no querían importunar a la jueza: sabían que estaba en medio de un procedimiento muy riesgoso. Esperaron los treinta minutos y bajaron hasta la casona. La camioneta y el deportivo seguían estacionados en el mismo lugar. El silencio era absoluto. En el ambiente parecía olerse el aroma de la sangre. No se veía un alma por ningún lado.

Golpearon la puerta. Luego de una breve espera, un pelirrojo cincuentón de aspecto fuerte y rudo, que hablaba español con dificultad, los atendió sonriente. Se identificaron, los hizo pasar y les mostró su pasaporte: se trataba de Igor Radapek, natural de Novi Sad, Serbia. Todo parecía estar en regla. Le preguntaron por el coche *sport* y respondió que era de un amigo: se lo dejó para que lo cuidara, dado

que se iba a ausentar por algún tiempo. Le manifestaron que oyeron disparos un rato antes: se sonrió, eran los peones cazando una liebre patagónica para la cena. Le consultaron si podían dar una ojeada al lugar: les dijo que no tenía problema. En una inspección primaria (dado que carecían de orden de allanamiento), no encontraron nada que revelara actos de violencia. En ese momento solicitaron nuevas instrucciones a la jueza.

–Vamos a analizar la información que tenemos y luego libraremos una orden para una revisación exhaustiva. Con esa gente no se juega… –les respondió la Ducatti–. Ahora pueden retirarse y mañana a primera hora me hacen llegar el parte al juzgado.

Nadie se atrevió a reprocharle a la jueza la media hora que hizo esperar a la Policía sin entrar en escena. No hubiera correspondido. Para ella, y para todos, la prioridad era la vida de Lorena.

De repente, un grito del Ruso a voz en cuello, atravesó la noche:

–¡En la cueva! ¡Jefe, está en la cueva!

Nos miramos. Contuvimos la respiración. En el silencio de aquella noche fría y oscura, se oyeron las pisadas apresuradas de un puñado de mujeres y hombres empujados por la ilusión.

El Ruso permanecía en la boca de la cueva.

Con su potente linterna iluminaba un rincón, donde una joven huesuda con un vestido hecho harapos, y su rostro y todo su cuerpo manchados de barro, estaba acurrucada y abrazada a un grueso caño, mientras sollozaba espasmódicamente, mirando al suelo…

***

Federico Sánchez de la Reina

Karla pidió ser la primera en bajar y acercarse sola a la chica. Graziella Ducatti ordenó que así fuera.

La cueva no era natural, sino que había sido excavada. De sus paredes de tierra y piedra manaba agua, por lo que el piso permanecía siempre mojado. Al acercarse, Karla pudo ver que alrededor del grueso caño –que atravesaba la cavidad de forma horizontal– había una robusta cadena, con un candado y unas esposas. Era allí donde la

joven había permanecido secuestrada.

Luego de ser liberada, había corrido a esconderse de nuevo en el hoyo y a sujetarse al caño, en la misma posición en la cual había estado semanas, quizá hasta meses… La cadena ya no la retenía, pero sí la aprisionaba el feroz deterioro mental que le habían provocado.

Un plato hondo y una cuchara, cubiertos de mugre, una botella de plástico de refresco cortada por la mitad con algo de agua, y una escupidera desbordada de heces y orina completaban el cuadro… Era inenarrable. Y real.

Karla, que había estudiado un par de años de psicología antes de dedicarse al derecho, supo manejar la situación:

–Todo terminó… tranquila, tranquila… Somos amigos tuyos y de tu mamá y tu papá… Vinimos a sacarte de aquí, para llevarte a tu casa.

Recién al oír esta última palabra, la adolescente pareció reaccionar. Karla le siguió hablando durante un buen rato, acercándose a ella, pero sin aproximarse demasiado ni tocarla. En la boca del pozo, los demás aguardábamos el desenlace, sin respirar. Nos preguntábamos si aquel saco de huesos cubierto de harapos y de barro sería la joven que estábamos buscando.

–Lorena… –le dijo Karla, de repente.

La joven alzó la cabeza y la miró a los ojos. Fue una mirada vacía, llena de angustia. Luego bajó la cabeza con lentitud, y mirando hacia el piso barroso y mugriento, alcanzó a balbucear:

–No… ahora soy Johanna.

–Sí… sí, seguro… ¿Pero antes eras Lorena y vivías en San Julián?

Se produjo un largo silencio, que pareció no terminar nunca.

Finalmente, la chica volvió a alzar su cabeza. Esta vez, con más decisión, en su mirada y en su voz.

–Sí.

***

Mientras viva, nunca olvidaré ese momento. Sonreímos y nos abrazamos, en silencio, para no perturbar a la joven que estaba siendo atendida por los médicos. La ronda de felicitaciones continuó largo rato. La jueza Ducatti, la fiscal Finocchiaro y el oficial Olavarría eran

el centro de aquella silenciosa celebración. ¡Y bien que se lo merecían! Pero los demás, inclusive este "gallego" –que por el azar había terminado protagonizando esta increíble historia en el fin del mundo–, también nos llevamos nuestro reconocimiento.

Solo la salud amenazada del Francés Marchand, un verdadero héroe de aquella jornada, nos provocaba amargura y frustración.

Un rato después, el frío y el viento se volvieron a adueñar de la noche del sur.

Sin embargo, la ternura y la calidez que emanaban de aquella flacucha adolescente rescatada de las garras de la muerte era algo que nunca, nadie, nos podría arrebatar.

II
EL DÍA DESPUÉS

El Calafate, Río Gallegos y San Julián,
viernes 31 de octubre, 2008

Fiscal Karla Finocchiaro

El sacudón emocional de aquella noche fue tremendo. Pero el día siguiente era viernes, día hábil, y la vida debía continuar. Además, teníamos que hacer el papeleo de lo sucedido. De todos modos, llegar a la oficina y ser recibida por los compañeros con abrazos y felicitaciones resultó conmovedor.

Lo sucedido fue tapa de diarios y cabeza de informativos de radio y televisión, no solo en Santa Cruz sino en toda la Argentina e incluso en el exterior. TVE de España, BBC de Londres y TV5 Amérique Latine le dedicaron notas de sus corresponsales en el sur. La liberación de Lorena fue considerada un impresionante triunfo del bien sobre el mal. Demostró que, a pesar de la evidente desigualdad de fuerzas, era posible librar la batalla. Y que quizá algunas victorias nos estuvieran aguardando a la vuelta de la esquina.



La Voz

Después de vivir en el infierno, el renacer de dos víctimas d

Después de vivir en el infier
de dos víctimas de trata

de marzo de 2011 • Sucesos > Trata de personas

vo y estremecedor relato de la madreque fue escla
mbre pasado, recuperó a su hija tras 11 años

Página|12

Domingo, 8 de marzo de 2009 | Hoy

ULTIMAS NOTICIAS | EDICION IMPRESA | SUPLEMENTOS

INDICE | EL PAIS | ECONOMIA | SOCIEDAD | LA VENTANA | MITOLOGIAS | EL MUNDO

SOCIEDAD › EN EL DIA INTERNACIONAL DE LA MUJER, PAGINA/12 CUENTA LA HISTORIA DE VICTIMAS DE LA MAFIA

Rescatadas de una red de trata

Laura y Marisa son dos de las tantas mujeres que fueron llevadas bajo engaño a los prostíbulos de Río Gallegos, conocidos como "las casitas". Una brigada de la Policía Federal y un equipo del Ministerio de Justicia lograron ponerlas a salvo.

Clarín NO

15/03/2009 - 00:00 | Clarín.com

Rescataron a seis mujeres de un prostíbulo de Río Gallegos

Dos de ellas eran menores de edad. En el operativo fueron detenidas la dueña y la encargada del local.

Seis mujeres, entre ellas dos menores, fueron rescatadas de un prostíbulo de Río Gallegos por la Policía Federal, durante un

Esa noche, una vez producido el desenlace, me comuniqué con el comisario Ítalo Manducatti, por instrucciones de la jueza. Eran las once de la noche. Tuve que inventar una excusa piadosa para justificar por qué no lo habíamos alertado del operativo. Cuando supo que Lorena había sido liberada y que, a pesar de sus graves padecimientos, se encontraba en situación estable, comenzó a gritar de alegría.



Según me contaron, Manducatti avisó enseguida a los vecinos. Pasada la medianoche, a pesar del frío y el viento, una multitud se congregó en la avenida San Martín, a las puertas de la comisaría, llevando velas encendidas. El padre Lozano ofició una improvisada misa campal, y todos agradecieron al Señor por la liberación de Lorena y rezaron por la salud de Stefi. TeleNoticias cubrió el evento y al día siguiente difundió las imágenes por televisión. Ponía la piel de gallina.

Poco más tarde, sucedió un hecho que nunca alcancé a comprender bien. Era medianoche. Graziella estaba a mi lado. De repente tomó su celular y efectuó una llamada. Cuando la atendieron se apartó de mí,

como para no ser escuchada. Eso me llamó la atención, porque hay muy pocos secretos entre nosotras. Pero en aquella ruta y a esa hora, el silencio era absoluto. Además, no se separó lo suficiente. De modo que algo alcancé a escuchar:

–Operativo completado. Hay que sacar a la contadora de aquí.

Y como pareció ser que su interlocutor dudaba, ordenó:

–¡Ya mismo! Usted sabe con quién hablar.

Se ve que todavía le dijeron algo más, porque Graziella respondió:

–Sí, la vamos a extrañar. Pero ahora hay que protegerla. Proceda de una vez.

No sé con quién habló la Ducatti esa noche. Y mucho menos a qué se refería. Nunca me animé a preguntárselo.

***

Recuperar a Lore no fue el único saldo de aquella noche.

Aníbal Hernández, el Picana, falleció durante la madrugada, pocas horas después de ingresar al hospital. Su compañera no pudo ser detenida. Algunos testigos afirman haberla visto tiempo después en El Calafate.

En cuanto al Ricky, la figura más importante del clan de los González Bermejo que participó en el hecho –y personaje clave para desarticular la red– desapareció esa misma noche. Con la jueza decidimos hacer un trato con uno de los secuaces del Serbio Radapek, de apellido Gasarian, atrapado al día siguiente: nos contó lo que sabía, que no era poco, y le otorgamos inmunidad, además de incorporarlo al programa de protección de testigos. Su testimonio no dejó dudas sobre lo sucedido al Ricky, luego que desoyera las advertencias del Serbio y se presentara de improviso en la estancia. Pero además, lo que es mucho más importante, nos brindó valiosa información sobre Radapek, quien al día siguiente de la detención de Gasarian desapareció de La Baguala. Lo que permitió a la jueza emitir una orden internacional de captura en su contra.

***

Luis *el Tula* Gasarian

El tipo se lo merecía. No por ser *cafiolo*, cada uno se rebusca como puede y ese es un trabajo como cualquier otro. Pero eso de tener las pibas encadenadas y que si no hacían lo que quería les metía un palo de escoba por la cotorra, que poco menos que se lo sacaba por la garganta, eso es de puro hijo de puta, nomás. Era un tipo jodido. Los tres tiros… mirá que se los merecía.

¡No vas a pensar que te voy a decir quién lo hizo! No me jodas. Si fui yo, no voy a ser tan boludo de decirlo, por más que ahora tenga la inmunidá y me raje pa' otro lado… Y si fue el Benicio no voy a ser tan hijoeputa de cagarlo… por más lameculo del gringo que sea. Dejalo así, nomás, menos pregunta Dios y perdona.

Oíme, yorugua: si te cuento todo esto es porque yo ya estoy afuera. Me agarraron, me cagaron, tuve que hacer un acuerdo con la fiscal, con la Karla, porque si no me morfaba veinte años en gayola, como si nada… Y yo tengo mujer y un par de pibitos. No tenía otra, tuve que pensar en la mía.

Canté, fui buchón de los milicos, ¡la puta que los parió! Y ahora "voy a empezar una nueva vida", como dicen todos estos pelotudos… Una mierda de vida. En un pueblito piojoso de la cordillera, en el culo del mundo, trabajando de sanitario como un desgraciado. Que era lo mismo que hacía antes, fijate vos. Pero al menos no me van a tener adentro y voy a estar con mi familia.

¿Sobre las pendejas?

No les tengo lástima. Se lo buscaron. Es verdá que hay algunos hijos de puta como el Ricky que matan a las pibas. Las hacen laburar como bestias, no les resbalan un mango y todavía les hacen cualquiera… hasta que se pasan de rosca y la piba va derecho al cementerio.

Ahora… Si ves a las pendejas de trece años, con unas minis rosaditas por allá arriba y moviendo el culito, buscando algún viejo baboso que les regale un aifón por dejarse franelear, ¿cómo querés que termine la cosa? ¡Las agarra algún vivo de estos y las pasa pa' la cueva!

Pero bueno, yo ya estoy fuera del negocio, y si te cuento todo esto es porque me importa un carajo lo que pase, y porque me tienen hinchadas las bolas todas esas viejas tortilleras de los derechos

humanos, que defienden a las pendejas como si fueran unas pobres inocentes, cuando todos sabemos cómo es la cosa: nosotros lo único que hicimos fue aprovechar la bolada.

¡Qué le vas a hacer! Y no es verdá que las engañan. Se hacen putas porque les encanta que les lleven el apunte, les compren cosas, tener guita, ser el centro de atención… ¿Entendés? Seguro, después la cosa termina mal y la culpa la tenemos nosotros.

***

Fiscal Karla Finocchiaro

Lo más trágico fue la herida del sargento Marchand. Aún más dura de asimilar, porque esa bala jamás debió haber atravesado el chaleco antibalas reglamentario de la Policía. Algo olía mal: tendríamos que investigar la licitación de compra. ¿Habrían entregado chalecos de mala calidad? ¿O estaba la Policía empleando chalecos "vencidos"? Sea como fuere, era un hecho de extrema gravedad.

Los resultados de los estudios realizados al Francés no fueron alentadores: era probable que tuviera que utilizar silla de ruedas por el resto de sus días, quedando imposibilitado para ejercer lo que era la pasión de su vida.

Lorena comenzó su lenta recuperación en el hospital de Río Gallegos. Sometida a vejámenes sin nombre durante semanas, los daños físicos y mentales fueron de todo tipo. Me correspondió labrar el acta con sus primeras declaraciones, y debo confesarle que se me movió el piso. ¡Y mire que estoy bien curtida, he oído mucha cosa! Pero nada que se pueda comparar.

(Transcripción de parte de su testimonio)[11]

A.H. (uno de los operadores del *Ricky*) *me comunicó que debía ejercer la prostitución con el resto de las chicas. Cuando le manifesté que me negaba, me golpeó y me dijo: "andá acostumbrándote, de ahora en más vos vas a vivir acá y vas a hacer lo que yo diga, como mujer mía; eso te pasa, pendeja, por querer cortarte con lista propia*

y hacer la tuya". Como yo me seguía negando, me inyectó una sustancia desconocida y me quería hacer aspirar cocaína, y como yo no quería me decía: "esto es para que rindas esta noche". Al final acepté trabajar, por unos días…

Una semana después, cuando junté fuerzas y me volví a negar, me dijo: "ahora sí que te voy a arreglar", y me pegó, y me dijeron que pidió a unos obreros que estaban haciendo un canal paralelo a la ruta que le hicieran una cueva. A la nochecita me metió en la cueva y me esposó a un caño de hierro color gris oscuro… Allí estaban A.H. y también dos chicas que eran sus novias, y todos me pegaban, y A.H. agarró un garrote de color marrón claro y me lo metió por abajo, mientras todos se reían, fumando cigarrillos y apagando los puchos en mi cuerpo. Así estuve unas dos semanas, más o menos, casi sin comida ni agua…

Un día A.H. vino a buscarme porque dijo que había un cliente que me pedía. Me hizo bañar y maquillar, y me mandó con el cliente. Cuando quedé a solas con él, le pedí: "por favor, andá a llamar a los milicos, deciles que acá hay una chica secuestrada". El cliente sale del local y a la media hora caen los milicos. Cuando A.H. los ve me agarra a mí y a dos menores, una de ellas paraguaya y otra tucumana, y nos lleva a la cueva. A eso de las cuatro de la mañana, vuelve A.H. y saca a la paraguaya y a la tucumana, y a mí vuelve a esposarme al caño. Ya de día, llegan A.H. y sus novias, y vuelven a agarrarme a golpes, me pegan con una manguera negra de garrafa, me dan patadas en la cabeza y las costillas, y A.H. me decía: "¿para qué mandaste llamar a los milicos, qué es lo que tengo que hacer para que entiendas que sos mujer mía? Luego, me vendaron los ojos y de nuevo me metieron el garrote y otras cosas por la vagina. A.H. me gritaba: "vos vas a terminar como la otra, con un tiro en la pata, no me importa que me denuncies porque cuando salga te voy a buscar por cielo y tierra y te voy a terminar matando…".

Pasaron varios días, como una semana que estuve casi sin comer; solo la menor tucumana me llevaba agua y cada tanto algunas salchichas. Un día A.H. bajó a la cueva con una tenaza y me quería sacar una muela, y como yo no lo dejaba, primero me apretó con la tenaza la lengua y luego el dedo índice, y después me siguió

pegando en la cara… Otras veces venía con un arma de color plateado y me apuntaba en la cabeza, y luego me gatillaba. Yo no atinaba a hacer nada por el miedo, y si lloraba A.H. me pegaba… A veces yo aflojaba y aceptaba ir a trabajar algunos días al cabaré; entonces, cuando podía, me escapaba a la cocina para comer algo del hambre que tenía. Pero si A.H. me encontraba en la cocina ponía un cable en el enchufe y la otra punta me la ponía en los pechos, y A.H. y sus novias se reían…

***

Federico Sánchez de la Reina

Cerca de la medianoche me enteré de que Karla había hablado con Manducatti.

No podía fallarle a un amigo de toda la vida. Sin consultar a la jueza, para no exponerme a su negativa, llamé a Edwin en San Julián. Atendió Aline:

–Tu amigo está encerrado en su cuarto, muy deprimido. Se dio una ducha, tomó unas pastillas para dormir y se metió temprano en la cama.

Antes que me siguiera relatando los infortunios de Edwin, la interrumpí: era evidente que no sabía nada de lo sucedido. Se lo conté en tres frases. Con el remate de que yo estaba en Gallegos y que había tomado parte en los hechos. Un gran silencio se produjo al otro lado de la línea… Y luego escuché la dulce voz de Aline llamando a su marido y a sus hijos, con una emoción y un alivio que resulta imposible describir en palabras.

Instantes después el galés se puso al teléfono, conmocionado. Fue muy poco lo que pudimos hablar: la emoción lo dominaba. A la distancia alcancé a imaginar, con infinita ternura, esa corpulenta figura de casi dos metros de altura ahogada por las lágrimas.

En ese momento yo ignoraba su duro enfrentamiento con la mafia y sus terribles consecuencias. Y él felizmente desconocía que, a pesar de su sacrificio y hombría de bien, durante varios días estuvo bajo sospecha.

Esa noche también hice otra llamada, que podrás adivinar.

María recién se había enterado de lo sucedido por los rumores del pueblo, que yo vine a confirmar en el momento justo. Su alegría no tenía límites, saltaba y gritaba con infinita felicidad. Luego quedamos para el día siguiente, cuando yo subiera hasta San Julián a despedirme de los Lonogan, antes de regresar a España. Sé que un rato después fue hasta la comisaría con su mamá y otros vecinos a festejar.

***

Fátima

Hacía un buen rato que esperaba la llamada, mientras juntaba mis cosas. Estaba bastante nerviosa, cosa rara en mí a esa altura de la vida. A la una de la mañana sonó el celular de línea segura que me habían dado: en una hora me pasarían a buscar.

Me bañé, me teñí el pelo con un color oscuro parecido al mío verdadero; el cabello de rubia quedó atrás. “Algún día le contaré a mi hija”, pensé. Revisé por última vez mi minúsculo apartamento, era lo más que me permitía mi trabajo como contable de un prostíbulo. Sobre todo para quedarme tranquila de que no dejaba nada que me pudiera identificar. Luego me serví un vaso de Coca, me preparé un sándwich y esperé. Diez minutos antes de la hora me puse el rompevientos negro y unos championes cómodos, cerré la campera, me calcé el gorro de lana, y salí. Llegué a la puerta de la galería Roca, frente al Club Británico. No había un alma en la calle y el frío era polar. A la hora en punto un coche sin matrícula y con los cristales ahumados se detuvo frente a mí. “Hay que tener los huevos bien puestos para subirse a ese auto”, recuerdo que pensé. Pero yo ya estaba muy baqueteada. Ni lo dudé. Y media hora después me bajaba en el aeropuerto de Río Gallegos.

El edificio se encontraba en penumbras, salvo una pequeña salita del lado izquierdo. Los agentes me condujeron hacia allí. Media docena de oficiales de la Fuerza Aérea estaban en plena actividad: dos de ellos miraban unos planos, los demás preparaban sus mochilas. Cuando entramos, todos me miraron con curiosidad. Los agentes me ubicaron

en un rincón y me preguntaron si quería ir al baño. En eso, el jefe del grupo se adelantó:

–En media hora te sacamos de aquí.

Asentí con la cabeza.

–Muchas gracias –respondí.

–Sé lo que hiciste. No es para cualquiera. Felicitaciones.

Me lo dijo todo con la misma voz, sin énfasis ni emociones. Tampoco hubo una sonrisa. Pero casi me aflojo y se me pianta un lagrimón, ¡qué lo parió! Me las aguanté. Entre hombres no era lo que correspondía.

***

Federico Sánchez de la Reina

A media mañana del día siguiente me presenté en el juzgado. Había quedado con Graziella Ducatti de llamar desde allí a mis amigos europeos, por si se producía la "contraofensiva" de las mafias que ellas temían.

Iba por el pasillo, camino de su despacho, cuando la actuaria me atajó.

–¿Vio lo que salió hoy en el *Tiempo de Santa Cruz*?

El periódico, un medio serio, había dedicado una amplia cobertura a lo sucedido la noche anterior. Una de sus notas editoriales celebraba la liberación de Lorena y condenaba las redes de trata. Sin embargo, en un pequeño artículo en página interior, comentaba: "En la madrugada de hoy nos llegó la información, todavía sin corroborar, de que la presencia de la joven en el lupanar fue alertada a las autoridades por un turista español que visitó uno de los prostíbulos". Quedé pasmado.

Pero mucho peor fue un rato después, ya instalado en el despacho de la jueza, cuando su secretaria nos acercó la copia de un suelto aparecido un rato antes en una "edición especial" del pasquín sensacionalista *El Chismoso de la Patagonia*: "Llama mucho la atención que los recientes operativos en hoteles y casas de alterne en Río Gallegos y El Calafate hayan sido motivados por denuncias de un ciudadano español de iniciales F.S.R., que hasta hace poco era habitué

de Las Casitas, sobre todo de la whiskería La Mary-Anne. Según nos confirmó Mary, la encargada del local, su preferencia eran las chicas *muy* jóvenes. Se rumorea que el móvil de la denuncia fue la furia del español por haber recibido un *servicio* que no estaba a su nivel". Más adelante consignaba que "F.S.R. habría sido introducido al mundo de la noche de Gallegos por un amigo suyo de San Julián de iniciales E.L., quien frecuenta una dominicana cuyo nombre de fantasía es Purita".

Me derrumbé en un sillón del despacho.

El temor de Finocchiaro y Ayelén se había confirmado. Sin duda los rumores provenían de la mafia de la trata, difundidos gracias a sus amigotes comprados en la política, la policía y la prensa. Y ese fue solo el comienzo. Tenían que desacreditar estos operativos exitosos, al precio que fuera, para impedir que siguieran adelante.

Por suerte, el "alerta previo" a nuestros amigos europeos fue providencial. Cuando un rato más tarde nos comunicamos con ellos, nos enteramos con sorpresa de que incluso a Bruselas ya habían llegado las noticias del operativo. Parecía que el mundo entero hubiera estado esperando para celebrar al menos alguna escasa victoria sobre ese otro mundo, invisible y oscuro, lleno de violencia y explotación. "Esperando sí, pero no actuando", recuerdo que pensé con amargura.

Pero no había marcha atrás. Tampoco para mí. En los días siguientes, rodeado por los buenos amigos del sur y alentado por las contundentes declaraciones de Artemio, Teresa y las autoridades de Derechos Humanos de la Unión Europea, Edwin y yo luchamos por salvar nuestro buen nombre de ese lodazal al que querían arrastrarnos.

***

Poco después del mediodía, antes de partir de Gallegos y luego de despedirme cálidamente de Graziella, Karla y Olavarría, pasé a visitar a las chicas hospitalizadas.

Stefanie ya cumplía más de dos semanas en estado de coma. Aunque los médicos ahora tenían esperanzas: parecía haber signos de recuperación. Su mamá, que permanecía a su lado, aguardaba el milagro. Me recibió con mucho cariño:

–Hablamos todos los días, con la Stefi… de las cosas que le gustan –

me aclaró, con una mirada que, no sé por qué, pareció como iluminada por mi presencia–. Los médicos me dijeron que eso era bueno para ella, para que despierte.

–Vale, así es. No pierda la fe, señora.

Nos despedimos con una tenue sonrisa. Pero nada podía disimular la terrible angustia que padecía aquella madre.

Al salir, alguien me comentó que por esos días habían encontrado, escondido en el dormitorio de su casa, un aviso de un diario de la Provincia:

SENTIRSE UNA REINA, comprar ese perfume importado que tanto te gusta, usar la mejor ropa. Ven ya y hacé realidad tus sueños. Llámame!!!

El contraste con la realidad no podía ser más atroz.

***

Lorena recién comenzaba a reaccionar. Era apenas un pálido reflejo de aquella chica chispeante y ocurrente que conociera dos meses antes, en la fiesta de bienvenida de los Lonogan. Traté de hablarle:

–Hola, Lorena –susurré–: Soy el Gallego, el amigo de María del Huerto, tu mejor amiga.

La chica estaba muy sedada. Igual insinuó una sonrisa, pero no dijo nada.

–Pronto vas a estar bien…

Luego observé cierta impaciencia en el médico que la atendía.

Sonreí, le di un imperceptible beso en la mejilla y me retiré.

***

María del Huerto

Quedé con Fede en la confitería del Hotel Rambla.

Era la primera vez que íbamos a poder charlar y tomar algo sin esa terrible angustia encima. Sin secretos, sin verdades a medias, sin nada

que ocultar. Yo estaba muy agradecida al Gallego: me tomó en serio (a fin de cuentas, ¿quién era yo?: ¡una péndex en el fin del mundo!), escuchó el secreto que me avergonzaba, evitó que alguien más lo supiera e hizo lo imposible por liberar a Lorena. Además, no se borró, ¡como tantos! Estuvo siempre cerca, con una palabra de aliento.

Yo estaba muy excitada. Pero también sabía que quizá esta sería la última vez que lo vería… Él no era para mí, eso era obvio. Pero igual quería que no me olvidara, que siempre me recordara, aunque fuera un poquito. Estuve pensando horas un regalo para comprarle. Pero no se me ocurrió nada que estuviera bueno, y menos aquí en San Julián, que hay tres tiendas locas. Igual le compré unos bombones tradicionales en la regalería Del Sur.

Fue entonces que la idea me vino a la cabeza.

Yo sabía que a Fede le gusta mucho un cantante, otro gallego como él, con el que son amigos. Se llama Luis Eduardo Aute. Tal vez usted no lo conoce, pero es famoso en Buenos Aires, en España, en todo el mundo. Según me contó Fede, el tipo es *fan* de Sharon Stone, una actriz norteamericana, ¡hasta le hizo una canción en inglés para ella! Yo sabía de Sharon Stone por una película viejísima pero muy buena, que una vez sacamos del videoclub con los chicos, que se llama *Bajos Instintos*. Hay una escena que cuando los muy guachos la vieron, se pusieron como locos. De allí me vino la idea. Busqué la escena en Google. Estaba por todos lados. Sharon, una escritora sospechosa de un crimen, es interrogada por cinco detectives, uno de ellos Michael Douglas, un actor por el que mi mamá se derrite. Sharon está de minifalda, con las piernas cruzadas. El diálogo sube de tono, los detectives transpiran, pero ella parece dominar la situación. En el momento culminante, ante una pregunta difícil, Sharon lo mira a Michael a los ojos, baja la pierna que tenía cruzada sobre la otra, durante un segundo quedan apenas abiertas, y las vuelve a cruzar. Pero ese segundo es suficiente para adivinar que no lleva ropa interior. Los detectives quedan cortados, no saben cómo seguir. La escena tenía millones de vistas. Pasaron quince años y todos la comentaban como si hubiera sido ayer. Ese era el recuerdo que le podía regalar y que no iba a olvidar. Yo sería su Sharon Stone.

Cuando llegué a la confi el Fede ya estaba allí, sentado en un sillón

leyendo el diario. Cuando me vio, enseguida se paró y me dio un abrazo muy tierno. Él también estaba feliz de verme. Pero yo no pude evitar pensar, con esa maldad que tenemos las mujeres: "ya te voy a enseñar, cuando te vayas". Luego me senté en un sillón que estaba *exactamente* frente al suyo y crucé las piernas. Estaba con una blusa y una mini *mini*… y toda de blanco.

Hablamos largo y tendido sobre Lore y Stefi. Me contó todo lo que pasó en esos últimos días, con lujo de detalles. Cuando llegó a la parte en que liberan a la chica, y no saben si es Lore, me puse a llorar como una tonta… Qué le voy a hacer, ¡no lo pude evitar, yo la quiero mucho a Lore! Estaba deseando verla. Ya había arreglado con mi mamá para ir al día siguiente a visitarla al hospital de Gallegos.

También hablamos de *nosotros*: que era muy lindo estar juntos, que teníamos que conocernos mejor, ver qué pasa más adelante y todas esas cosas… Pero nada más. Eso ya me lo esperaba. Me entristeció un poco, pero no me sorprendió. Le regalé la caja con los chocolates, que había envuelto en un papel plateado muy lindo.

–¡Muchas gracias! –me dijo, sorprendido–. Ya te enviaré un bonito presente desde Sevilla. ¿Ustedes abren los regalos cuando los reciben?

–Depende… En este caso mejor no, porque adentro hay una tarjeta con una notita, para que la leas después, cuando estés solo –le respondí, tratando de no parecer demasiado misteriosa; y luego, para cambiar de tema–: Lo que sí es importante es que rompas el papel al abrirlo… trae suerte.

–¡Vale! ¡Así será!

En ese momento Fede miró su reloj, puso cara de pena y me dijo que lo disculpara, pero que todavía tenía que pasar por lo de los Lonogan.

–No te preocupes –le dije, y me recliné en el sillón con una mirada casual, a la vez que separaba las piernas (que hasta ese momento había tenido prudentemente cruzadas), y las abría un poco, al tiempo que levantaba levemente las rodillas.

Sí. Adivinaron. Como se están imaginando…

Federico quedó blanco. Petrificado. No sabía qué hacer ni qué decir.

Dejé pasar unos instantes, me sonreí mirándolo a los ojos y me paré.

Como no atinaba a abrazarme, yo tomé la iniciativa. Puse mi cuerpo bien cerca del suyo y lo abracé. Él me correspondió con fuerza, y así

quedamos un rato. Y aunque seguía confundido, percibí cómo su miembro presionaba contra mi cuerpo, en el sitio más adecuado. Nos apretamos aún más… Fue hermoso.

–No te voy a olvidar –me dijo, desconcertado.

–¡Por supuesto que no! –le respondí, con aire vanidoso.

Y luego, haciendo un enorme esfuerzo, luchando contra mis bajos instintos, giré sobre mí misma y partí, moviéndome de manera sensual con mis tacones y mi superminifalda, como si fuera una modelo.

***

Aline

¡Qué lindo fue encontrarnos con Federico! Sobre todo ahora, que la pesadilla había terminado.

El abrazo de los amigos fue eterno. Luego compartimos un rico asadito, al caer el sol, en el parrillero de casa. Esta vez preferimos que fuera solo en familia. Hablamos de todo un poco: su juventud en Montevideo, películas, libros, música y, por supuesto, los temas preferidos de los sudamericanos: política y fútbol. También hablamos de estos últimos meses. Las amarguras que se fueron; pero también las que quedaron, quizá para siempre. La noche que liberaron a Lorena, con Edwin lloramos mucho. Por ella, pero también por nuestros hijos, y por nuestro San Julián, el de antes, el de siempre. Y hablamos largo rato sobre este sur de América, tan maravilloso, tan mágico, pero que amenazaba irse de nuestras manos por caminos de violencia, narcotráfico y trata de personas, algo que jamás hubiéramos imaginado.

Federico tenía que madrugar para tomar el avión hacia Buenos Aires y luego seguir rumbo a Madrid. Sin embargo, todavía hubo tiempo para que los dos amigos se instalaran en el estar a beber un buen coñac con un rico cafecito. Los chicos se fueron a ver la tele. Pero yo preferí quedarme a escuchar cómo Federico y Edwin volvían a hablar de la Armada de la Especiería, Magallanes, Juan de Cartagena, Pedro Sánchez de la Reina… “Algún día tendrás que escribir un libro con todo esto”, le dijo mi marido a Federico.

Recién a la una de la mañana nos fuimos a acostar. Fue muy hermoso. Sentimos la vida volver a la normalidad. *Après la pluie, le beau temps*, pensé. El miedo quedaba atrás.

Sin embargo, sabíamos que en la fría noche patagónica el mal seguía acechante.

Y habíamos aprendido algo peor: que a veces el infierno nos alcanza.

***

Fátima

Cuando el avión militar llegó a Aeroparque ya amanecía. Los oficiales me dijeron que no bajara, mientras ellos hacían el papeleo y cargaban combustible. También me alcanzaron un café con leche y tres medialunas. Un par de horas después seguimos hacia Montevideo.

Iba recorriendo la costa con la mirada. Nunca había volado en avión. Todo me parecía muy lejano. A pesar de las pocas horas de sueño, la tensión vivida en el último tiempo me mantenía alerta. Vigilante. Sin emociones. De repente vi un gran río que desembocaba en el Río de la Plata, y enseguida un cerro con una bahía. ¡Estábamos llegando! Fueron como sacudones de un pasado lejano que quería volver. Pero yo no tenía derecho a eso. Al menos por ahora. Nada debía distraerme. Reprimí mis sentimientos y me preparé para la llegada.

Bajamos en el pequeño aeropuerto de Melilla. El jefe y dos oficiales me acompañaron hasta los controles. Entregaron los papeles y explicaron la situación a los funcionarios de Migración. Uno de ellos –¡qué raro, en mi país!– empezó a joder con que faltaba un sellito. El militar argentino le dijo que llamara a las autoridades. En eso estábamos: el burócrata reclamando el sellito, el oficial argentino ya bastante molesto y el director del aeropuerto que no sabía qué hacer. Yo estaba en un rincón, sosteniendo mi valijita.

Cuando de repente lo vi. Mejor dicho, vi su pelada y sus ojos saltones, porque muy alto no es, y los demás oficiales lo tapaban. Con su andar enérgico se abrió paso entre todos y en un instante quedó en

el centro de la escena.

–¡Buenos días! –hizo un saludo general, en voz alta.

Luego se dirigió al jefe argentino:

–Muchas gracias por todo –dijo, y le estrechó la mano con fuerza.

Entonces giró, se dirigió a mi rincón y me miró. De arriba abajo. Muy serio. Primero le sostuve la mirada. Después, no. Bajé los ojos. Ahí me di cuenta, siempre sin mirarlo, de que comenzaba a sonreír. Levanté la vista de nuevo.

–Mirá que resultaste corajuda, botija.

Y me estrechó en un abrazo. Un hermoso y prolongado abrazo.

Me quedé dura. No supe cómo reaccionar. Quise sonreír, pero no pude. Me había acostumbrado a no sentir nada. No debía mostrarme débil. Pero de pronto algo se me despertó por allá adentro, y me invadió como una ola de ternura. Apreté los labios. Quise aguantar. Pero un par de lágrimas me corrieron por las mejillas.

Era el inspector Orestes Rostagnol, *mi Montalbano*.

DÉCIMA PARTE
COMO UN FARO DE LA VIDA

Cierto que no prescindí de ningún laberinto
que amenazara con un callejón sin salida,
ante otro "más de lo mismo" creí en lo distinto,
porque vivir era búsqueda y no una guarida.

LUIS EDUARDO AUTE

I
PARA QUE LA LEAS CUANDO ESTÉS SOLO…

Sevilla, noviembre de 2008

Federico Sánchez de la Reina

Mis días volvieron a la normalidad. Comencé a disfrutar del discreto encanto de la rutina. Si bien ese embrujo suele durar poco, los días grises sin sobresaltos me ayudaron a calafatear el alma.

Juan de Cartagena y fray Pedro fueron relegados a un rincón de mi memoria. Pero nunca los olvidé por completo. Y, poco a poco, las preguntas retornaron. ¿Qué fue de la vida de Catalina de Cartagena? ¿Existiría aún la carta que le envió su padre?

Un día tomé la decisión. Bebí lentamente mi capuchino mañanero en el Bornay (intuía que mi vida apacible llegaba a su fin), crucé la plaza con decisión y minutos después ingresé a la oficina de Basilio Valdez, en el Archivo de Indias.

***



Basilio Valdez, archivero del Archivo General de Indias (41 años)

–¿Qué se sabe de los descendientes de Juan de Cartagena, el veedor real en la expedición de Magallanes? –me interrogó Sánchez de la Reina, de sopetón, no bien se sentó en mi oficina–. Aquel que dejaron abandonado en la Patagonia.

–Sí, por supuesto. Mira, Federico, cuando te vi entrar tan decidido supe que nada bueno estaba por pasar –le respondí entre risas.

Estaba acostumbrado a las preguntas más inesperadas por parte de los investigadores. Así que lo suyo me llamó la atención, pero no me acobardó demasiado:

–Pues dame unos días. Busco lo que pueda encontrar y te aviso.

***

Federico Sánchez de la Reina

La verdad es que aquel viernes en el Bornay, al decidir volver a mis investigaciones, pretendí engañarme a mí mismo: "solo le haré una consulta a Basilio, por si las moscas".

Un par de días después ya era demasiado tarde. De la noche a la mañana el *Cartagena de negro*, fray Pedro y la tierna Catalina habían reaparecido en mis sueños. Pronto me sorprendí escudriñando los *mails*, en busca del ansiado mensaje de Basilio.

Hasta que una semana después, al llegar a mi estudio, un mensaje en apariencia inofensivo me hizo saltar del sillón. Provenía de *info.agi*, el servicio de información del Archivo de Indias. Daba cuenta de una Real Cédula por la que *La Reyna*, con fecha 19 de octubre de 1537, otorgó "orden de pago a Catalina, heredera de Juan de Cartagena". Me sacudí de pies a cabeza.

Para mi felicidad, la Real Cédula, que constaba de tres folios escritos en el indescifrable castellano de la época, estaba digitalizada. Un rato más tarde la imprimí en gran tamaño y me volqué sobre ella con una gigantesca lupa que Serena me compró unas horas antes en el centro de Sevilla. También desempolvé varios libros de mi biblioteca, como *Paleografía y Diplomática* del catedrático complutense Tomás Marín Martínez, para apuntalar mis rudimentarios conocimientos de español antiguo.

Mi ridícula pose de improvisado Sherlock Holmes de la historia, acostado lupa en mano sobre la mesa de dibujo donde había desplegado los folios, atrajo la atención de mis colaboradores, que muy pronto estaban de guasa:

–¡Se me caen los palos del sombrajo! –exclamó Serena.

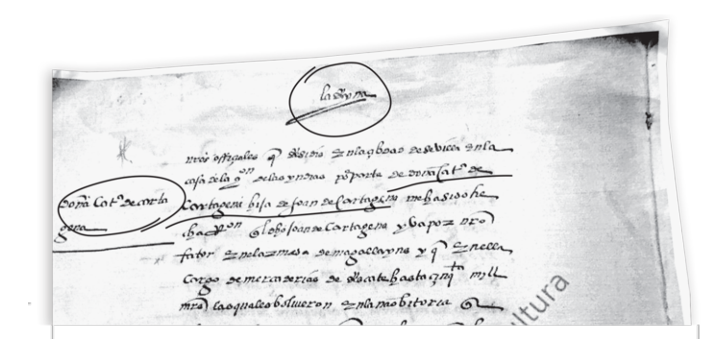
–¡Hostias! Ahora que parecía haberse tranquilizado… –remató Ezequiel.

***

Transcribir un documento de esa época no es tarea sencilla. Numerosas abreviaturas se resistían ante mis intentos por trasladarlas al siglo XXI. Pero su significado era claro: la Reina ordenaba a su tesorero pagar a doña Catalina de Cartagena la suma de 48.217 maravedíes. Sesenta y nueve renglones de complejas argumentaciones avalaban tal decisión.

Fue recién al regresar a mi casa que tomé plena conciencia de la importancia del documento. Era uno de esos raros días invernales en

que al atardecer Sevilla se vuelve bastante fresca. “Buena ocasión para beberme un coñac”, pensé. Abrí un paquete de *cantucci* de Toscana para mojar en el licor, y me apoltroné en mi sillón predilecto.



El documento le daba veracidad a la narración de fray Pedro. Catalina de Cartagena, enterada de la trágica muerte de su padre y luego de dejar transcurrir un tiempo prudencial, según lo que el propio clérigo le aconsejara, inició acciones para recuperar el buen nombre y los bienes de su progenitor. La Real Cédula no solo le otorgó una considerable suma de dinero, también fue un reconocimiento personal de la reina al veedor real de la Armada. Catalina habrá sentido un profundo orgullo por su padre. Y su pensamiento debe haber volado a través del inmenso océano hasta aquel frío pedregal donde, diecisiete años antes, el *Cartagena de negro* entregara una carta a su fiel amigo fray Pedro, con su adiós definitivo.

¿Sería este el final de la historia?

Demoré un par de días en ir a hablar con Basilio. El estudio estaba muy ajetreado. Además, era un año muy especial para mí. Los árboles de Navidad iluminados que adornaban las tiendas me recordaban todo el tiempo que serían mis primeras fiestas en soledad. Al final me decidí. Para mi sorpresa, pareció que Basilio me estuviera esperando.

***

Basilio Valdez

Don Federico me agradeció el documento que le envié. Me comentó su alegría –un tanto ingenua, no pude dejar de pensar– porque la

Corona hubiera hecho justicia con Juan de Cartagena. Cuando vi que se despedía y me deseaba una feliz Navidad, tuve que interrumpirlo:

–Y eso no es todo.

–¿Cómo? –reaccionó, incrédulo.

–Sí, como te lo digo. Mira esta documentación.

Le mostré algunos papeles, que leyó absorto.

–En el archivo de la Real Chancillería de Valladolid existe un expediente sobre un litigio entre vecinos de esa ciudad y los sucesores de Juan de Cartagena –le expliqué, mientras Federico escudriñaba los papeles–. Las fechas son coherentes: la Real Cédula que tú transcribiste es de 1537, y el juicio se inició en 1536 y concluyó en el 41. Es probable que ambos hechos tengan relación.

–Tal vez Catalina, que ya andaría cerca de los treinta, enterada por fray Pedro de la muerte de su padre, y poseyendo la carta que lo probaba, haya iniciado acciones para rescatar la memoria de don Juan y proteger sus derechos sucesorios.

–La mala noticia es que ese legajo es muy extenso y no está digitalizado, y mucho menos transcripto –le informé, preocupado–: No vas a tener más remedio que dirigir tus pasos a Valladolid.

–Ya, por supuesto –me retrucó decidido.

–Si lo haces, habla con una colega mía, Alicia de Ofeliú. Es muy servicial y atenta.

–Como tú, querido amigo.

Y me propinó tal abrazo que me sacudió el esqueleto (quizá un reflejo de sus recientes andanzas sudamericanas).

***

Federico Sánchez de la Reina

Ese mismo día, al regresar a mi piso, sucedió un hecho singular. Que aún hoy soy incapaz de recordar sin que me corra un escalofrío.

El fin de semana había comenzado. Cené liviano en una cantina del Casco Antiguo y me marché a mi casa. Me serví un Napoleón y busqué algo para acompañarlo. En ese momento recordé los bombones que me había obsequiado María del Huerto. Rompí el envoltorio, ¡para atraer

la suerte!, mientras mi mente divagaba hacia los impúdicos recuerdos de nuestra despedida…

Los chocolates, rellenos de licor, estaban exquisitos. Mientras los saboreaba, presté atención a la tarjeta que los acompañaba. “Puerto San Julián: donde vivir la historia no es lo mismo que contarla”, proclamaba con orgullo, mientras varias fotografías mostraban sus principales atractivos. La abrí, y de su interior cayó un pequeño trozo de papel. Recordé las palabras de María: “En la tarjeta hay una notita, para que la leas después, cuando estés solo…”.

La desdoblé con curiosidad. Hasta hoy me resulta difícil describir la mezcla de emociones que experimenté al leerla.

Eran unas notas que ella misma había tomado, luego de recibir una llamada del exterior. Por la característica del número se deducía que era un móvil de España. Luego María parecía “distribuir las tareas” entre ella y Lorena. Al final le encargaba a su amiga que avisara al Nacho (¡ni más ni menos!), para que las “cubriera”…

tel: +34-634 xxxxxx
(Pepe/español): franeleo y pete → yo
(Pato/porteño): “completo” → hablar con Lore
Martes de 18 horas a 20 y 30 en el Victoria
* Lore → no olvidar comentar a Nacho para que no se arme despelote

Al pie, con lapicera azul y letra grande, María había escrito un mensaje para mí:

Ahora que pasó todo, quería que supieras toda la verdad.
Fue un gran error, te prometo que NUNCA MÁS!
Sos un divino! Te adoro más que nunca!!!
Por favor: PERDONAME!!!

Necesité varios días para reponerme del impacto.

Es verdad, y lo reconozco, que si me hubiera contado *toda la verdad*, como ella escribió en su nota, yo habría actuado de manera diferente. A lo más la habría ayudado a hacer la denuncia. Y también valoro su

franqueza al contarme cómo sucedieron los hechos, cuando ya no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Fue una actitud valiente de su parte.

Pero igual fue para mí muy difícil aceptar que aquella adorable criatura no era tan inocente ni tan indefensa como yo –ingenuo– había creído.

II

EL REENCUENTRO CON LA TERNURA

Montevideo, viernes 31 de octubre, 2008

Raquel

Cuando atendí el teléfono me quedé helada.

¡Era mi prima! Hacía varias semanas que no sabía nada de ella. Temía lo peor.

–Estoy regresando –su voz sonó tan rara, tan monótona, que no parecía ella.

–Pero regresando… ¿a dónde?

–A Montevideo, ahora estoy en Aeroparque.

Me puse a llorar como una boba. Ella siguió hablando.

–Necesito que me prepares las cosas. Voy a estar allí nada más que un par de horas. Juntame solo lo necesario, vos sabés cómo es el asunto.

–¿Querés hablar con Cami? –le pregunté, tratando de reponerme.

–No, ahora no puedo. Nos vemos en unas pocas horas. Te mando un beso, tengo que cortar –me respondió la voz sin emociones.

¡Me quedé con ganas de decirle tantas cosas! Pero delante de Cami tenía que disimular. Tragué las lágrimas, y me puse a armar las maletas. De repente apareció la nena.

–Dentro de un rato viene mami a buscarte.

Camila se quedó quieta, levantó la cabeza y me miró. Después de todo lo que había vivido, ya no sabía qué pensar.

Solo abrió los ojos bien grandes y me sonrió con la mirada.

***

Inspector Orestes Rostagnol

Recogimos la gurisa en el aeropuerto de Melilla.

Fuimos en dos coches particulares. Arreglamos todo, pero –para variar– tuvimos que pelearnos con los de Migración. Al final arrancamos hacia su casa. Yo preferí que ella fuera en el otro coche, para cubrirla mejor. Y le mantuve puesto el chaleco antibalas. Con estos hijos de puta nunca se sabe.

Llegamos a su casita, en el barrio Malvín Norte. Le dije que tenía una hora para traer sus cosas. Me dijo que sí, que me quedara tranquilo. Me caía bien la gurisa. Era muy calma, tenía mucha cabeza. Distinta de otras que conocía.

Nos quedamos esperando. Como pasó más de hora y cuarto, y no aparecían, envié a la cabo Sonia Meyer a buscarla. Allá, a las cansadas, aparecieron.

¡Para qué!

La gurisa venía con dos valijas enormes… y sin la nena. La miré como para matarla. En eso apareció su prima Raquel. Venía con Camila y un bicho enorme de peluche:

–Disculpe, oficial, pero nos habíamos olvidado de la jirafa –me dijo Raquel.

Tal vez debí haberlas mandado a la mierda allí mismo, ¡pero me agarró una risa! Bueno, así soy yo: duro como un fierro. Pero a veces no olvido que trato con personas.

–Miren que no se van de vacaciones –le mascullé a la gurisa, cuando la tuve a mi lado; y enseguida, conteniendo la risa–: Cabo Meyer, ocúpese de la custodia de la jirafa.

En un minuto cargamos todo, lo mejor que pudimos. Antes del mediodía habíamos partido.

***

Fátima

No tenía la menor idea de adónde nos llevaban. Cuando nos separamos de Raquel y nos subimos al coche, mi prima se puso a

llorar. Yo también, pero por dentro. Adoraba a Raquel, pero me había acostumbrado a ocultar lo que sentía. A esas alturas, mi piel era de cocodrilo.

Sabía que íbamos a vivir a una ciudad del interior. Pero no sabía en cuál. Y que por unos meses, hasta que las aguas se calmaran, no me podría comunicar con mi prima. Ni con nadie. Seríamos solo Cami y yo. Y Montalbano, mi único contacto con el mundo. A quien no podía llamar, pero que se comunicaría cada tanto conmigo.

También sabía que tendría una nueva identidad. Y que los alemanes de la Fundación me iban a depositar una mensualidad en mi tarjeta del BROU. No era mucho, pero me permitiría volver a una vida normal, sin exponerme. El año próximo, en abril, podría viajar un par de veces por semana a la Facultad de Ciencias Económicas, para retomar mis estudios. Eso me ilusionaba mucho. Más adelante, si no pasaba nada raro, tendría un trabajo sencillo, como llevar la contabilidad de un mercadito o algo parecido, según me dijeron.

Demoramos mucho en salir de Montevideo. Dimos vueltas y más vueltas: el inspector quiso estar seguro de que nadie nos siguiera. Con nosotras iban la cabo Sonia, un agente y el chofer. Al final enfilamos hacia las rutas de salida.

–Pare el vehículo en esa entrada –ordenó Sonia al chofer.

El coche del inspector se detuvo al lado del nuestro. Bajamos las ventanillas.

–Nuestros caminos se separan –me dijo el inspector–. Al menos por ahora…

Dejó la frase sin terminar. Me sorprendió. Lo miré:

–Al principio no te comprendía… Pero ahora te lo agradezco. Por mí y por las demás chicas –le dije.

Y le tendí la mano, de un coche al otro. Él hizo lo mismo. Cuando nuestras manos se encontraron, un temblor me sacudió. Hacía tanto que un hombre no me demostraba algo de ternura. Montalbano se dio cuenta y apretó mi mano con más fuerza. Sin soltarme, me miró bien fijo a los ojos. Esta vez sí le sostuve la mirada. No sonreímos. No nos dijimos nada. Solo las miradas. Fue suficiente. Quizá demasiado.

–Mucha suerte, gurisa –susurró.

Luego aspiró hondo, giró su cabeza hacia adelante y, haciendo un

esfuerzo, ordenó:

–¡Vamos, Pascual!

El coche salió disparado. “Como si el inspector tuviera miedo de arrepentirse”, recuerdo que pensé.

Viajamos varias horas. Tarde por la noche cruzamos un puente e ingresamos a la ciudad que sería nuestro nuevo hogar. Cami dormía abrazada a la jirafa.

Mi nueva vida había comenzado.

III

CARTA DESDE LA CRUZ DEL SUR

Archivo de la Real Chancillería, Valladolid, España,
martes 23 de diciembre, 2008

Federico Sánchez de la Reina

El lunes a media tarde me despedí de Belén y Macarena, quienes oyeron mis explicaciones con una mirada condescendiente que las delataba, y partí con destino vallisoletano. Regresaría a la oficina el miércoles de Nochebuena, a firmar los planos más urgentes y saludar a los colegas. Sevilla y Valladolid distan unos seiscientos kilómetros y están unidas por la emblemática Ruta Vía de la Plata. Sevilla, Mérida, Cáceres, Salamanca, Valladolid y Burgos conforman un arco que en otra época fue esencial para el desarrollo ibérico. Pasada la medianoche, me alojé en un hotel en las afueras de la ciudad pucelana.

***

La Real Chancillería de Valladolid abre temprano en esa época del año.

Esa mañana, al atravesar el umbral del magnífico Palacio de los Vivero, tuve un presentimiento. En esa histórica construcción se comprometieron hace 500 años Fernando e Isabel, los Católicos (luego de un atribulado romance, donde no faltaron el amor, la intriga y el crimen). Fue el comienzo de una nueva era en la historia de España. En ese preciso momento, todavía en penumbras, intuí que allí se encontraba la respuesta que buscaba. Que ese sería el final de mi camino.

–Con Alicia de Ofeliú, por favor –le solicité al portero.

–Un minuto, aguarde aquí.

Instantes después me condujo al escritorio de una amable funcionaria.

–Basilio me habló de usted –me dijo, con una sonrisa.

Luego Alicia me confirmó que el expediente no estaba digitalizado y que nadie se había interesado en transcribirlo. Pero eso no fue todo:

–Mire, don Federico, hay un problema: ¡el expediente tiene mil cien folios! En el castellano de la época, por supuesto.

El inesperado mazazo se completó cuando, ya instalado en la Sala de Lectura del Archivo, contemplé pasmado el ingreso de un funcionario con un carrito cargando el voluminoso manuscrito.

Intenté leer las primeras páginas. Por la carátula en español supe que trataba de un pleito entre vecinos de Valladolid, en torno a la herencia de Juan de Cartagena. Procuré descubrir los nombres en los añejos folios: a duras penas descifré algunos, entre ellos el de Catalina. Pero acerca de cuáles eran las razones que cada parte esgrimía, ni palabra. Intenté encontrar terreno firme donde echar un ancla, en diversos sitios del farragoso documento, sin éxito. En cierto momento recibí la amable visita de Alicia. Al ver mi desolación, me ofreció hacer copia digital del documento, para que lo analizara más tranquilo a domicilio. No sé qué hubiera hecho con él, me habría tomado años descifrarlo. Por lo que decliné la propuesta.

Fue una decisión providencial, como verás.

Regresé al hotel desorientado y abatido. Vagué un rato por la hermosa ciudad del Valle de las Aguas, a orillas del Pisuerga. Cuando el frío comenzó a apretar (aquellos no eran mis lares sevillanos), cené temprano y me retiré a dormir.

***

En inglés existe una expresión que no es sencillo traducir a nuestro idioma: *driven*. Tal vez lo más semejante sería decir “conducido”. Es decir: guiados nuestros pasos por una fuerza misteriosa del destino que nos lleva a actuar de determinada manera, sin que sepamos bien por qué. Yo he experimentado varias veces esa extraña sensación. Y aquella mañana, ese amanecer del miércoles, día de Nochebuena, fue

uno de ellos.

Me levanté antes del amanecer. Desayuné frugalmente, contemplando por la ventana del comedor la ciudad aún dormida. Era el único huésped en pie. Ese día, víspera de Navidad, era un día especial para tanta gente a lo ancho y largo del mundo. Y habría de serlo para mí también, aunque de diferente manera.

Tomé el coche y conduje hasta el Archivo. Ese día abría al público solo durante tres horas, de siete a diez de la mañana. Al regresar al Palacio de los Vivero recordé el presentimiento del día anterior. Eran las siete en punto, el día estaba nublado y las penumbras resultaban amenazadoras.

Hablé con el guardia, luego con Alicia –recuerdo todo esto como en una ensoñación–, y cuando quise acordar estaba instalado en la Sala de Lectura con el grueso manuscrito de medio milenio de edad entre mis manos.

No sabía a ciencia cierta qué buscar. Sin embargo, no me preocupé. Dejé que mi mirada y mis manos se pasearan por los viejos folios; primero de manera desordenada, luego recorriéndolos con lentitud, uno por uno. Cada tanto algo atraía mi atención y me detenía a tomar apuntes en mi cuaderno de notas. El tiempo transcurría.

De repente la puerta de la Sala de Lectura se abrió con brusquedad, dando paso a un ujier que, de modo vociferante para tan silencioso y recatado ambiente, nos anunció que faltaban treinta minutos para el cierre del Archivo. Recuerdo con todo detalle ese momento: había adelantado de manera considerable en el examen del manuscrito y me encontraba en el folio 648 (el número del *muerto que habla*). De todos modos, todavía faltaba mucho. Contra lo que era de suponer, no me sobresalté. Sentí que no existía ujier vociferante que pudiera apartarme de mi destino. Igual decidí apurar el paso.

Quince minutos más tarde, cuando solo un cuarto de hora me separaba del cierre de la Real Chancillería, mi amiga Alicia asomó su cabeza por la puerta y me miró, inquisitiva. En ese momento me disponía a encarar el folio 740 (el del *cura*), de donde asomaba una hoja, aparentemente suelta. Sentí entonces una punzada en la boca del estómago, mi corazón se aceleró sobresaltado, levanté la cabeza del mohoso manuscrito, miré a Alicia y sin saber por qué, sonreí…

Los minutos siguientes, eternos, los recuerdo como poseído por una feliz y mágica alucinación. Giré con lentitud el folio 740 y allí estaba: una hoja, separada del cuerpo del manuscrito y doblada por la mitad. No necesité ver a quién estaba dirigida, ni siquiera verificar la firma escrita con mano temblorosa en un lejano roquedal apenas protegido de los vientos australes, ni comprobar cuándo había sido fechada. Mucho antes de que ello sucediera, mis ojos ya estaban inundados de lágrimas, y me encontré queriendo contener una emoción que me desbordaba –poco frecuente en mi persona-, para no caer en el ridículo ante la gentil Alicia, el vociferante ujier y mis silentes contertulios, mientras en mi imaginación febril la tierna imagen de la añorada Catalina, junto a las de Stefi, Lorena y María del Huerto con sus tragedias y reencuentros, y las de mis adoradas hijas Macarena y Belén, se fundían en una sola imagen, admirable, fascinante, rebosante de piedad.

IV

VOLANDO VOY (EPÍLOGO)

Ruta de Valladolid a Sevilla,
miércoles de Nochebuena, 2008

Federico Sánchez de la Reina

Volando voy, volando vengo
por el camino yo me entretengo,
enamorao de la vida que a veces duele
si tengo frío busco candela.

Volando voy.

La sugestiva voz de Camarón de la Isla reflejaba mi estado de ánimo mientras descendía por la Autovía 66 con rumbo a Sevilla. En pocas horas más sería Nochebuena y las chicas me esperaban ansiosas (me llamaron tres veces en la última hora), con todo preparado, incluidos el árbol de Navidad y los regalitos. Algunos amigos nos acompañarían en la velada, todos ellos un tanto solitarios, como Ezequiel –mi ayudante ecuatoriano–, cuya esposa no se adaptó al cambio y regresó a Quito.

… *enamorao de la vida*…

El impacto de los sucesos vividos en el sur, y la búsqueda de mis raíces que me condujeron hasta fray Pedro y la tierna Catalina, me demostraron que estaba vivo, lleno de ansias por explorar nuevos caminos, pero…

… *que a veces duele*…

También sabía que a medida que devoraba los kilómetros rumbo a mi hogar, más cerca me encontraba de enfrentar una nueva realidad: sería mi primera Navidad sin Antonella. Y si bien el tiempo es un

gentilhombre que pone las cosas en su lugar, y mi vida ya tomaba por nuevos senderos, también era verdad que la nostalgia crecía en mi interior. Al igual que mi temor a tener que enfrentar ese árbol navideño con ausencias.

… *por el camino yo me entretengo*…

Paré unos minutos a comer un bocadillo de jamón de bellota con queso manchego, acompañado de un buen café con leche. Tenía que ordenar mis pensamientos. No podía permitir que la nostalgia ganara la partida.

… *si tengo frío, busco candela*…

Mis pensamientos tomaron nuevos rumbos. Esa joven descarada de San Julián me había hecho un regalo mucho más importante de lo que ella misma creía. No era el obsequio de su belleza íntima, que me dejó aturdido, al borde del ridículo, sino la profunda sensación de sentirme un hombre no solo querible sino deseable… aun para una joven desprejuiciada de 17 años. Yo ya no estaba para esos trotes, pero me hizo bien. Sobre todo en un momento de soledad y abandono. No tendría sentido que me rasgara las vestiduras y dijera lo contrario.

Y de allí me fui, en alas de los recuerdos, a mi propia adolescencia, al primer amor que siempre vuelve, a los atardeceres cálidos de verano en Casupá, a los brazos de Romina. El año próximo, en marzo, me encontraría con ella en Montevideo. Eso estaba arreglado. El tiempo transcurría para ambos y teníamos asignaturas pendientes. Lo que me había insinuado acerca de su hijo al principio me inquietó. Pero ahora ya lo veía con otros ojos. Cualquiera fuera la verdad, mi deber era encontrarla. Y tenía curiosidad de conocer a ese muchacho…

Pero también estaba ella. Esa fascinante mezcla entre la realidad de una mujer madura que se mantenía atractiva y el ensueño de los primeros recuerdos, poblados de aromas y sensaciones que añoraba.

Mientras, en la noche extremeña, la voz desgarrada de Camarón entonaba los versos andaluces de Federico, narrándonos *La leyenda del tiempo*.

El sueño va sobre el tiempo
Flotando como un velero

Nadie puede abrir semillas
En el corazón del sueño
Y si el sueño finge muros
En la llanura del tiempo
El tiempo le hace creer
Que nace en aquel momento.

***

En una hora arribaría a Sevilla.

Ya había pasado por las cercanías de Llerena y ahora dejaba atrás Cabeza la Vaca, mi pago natal y el pueblo de mi familia, por muchos siglos. Que un día abandonamos persiguiendo nuestros sueños.

Pensaba en mis hijas, en quien tal vez fuera mi hijo, en lo que Javier Vásconez escribió un día: *La historia de padres e hijos es un cuento de nunca acabar. Y en definitiva, es la única historia que importa*.

Meditaba sobre la fragilidad del destino, sobre aquellas chicas del sur viviendo tan cerca del abismo, de un precipicio invisible que podía devorarlas en el momento menos pensado.

Sobre la fatalidad de aquel hombre que no entró en la historia y que dejó este mundo contemplando la Cruz del Sur, que cuando supo que su estrella se apagaba quemó sus últimos destellos en escribir una carta a su hija. Una carta que ahora me acompañaba y que siempre brillaría en la noche de los tiempos, como un faro de la vida.

AÑOS MÁS TARDE…

Calles de Montevideo, varios años más tarde

Giovanni Cincinnato, taxista

¿Holá? ¿Cómo anda, cómo dice que le va?

¿Se acuerda de mí? Soy Cincinnato, ¡el taxista siciliano!

Sí, ya veo que me recuerda, de cuando hablamos sobre aquella muchacha, la que salió huyendo con la niñita… Sí, muy bien, gracias, la patrona bien, le voy a dar sus saludos.

¿Sabe por qué lo llamo? Hace unos días subieron al taxi una señora joven, de muy buena presencia, y una niña no muy grande. Al principio hablamos de bueyes perdidos, no me di cuenta de nada. Pero de repente, me cayó la ficha. Pensé: *ma* Giovanni, *testa vuota*, ¡si son aquellas dos! Aunque no lo parecían, tenían tan lindo aspecto. Me alegré por ellas y, no sé cómo, le saqué el tema. La señora me dijo que no, que no eran ellas, que debía estar confundido. ¡Pero yo estoy seguro! Lo que pasa es que le habrá dado vergüenza, por lo que pasó, ¿sabe?

Justo en ese momento le entró una llamada al celular: "Sí, habla la contadora", dijo. Cuando la oí me sentí orgulloso, como si fuera su padre. ¿Qué me cuenta?

Cuando estaban por bajar, no me aguanté (es que estaba contento, ¿sabe?):

–La felicito… Por todo lo que ha logrado. Me alegró mucho verlas.

Esta vez no negó nada. Me miró fijo a los ojos, y medio como que se sonrió.

***

Café Bacacay, Ciudad Vieja de Montevideo,
unos tres meses después

Federico Sánchez de la Reina

Habíamos quedado para el viernes a las seis de la tarde.

Cuando llegué, unos diez minutos antes, mi amigo Maggi ya estaba allí. Nos ubicamos en una mesita medio escondida, cerca del fondo, mirando a Bacacay. Yo estaba nervioso. Había llegado a Montevideo un par de días antes, y mi amigo me había propuesto ese encuentro. Acepté gustoso. Pero luego me puse a pensar en todo lo sucedido unos años atrás, y no pude evitar una extraña sensación. ¿Cómo sería ella? ¿Y qué sentiría al tenerla frente a mí?

Esperamos un rato: conversamos sobre el viejo café y sus orígenes, allá por la primera mitad del siglo XIX. Y sobre su ubicación, frente al teatro que lleva el nombre del descubridor del Río de la Plata. Y Solís nos llevó a Magallanes y Cartagena.

–Deberías escribir una novela con esa historia –deslizó mi amigo.

–Ya me lo han dicho, quizá un día lo haga.

Mi amigo miró el reloj y sonrió:

–Las damas siempre se hacen rogar.

Pero no tanto. Instantes después, una mujer joven de pelo negro y andar elegante, ingresó al histórico boliche. En un instante barrió el local con su mirada, hasta encontrar a mi amigo. Este se adelantó, la saludó con un beso y la acompañó a mi encuentro. La joven miró nuestra mesa –la del rincón– con nostalgia, como recordando a una vieja amiga.

Yo me paré. Quedamos enfrentados.

–Creo que ustedes dos ya se conocen…

Nos miramos a los ojos. Largo rato. Tenía unos hermosos ojos negros.

No era tan alta como la recordaba. Y su cabellera de falsa rubia había desaparecido. Pero la determinación de su mirada seguía allí.

Alguien abrió la puerta y una fría ráfaga de viento sur se coló en el viejo café. Fue suficiente para transportarnos a través del tiempo y la

geografía a aquellos días dramáticos, en aquel maravilloso páramo helado. Tan al sur.

–Sí, nos conocemos.

Solo eso. Y nos estrechamos en un cálido abrazo, que lo dijo todo. Para que los miedos, las ausencias y las soledades nunca más pudieran lastimarnos.

POST SCRIPTUM

El 7 de junio de 2009 a las 5 de la madrugada, por orden de la jueza federal Ana Cecilia Álvarez, en un operativo que no registra antecedentes y que requirió el despliegue de varios centenares de agentes policiales y de gendarmería, la totalidad de los prostíbulos de Las Casitas de Río Gallegos fueron allanados y clausurados. Lo que dio inicio a un debate judicial y político que permanece hasta nuestros días.

El 10 de febrero de 2012, la jueza letrada Graciela Gatti, luego de exhaustivas investigaciones, dispuso el procesamiento con prisión de los principales involucrados en Uruguay de la red de trata de personas con fines de explotación sexual, conocida como *Prostitución VIP*. El 31 de octubre de 2017, la Fiscalía de Crimen Organizado de Uruguay solicitó la extradición del principal involucrado en la Argentina.



Estos hechos sacudieron a la sociedad. Sin embargo, sería ingenuo pensar que hayan perturbado al tenebroso mundo de la trata. Informes de organismos internacionales coinciden en que estamos frente a un "negocio" en alza, "rentable y seguro", cuya magnitud, en varias regiones ya es comparable con la del narcotráfico. Solo en América Latina más de un millón de niñas, niños y adolescentes son sus

víctimas.

No obstante, deseo alzar mi voz para expresar el reconocimiento que merecen los integrantes del Poder Judicial, de la Policía, las organizaciones sociales y religiosas, y las jóvenes que, con coraje y determinación, lo hicieron posible.

Gracias a ellos mantenemos viva la ilusión de terminar, un día para siempre, con la infamia de la explotación sexual.

ÍNDICE DE PERSONAJES
(por orden de aparición)

CONTEMPORÁNEOS

Federico Sánchez de la Reina: Ingeniero nacido en el pueblo español Cabeza la Vaca, Extremadura, y residente en Sevilla, Andalucía; padre de dos chicas adolescentes, Macarena y Belén.

Aline: Argentina, profesora de Francés; vive en Puerto San Julián, provincia de Santa Cruz, con su esposo Edwin Lonogan.

Fátima: Joven de Montevideo, estudiante de Ciencias Económicas, mamá de Camila.

Giovanni Cincinnato: Taxista con parada habitual en Tres Cruces, Montevideo; nacido en Siracusa, Italia.

Ruperto Long Garat: Ingeniero uruguayo, amigo y antiguo compañero de liceo en Montevideo de Federico Sánchez y Edwin Lonogan.

Sebastián Antúnez: Agente de la Policía Nacional de Uruguay.

Raquel: Prima de Fátima, secretaria en una fábrica textil de Montevideo.

María del Huerto: Estudiante del colegio secundario en Puerto San Julián.

Fer Rodríguez del Valle: Estudiante de Ciencias Económicas, exnovio de Fátima.

Jesús *el Colorado* Porrini: Mozo del café Ensenada, en Puerto San Julián.

Jonathan *Okey* Fontana: *Boss assistant* del Sueco en Punta del Este.

Ayelén: Asistente social, voluntaria de la organización social Los Pinares en Río Gallegos, capital de la provincia argentina de Santa

Cruz.

Cabo primera Lucy González: Cabo de la Policía Provincial, comisaría de Puerto San Julián.

Fiscal Karla Finocchiaro: Fiscal federal de Río Gallegos, de origen italiano. Colabora con la jueza federal Graziella Ducatti, porteña, en la sede judicial de esa ciudad.

Yuliana: Joven santacruceña, trabaja como prostituta en Las Casitas de Río Gallegos.

Puma Blanco: Usuario del sitio LugarEncuentrosSex, reconocido por sus crónicas sobre ese mundo.

Jovenymaduro: Joven usuario de LugarEncuentrosSex, amigo de Fátima.

Inspector Orestes Rostagnol: Oficial de la Dirección General de Lucha contra el Crimen Organizado e Interpol, Policía Nacional de Uruguay.

José María Rodríguez: Mozo gallego del bar La Pasiva de la Ciudad Vieja de Montevideo.

Doctor Daniel Ortiz: Médico, jefe de Urgencias del Hospital San Felipe de Río Gallegos.

Conchita de la Reina: Archivóloga, directora de Patrimonio del Conventual Santiaguista, Calera de León, Extremadura.

Fray Alberto: Asistente de fray Cesáreo, archivero mayor del monasterio de Tentudía, Extremadura.

Macarena: Hija de Federico Sánchez de la Reina, estudiante del secundario.

Sor Verónica: Hermana Pobre del convento de Santa Clara, Llerena, Extremadura.

Jocemyr Iriarte: Inspector retirado de la Policía Nacional de Uruguay.

John Da Silva: Subcomisario, Dirección General de Lucha contra el Crimen Organizado e Interpol, Policía Nacional de Uruguay.

Leónidas Taborelli: Oficial principal de la misma Dirección, colaborador de Da Silva.

Luis *el Tula* Gasarian: Reo de la U.15, cárcel del Servicio Penitenciario Federal, Río Gallegos.

Basilio Valdez: Archivero del Archivo General de Indias, Sevilla.

HISTÓRICOS

Fray Pedro Sánchez de la Reyna: Clérigo de Cabeza la Vaca, desterrado por Magallanes en la bahía de San Julián; presunto antepasado de Federico Sánchez.

Fray Bartolomé de las Casas: Fraile dominico –luego obispo–, cronista y escritor nacido en Sevilla.

Obispo Juan Rodríguez de Fonseca: Eclesiástico y político castellano, consejero de los Reyes Católicos, primer presidente del Consejo de Indias.

Maximiliano Transilvano: Escritor, secretario del emperador Carlos I.

Fernando de Magallanes: Marino y militar portugués, capitán general de la Armada de la Especiería.

Sancho de Matienzo y Juan López de Recalde: Tesorero y contador mayor de la Casa de la Contratación de Indias.

Juanillo Ponce: Paje de la nave *Victoria*, de la Armada de la Especiería.

Juan Sebastián de Elcano: Marino vasco, maestre de la nave *Concepción* y luego capitán general de la Armada de la Especiería, primer navegante en circunvalar la Tierra.

Antonio Pigafetta: Cronista de la expedición de Magallanes y otros viajes de exploración, nacido en Vicenza, Italia.

Francisco Albo: contramaestre de la nave *Trinidad*, natural de Rodas, Grecia.

Ginés de Mafra: Piloto de la nave *Trinidad*, nacido en Jerez de la Frontera.

UBICACIÓN



BUENOS AIRES
MONTEVIDEO
San Carlos de Bariloche
Puerto Madryn
Puerto San Julián
Islas Malvinas
El Calafate
Río Gallegos
Antártida
Ushuaia



Valladolid
Burgos
MADRID
Cáceres
Toledo
Calera de León
Cabeza la Vaca
Llerena
Monasterio de Tentudía
Sevilla
Sanlúcar de Barrameda

NOTAS

1 Tomado de *Colón y Fonseca, la otra versión de la historia indiana*, de Adelaida Sagarra Gamazo.

2 De *Burgos y el gobierno indiano: la clientela del Obispo Fonseca*, de Adelaida Sagarra Gamazo.

3 Extraído de la carta escrita por Maximiliano Transilvano a Mateo Lang el 5 de octubre de 1522, acerca de cómo fueron descubiertas las islas Molucas (con pequeños ajustes de redacción del autor para facilitar la interpretación del lector).

4 Los textos de Fernando de Magallanes fueron extraídos del *Requerimiento que hizo Magallanes a los oficiales de la Contratación* (…)*, con la contestación de los mismos oficiales a estos cargos*, Sevilla, fines de julio de 1519.

5 Los textos de Sancho de Matienzo y Juan López de Recalde fueron tomados del mismo documento citado en la referencia anterior.

6 Extraído de *Maluco*, de Napoleón Baccino Ponce de León.

7 Los textos de Juan Sebastián de Elcano fueron extraídos de sus declaraciones al alcalde Leguizamo, el 18 de octubre de 1522 en Valladolid.

8 Los textos de Antonio Pigafetta fueron tomados de su *Relación del primer viaje alrededor del mundo* (el autor ha subsanado el notorio y comentado error de Pigafetta al mencionar como desterrado en la bahía de San Julián a Gaspar de Quesada, para mejor interpretación del lector).

9 Los dos textos de Francisco Albo fueron tomados de su *Derrotero* (Diario de viaje) y de sus declaraciones al alcalde Leguizamo el 18 de octubre de 1522 en Valladolid, respectivamente.

10 Tomado de la *Relación de Ginés de Mafra* (con ajustes de redacción del autor para facilitar la comprensión).

11 Declaraciones extraídas de un caso real incluido en el informe sobre *La trata de personas en Argentina, Chile y Uruguay*, de la Organización Internacional de las Migraciones (OIM), 2008.

FOTOGRAFÍAS

- Punta Desengaño, bahía de San Julián; fuente: fotografía del autor.
- Mujer víctima de violencia doméstica; fuente: Shutterstock.
- Madre e hija abrazadas frente a violencia doméstica; fuente: Shutterstock.
- Antoine de Saint-Exupéry luego del primer aterrizaje en San Julián, 1929; fuente: Museo de los Pioneros Rosa Novak de Hoffmann, Puerto San Julián.
- Reproducción de la nao *Victoria,* Puerto San Julián; fuente: fotografía del autor.
- Bahía de San Julián al atardecer: fuente: fotografía del autor.
- Murales en la avenida San Martín, Puerto San Julián; fuente: fotografía del autor.
- Horca en Punta Gallows, bahía de San Julián; fuente: fotografía del autor.
- Mural en avenida Néstor Kirchner, Río Gallegos; fuente: fotografía del autor.
- Anuncio para reclutar “chicas para trabajar en whiskería en el sur”; fuente: fundación La Alameda.
- Afiche en el que se denuncia la desaparición de una mujer; fuente: fotografía del autor.
- Paisaje de la Patagonia; fuente: fotografía del autor.
- Colegio María Auxiliadora, ejemplo de la arquitectura pionera, Río Gallegos; fuente: fotografía del autor.
- Club Británico, Río Gallegos; fuente: fotografía del autor.
- Butch Cassidy, Etta Place y Sundance Kid en la Patagonia, *circa* 1905; fuente: dominio público.
- Catedral Nuestra Señora de Luján, a través de los árboles inclinados de la plaza San Martín, Río Gallegos; fuente: fotografía del autor.
- Coches estacionados ante las puertas de Las Casitas; fuente:

fundación La Alameda.
- Interior de un local de Las Casitas; fuente: fundación La Alameda.
- Local de Las Casitas, Río Gallegos; fuente: fundación La Alameda.
- Silueta de mujer angustiada; fuente: Shutterstock.
- Titular de periódico; fuente: elaboración propia.
- Titular de diario; fuente: *El País*.
- Plaza Matriz, Ciudad Vieja de Montevideo; fuente: fotografía del autor.
- Carlos Gardel, una de las célebres fotografías tomadas por José María Silva; fuente: dominio público.
- Catedral de Santa María y café Bornay, Sevilla; fuente: fotografía del autor.
- Firmas de Isabel la Católica, Cristóbal Colón, Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano; fuente: dominio público.
- Sevilla en el siglo XVI; fuente: dominio público.
- Fuente y calles de Cabeza la Vaca, Extremadura; fuente: fotografía del autor, y Cruz del Rollo e iglesia de Cabeza la Vaca; fuente: fotografía del autor.
- Calle de Cabeza la Vaca; fuente: fotografía del autor.
- Trata de mujeres en Montevideo; fuente: archivo fotográfico de *El País*.
- Allanamiento de local en Las Casitas, Río Gallegos; fuente: fundación La Alameda.
- Jóvenes ejerciendo la prostitución; fuente: archivo fotográfico de *El País*.
- Policía coloca las esposas a un detenido; fuente: Shutterstock.
- Interior del monasterio de Tentudía, Extremadura; fuente: fotografía del autor y vista de la sierra Morena desde el monasterio de Tentudía
- Vista nocturna de Llerena, Extremadura; fuente: fotografía del autor.
- Monumento a Francisco de Zurbarán, Llerena; fuente: fotografía del autor.
- Local de Las Casitas, Río Gallegos; fuente: fundación La Alameda.
- Baile “del caño”; fuente: Shutterstock.
- Fiesta nocturna en piscina; fuente: Shutterstock.
- Interior del Palacio de Doña Mariana, Llerena; fuente: fotografía del

autor.

- Real Monasterio de Santa María, Guadalupe, Extremadura; fuente: fotografía del autor.
- Catedral de Santa María, Burgos; fuente: fotografía del autor. Y gárgolas de la Catedral de Burgos; fuente: fotografía del autor.
- Escalera Dorada y capilla de San Nicolás, Catedral de Burgos; fuente: fotografía del autor.
- Escudo de los Cartagena, capilla de la Visitación, Catedral de Burgos; fuente: fotografía del autor.
- Cavernas en cabo Curioso, bahía de San Julián; fuente: fotografía del autor.
- Caciques tehuelches, provincia de Santa Cruz; fuente: dominio público.
- América invertida, dibujo de Joaquín Torres García, 1943, museo Juan Manuel Blanes, Montevideo; fuente: dominio público.
- Vista del lago Argentino, cercanías de El Calafate; fuente: fotografía del autor.
- Portales web de Clarín, Página/12 y La Voz; fuente: fundación La Alameda.
- Multitud con velas encendidas en la noche; fuente: Shutterstock.
- Archivo General de Indias, Sevilla; fuente: fotografía del autor.
- Real Cédula por la que la Reyna otorga orden de pago a Catalina, heredera de Joan de Cartagena; fuente: Archivo General de Indias.
- Prostitución infantil; fuente: archivo fotográfico de *El País*.

AGRADECIMIENTOS

A las jóvenes que optaron por no callar y brindaron sus testimonios, de forma directa o a través de organizaciones sociales, sin buscar ningún beneficio, salvo ayudarnos a seguir soñando con un mundo libre de la trata de personas. Son las suyas historias inspiradoras, que iluminan el camino.

A mis prestigiosos amigos Adelaida Sagarra Gamazo, catedrática en Historia de América de la Universidad de Burgos, e Isaac Rilova Pérez, secretario general de la Real Academia Burgense de Historia "Fernán González", autoridades mundiales en la historia de los siglos XV y XVI, que me ayudaron a comprender mejor las historias tras la expedición a la Especiería y los cruentos sucesos de San Julián. Un período fascinante, con consecuencias que se prolongan hasta nuestros días, sobre el cual me proveyeron de abundante información y consejos, y que sin duda amerita en sí mismo una novela histórica.

A la renombrada y laureada escritora Claudia Amengual por el generoso comentario que luce la portada de esta obra.

Deseo expresar mi reconocimiento a numerosas organizaciones y personas que brindaron información, documentos y testimonios que nutrieron este libro. Entre ellas me permito destacar:

A Fabiana Tuñez, Ada Beatriz Rico y a la asociación civil La Casa del Encuentro de la República Argentina, por las reuniones mantenidas y por su trascendente obra.

A la organización social y fundación La Alameda, y a sus directivos Gustavo Vera, Lucas Schaerer y Dr. Mario Ganora, por los diálogos mantenidos y el acceso y uso de los materiales de su archivo. Y por su infatigable lucha contra la trata de personas.

Al obispo de Río Gallegos, monseñor Miguel Ángel D'Annibale, y su equipo de colaboradores, por sus valiosas informaciones y comentarios.

A Pablo Ignacio Walker, destacada autoridad en la historia de la Patagonia, con mi admiración por la notable obra de divulgación cultural que ha realizado en San Julián y otras localidades de la región.

Al Museo de los Pioneros Rosa Novak de Hoffmann de Puerto San Julián, y a su encargada Lorena Arbáizar, por su amable atención, valiosa información y fotografías.

Al Museo de los Pioneros Casa Parisi de Río Gallegos.

A las universalmente reconocidas instituciones del Reino de España: Archivo General de Indias, archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Archivo General de Simancas y Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, que con excelente disposición me permitieron acceder a sus colecciones documentales, y a su amable personal, siempre dispuesto a responder a mis inquietudes.

A las diversas organizaciones religiosas, que en Burgos, Guadalupe, Llerena, Calera de León y Tentudía me ayudaron a conocer mejor esa época, su cultura y sus historias, y en particular a las monjas del convento de las Hermanas Pobres de Santa Clara, en Llerena, admirable ejemplo de dedicación y solidaridad.

Por otra parte, deseo expresar mi gratitud a la magistrada Dra. Graciela Gatti, por los valiosos diálogos que tuve el gusto de compartir con ella, que me hicieron posible comprender mejor el mundo que aborda este libro.

Al Dr. Álvaro Ezcurra y a la Dra. Gabriela Tuberosa, por sus enriquecedores comentarios. Asimismo, a la Dra. Laura Nahabetian Brunet por su asesoramiento en materia legal.

A la Organización Internacional para las Migraciones y a su directora en Uruguay, Sra. Alba Goycoechea, por la documentación suministrada.

Al diario *El País* de Uruguay, y a la jefa de su archivo fotográfico, Sra. Josefina Serrato, por su importante aporte al permitirme el acceso a sus materiales.

Y, de manera muy especial, extiendo mi agradecimiento a Penguin Random House Grupo Editorial, a sus directores Rodrigo Arias, Martín Stagnari y Julián Ubiría. Este último ha capitaneado el formidable equipo que colaboró en la preparación de este libro, todos apreciados

amigos y excelentes profesionales: Mercedes Clara (editora), Lucía Sánchez Miraballes (diseño) y Aída Altieri (correctora). Su talento y compromiso han sido esenciales para esta obra.

A Magdalena Long, por su colaboración en la selección y obtención del material fotográfico.

Un agradecimiento muy especial a Fernando Carlevari, por la atenta lectura del manuscrito y sus valiosas sugerencias.

Sin olvidar a mi eficaz y comprometido equipo de colaboradores: José Luis Bringa, Laura Martínez, Guillermo Curcho y Mercedes Aguilar.

Y quiero, una vez más, dar las gracias a quienes me acompañan todos los días en esta maravillosa y siempre desafiante aventura de escribir, con sus invalorables sugerencias, permanente aliento e incondicional apoyo: mi familia.



Fátima es una joven veinteañera que vive en Montevideo, sueña con educar a su hija, estudiar para ser contadora y tener casa propia. Sin embargo, la creciente violencia de su marido la obliga a escapar con la pequeña Camila e iniciar una nueva vida, en la que deberá enfrentar con coraje a las redes de trata que buscan someterla.

Karla Finocchiaro es una enérgica fiscal federal de Río Gallegos que libra una desigual batalla para combatir el secuestro, tráfico y explotación sexual de jóvenes adolescentes, con el marco de fondo del emblemático complejo prostibulario de Las Casitas.

Federico Sánchez de la Reina es un prestigioso ingeniero español, que tras el abandono de su esposa, viaja al sur de América. Visita Montevideo –donde transcurrió su adolescencia– y el mítico Puerto San Julián, en la Patagonia. Lo obsesiona descubrir qué le sucedió a un antepasado, acusado de traición y abandonado allí por Magallanes en 1520. Pero a poco de arribar descubre que dos adolescentes, Lorena y Stefanie, han desaparecido misteriosamente, víctimas de

acontecimientos en los que se encontrará involucrado de manera inesperada.

Por los impredecibles giros del destino, estos personajes coincidirán en un decisivo cruce de caminos que cambiará el curso de sus vidas.

Apasionado por la historia y las historias humanas, Ruperto Long nos invita a sumergirnos en esta novela sobre realidades que conmueven, interpelan y se nos imponen en su más aterradora versión. Con la mirada aguda e incansable del buscador, el autor atrapa las distintas hebras que entretejen los hechos. Así, el amor, la ternura, la solidaridad y el coraje se muestran en su reveladora simplicidad, capaces de renovar la esperanza y transformar el devenir de la historia.



RUPERTO LONG

(Rosario, Colonia, Uruguay) es ingeniero, escritor y político. En 2013, fue condecorado con la Orden de las Artes y las Letras de la República Francesa, en el grado de Caballero. En 2015, recibió la Medalla al Mérito Juan Zorrilla de San Martín por sus obras sobre Lautréamont y Ferrer. Su bestseller *LA NIÑA QUE MIRABA LOS TRENES PARTIR* fue publicado en más de quince países, se ubicó entre los libros extranjeros más vendidos en Italia y fue ganador del Libro de Oro 2016 en Uruguay.

Fue senador de la República, presidente de la Administración de Usinas y Trasmisiones Eléctricas (UTE) y presidente del LATU. Actualmente es ministro del Tribunal de Cuentas de la República.

Es autor de cinco libros: *LA NIÑA QUE MIRABA LOS TRENES PARTIR* (Aguilar, 2016), *PIANTAO. Balada para Horacio Ferrer* (Aguilar, 2014), *NO DEJARÉ MEMORIAS. El enigma del Conde de Lautréamont* (Aguilar, 2012), *HABLANDO CLARO* (Cruz del Sur, 2009) y *CHE BANDONEÓN. Por el cielo que soñamos juntos* (Cruz del Sur, 2002).

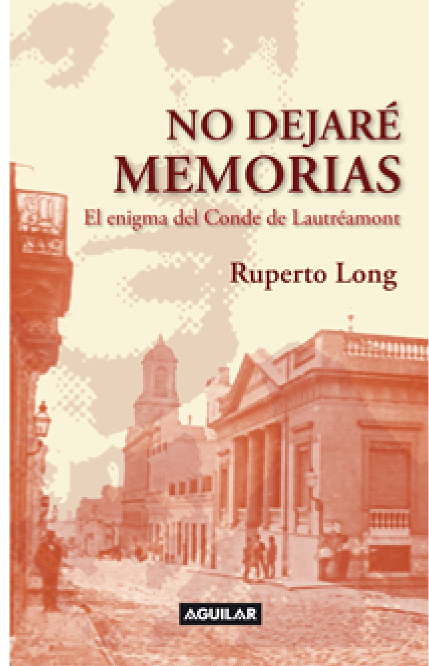
En coautoría con el músico Alberto Magnone creó el espectáculo *Lautréamont en clave de tango*, presentado en Francia, Bélgica, Argentina y Uruguay. Participa en seis libros colectivos, editados en Uruguay, Brasil y Paraguay. Es académico titular, electo por la Academia Nacional de Ingeniería desde 1999.

Ha recibido múltiples distinciones, como el Premio Eslabón Solidario, por su apoyo a las personas con discapacidad, Premio Jerusalén (2012), Premio World Trade Center, Premio Morosoli, por la creación de Espacio Ciencia, y Premio Génesis, a los inventores nacionales.

Foto: © María Fernández Russomagno


PIANTAO
Balada para Horacio Ferrer
Ruperto Long
AGUILAR


La niña que miraba los trenes partir
RUPERTO LONG
«Obra conmovedora, llena de luz».
Marcos Aguinis
AGUILAR


NO DEJARÉ MEMORIAS
El enigma del Conde de Lautréamont
Ruperto Long
AGUILAR

Primera edición: mayo de 2018

Edición en formato digital: junio de 2018

Penguin Random House Grupo Editorial
Editorial Sudamericana Uruguaya S.A.
Colonia 950, piso 6. Montevideo, Uruguay.

ISBN 978-9974-8888-1-4

Conversión a formato digital: Libresque



Índice